Fulton J. Sheen

Son tres
los que se casan

Cuadernos Palabra

Fulton J. Sheen

Son tres
los que se casan

Cuadernos Palabra

Título original: Three to get married

© The Estate of Fulton J. Sheen/The Society for the Propagation of the Faith/www.onefamilyinmission.org
© Ediciones Palabra, S.A., 2016
Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 — (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
palabra@palabra.es

Título original de Clara de la Rosa, revisada y actualizada por Javier Martín
Las citas del Antiguo y Nuevo Testamento han sido tomadas de la versión de la Conferencia Episcopal Española

Diseño de cubierta: Raúl Ostos
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila
ISBN: 978-84-9061-444-0

Todos los derechos reservados
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Tres para el Amor en el Cielo:
Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Tres para el amor del Cielo en la tierra:
Dios, el Hombre y María, por medio
de quien Dios se hizo Hombre.

Tres para el amor en la Sagrada Familia:
María y José y la plenitud de su amor: Jesús.

Tres para el amor en los corazones:
el Amante, el Amado y el Amor.

A María Inmaculada,
que enseñó el misterio sublime
del Amor, está dedicado este libro.

Para que las naciones, los corazones
y los hogares aprendan que
el amor significa, no tanto
darse el uno al otro, sino que
ambos amantes se entreguen
a este Amor Desapasionado
Que es Dios.

NOTA DEL EDITOR

Desde los orígenes de Ediciones Palabra es patente su propósito de hacer accesibles unos títulos que pueden considerarse *clásicos* de la espiritualidad. Dentro de esta índole hemos de incluir el presente libro de Fulton J. Sheen. Publicado en 1951, que fue todo un éxito en Estados Unidos.

Fulton John Sheen (1895-1979), sacerdote desde 1919, se dio a conocer muy pronto como brillante comunicador, tanto en prensa como en radio. De 1951 a 1957, siendo obispo auxiliar de Nueva York, presentó un programa de televisión en una de las grandes cadenas nacionales. Repetiría formato entre 1961 y 1968, ya como obispo de Rochester. A lo largo de su vida, además de cientos de artículos, Sheen escribió 96 libros, de los cuales muchos alcanzaron gran éxito dentro y fuera de Estados Unidos, hasta hoy.

Su causa de beatificación dio un gran paso adelante en 2012, cuando Benedicto XVI aprobó el decreto de virtudes heroicas. La noticia ha impulsado de nuevo la difusión en su país natal de *Three to Get Married*, entre otros libros. En nuestro caso, las razones para editarlo en castellano remiten a la imposibilidad de encontrar ejemplares, pero sobre todo a la asombrosa actualidad de los planteamientos del Venerable Sheen.

En las últimas décadas se han publicado preclaros documentos pontificios acerca de la familia y el matrimonio, realidades de tanta trascendencia para la humanidad y para la Iglesia. Pues bien, si algo sorprende en el presente libro es precisamente la modernidad de muchos de sus enfoques. En especial, la insistencia y aclaración de la vocación a la santidad matrimonial, elevando el amor humano noble a un plano sobrenatural e insertándolo en los misterios trinitario y cristológico.

Este planteamiento era sugerente y atrevido, teniendo en cuenta, además, la fecha de la publicación del libro. Tras los documentos del Concilio Vaticano II —en el que participó Mons. Sheen— y las contribuciones magisteriales de Juan Pablo II, estas exposiciones pueden no llamarnos tanto la atención, pero en aquellos años y en la incipiente televisión —además de la publicación en libro— causaron un enorme impacto.

De manera similar podemos admitir que el modo de hablar sobre la sexualidad matrimonial era muy original y atrevido. Supone también cierta anticipación a la «teología del cuerpo» de san Juan Pablo II.

Incluso podríamos aventurar algún desarrollo coincidente en la «espiritualidad matrimonial y familiar», colofón de la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, del papa Francisco.

Aunque puede llegar a clasificarse como profético al denunciar las lacras que podían acechar la maravilla del matrimonio, hoy podemos decir que no imaginó los extremos médico-técnicos, selectivos y sociológicos a los que hemos llegado. Bien nos vendría

para afrontar estos retos, al igual que para profundizar en la grandiosidad del matrimonio, otro gran comunicador norteamericano, capaz de aportar múltiples ejemplos clarificadores y emplear el estilo sencillo, incisivo y directo de monseñor Sheen.

I. LA DIFERENCIA ENTRE EL SEXO Y EL AMOR

El amor se halla principalmente en la voluntad y no en las emociones o en las glándulas; la voluntad es la voz y las emociones son el eco. El *placer* asociado con el amor, o con lo que hoy se llama «sexo», es como el azúcar en la tarta, cuyo propósito es hacernos gustar la tarta, pero no ignorarla. La ilusión más grande de los enamorados es creer que la intensidad de su atracción sexual es la garantía de la perpetuidad de su amor. A causa de no distinguir entre lo glandular y lo espiritual —o entre lo sexual que tenemos en común con los animales y el amor que tenemos en común con Dios—, algunos matrimonios resultan frustrados.

Hay quienes no aman a la persona, sino al hecho de estar enamorados; lo primero es irreemplazable, no así lo segundo. En cuanto las glándulas cesan de reaccionar con su vigor prístino, las parejas que han identificado la emoción con el amor afirman que ya no se aman; si tal es el caso, jamás amaron a la otra persona, solo amaron el hecho de ser amados, que es la forma más elevada del egoísmo. El matrimonio basado únicamente en la pasión sexual solo perdura mientras perdura la pasión animal. En el transcurso de dos años la atracción animal por el otro cónyuge puede desaparecer y, cuando así ocurre, la ley viene en su ayuda para justificar el divorcio, usando las palabras sin sentido de «incompatibilidad» o de «tortura mental». Los animales, porque no tienen el deseo de amar, no acuden a los tribunales; pero el hombre, cuando procede indebidamente, como es racional, siente la necesidad de justificar su comportamiento irracional.

En una civilización decadente, la primacía del sexo sobre el amor es debida a dos motivos: el primero es la decadencia de la razón, porque, cuando los seres humanos la pierden, recurren a su imaginación, y por esta causa las películas y revistas ilustradas gozan de tanta popularidad. A medida que el juicio se debilita, avanzan los deseos incontrolados; el sexo adquiere entonces importancia porque los deseos físicos y eróticos son fáciles de satisfacer, ya que no requieren ningún esfuerzo, y las pasiones físicas les ayudan poderosamente. No es casual que una época de antiintelectualismo e irracionalismo, como la nuestra, sea una época de licencia carnal.

El segundo factor es el egoísmo. Cuando se abandona, cada vez más, la creencia en un Juicio Divino, en una vida futura, en el cielo y el infierno, en un orden moral, el yo se entroniza más y más firmemente como origen de su propia moralidad, y toda persona se hace juez de sí misma. Con esta intensificación del egoísmo, las exigencias de la propia satisfacción se hacen más imperiosas, y los intereses de la sociedad y los derechos de los demás pierden su poder. Todo pecado es egoísmo; el amor, en cambio, es relación y entrega. El pecado es la infidelidad del hombre para con la imagen de lo que debería ser

su eterna llamada, como hijo adoptivo de Dios: esa imagen que Dios ve en Sí mismo al contemplar a Su Verbo Divino.

Cuando se habla del amor conyugal, deben evitarse estos dos extremos: uno es negarse a reconocer el amor sexual, el otro, dar la supremacía a la atracción sexual. El primer error fue característico de la época victoriana; el segundo lo es de la de Freud. Para el cristiano, el sexo es parte inseparable de la persona, y reducir la persona al sexo es tan necio como reducirla a los pulmones o al tórax. Ciertos victorianos, en sus enseñanzas, negaron el sexo como función de la persona; algunos sexófilos de los tiempos modernos niegan, en cambio, la persona y hacen del sexo un dios. El animal macho es atraído hacia el animal hembra, pero el ser humano es atraído hacia otro ser humano. La atracción de un animal por otro animal es fisiológica; la atracción de un ser humano por otro es fisiológica, psicológica y espiritual. El espíritu humano tiene sed del infinito que el cuadrúpedo no tiene: este infinito es Dios. El hombre puede pervertir esta sed; en cambio, al animal no le es posible porque carece del concepto de lo infinito. La infidelidad en la vida conyugal es, fundamentalmente, la sustitución de un infinito por una sucesión de experiencias carnales finitas. La sucesión del falso infinito ocupa el lugar de lo Infinito del Destino, que es Dios. El animal es promiscuo por una razón completamente diferente a la del hombre. El falso placer producido por nuevas conquistas sexuales es el sustituto de la conquista del Espíritu en el Sacramento. La sensación de vacío, melancolía y frustración es consecuencia de no poder hallar una satisfacción infinita en lo que es carnal y limitado; la desesperación es el hedonismo desilusionado, y los espíritus más deprimidos son aquellos que buscan a Dios en un dios falso. El amor que no asciende cae, tal como la llama que no arde hacia el sol quema hacia abajo para destruir; si el sexo no sube al cielo, cae al infierno. No es posible dar el cuerpo sin dar el alma; los que creen que pueden ser fieles únicamente con el alma pero infieles con el cuerpo olvidan que ambas cosas son inseparables. El sexo aislado de la persona no existe; un brazo que actúe separado del cuerpo es un imposible porque el hombre no tiene función orgánica separada de su alma, que está involucrada en toda su persona. Nada es más psicosomático que la unión de dos en una misma carne; nada altera más la mente y la voluntad «en lo bueno y en lo malo». La separación del alma y del cuerpo es la muerte, y los que separan el sexo del espíritu están preparándose para la muerte. El goce de la persona del otro a través de la propia persona es el amor; el placer de la función animal a través de la otra función animal es el sexo separado del amor.

El sexo es uno de los medios que Dios ha instituido para el enriquecimiento de la persona. Un principio fundamental de filosofía establece que no hay nada en la mente que no haya pasado antes por los sentidos, pues todo nuestro conocimiento proviene del cuerpo. A causa de la debilidad de nuestro intelecto tenemos un cuerpo, nos dice santo Tomás. Así como el enriquecimiento de la mente proviene del cuerpo y de sus sentidos,

así también el enriquecimiento del amor proviene del cuerpo y de su sexo. Así como puede verse el universo reflejado en una lágrima que corre sobre la mejilla, también en el sexo puede verse reflejado aquel mundo más grande que es el amor. El amor en el matrimonio monógamo incluye al sexo; pero el sexo, en el empleo actual del término, no implica matrimonio ni monogamia.

Toda mujer comprende instintivamente la diferencia apuntada; el hombre la entiende más lentamente, por medio de la razón y de la oración. El hombre es llevado por el placer y la mujer, por el significado del placer, ya que lo considera más como un medio que como un fin, es decir, como una prolongación del amor, tanto en ella como en su hijo. Del mismo modo que María en la Anunciación, la mujer acepta el amor que le es ofrecido. En María vino directamente de Dios por medio del ángel; en el matrimonio viene indirectamente de Dios por medio del hombre, pero en ambos casos hay una aceptación, una sumisión, un *Fiat*: «Hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1, 28). La mujer pagana, que no ha pensado conscientemente en Dios, es en realidad mitad mujer y mitad ilusión; la mujer que ve el amor como un reflejo de la Trinidad es mitad mujer y mitad Espíritu, y vela sobre la obra creadora de Dios dentro de su cuerpo; la paciencia, en este caso, queda unida a su aceptación. La mujer acepta las exigencias del amor, tal como el granjero acepta las exigencias de la naturaleza y, después de sembrar la semilla, espera la cosecha del otoño.

Pero, cuando el sexo está divorciado del amor, hay una sensación como de estar detenido en el vestíbulo del castillo del placer, y de que el corazón no es admitido en la ciudadela, aun después de haber cruzado el puente. La tristeza y la melancolía son la consecuencia de esta frustración del destino, porque está en la naturaleza del hombre sentirse triste cuando se le arranca de sí mismo o cuando se manifiesta exteriormente sin por eso acercarse a su meta. Hay una relación mucho más estrecha de lo que se piensa entre la inestabilidad mental y el punto de vista animal respecto al sexo. La felicidad consiste en la intimidad del espíritu, es decir, en el desarrollo de la persona en relación con un destino celestial. El que no tiene un fin en la vida es infeliz; el que se aleja de sí mismo y está dominado —o sometido— por lo exterior, o malgasta su energía en las cosas externas sin comprender su misterio, es infeliz hasta el extremo de la melancolía. Se tiene la sensación de sentir hambre después de haber comido, o repugnancia por el alimento, cuando este no ha nutrido al propio cuerpo —en el caso de una persona— o al otro cuerpo —en el caso del matrimonio—. En la mujer, esta tristeza se debe a su humillación cuando descubre que únicamente existe el sexo en el matrimonio y que su papel podría ser cumplido con cualquier otra mujer, ya que no hay nada personal, incomunicable y, por lo tanto, nada digno. Llamada por su naturaleza, infundida por Dios para ser introducida en los misterios de la vida que tiene su origen en Dios, se ve destinada a permanecer en el umbral, como una herramienta o instrumento únicamente

de placer y no como compañero del amor. Dos copas vacías no pueden llenarse una con la otra; debe haber una fuente de agua, fuera de ellas, para que haya comunión entre ambas copas: se necesitan tres elementos para el amor.

Toda persona es lo que ella ama, y el amor la identifica con lo que se ama. Si se ama el cielo, se es celestial; si se ama la carne como a un dios, se es corruptible. Nuestra inmortalidad depende de la clase de nuestros amores. Volviendo la oración por pasiva, diremos que aquel que dice lo que no ama, indica también lo que es. «*Amor pondus meum*: el amor es mi atracción», dijo san Agustín. Esta lenta conversión de un sujeto hacia un objeto, de un amante en el amado, del avaro en su oro, del santo en su Dios, revela la importancia de amar lo que corresponde. Cuanto más noble sea nuestro amor, más noble será nuestra persona: amar lo que está por debajo de lo humano es degeneración; amar lo que es humano por amor a lo humano es mediocridad; amar lo humano por amor a lo divino es felicidad; amar lo divino por sí mismo es verdadera santidad.

El amor es una trinidad y el sexo, una dualidad, pero hay además otras diferencias. El sexo concibe racionalmente; el amor, no. El sexo, para justificarse, necesita de los *Kinsey Reports* o de frases como «pero si Freud nos dijo… o nadie cree eso hoy en día»; el amor no necesita razones. El sexo pide a la ciencia que lo defienda; el amor nunca pregunta «¿por qué?»; dice «te amo». Porque el amor es su propia razón. «Dios es amor». Satanás preguntó: «¿por qué?» al amor de Dios, en el jardín del Paraíso. Toda racionalización de algo es rebuscada y nunca revela la verdadera razón que se halla detrás. Aquel que viola la ley divina y se encuentra fuera del cuerpo místico de Cristo, a causa de un segundo matrimonio, a menudo se justifica a sí mismo diciendo: «Yo no podía admitir la doctrina de la transubstanciación»; con ello quiere decir que no admite el sexto mandamiento. Milton escribió un tratado abstracto y aparentemente filosófico sobre *Doctrina y disciplina en el divorcio*, en el que justificaba el divorcio por incompatibilidad; pero el verdadero motivo no fue el revelado en el libro, sino el hecho de que él, en vida de su esposa, deseaba casarse con otra mujer. Lo importante no es lo que la gente dice, sino *por qué* lo dice. Muchos suponen que el motivo por el cual la gente no viene a Dios es por ignorancia y, generalmente, la verdad es que no vienen a Dios a causa de su comportamiento. Nuestro Señor dijo: «Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz» (*Jn* 3, 19-20). No siempre hay que vencer las dudas, sino las malas costumbres.

Enfocándolo de otra forma, el sexo busca una parte y el amor, la totalidad. El sexo es biológico y fisiológico y tiene sus zonas definidas de satisfacción; el amor, por el contrario, incluye todo esto, pero se dirige hacia la *totalidad* de la persona amada, es decir, hacia una criatura formada de cuerpo y alma, creada a imagen y semejanza de

Dios. El amor considera todo el reloj y su finalidad; el sexo se concentra solo en el muelle principal y olvida que su misión es la de marcar el tiempo. El sexo elimina de la persona que es amada todo lo que no puede adaptarse a su lascivia; por este motivo, los que dan la primacía al sexo son antirreligiosos. El amor no se concentra en una función, sino en la persona. Un órgano no incluye a la persona, pero la persona incluye al órgano; lo que es otra manera de decir que el amor incluye al sexo pero el sexo no incluye al amor.

El amor se concentra en el objeto y el sexo, en el sujeto. El amor se dirige hacia otro en busca de la perfección de este; el sexo se dirige hacia sí mismo en busca de la propia satisfacción. El sexo adula al objeto, no porque lo crea por sí mismo digno de alabanza, sino más bien como una forma de solicitud; sabe cómo hacerse amigos e impresionar a la gente. A muchas mentes sanas les molesta la lisonja porque ven el egoísmo detrás de la máscara de altruismo. El *ego*, en el sexo, aduce que ama al otro *ego*, pero lo que realmente ama es la posibilidad de su propio placer. El egoísta necesita a la otra persona para poder gozar en sí mismo; se encuentra constantemente envuelto por el no-ser, el sin-propósito y la sin-razón; tiene la sensación de que se le explota continuamente y, al negarse a aceptar ninguna otra relación, a depender de nada, pronto ve que nada tiene a su favor, que nada le pertenece. ¡El mundo entero está contra él! En cambio, el amor, que ensalza al objeto, se halla en relación siempre creciente con él. El amor es tan fuerte que supera todas las penurias y se enriquece por medio del sacrificio y del olvido de sí mismo. En la historia, las únicas causas o empresas que mueren son aquellas por las cuales los hombres se niegan a morir. Cuanto más aumenta el amor, más se abren sus ojos a las necesidades de los demás, a las miserias de los hombres y a la compasión. El remedio para todos los sufrimientos del cerebro moderno reside en la expansión del corazón a través del amor que lo hace olvidarse de sí mismo como sujeto y empezar a amar al prójimo como objeto. Pues aquel que viva para sí mismo acabará por descubrir que la naturaleza, el prójimo y Dios están todos contra él. El llamado «complejo de persecución» es la consecuencia del egoísmo. El mundo está en contra de aquel que desea todo para sí.

El sexo actúa bajo el deseo de llenar ese momento que media entre poseer y no poseer. Es igual a mirar una puesta de sol o dar vueltas a los pulgares para pasar el tiempo. Después de cada experiencia reposa, porque está momentáneamente saciado, y luego espera la reaparición de un nuevo deseo vehemente o pasión que satisfacer sobre un objeto completamente distinto. El amor desaprueba esta idea porque no ve en ella sino la destrucción de los objetos amados en pro de la propia satisfacción. El sexo puede hacer volar los pájaros, pero no construir sus nidos; causar emociones del corazón, pero no formar hogares; lanzar al mundo entero como viajeros al mar sin hacerlos llegar a puerto. En lugar de perseguir lo Infinito, que es inmutable, lo substituye por el falso

infinito, que nunca halla satisfacción. Lo infinito resulta ser entonces, no la posesión que da el amor, sino la persecución estéril del amor, origen de tantas psicosis y neurosis. Lo infinito se vuelve desvelo y hace que el corazón gire y gire como un tiovivo. Contrariamente a esto el verdadero amor comprende la necesidad, la sed, la pasión y el deseo vehemente, pero también reconoce una satisfacción perdurable, al darle un valor que trasciende el tiempo y el espacio. Cuando el amor se une al ser, se vuelve perfecto; y cuando el sexo se une al no ser, se vuelve irritación y ansiedad. En el amor la pobreza se convierte en riqueza, la necesidad en realización, el anhelo en alegría, la búsqueda en conquista. El sexo, en cambio, no tiene la alegría del sacrificio (el lobo no ofrece nada cuando mata al cordero); le falta la alegría de la ofrenda, pues el egoísta, por su misma naturaleza, persigue el engreimiento. El amor da para recibir; el sexo recibe y no da. El amor es el contacto de un alma con otra en busca de la mutua perfección; el sexo es el contacto de un cuerpo con otro en busca de su propia exaltación.

Un cuerpo puede agotarse, pero no nutrirse por sí mismo. Si el hombre solo necesitase nutrición, podría devorar el amor como devora los alimentos. Pero, por tener un espíritu que necesita el Amor Divino como fuerza de unidad, jamás podrá sentirse saciado al devorar el amor de otra persona. Una planta tiene naturaleza; el hombre es una persona. La primera puede ser destruida como medio para un fin; el ser humano, no. El sexo convertiría al hombre en un vegetal, y reduciría la persona a un animal. El sexo acrecienta su hambre cuanto más se satisface, pues la persona necesita de la persona, pero la persona solo es persona cuando se la ve como imagen de Dios.

II. NUESTRAS ENERGÍAS VITALES

El mundo freudiano interpreta al hombre en función del sexo; el cristianismo interpreta al sexo en función del hombre. El romántico ama el amor; el cristiano ama a la persona. Hay una enorme diferencia entre el sexo que ama al sexo y la persona que ama a otra persona. El sexo trata de ser simultáneamente receptor y dador de pasión; es decir, sujeto y objeto a un mismo tiempo. En el sexo, el macho adora a la hembra; en el amor, el hombre y la mujer adoran juntos a Dios. Como resultado de este desmembramiento del sexo y la persona, el sexo se cerebraliza, hasta convertirse en un problema intelectual. En los seres humanos normales el sexo es físico y orgánico; en los anormales es algo pensado, estudiado, disecado y reducido a estadísticas e informes. Para los antiguos bárbaros el sexo era considerado como algo físico, para los bárbaros modernos es mental. Se hace hoy mucha publicidad basada en el sexo. La concupiscencia, en lugar de proceder del cuerpo, proviene ahora de una imaginación estimulada artificialmente.

No hay duda de que el sexo es una energía importante en la vida humana, pero ¿será la energía básica?, como lo afirman tantos psicólogos, o será, mejor dicho, ¿solo una de las ramas del árbol de la vida? En vez de ser el receptáculo, ¿no será uno de los diversos canales por los que se comunica el origen del Fundamento de la Vida? Así como el agua es H_2O, y se manifiesta en estado líquido, de vapor o de hielo, en la persona humana hay una fuerza o dinamismo fundamental que procede de la unidad del alma y del cuerpo, y que mana en tres direcciones diferentes.

El hombre no es un alma. «Mi alma no es yo mismo», como dice santo Tomás. El alma del hombre es el fundamento del cuerpo y lo hace existir como cuerpo, lo unifica, lo posee y lo desarrolla. Los padres forman el cuerpo y Dios infunde el alma y hace la persona. La unión del cuerpo y del espíritu forma un ser. La fuente original de la fuerza, de la energía, del pensamiento, de la acción, del amor y de la pasión proviene del alma unida al cuerpo. Esta energía original, que llamaremos *vita*, tiene tres manifestaciones principales, porque el hombre puede ser considerado en relación: a) consigo mismo, b) con la humanidad y c) con el cosmos.

En esa relación consigo mismo, la *vita*, es autoconservación, sentido de dignidad, un impulso de ser cuanto uno *debería* ser. La persona se considera a sí misma como portadora de derechos y libertades inalienables que Dios le da y que ningún estado ni dictador puede quitar. El derecho a la vida inspira no solo el desarrollo físico necesario, sino también el desarrollo mental y espiritual. En resumen, eso significa no solo el respeto de sí mismo, sino también un muy legítimo amor a sí mismo que tiende a la perfección: «sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt* 5, 48). En relación con la

humanidad, la *vita* se manifiesta en la procreación de la especie humana, en el engendramiento de una familia, que a la vez resulta la base del estado y de la sociedad, en la cual los derechos y libertades personales están condicionadas por los derechos y libertades de los demás, para el bien común.

En relación con el universo, la *vita* toma otro cauce: el de compensar la pobreza de la persona mediante la *posesión*, convirtiendo la propiedad privada en una garantía económica de la libertad exterior, tal como el alma es una garantía interior y espiritual.

Estas tres corrientes de la *vita* son buenas, porque fueron dadas por la bondad divina. Las tres emanaciones van juntas. Nadie será tan ciego para considerar la misión del hombre solo desde el punto de vista de su propio desarrollo, dejando de lado su poder magnífico de cooperar con Dios en la creación de nuevas fases de amor; ni será tan estrecho como para describir al hombre en función de las cosas en que trabaja, o de sus alimentos o de sus vestidos. Sería igual que describir un elefante solamente en función de su colmillo, de su celo o de su trompa.

Dondequiera que se produzca una perturbación fundamental de la *vita*, y de la relación entre cuerpo y alma otorgada por Dios, el derecho a la autoconservación podrá convertirse en egoísmo, el poder de procreación en libertinaje y el derecho a la propiedad en comunismo o en capitalismo monopolista, y no otra cosa aconteció, precisamente, en la llamada caída del hombre. La psicología moderna ha vuelto a descubrir indicios de esta verdad en los conflictos, tensiones y ansiedades que germinan dentro del hombre. Algo ha ocurrido en el ser humano para hacerlo tal como es y, sea como fuere, no es como debería ser. Todo el desorden y la anarquía existentes tanto en él como en la sociedad llevan la señal inequívoca de haber sido provocados por el abuso de la libertad. Aun cuando el hombre de vez en cuando actúe como si viviera en una jungla, se nota todavía por algunos de sus actos que jugó otrora en un Paraíso.

No es nuestra intención hablar aquí de la rebelión del hombre contra su creador. Todo el que analice su conciencia encontrará ejemplos de lo ocurrido entonces, especialmente cuando se lamenta y arrepiente de haber herido a quien ama. Cuando el resorte principal de un reloj se rompe, aunque todas las piezas están allí, no funcionan. De la misma manera, como consecuencia de la rebelión contra el Divino Amor, la *vita*, unidad fundamental del cuerpo-alma en el hombre, no se volvió intrínsecamente corrompida, sino que perdió su equilibrio. Un desorden se produjo entre los tres cauces de la *vita*: en relación consigo mismo, el hombre se inclinó a no hacer siempre lo que *debía*, sino a hacer lo que le *agradaba*, aunque hiriese a otro y a sí mismo; en relación con el género humano, el hombre, dotado de razón, manejó las palancas de la vida, cosa que no pudieron hacer los animales, y buscó los placeres de la carne sin asumir responsabilidades; finalmente, en relación con el cosmos, el hombre tendió a *desear* más de lo que precisaba en el orden de la propiedad, o a emplear medios ilegítimos para

adquirir lo que no tenía, o a despojar a los demás de lo que les pertenecía.

Si el péndulo desconoce su dependencia del reloj, ya no puede balancearse. Al desconocer el hombre su dependencia de Dios, Quien únicamente es el origen de su independencia, alteró la armonía de su naturaleza. Surgió así en su *vita* lo que se llama *libido* o concupiscencia; es decir, una tendencia hacia ciertas cosas en oposición a una limitación racional. La anormalidad se introdujo en los tres cauces de la *vita*. Como consecuencia de ello el amor de sí mismo se convierte en egoísmo; la unión de dos en una sola carne se transforma en sexo (en la acepción moderna del vocablo); y el derecho a la propiedad se trueca en comunismo, capitalismo monopolista y revolución. Esto no es, sin embargo, irremediable, el hombre todavía goza de cierta libertad humana, pero se le hará más difícil moderar y controlar las bajas pasiones si se halla sometido y amenazado. Esta concupiscencia o libido *no* es un pecado; es, más bien, una tentación que se convierte en pecado solo cuando la voluntad consiente tal desorden. La catástrofe original de la naturaleza humana hizo al hombre excéntrico, es decir, propenso a descentrarse, y ha conducido a la necesidad del estudio de las enfermedades psicológicas.

La primera de estas concupiscencias se transformó en orgullo o egoísmo; la segunda, en lujuria; y la tercera, en avaricia o gula. Y de estas tres provienen todos los pecados que un ser humano puede cometer. Obsérvese que hay tres concupiscencias, o libidos, y que ninguna de ellas debe identificarse con la *vita*. El orgullo no es la energía básica de la vida, ni lo es el sexo ni la gula; pero las tres son tendencias hacia el desorden de la energía única fundamental o *vita*.

Muchos psicólogos son de criterio estrecho, en el sentido de que toman una de dichas tendencias con exclusión de las otras. Freud toma al sexo y se olvida de las otras dos libidos igualmente importantes. Adler toma el orgullo y Jung, la gula o seguridad. La psicología no ofrecerá una comprensión total del hombre hasta que estudie las tres libidos y las relacione con algo fundamental en el ser humano. Freud está en lo cierto cuando habla de la importancia del sexo en el hombre, así como el hombre está en lo cierto cuando describe la importancia de la trompa para el elefante; pero le reprochamos no ser científico porque no es total. La libido no es el sexo, sino que el sexo es una de las expresiones de la libido. El complejo de inferioridad no es la libido fundamental de la vida, pero sí es uno de ellos. El deseo de seguridad no es la única explicación del hombre, aunque es una *parte* importante de la explicación. Cada una de estas grandes escuelas tiene *un tercio* de razón. De las tres, Freud ha elegido la que más interesa a una generación sin Dios y que, además, es muy importante, porque las otras libidos no son a la vez personales y sociales. El orgullo involucra solamente al individuo y la avaricia involucra a las cosas. El sexo comprende a dos personas y, a través de ellas, a la humanidad. Freud hizo una ligera insinuación de que su teoría era demasiado limitada, pues hacia el fin de su vida sugirió ampliar el término *sexo*, pero no lo bastante para

incluir, ni aun remotamente, a las otras dos tendencias excéntricas *y* desarmónicas sin las cuales ninguna psicología es completa.

Si el sexo fuese tan «natural» como lo suponen los psicólogos especialistas en la materia, nunca debería asociársele la sensación de vergüenza. Porque, si la anarquía fue introducida en la naturaleza humana por un abuso de la libertad, la vergüenza que acompaña al sexo tiene cierta relación oculta con la rebelión del hombre contra Dios.

Las Sagradas Escrituras nos dicen que, antes de la Caída, Adán y Eva estaban «desnudos, pero no avergonzados». Desnudos y no avergonzados porque las pasiones estaban completamente sometidas a la razón y en el cuerpo humano aún no había esta tendencia actual de las pasiones a rebelarse contra la razón. La desnudez sin vergüenza se debía, en parte, a la perfección espiritual interna. Es un hecho bien confirmado que las personas de almas empobrecidas tratan de ocultar su miseria interior con un lujo desmesurado en el exterior. Cuanto más desnuda está el alma, es decir, cuanto más desprovista de virtud, mayor es la necesidad del cuerpo de dar la apariencia de bienestar por medio de fantásticos vestidos, adornos y ostentaciones. Cuanto más vestida está el alma por la virtud, menor es la necesidad de una compensación exterior. El joven pobre que desea ser considerado rico debe hacer un despliegue de riquezas. El joven que es realmente rico no necesita semejante sostén. Encontramos el reverso de esta distinción de la pobreza y la riqueza del cuerpo y el alma en la ceremonia de la toma de hábito de las monjas. En muchas comunidades, el día en que la joven profesa, se viste primero como novia rica y se adorna con muchas joyas; algunos creen que es para expresar que ella es la esposa de Cristo; pero no es ese el caso, porque, después de pronunciar los votos, ella se dirige a su celda y cambia su traje primoroso por el hábito humilde y servil de la comunidad. Esto significa que ahora su alma está adornada por la belleza de la gracia de Dios y que ya no hay necesidad de aparentar riquezas en el cuerpo. Es muy probable que Adán y Eva, en lugar de estar desnudos en el sentido que damos al término, hayan reflejado en sus cuerpos el esplendor de la luz de su alma que provenía de la gracia justificante original; en consecuencia, se percibía, más que un cuerpo, a una persona reflejando la imagen divina.

Nuestros primeros padres perturbaron el equilibrio de su naturaleza humana solamente después que se rebelaron contra Dios. No es necesario aclarar aquí que la tradición católica jamás ha enseñado que el acto del matrimonio fuese pecado; por el contrario, Dios dijo a nuestros Primeros Padres: «creced y multiplicaos». Como dice san Agustín: «Aquel que dice que no habrá ayuntamiento ni procreación sino por el pecado, simplemente hace del pecado el origen del bendito número de santos». La posición de santo Tomás es que antes del pecado original había un placer mucho mayor en el acto del matrimonio. «No había entonces menor placer, como lo han aseverado muchas personas. El mismo placer era más bien mayor, por cuanto la naturaleza humana era

entonces más pura y su cuerpo, por lo tanto, capaz de sensaciones más exquisitas».

Nadie peca contra el amor sin herirse a sí mismo. Una triple concupiscencia o tendencia al exceso fue la consecuencia de que se alejasen Adán y Eva de Dios. ¿Qué efecto tuvo esto sobre la segunda manifestación de la *vita*, o generación? Con respecto al acto matrimonial, santo Tomás dice que «debemos distinguir dos caracteres en el presente estado de cosas: uno que es natural, es decir, la unión del macho y la hembra con el fin de engendrar…; el otro es una cierta deformación consistente en una concupiscencia inmoderada. Lo último no se presentaría en el estado de inocencia, porque entonces las fuerzas más bajas estarían sujetas a la razón». Esta tendencia a hacer irracional o no racional la pasión del engendramiento, junto con actos asociados a él, es lo que abarca el empleo moderno del término «sexo»; incluye, por consiguiente, lo que es bueno (la pasión de la carne para engendrar) y lo que es malo (es decir, su desorden y exceso). Después de perder la gracia, nuestros primeros padres comprendieron que estaban desnudos y se avergonzaron. La sensación de vergüenza puede hasta cierto punto ser natural, pero desde aquel momento aparece asociada con la culpa. La vergüenza puede ser, y a menudo lo es, la expresión de la tensión y de la contradicción que, en su expresión más alta, fue la rebelión contra Dios. El pecado original les hizo perder la unión con Dios por medio de la gracia, que es la participación en la naturaleza divina. Mas la ruptura de la unión del hombre con Dios perturbó la unión del cuerpo y del alma. La pieza grande de la máquina se rompió y entonces las pequeñas piezas se desarreglaron. Nada describe y representa mejor esta primera rebelión contra Dios como la tendencia del cuerpo a rebelarse contra el espíritu. La vergüenza es una de las expresiones de esta ruptura.

Debe repetirse que Adán y Eva no se avergonzaron a causa del sexo que tenían y empleaban antes de su pecado. Puede *muy* bien ser que la índole insatisfactoria de la unión, en el sentido de que no cumple los anhelos infinitos del alma por la unión, sea una advertencia de cómo lo finito fue separado de lo infinito y la criatura, de su creador.

San Agustín también dice que la vergüenza, en cierto sentido, se relaciona con la desobediencia. Esto querría decir que, cuando hay obediencia perfecta a Dios, no hay vergüenza. Confirma en cierta manera la verdad espiritual que han observado los pedagogos católicos, a saber, que, al aumentar la obediencia a la ley de Cristo, disminuye en realidad la concupiscencia o las pasiones. En todas las personas, las pasiones sexuales no son las mismas; algunas las controlan hasta tal punto que las rechazan con el mismo reflejo automático del pestañeo cuando una partícula penetra en el ojo. En la historia del misticismo se revela que las tentaciones de la carne son menores cuando uno se acerca a Dios; aunque a veces aumentan las tentaciones de orgullo. Cuando se recibe dignamente la Sagrada Eucaristía, que es el Cuerpo de Cristo, disminuyen las tentaciones de la concupiscencia. La dureza del celibato impuesto al sacerdote no es tal como el mundo

sexual se lo imagina, porque al tener, el sacerdote, poder sobre el Cuerpo Físico de Cristo, ya tiene el remedio para la rebeldía de su propio cuerpo físico. En menor grado, los padres casados bajo el sacramento, y que viven su vida conyugal en unión con el amor a Cristo, han de sentir casi extinguida la sensación de vergüenza, precisamente a causa de su obediencia al espíritu.

Hay además otro motivo de vergüenza relacionado con el orden natural. El sexo es correctamente llamado un misterio; tiene su materia y su forma: la materia es el poder físico de engendrar y la forma es el poder de compartir sus fines creadores con Dios. El sexo tiene un vínculo tan estrecho con la religión porque está relacionado con el poder creador, y Dios es la fuente de todo poder creador. Hay un temor respetuoso por el acto sexual porque es una invitación a cooperar en la Creación y porque el hombre y la mujer son colaboradores de Dios en la prolongación de la especie humana. Por esta causa, todos los pueblos han asociado a la celebración del matrimonio una ceremonia religiosa.

Hay tendencia a ocultar y esconder todo lo que es misterioso. El mundo oriental lo comprende mucho más que el mundo occidental. Por esto, en las religiones orientales, la consagración se efectúa detrás de una mampara, mientras que en el rito occidental es pública. El secreto mismo del misterio de la transubstanciación en una forma altamente desarrollada de la reserva de todo lo que tiene que ver con Dios. Puesto que en el orden natural hay pocos actos más misteriosos que la unión de dos seres humanos en una misma carne, se comprende que haya una tendencia, tanto de parte del hombre como de la mujer, para cubrirse y ocultarse de los demás cuando se disponen a cumplir el acto que, en el orden sobrenatural, simboliza el misterio de Cristo y de la Iglesia y que, en el orden natural, los hace co-creadores con Dios. La explicación de este hecho no sería aquí una sensación de vergüenza, en el sentido de culpa, sino más bien una sensación de timidez en el sentido de reverencia. Así lo dijo Pío XII en una alocución a las madres: «El sentimiento de modestia es análogo al sentimiento de religión».

III. QUÉ ES EL AMOR

Se requieren tres elementos para el amor, porque el amante y el amado están unidos en la tierra por un ideal situado fuera de ellos. Si fuésemos absolutamente perfectos, no tendríamos necesidad de amar a nadie fuera de nosotros mismos; nuestra suficiencia podría evitarnos ese anhelo por lo que no poseemos. El amor empieza por el deseo de algo bueno: Dios es bueno; Dios es el ser y, por lo tanto, no tiene necesidad de nada fuera de Sí mismo. Nosotros solo *poseemos* el ser: la creación podría definirse como la introducción del verbo «poseer» en el universo.

Por el hecho de ser criaturas, somos independientes; todo lo que poseemos lo hemos recibido. Como no somos perfectos, nos esforzamos constantemente en suplir lo que nos falta, o en complementar lo que *poseemos* teniendo *más*. El anhelo de la propiedad privada, por ejemplo, es una de las aspiraciones naturales del hombre, pues por ella persigue agrandar su persona y prolongarse con la posesión de bienes.

El amor tiene tres causas: la bondad, el conocimiento y la semejanza. Es posible que el hombre se equivoque sobre lo que es bueno para él, pero es imposible que no desee la bondad. Es justo que el hijo pródigo tuviese hambre, pero hizo mal en vivir de cáscaras; es justo que el hombre satisfaga su vida, su mente, su cuerpo y su casa con lo que es bueno, aunque puede equivocarse quizá en lo que elige como bueno. Pero sin el deseo de bondad no habría amor, ya sea amor a la patria, al amigo o a la esposa. Todo corazón trata de alcanzar, por medio del amor, una perfección o un bien que le falta, o de expresar también la perfección que ya posee.

En consecuencia, todo amor es fruto de la bondad, pues, *por naturaleza, la bondad es amable*. Será difícil comprender por qué algunas personas son amadas, pero estamos seguros de que los que las aman encuentran en ellas una bondad que los demás no ven. Dios nos ama porque Él *pone* su bondad dentro de nosotros, y nosotros amamos a otros seres porque *hallamos* bondad en ellos. Los santos aman a quienes nadie ama porque, a ejemplo de Dios, ponen bondad en los demás y los hallan amables. Si se preguntara por qué el borracho ama el alcohol, por qué el libertino ama la perversión y por qué el criminal ama el robar, se debe responder que ellos ven algo bueno en lo que hacen; no buscan el bien moral más elevado pues, dotados de libre albedrío, pueden elegir un bien parcial en lugar de uno total, convirtiendo así sus apetitos en un dios. El mal, para ser atractivo, debe tener por lo menos la apariencia de bondad. El infierno brilla con el oro del paraíso porque, si no, los hombres nunca querrían sus males. Si siempre se llamara al mal por su verdadero nombre, perdería mucha de su atracción. Cuando a las exageraciones y perversiones del sexo se las cataloga en forma de *Kinsey Reports*, ellas confieren un aspecto de bondad científica a todo aquello que no hubiese tenido ningún

interés si se lo hubiese llamado, simplemente, «lujurias». La bondad es amable por naturaleza y el amor considera imposible no buscar la bondad porque perfecciona nuestro ser y, por lo tanto, compensa la flaqueza de nuestro *haber*.

Si a un lógico se le preguntara por qué está enamorado de determinada persona, podría dar la respuesta en una fórmula como la siguiente:

Está en nuestra naturaleza amar lo bueno.
X es bueno;
luego yo amo a X.

Como ya hemos dicho, la bondad no siempre es una bondad moral, puede ser una bondad física o una bondad utilitaria. Se ama entonces a la persona por el placer que ofrece, o porque es útil, o porque «se ofrece sin regateos». Pero debe ser buena, en alguno de tales aspectos, porque, si no, no se la amaría.

La segunda causa del amor es el conocimiento. Una mujer no puede amar a un hombre si no lo ha conocido. «Preséntamelo», es la petición de conocimiento que precede al amor. Y el soltero construye a la niña de sus sueños sobre fragmentos de algún conocimiento porque no se ama lo desconocido. El amor del animal empieza con el conocimiento que viene por medio de los sentidos; el conocimiento del hombre procede de sus sentidos y de su intelecto. Así como el amor nace del conocimiento, el odio proviene de la carencia de conocimiento. El fanatismo es el fruto de la ignorancia.

Aunque en un principio el conocimiento es la condición del amor, en sus últimas etapas el amor puede aumentar el conocimiento. El marido y la mujer que han vivido juntos durante muchos años tienen una nueva clase de conocimiento mutuo más profundo que toda palabra que pueda decirse o que toda investigación científica. El conocimiento que viene del amor es una percepción intuitiva de lo que hay en la mente y en el corazón del otro y se puede llegar a amar más de lo que sabemos. Una persona sencilla puede tener de buena fe un amor a Dios más grande que un teólogo y, por consiguiente, un entendimiento, con el corazón, más claro de los caminos de Dios de lo que tienen los psicólogos. La bondad por sí sola aislada del conocimiento no podría suscitar el amor. Necesita ser considerada antes por la mente y comprendida como buena.

El conocimiento puede ser abstracto o emotivo. La geometría es un conocimiento abstracto, el conocimiento del sexo es emotivo. Un triángulo isósceles no despierta pasiones, pero el conocimiento del sexo las despierta. Los que abogan por la educación sexual sin discriminación para evitar la promiscuidad olvidan que, a causa de la unión emotiva, el conocimiento del sexo podría conducir a desórdenes sexuales. Se arguye que un hombre que *supiese* que hay fiebre tifoidea en una casa perdería el deseo de entrar en

ella. Es verdad. Pero el conocimiento del sexo no es igual que el conocimiento de la fiebre tifoidea. Nadie tiene una pasión «tifoidea» por derribar puertas con advertencia de cuarentena, pero el ser humano sí tiene una pasión sexual que necesita control.

Una de las razones psicológicas por las cuales las personas honestas se abstienen de las conversaciones sobre el sexo es debido a que, por la misma naturaleza del tema, no son conocimientos comunicativos. El modo de tratarlo es tan privado que las dos personas implicadas se abstienen de hacerlo en público, pues es algo demasiado sagrado para ser profanado. Es un hecho psicológico que, cuando su conocimiento del sexo se ha convertido en un amor unificado en el matrimonio, los cónyuges se sienten menos inclinados a llevarlo de la región de la intimidad a la del comentario público. Y ello no porque estén desilusionados del sexo, sino porque ha llegado a ser amor y solamente dos pueden participar de sus secretos. Por el contrario, si el conocimiento del sexo no ha sido purificado en el misterio del amor y, por lo tanto, se sienten frustrados, quieren hablar incesantemente de cuestiones sexuales. Los maridos y las mujeres cuyo matrimonio se caracteriza por su infidelidad son muy locuaces sobre el sexo; los padres y madres cuyo matrimonio es feliz jamás hablan de ello; no precisan murmurar porque su conocimiento se ha convertido en amor. Los que se jactan de conocer mucho sobre el sexo en realidad no conocen más que sus miserias, porque de otro modo no serían tan locuaces.

La tercera causa del amor, además de la bondad y del conocimiento, es la semejanza, lo cual es una negación del axioma tan repetido de que los «contrarios se atraen». Los contrarios se atraen, pero solo superficialmente. Los hombres altos se casan con mujeres bajas; los charlatanes, con personas que saben escuchar y los tiranos, con tímidos. En un sentido más profundo, no es la desemejanza, sino la semejanza lo que atrae. La semejanza tiene dos aspectos: uno proviene de dos personas que tienen *realmente* la misma cualidad, como, por ejemplo, un mutuo amor por la música; esta semejanza da lugar al amor elevado de la amistad, en el que uno desee el bien del otro como para sí mismo; esto *se* expresa cuando *se* dice que dos personas son «una pareja perfecta» o «que el uno está hecho para el otro». La otra clase de semejanza es consecuencia de que uno tiene *potencialmente*, o a modo de deseo o inclinación, una condición que el otro tiene *realmente*; por ejemplo, una joven pobre que desea casarse con un hombre rico. El hombre mezquino ama al generoso porque espera de él algo que desea. El hombre vicioso ama al virtuoso cuando ve la virtud de acuerdo a lo que él quisiera ser. Esta clase de semejanza provoca el amor de concupiscencia o una amistad basada en el provecho o en el placer; a esto se debe que, si el amigo alguna vez le impide hacer lo que quiere, su amor se convierte en odio.

Tratamos de remediar con riquezas lo que nos falta porque somos seres imperfectos. Por ejemplo, la gente que está «desnuda» interiormente, en el sentido de no tener virtud en el alma, trata de compensarlo con un lujo excesivo en el exterior y, cuando alguien

carece de algo, espera que otra persona le dé lo que le falta. Porque el corazón humano desea tanto la belleza como la perfección. Para casarse, el joven feo busca una novia bonita y no una fea. Superficialmente, parecería que su fealdad es lo contrario de la belleza de la novia, pero en realidad es precisamente su amor a la belleza (que él no tiene) lo que lo atrae hacia aquello que es hermoso.

Los amores existentes en los corazones son otros tantos espejos que reflejan la condición de las personas. Los hombres débiles que ocupan posiciones elevadas se rodean de hombres pequeños para parecer grandes. A los capitalistas que se hicieron ricos porque tocaron la riqueza de Dios en la tierra, les agrada formar bibliotecas para aparentar una erudición que no poseen; aman en apariencia lo que es similar a aquello que aman con la esperanza y el deseo. La mujer que anhela escalar posiciones sociales cultiva amigos «triunfadores» a causa de esta semejanza. Ellos tienen lo que ella desea tener: prestigio social. Los santos aman a los pecadores, no porque compartan el vicio, sino porque el santo ama la virtud posible del pecador. El Hijo de Dios se hizo Hijo del Hombre porque Él amó al hombre.

Sobre este tema nadie ha escrito con mayor precisión que santo Tomás de Aquino, quien, en su monumental resumen de la divina sabiduría, señala que el amor tiene cuatro condiciones. Sus observaciones se aplican, en diversos grados, tanto al amor humano como al divino, porque encara el amor como algo más elevado que el sexo o su función biológica. Estas cuatro condiciones del amor son: unidad, mutua residencia, éxtasis y celo.

Todo amor anhela la unidad. Esto es evidente en el matrimonio, en que existe la unidad de dos en una misma carne. Cuando una persona ama algo, lo ve como si llenara una necesidad y trata de incorporarlo a sí misma, ya ame el vino, la ciencia o las estrellas. En la amistad se ama al otro como a otro yo o como a la otra mitad de la propia alma; se trata de hacer por el otro los mismos favores que uno haría por sí mismo para, de esta manera, intensificar el lazo de unión entre los dos. El amor es un principio de unión del que ama y de lo amado, ya sea amor a la sabiduría, a la esposa o al amigo. Aristóteles cita las palabras de Aristófanes: «Los amantes quisieran ser uno solo, pero, puesto que de esto resultaría que uno o el otro estaría destruido, buscan una unión conveniente y satisfactoria para vivir juntos, hablar entre ellos y compartir los *mismos* intereses».

Porque el amor crea la unidad, hemos explicado que algunas almas heroicas están dispuestas a sobrellevar los sufrimientos y los pecados de los demás. Una madre amante, frente al dolor de su hijo, sobrellevaría este dolor si pudiese quitárselo, *siente* el dolor como propio, porque su amor ha hecho que ella y su niño sean uno. Así como frente al dolor el amor lo sufre a causa de la unión con el amado, el amor frente al mal soporta los pecados de los demás a causa de la unidad con los que ama. Este amor de sacrificio

alcanzó su expresión psicológica más alta en el huerto de Getsemaní, donde Cristo se identificó hasta tal punto con los pecadores que empezó a sudar gotas de sangre, y alcanzó su expresión física más alta en el Calvario, cuando Él ofreció su vida por los que amaba. Pero, antes de Getsemaní y del Calvario, la ley del amor que une a los amantes produjo la encarnación, en la que Dios, que amaba al hombre, se hizo hombre para salvarle de sus pecados.

Así como los santos se hacen uno con Nuestro Señor, por la identificación de su voluntad con la Voluntad de Dios, los que se aman en el matrimonio son «dos en una misma carne». El corazón humano no perseguiría la unidad, ni social, ni económica, ni sexualmente, si no albergase un sentimiento fundamental de imperfección o de mutilamiento, que solo Dios puede satisfacer por completo. La sensación de vacío impulsa a la persona a superar sus deficiencias hasta acabar por ser una con quien ama. Puesto que el amor produce la unidad, se debe cuidar de lo que ulteriormente queda unido. La unidad con Dios es, sin duda, un amor inmortal. El amor que no tiene un destino más allá de la carne compartirá la corrupción de la carne. Nuestro Señor hizo de la identificación sexual una de las razones de su condena del divorcio: «Pero yo os digo que, si uno repudia a su mujer —no hablo de unión ilegítima—, la induce a cometer adulterio, y el que se casa con la repudiada comete adulterio» (*Mt* 5, 32).

El amor sexual crea un todo entre el hombre y la mujer que va más allá de toda unidad de orden político o social. Por esto el estado que respeta la unidad de la familia como base de la civilización está mucho más unificado que una civilización que la desconoce. Una civilización regida por el divorcio está ya *juzgada*, y condenada a desintegrarse. Podrán pasar algunas décadas antes de que los quebrantos en la familia se vuelvan terremotos en el orden político, pero nada impide que digamos que la civilización está muerta, aunque todavía no esté erigido el sepulcro. «Conozco tus obras, tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto» (*Ap* 3, 1). El estado rompe con el divorcio el lazo exterior que une al marido y a la mujer, pero jamás podrá romper el *lazo interior* creado por la unidad en una misma carne. Para justificar la disolución de la unidad se dirá: «El amor me ha engañado»; pero más bien se ha engañado al amor y el engaño empezó el día en que se confundió el amor con la «emoción sexual»; ante todo, nunca se amó, pues el amor no quita lo que da, aun en la infidelidad. Dios no nos retira su amor, aunque nosotros seamos pecadores; podremos traicionarlo, pero Él jamás nos abandona.

La *mutua residencia*, segunda condición del amor, significa literalmente que, en el amor, uno es inherente o existe en el otro. La pasión del amor no se satisface con la simple posesión, sino que trata de asimilar al otro dentro de sí. No existe mujer en el mundo que al tener en brazos un niño no haya dicho: «Esta criatura es tan rica que me gustaría comérmela». Tales palabras ocultan el misterio de la asimilación que alcanza la

cumbre en la Sagrada Comunión, donde el Dios Encarnado satisface nuestro deseo de completa inherencia con Su Divinidad y Humanidad, bajo la forma y la apariencia del pan.

Si el amor no significara inherencia, no habría explicación psicológica de que nosotros sintamos el daño y el perjuicio que se hace a nuestros amigos. Este amor, en el orden sobrenatural, es una inherencia igual a la identificación. La santidad es identificación con el amor de Dios. El amor conyugal es identificación del amor bueno con el amor a Dios: «quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (*1 Jn* 4, 16).

Este morar en la cosa o persona amada es un hecho tan intelectual como afectivo. El astrónomo ama las estrellas y tiene las estrellas en la cabeza, claro que no en su forma material, sino de una manera adaptada a su intelecto espiritual; pero, si no tuviese el universo en la cabeza, él no podría amar al universo. Lo amado está dentro del amante. En el afecto, el amante está inherente en el amado y el amado, en el amante. ¿Por qué el amante tiene tanta curiosidad e interés por todo lo que hace el amado? ¿Por qué guarda como un tesoro hasta el regalo más pequeño y conserva cada palabra en la memoria? ¿Por qué todas las escenas se adornan con la visión del amado? ¿Y por qué no habría paz sin la inherencia completa del uno en el otro?

A ninguna amante la satisface un conocimiento superficial del amado: el amante de la música nunca sabrá demasiada música. El que ama a Dios no conoce la palabra «demasiado». Quienes acusan a los demás de amar demasiado a Dios o a la religión, en realidad no aman a Dios en absoluto, ni tampoco conocen el significado del amor. Quienes están unidos en el amor disfrutan y se apenan de las mismas cosas. El Salmista, que tanto amó a Dios, pudo decir que su corazón estaba abatido por el pensamiento de los que violaban la ley divina.

Esta mutua inherencia como segunda condición del amor añade algo a la unidad del matrimonio, porque la unidad de la carne también es la unidad de la mente y del corazón. La intermitencia de la unión carnal exige otra clase de unidad que la de la carne. San Pablo dice que marido y mujer deben actuar el uno con respecto al otro «como casados en el Señor», es decir, tan conscientes de su vocación como para ser uno en Cristo. Elizabeth Barrett Browning escribió: «Dos amores humanos hacen uno divino». La inherencia mutua es mucho más que una participación en los intereses y un intercambio de propiedades; mejor dicho, es el *efecto* de una amistad más profunda que llega hasta la esencia de sus seres.

El amor que es sostenido solo por la carne es tan frágil como la carne, pero el que es sostenido por una unidad espiritual y se basa en *un amor por un destino común*, realmente es «hasta que la muerte nos separe». La verdadera inherencia mutua no es compartir las mismas sensaciones de placer; las «almas de hermanos» se forman más bien en la intimidad diaria, con las mismas alegrías, penas, esfuerzos y sacrificios. Se

puede suspirar por otro después de conocer la unión de la carne, pero es imposible suspirar por otro después de la unidad del alma. No es suficiente compartir simplemente las mismas palabras y los mismos goces, se debe también compartir los mismos silencios. «María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (*Lc* 2, 19). Los que aún no se aman profundamente necesitan palabras, pero los que se aman hondamente prosperan en silencios.

La tercera condición del amor es el *éxtasis*, que significa estar «transportado fuera de sí mismo» Es como si el amante, hasta cierto punto, fuese arrancado de sí mismo porque el amor lo hace morar en el amado. Los adolescentes se sorprenden a menudo de que sus mayores se enteren de que están enamorados; el descuido en sus obligaciones y la desgana en las comidas indican que viven en una clase de ensueño *y* apartados de su manera natural de proceder. Los griegos describen un gran amor como una «locura», no en el sentido de anormalidad, sino de inspiración. Se le decía «loco» de amor al poeta que se inspiraba, como también hoy, en el idioma romántico; el amante dice de sí mismo que está «loco» por su amada. Los patronos no se oponen a conceder a sus empleados una o dos semanas de vacaciones cuando se casan, sabedores de que son en realidad inútiles durante el tiempo del «éxtasis». Como escribió Shakespeare: «Este es el verdadero éxtasis del amor». Después de un tiempo se dice que ellos «están bajando a la tierra», como significando que anteriormente tenían la cabeza en los cielos.

Si los profesores se distraen en sus estudios, hasta el punto de que en las noches lluviosas dejan el paraguas sobre la cama y caminan por la calle bajo el aguacero, es prueba de que al amor le es indiferente todo lo que le rodea. Cuando hay un gran amor se soportan toda clase de dificultades; por la condición del mismo amor, que eleva por encima del ambiente. La choza del marido y la mujer enamorados es más agradable que el apartamento lujoso del marido y la mujer que han dejado de amarse. El santo —como, por ejemplo, san Vicente de Paúl— siente tanto amor por los pobres de Dios que se olvida de alimentarse. Una manifestación aún más elevada de un amor, en el cual la materia parece impotente para contener el espíritu, es el singular fenómeno espiritual de la levitación, por el que el cuerpo de un santo, en su éxtasis, es alzado del suelo.

La diferencia entre el amor a los seres humanos y el amor a Dios es que en el amor humano el éxtasis se produce al principio, en tanto que en el amor a Dios se produce al final, después que se ha pasado por muchos sufrimientos y angustias del alma. La carne empieza por la fiesta; luego viene el ayuno y, a veces, el dolor de cabeza. El espíritu comienza por el ayuno, y luego viene la fiesta. Los placeres extáticos del matrimonio tienen la naturaleza de un «señuelo» que tienta a los amantes a cumplir su misión, y sirve también como un crédito Divino extendido a aquellos que tendrán después la carga de educar una familia.

No hay éxtasis grande, de la carne o del espíritu, aunque permanente, que no sea a

costa de algo. Todo éxtasis tiene su precio marcado. La gloria de un Domingo de Resurrección costó un Viernes Santo. El privilegio de la Inmaculada Concepción fue un éxtasis concedido por anticipado, porque María debió pagar por ello al pie de la Cruz. Nuestro Señor concedió un «crédito»; pero ella, después, pagó la deuda.

Las jóvenes parejas que equiparan el matrimonio con la emoción, a menudo se niegan a dar hijos para reintegrar a la naturaleza, y así pierden el amor, tal como pierde el don de la música el violinista que poseyéndolo no lo practica: «Quitadle el talento» (*Mt* 25, 28). El primer amor no es necesariamente el último amor. La emoción del joven sacerdote en su primera Misa solemne y el casi éxtasis de la monja en su toma de hábito son como un «bombón» que Dios les da para impulsarlos a ascender espiritualmente. Más adelante desaparece la dulzura y se precisa un gran esfuerzo de voluntad para ser como se debe ser. Así es la luna de miel del matrimonio; el mismo término indica que al principio el amor es miel, pero después es tan variable como la luna.

El primer éxtasis no es el verdadero, este viene solo después de sobrellevar las pruebas —fidelidad en la tormenta, perseverancia en las mediocridades— y de perseguir el destino divino en medio de las tentaciones de la tierra. Es maravilloso contemplar el profundo amor extático que tienen algunos padres y madres cristianos después de pasar su calvario. En realidad el verdadero éxtasis no se produce con la juventud, sino con la madurez. En un principio se espera recibir todo lo que el otro puede dar; luego se confía en darlo todo a Dios. El amor identificado con el primer éxtasis busca la repetición en el otro, pero, si se identifica con un amor unificante y duradero, tratará de profundizar en su misterio.

Muchos casados esperan que su compañero les dé lo que solo Dios puede dar, es decir, un éxtasis eterno. Si el hombre o la mujer pudieran dar lo que el corazón desea, él o ella serían Dios. Anhelar el éxtasis del amor está bien, pero esperarlo en la carne, si no va hacia Dios, está mal. El éxtasis no es una ilusión; no obstante, es solo el «folleto de viajes» con numerosas ilustraciones que animan al cuerpo y al alma a emprender la travesía a la eternidad. Cuando el primer éxtasis alcanza su culminación, surge la invitación no *a amar a otro*, sino *a amar de otro modo*, y tal modo es el modo de Cristo.

El *celo*, cuarta condición del amor, es la pasión especial que nos da deseos de divulgar y difundir el amor que conocemos, excluyendo todo lo que es contrario a él. El amante romántico busca amigos para que escuchen sus elogios a la amada *y* para mostrarles su fotografía. El santo que ama a Dios se vuelve misionero y viaja por tierras en donde jamás se ha oído el nombre de Cristo, a fin de que otros corazones puedan compartir la pasión del Amante Supremo. Dice santo Tomás que en el amor carnal «los maridos son celosos de sus mujeres, de miedo de que la compañía con otros sea un impedimento para su exclusivo derecho individual. De la misma manera, los que tratan de obtener ascensos están en contra de sus superiores, como si estos fuesen un estorbo

para sus propias ambiciones».

En el mayor amor de amistad, el celo no solo es positivo, como llega a ser el apostolado en la religión, sino también negativo, en el sentido de que trata de alejar todo aquello que es contrario a la voluntad de Dios. Cuando Nuestro Señor entró al templo de Jerusalén *y* lo encontró envilecido por los mercaderes *y* compradores, hizo un látigo de cuerdas y los echó: «El celo de tu casa me devora» (*Jn* 2, 17).

Tanto en la paloma que defiende el nido de sus pichones, como en el mártir que muere por la Fe, el amor fluye con un celo bien entendido. Pero el malvado puede también estar celoso del mal que ama; el avaro, del oro; el adúltero, de su cómplice; o el comunista, de su revolución mundial. La medida de nuestro celo la dan las cosas por las que estamos dispuestos a gastar nuestras energías, para defenderlas, o a morir, para conservarlas. El amor es la causa de todo cuanto hacemos. Los temas de que hablamos, las personas a quienes odiamos, los ideales que perseguimos, las cosas que nos molestan son otros tantos índices de nuestro corazón. Pocas personas comprenden hasta qué punto descubren sus caracteres al revelar aquello que más ama su corazón. «Se habla por boca de lo que lleva el corazón». Si nuestros amores son malos, también lo será nuestra vida.

Lo que el celo es para la religión, lo son la fidelidad y la fecundidad para el matrimonio: el afecto a la persona amada y la extensión de ese amor a la familia. Esta fidelidad no nace de la costumbre, que es semejante a la necesidad orgánica y económica; es, más bien, una afirmación de que la persona tiene un sentido completo de la vida. Esta clase de celo no solo reprime todos los extraños deseos biológicos, sino expresa también que la otra persona es la que Dios ha querido para nosotros «para lo bueno y lo malo, para la riqueza o la pobreza, hasta que la muerte nos separe». Como dijo Eurípides: «No es amante el que no ama para siempre». Y como cantó Shakespeare:

No acepto que la unión de auténticas mentes
admita impedimentos. No es amor el amor
que se altera al encontrar cambios,
o se dobla con la presión del agitador.
Oh, no; es una señal eternamente estable
que afronta las tormentas y no fluctúa jamás;
es la estrella de todo barco errante,
del que se desconoce el valor, aunque se mida su altura.
No es el bufón del Tiempo, aunque los labios y mejillas rosas
caigan al tajo de su hoz imperiosa,
no varía con sus breves horas y semanas,
sino que se sustrae hasta del filo del destino.

Si esto es un error, y me fuese demostrado,
nunca he escrito, nunca un hombre ha amado[1].

El celo se manifiesta también, espiritualmente, al llevar otras almas a Dios, y, físicamente, al engendrar hijos de Dios. La fecundidad es el resultado natural del amor del árbol y la tierra, del misionero y el pagano, del marido y la mujer. El amor no prospera en la moderación; el celo es generosidad. El amor que mida los sacrificios que debe hacer por los demás se quedará corto. Nuestro Señor dijo que el amor ferviente tenía dos características: primero, ser misericordioso, y segundo, no reconocer límites. Es misericordioso porque sabe que el perdón de Dios depende de que uno perdone a los demás. El amor nunca usa lente de aumento para mirar las faltas ajenas. La vida conyugal requiere este celo, en el sentido de una paciente indulgencia, lo cual no significa ni apretar los dientes frente a las molestias, ni tampoco desentenderse de ellas; es más bien una acción positiva y constructiva para colocar al amor allí donde no esté, sintiendo de esta manera una obligación más intensa y divina que la de un simple contrato matrimonial.

El celo no conoce límites; jamás pronuncia la palabra «basta». Nuestro Señor dijo que, si sus discípulos hubiesen cumplido estrictamente su cometido, deberían considerarse «siervos inútiles». Derribando todo límite para el amor. Él dijo: «Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos» (*Mt* 5, 39-41).

Por lo tanto, en el servicio divino y en el matrimonio debe haber una generosidad que vaya más allá de los límites de la justicia. El vecino que se ofrece a prestar ayuda durante una hora y se queda dos, el médico que además de su visita profesional entra «a ver cómo sigue usted», el marido y la mujer que rivalizan en el amor del uno por el otro; todos han comprendido uno de los más bellos significados del amor: su celo, que los vuelve locos. «Nosotros somos unos locos, por Cristo» (*1 Co* 4, 10).

IV. LAS TRES TENSIONES DEL AMOR

En el matrimonio, a pesar de su elevado idealismo, hay fuerzas potenciales en conflicto. El matrimonio tiene tres tensiones básicas que le son siempre inseparables porque se fundan en la naturaleza metafísica del hombre.

Todo amor anhela la unidad y esta se alcanza cuando se vence el aislamiento y se produce la fusión de dos seres en un centro situado fuera de ambos. La carne, aunque es un medio de unión cuando está unida al alma, resulta en sí misma un obstáculo, porque la substancia es impenetrable. Un bloque de mármol no puede quedar unido con otro bloque sin perder cada uno su identidad. El espíritu sí es un vínculo de unidad. Dos personas aprenden poesía sin que una despoje a la otra de su conocimiento; la poesía resulta, pues, el vínculo de su unidad. La materia es la base de la división; el espíritu es la raíz de la unidad. Y, si la carne sirve de medio para la unidad, es porque está ligada con un alma en un ser viviente. En la medida en que el amor pierde su alma, pierde también su unidad, y, cuando lo espiritual desaparece, solo queda la presencia de un cuerpo que molesta y fatiga.

Esta pasión por alcanzar una intimidad cada vez mayor, hasta conseguir la unidad, no puede lograrse completamente en el orden físico, porque, después del *acto* de unidad, queda el *status* de dos personas distintas, cada una con su misterio individual. La paradoja es clara: las almas de los amantes aspiran a la unidad, pero el cuerpo, por separado, a pesar del símbolo momentáneo de esta unidad, está, no obstante, excluido de ella. La carne es impermeable a esta clase de unidad que únicamente el espíritu puede satisfacer. Ningún matrimonio se libra de esta tensión, que aumenta cuando el alma ama a través del cuerpo. El alivio mayor de la tensión es el engendramiento de los hijos, porque con ello la desproporción aparente que hay entre el ansia de unidad y la sensación de fracaso para hacerla perdurable se compensa con el hijo, nuevo vínculo de unidad establecido fuera del padre y de la madre. El marido y la mujer no sienten el vacío de sus relaciones mutuas cuando las completan con un nuevo cuerpo provisto de un alma infundida directamente por Dios, el Creador. Dios hizo al hombre equitativamente, y el hombre es desdichado si trata de frustrar las leyes que se hicieron para su felicidad.

Las experiencias eróticas realizadas fuera del matrimonio producen una mayor tirantez psicológica por la sencilla y fundamental razón de que hacen sentir más fuertemente el vacío existente entre el espíritu y la carne. Es esta la clave de los diferentes estados mentales que siguen a la verdadera unión conyugal, por un lado, y a la excitación adúltera, por otro. Lo primero es lo que se llama el pago de un «debitum». «La mujer no dispone de su cuerpo, sino el marido; de igual modo, tampoco el marido dispone de su propio cuerpo, sino la mujer» (*1 Co* 7, 14). Y satisface al espíritu porque

es una combinación de justicia que involucra una deuda de amor. Lo segundo nunca nutre el espíritu. Deja, en cambio, una sensación de odio potencial, de inutilidad y vacío, porque involucra, no la justicia, sino solamente la entrega del cuerpo sin el amor del alma. Lo primero sintetiza las relaciones de cuerpo-alma; lo segundo las brutaliza. En tanto que el espíritu anhela la unidad, lo carnal tiende, por su misma promiscuidad, hacia la separación.

Los psicólogos que consideran el problema del matrimonio como simplemente de adaptación sexual empiezan por suponer que el hombre y la mujer no son diferentes a dos animales de la selva. La diferencia entre el animal y el ser humano se halla en la estructura ontológica del ser humano, que está en lucha continua porque sabe que tiene alas para volar a los cielos y, sin embargo, debe caminar por la tierra. Ninguna vergüenza ni remordimiento acompañan al acto del matrimonio, ni siquiera como consecuencia de esta tensión del cuerpo y del alma, cuando se usa el cuerpo como conducto para la comunicación del espíritu, pues entonces el matrimonio santifica y constituye una ocasión meritoria. El anhelo de lo infinito queda satisfecho en alto grado ya sea porque el amor mutuo de marido y mujer refleja la unión de Cristo y la Iglesia, ya porque su amor termina produciendo el fruto de la progenie.

La segunda tensión inherente al matrimonio se produce entre la persona y la humanidad. El amor conyugal es personal, único y celoso, en el sentido correcto de la palabra; significa reserva, compañerismo, y le molesta la intromisión; por este motivo, no se habla en público de su amor ni se muestra. Es un curioso hecho psicológico que quienes más hacen público su amor y se llaman mutuamente «querido», con epítetos almibarados, son a menudo los que más se enfadan y pelean.

Pero a esta condición íntima y personal del amor conyugal se agrega el amor carnal, el cual por su propia naturaleza es sociable, en el sentido que está ordenado por Dios para esa ciudadanía terrestre de quien ha sido engendrado para el reino de los cielos. Algunas funciones del ser humano son individuales, tales como el oír y el ver. Todo hombre debe sonarse su propia nariz y a él mismo incumbe hacer su amor. Pero el amor conyugal también significa relación social, es decir, la propagación de la especie. En otras palabras, el amor es personal, pero el sexo es social, así como el derecho de propiedad es personal, pero su uso es social. El amor contempla al compañero, que es un ser humano; el sexo, a la humanidad. Por su carácter algo automático es evidente que el sexo va más allá de lo personal, sin estar completamente subordinado al control personal, alcanza un punto que llega más allá de la persona, es decir, a la prolongación de la especie humana. Si el sexo fuese dado únicamente por Dios para la satisfacción del individuo, este estaría sujeto, en todos los casos, al control individual, tal como lo está el acto de alimentarse; pero su carácter reflejo sugiere que Dios interviene para conservar la especie, aun cuando el individuo tergiverse su fin social buscando únicamente el placer individual. Este estado

de tensión entre la persona y la especie no es insoluble. Cuando el amor, tanto como el *sexo*, usa de los desahogos normales dados por Dios, la contradicción se resuelve en el hijo. El amor *personal* del marido por la mujer se transforma en una contribución *social* por medio del hijo; pero se recupera al mismo tiempo el elemento personal del amor, pues ellos pueden hablar de «nuestro» hijo. «Mi hijo» o «mi hija» representan la posesión personal de lo social.

Así como el hombre perdió su fe en Dios, la perdió también en el alma, y esto aumentó su estado de tensión, llegando hasta el punto, no solo de serle indiferente si salvaba o no su alma, sino incluso a negar que hubiera un alma que salvar. Al quedarse únicamente con el cuerpo, tuvo que decidir qué parte de él era la más importante. Nada más que dos posibles funciones existían entre las que hacer su elección: o comer lo que preservaba la vida individual, o ayuntarse, lo cual garantizaba la vida social. Las Sagradas Escrituras cuentan que algunos antiguos hacían de su estómago un dios; a nuestros días les quedó hacer lo mismo del sexo. De este modo se ha sustituido la relación de cuerpo-alma-Dios por la tensión de sexo-cuerpo. El sexo se separó entonces del alma y de Dios convirtiéndose únicamente en un medio de satisfacción del hombre, a quien ahora se describe como una «bolsa fisiológica llena de libido psicológica».

No se debe pensar que la diferencia existente entre el punto de vista cristiano y el pagano equivalga a diferencia entre el alma y el cuerpo. La elección nunca debería ser entre el cuerpo y el alma, como si alguno de ellos pudiese estar completamente excluido. Se trata más bien de saber si se da más predominio al cuerpo o al espíritu. Ser contrario al cuerpo, o contrario a cualquiera de sus funciones, es anticristiano, tan anticristiano como ser contrario al alma. El ritmo armonioso de ambos es el cumplimiento del Mandato Divino: «lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (*Mc* 10, 9). Con Dios, el cuerpo se redime del aislacionismo de la simple materia, en tanto que el alma se transfigura gracias a las llamas de la pasión que alimentan tanto a la vida en sí como a la vida engendrada. Sin Dios y sin alma, el cuerpo no tiene ninguna seguridad de la continuación de sus pensamientos ni del fruto de sus pasiones. Con Dios, el cuerpo puede contribuir, ya sea a la ayuda mutua del marido y la mujer, ya a la educación de una familia, ya a los éxtasis de un san Juan de la Cruz.

El tercer estado de tensión se produce entre lo finito y lo infinito. Ningún corazón humano quiere el amor por dos minutos o por dos años, sino para siempre. Nada es tan independiente del tiempo como el amor. En sus momentos románticos emplea el lenguaje de la eternidad, de la divinidad y del cielo, es decir, lo mejor que encuentra para demostrar sus perdurables aspiraciones. Pero, con este deseo vehemente de amar sin saciedad y de entregarnos a un éxtasis sin fin, tenemos una comprensión oscura y confusa de que no lo poseemos completamente. El matrimonio, que empezó como un baile de máscaras, en el que todo parecía hermoso, bueno y romántico, pronto hizo crisis

cuando los esposos se quitaron los antifaces y se pudieron ver las personas tales como eran. Como escribió la poetisa Elizabeth Barrett Browning:

«Sí» fue mi respuesta anoche.
«No» es lo que te digo hoy.
Los colores a la luz de una vela
no son los mismos bajo el sol[2].

Thomas Moore, siguiendo la misma idea, escribió:

¡Ay! Qué ligera causa puede provocar
la discordia entre amantes corazones.
Corazones que el mundo solo había probado en vano
y el dolor solo más estrechamente unido,
que habían resistido las olas tempestuosas,
son abatidos sin embargo en una hora soleada,
como barcos hundidos en el mar,
cuando el cielo era todo tranquilidad[3].

Es una paradoja del amor que el corazón humano, pese a desear un amor eterno y extático, alcance un punto en que se sienta abrumado por demasiado amor y desee dejar de ser amado. Francis Thompson nos cuenta en un poema cómo se hizo amigo de una criatura que alzada en sus brazos lloró y luchó para zafarse. Al reflexionar sobre el caso, pensó si no sería aquella la misma conducta que emplean ciertas almas frente a Dios. Parecería que no estuviesen dispuestas para ser amadas por Él. Un momento semejante se presenta en el orden humano cuando se juega al tira y afloja entre desear y no desear el amor. ¿Qué misteriosa alquimia se produce dentro del corazón humano que lo hace oscilar entre la sensación de no ser amado lo suficiente y la de ser amado demasiado? Fluctuando entre el anhelo y la saciedad, entre el ansia y la aversión, entre el deseo y la satisfacción, el corazón humano se pregunta: ¿Por qué seré yo de esta manera? Cuando llega a la saciedad, el Tú desaparece, en el sentido de que ya no se le precisa. Cuando el anhelo reaparece, el Tú se vuelve necesario. Se siente descontento al ser demasiado amado y un vacío si se es poco.

La explicación de este conflicto es evidente. El corazón humano fue hecho para el Sagrado Corazón del Amor y nadie, sino Dios, puede satisfacerlo. El corazón busca correctamente lo infinito pero se equivoca al tratar de que su compañero finito sustituya a lo infinito. La tensión se resuelve cuando se comprende que los desengaños que ella ha traído son otras tantas advertencias de que uno va por un camino hacia otro amor más

alto. Visto a la luz de Dios, resulta igual ser amado poco o mucho. Cuando el ansia por un amor infinito se contempla como un anhelo de Dios, lo finito del amor terreno es considerado como una señal de que «Nuestros corazones fueron hechos para Ti, ¡oh Señor! y pueden satisfacerse únicamente en Ti».

Cuando el alma sabe que está actuando según los fines de Dios y la salvación de ambas almas, el goce mismo que da la proximidad de la carne resulta también ocasión de alegría para ella y desaparece la lucha entre lo circundante y lo interno. La síntesis de la vida se logra cuando los instintos forman un todo con el espíritu y sirven a los ideales de este. Para el cristiano, en el matrimonio no existe la elección entre el cuerpo y el alma, entre el sexo y el amor: debe aceptar ambos. El matrimonio es una vocación en la que debe estar presente Dios en todas las circunstancias del amor. De esta manera el sueño de los novios de eterna felicidad se convierte en realidad no solo en ellos, sino a través de ellos; ahora se aman no como lo soñaron, sino como Dios lo soñó. La conciliación y el aflojamiento de la tensión son posibles únicamente en quienes saben que se precisan tres sujetos para amar.

Solo Dios puede dar lo que el corazón desea. En el amor cristiano verdadero, el marido y la mujer ven a Dios *a través* de su propio amor. Sin Dios, lo infinito se busca en lo finito del compañero, lo cual es tanto como pedirle peras al olmo. La eternidad está en el alma y todo el materialismo del mundo no podrá desarraigarla. La tragedia de las psicologías materialistas de nuestros días es pretender que una función del cuerpo satisfaga las aspiraciones infinitas del alma; esto crea complejos, mentes inestables y tribunales de divorcio; es igual que pretender poner todas las palabras de un libro en la tapa. Si se elimina del amor humano la intervención divina, queda únicamente la sustitución de un infinito por la repetición cruel de actos finitos. La necesidad de Dios nunca desaparece. Los que niegan la existencia del agua siguen sedientos y los que niegan a Dios lo siguen deseando en su ansia de esa belleza, amor y paz que solo Él es.

El hombre tiene los pies en el barro de la tierra y sus alas en el cielo; sin ser puramente animal ni puramente espíritu, tiene sensaciones como los animales e ideas como los ángeles; es un compuesto misterioso de materia y espíritu; un cuerpo que pertenece a un alma y un alma incompleta sin el cuerpo. El verdadero orden jerárquico presupone la sujeción del cuerpo al alma y de toda la persona a Dios. «Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (*1 Co* 3, 23). El hombre es el pontífice del universo, el «constructor del puente» entre la materia y el espíritu que está suspendido entre un cimiento terreno y otro celestial; es también, fundamentalmente, un ser en *tensión*, con la ansiedad que siente el marinero que va trepando hacia la cofa en un mar tormentoso. Su deber lo llama hacia el puesto de vigía de allá arriba y su apego a la tierra le hace tener miedo de caerse de la escala.

No se puede decir que ningún acto del hombre sea, en todos sus aspectos,

completamente animal o completamente espiritual; aunque produzca ideas espirituales, tales como la de «fortaleza», la materia prima para este pensamiento procederá, no obstante, de los sentidos. Comer y ayuntarse no solo significan una decisión de parte del espíritu, sino también un deleite del espíritu. Dormir es un acto humano; el deseo de dormir es un acto de un ser humano.

No hay un solo error en la historia que no sea una perversión de esta misteriosa unidad de cuerpo y alma. Algunos consideran al cuerpo impuro, como los maniqueos; otros consideran al alma un parásito o un mito, como Freud y Nietzsche. Cada cual ha de decidir por sí mismo cómo resolver esta contradicción entre fuerzas opuestas. Hay solamente dos respuestas posibles: una es dar la primacía al cuerpo, en cuyo caso sufre el alma, y la otra es conceder predominio al alma, en cuyo caso se disciplina al cuerpo. La respuesta cristiana a esta polaridad es inequívoca: «¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?» (*Mt* 16, 26). «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna» (*Mt* 10, 28).

Esta tensión ontológica inherente al hombre, por su composición de polvo y espíritu, ha sido llevada al desorden por el pecado original y es la razón fundamental de que el hombre sufra tentaciones. «Pues la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne; efectivamente, hay entre ellos un antagonismo» (*Ga* 5, 17). «Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil» (*Mt* 26, 41).

La palabra «tentación» nunca se aplica a la disciplina del cuerpo-alma, sino a la servidumbre del alma-cuerpo. Nadie dice: «estuve tentado de dejarlo vivir»; pero se dice: «estuve tentado de matarlo». La regencia del alma es orden, porque aquí el más bajo está sujeto al más alto, así como las plantas están sujetas a los animales y los animales, al hombre. Otorgar la primacía a lo material sobre lo intelectual es un descenso, un aflojar de vínculos, una «caída». Esto no quiere decir que el acto sensitivo sea, en sí mismo, una «tentación»; solo lo es cuando se le disfruta a expensas del alma. El placer de ver una puesta de sol no es enemigo del espíritu, pero el acto sensitivo de la embriaguez es contrario al espíritu. En el primer caso, la razón trasciende el cuerpo e induce al alma a glorificar a Dios por su creación; en el segundo, el cuerpo, que es un vampiro contra el espíritu, pelea contra su tranquilidad, que está condicionada a la observancia del orden del cosmos, es decir, la relación de cuerpo-alma-Dios.

A causa de esta tensión de cuerpo-alma o de animal-espíritu, se puede entender el amor, en los seres humanos, en una de estas dos formas: como primacía del cuerpo o como primacía del alma. En el primer caso el amor es carnal y se identifica con lo que el mundo moderno llama sexo; en el segundo caso el amor es espiritual y físico. Los grandes filósofos han llamado al primero «el amor de la concupiscencia» o el predominio de lo sensitivo, y al segundo, el amor de *benevolencia* o amor por el bien del otro.

También los griegos tenían su forma de expresarlo. *Eros* en su idioma es un deseo apasionado y arrollador de poseer y gozar el afecto de otro. Ágape es el amor basado en la reverencia por la persona; su deleite es fomentar el bienestar del otro y su goce, más que la posesión, es la contemplación. Los dos amores son buenos cuando se entienden. El mandamiento divino de amar al prójimo «como a sí mismo» significa un amor propio legítimo. Aquí, como en los demás casos, se necesitan tres para amar: el amor a sí mismo y el amor al prójimo requieren también el amor a Dios.

La *libido* de la psicología moderna es *Eros* —el amor carnal— divorciado de Ágape —amor a la persona—, es decir, el cuerpo que niega el alma y el ego que se afirma contra Dios. Esta clase de amor fue la que condenó san Pablo: «el deseo de la carne es hostil a Dios» (*Rm* 8, 7). El sexo, considerado en la forma moderna, es el amor de *Eros* desprovisto de responsabilidades; es el deseo sin la obligación; es un deseo ateo porque es un deseo ilegítimo. Por esto el erotismo y el ateísmo van siempre juntos.

Tan pronto como uno limita la palabra *amor* al orden psicológico, inmediatamente es acusado por los sexualistas de decir que el cristiano se opone al amor sexual. El cristiano no se opone al amor sexual, porque, si fuese así, no habría sacramento del matrimonio. La posición del cristianismo se puede expresar como sigue: *El amor carnal es un escalón hacia el Amor Divino. Eros* es el vestíbulo hacia Ágape. *El amor puramente humano es el embrión del amor a Dios*. Encontramos una indicación de esto en Platón, quien sostiene que el amor es el primer paso hacia la religión y cita el amor por las personas bellas transformado en amor por las almas bellas y luego en amor a la justicia, a la bondad y a Dios, que es su fuente.

El amor erótico es, pues, un puente que se cruza, y no un contrafuerte donde uno se sienta a descansar; no es un aeropuerto, sino un aeroplano; siempre va hacia otra parte, hacia adelante y hacia arriba. Todo amor erótico presupone algo incompleto, imperfecto, un anhelo por un fin, una atracción por la felicidad, pues todo amor es un vuelo hacia la inmortalidad. Así como el lago refleja la luna, en toda forma de amor erótico hay una indicación del Amor Divino. El amor por los otros corazones tiende a conducir al amor del Divino Corazón. La carne es para lo eterno como el alimento para el cuerpo, el cuerpo para el alma y lo material para lo espiritual. El sexo es solamente el arranque automático del motor de la familia.

El cristianismo está lleno de ejemplos de esta transfiguración del amor carnal en el divino. El Salvador no aplastó ni extinguió las llamas eróticas que ardían en el corazón de Magdalena, pero Él las transfiguró en un nuevo objeto de afección. El mandato divino dado a la mujer que derramó el ungüento sobre los pies de su Salvador le hizo comprender que el amor que antes dedicaba a su propio placer podía transmutarse en un amor que la haría morir por el amado. Por esta razón, en el preciso momento en que ella derramaba el ungüento y sus pensamientos estaban más próximos a la vida, Nuestro

Señor hizo alusión a Su entierro.

En un plano más elevado encontramos que, gracias a la misteriosa alquimia de la religión, el intenso amor de la Santísima Madre por el hijo de su propia carne se expandió en tal medida que ella llegó a ser la madre de todos los hombres. En el matrimonio, *Eros* conduce hacia Ágape, tal como los hijos conducen —al marido y a la mujer— del amor mutuo al amor hacia otros seres. Así como el fin del voto de castidad es el aplastamiento del egoísmo de la carne para llegar a un servicio más grande en el reino de Dios, el engendramiento de los hijos, en una forma menor, aumenta el campo de acción del sacrificio amoroso por el bien de la familia. En un corazón de sólida base moral, a medida que pasa el tiempo, el amor erótico disminuye y el amor religioso aumenta. En los matrimonios verdaderamente cristianos, el amor a Dios crece en el transcurso de los años, no en el sentido de que el marido y la mujer se amen menos, sino en el de que ellos aman más a Dios. El amor pasa de un afecto superficial a aquellas profundidades íntimas de la persona que incluyen el espíritu Divino. Pocas cosas más bellas ocurren en la vida que cuando la pasión profunda del hombre por la mujer que engendró hijos se transfigura en una pasión más profunda por el Espíritu de Dios. En un matrimonio cristiano, cuando muere uno de los dos, ocurre a veces que no se busca otro cónyuge para que aquel amor tan elevado no descienda a un dominio más bajo, del Ágape al *Eros*.

En el verdadero amor, la transformación de *Eros* en Ágape tiene dos momentos. En el primero, el cuerpo conduce al alma; en el segundo, el alma conduce al cuerpo. Al principio, lo físico domina al alma, hasta el punto que esta es llevada por las alas de la pasión. En el segundo momento el alma predomina, aun entendiendo que el cuerpo desempeñe el papel que le ha sido destinado por Dios. El amor se vuelve entonces más espiritual. La educación moral de los hijos y el profundo interés por su bienestar espiritual son problemas principalísimos en la vida conyugal. De este interés por las almas y su salvación provienen todas las obligaciones. Esta transformación de la primacía de *Eros* en la primacía de Ágape se realiza, generalmente, con sacrificio. Ningún amor alcanza un nivel superior sin pasar por la Cruz. El amor que permanece en un plano horizontal muere.

En la vida de familia, esta transformación de *Eros* en Ágape se realiza generalmente en el nacimiento, cuando muere algo bajo y nace algo más noble. En el amor familiar, la rotura de los vínculos de dualidad por el nacimiento del hijo crea nuevas lealtades, mayor celo en el propio sacrificio y, psicológicamente, libera al marido y a la mujer del egoísmo. La *palabra* «amor» se usa menos, pero el *amor hecho realidad* interviene cada vez más, en calidad de altruismo, bondad y comprensión.

¿Qué ocurre cuando no se ha alcanzado el orden divino y no se emplea el amor erótico como germen para el divino? Esta pregunta indica el fracaso de muchos matrimonios modernos que, en vez de mirar al amor como una ventana hacia el cielo, lo

rebajan con la carne. Cuando los matrimonios carecen de la religión, que muestra que el amor a la carne es el prólogo del amor al espíritu, a menudo adoran al compañero en lugar de Dios. Esta es la esencia de la idolatría, la adoración de la imagen por la realidad, que es como tomar la copia por el original o el marco por la tela.

El amor limitado a la satisfacción de un deseo egoísta solo es una fuerza gastada o una estrella caída. Cuando el amor deliberadamente se niega a emplear las chispas que Dios le dio para encender otros fuegos; cuando cava pozos, pero no extrae agua; cuando aprende a leer, pero no entiende lo que lee, entonces el amor se vuelve contra sí mismo y, al desear solo el goce de su propia vida, termina en odio o en mutua matanza.

Cuando se convierte al otro compañero en ídolo y objeto de adoración, porque no se adora a Dios, el amor erótico se vuelve contra aquel que abusó de él. Cada compañero siente la contradicción sinuosa entre el anhelo infinito por el amor divino que rechazó y sus pobres concepciones y saciedades finitas humanas. Ambos compañeros tratan de vivir el momento en que se cumplirá la promesa de Satanás: «seréis como dioses». Cuando Ágape no refrena a *Eros*, las furias se desatan al descubrir que el otro compañero no es un Dios, mucho menos un ángel y ni siquiera un ángel caído; y como no dio todo lo que prometió dar (ya que era incapaz de dar, porque no era Dios), el otro se siente traicionado, engañado, defraudado y asqueado. Ningún ser humano es amor, sino solamente amable. Solo Dios es amor. Cuando la criatura toma el lugar del Creador y representa al amor, el amor erótico se convierte en odio y se descubre que el otro compañero es de barro; que es mujer en vez de ángel u hombre en vez de Apolo. Cuando termina el éxtasis, la banda deja de tocar y el cava de la vida pierde su espuma, al otro compañero se le llama tramposo, ladrón y, finalmente, se le lleva al tribunal de divorcios con el fundamento de incompatibilidad. ¿Y qué fundamento puede ser más tonto que el de la incompatibilidad entre dos personas? En el mundo, las personas son siempre perfectamente compatibles.

Al buscar un nuevo compañero, se supone que otro ser humano podrá dar lo que solo Dios puede conceder. Los nuevos matrimonios resultan ser, únicamente, la agregación de ceros. En lugar de ver que la razón fundamental del fracaso del matrimonio fue la negativa a usar el amor conyugal como vestíbulo de lo divino, los divorciados piensan que el segundo matrimonio podrá suplir lo que al primero le faltó. El hecho de que un hombre o una mujer busque un nuevo compañero es prueba de que nunca hubo amor, pues, si bien el sexo es reemplazable, el amor no lo es. Las vacas pueden pacer en diversas praderas, pero la persona no puede ser sustituida. Cuando una persona se iguala a un paquete que se juzga únicamente por su envoltura, no pasará mucho tiempo antes de que el oropel se vuelva verde y se descarte el bulto.

Estos procederes esclavizan a la mujer, porque ella es una criatura que depende del tiempo más que el hombre y su seguridad es cada vez menor con los años. Ella se

preocupa mucho más por su edad que el hombre y piensa en el matrimonio en términos de tiempo. El hombre tiene miedo de morir antes de haber vivido, pero la mujer tiene principalmente miedo de morir antes de haber engendrado una vida. La mujer, más que el hombre, quiere el cumplimiento de la vida, porque anhela la prolongación antes que la experiencia de la vida. Dondequiera que las costumbres y las leyes de un país permitan que la mujer pueda ser rechazada por tener manos de fregar platos, ella se convierte en la esclava, no de los platos, sino del hombre.

El amor erótico, aislado del amor divino, es tan egoísta que a veces no permite que crezca una flor que no sea la propia. Puede incluso llegar a ofenderle la conversión a Dios del compañero, con el ridículo fundamento de que tendrá menos dedicación para sí si se ama a Dios, o de que el afecto será más puro, pero menos freudiano. La oposición a la religión es a menudo una de las consecuencias del amor erótico, porque olvida que el amor se agranda por el contacto con la divinidad. Como resultado de ello, las personas quedan reducidas a simples muebles que existen sin otro fin que ser poseídas. A las almas cansadas les da lo mismo que las domine una ideología extraña, un cuerpo, una utopía, la bebida o una píldora; están tan disgustadas consigo mismas, y tan desprovistas de finalidad en la vida, que se entregan con facilidad a cualquier sistema totalitario que las dispense de toda responsabilidad personal. El erotismo y el comunismo, Freud y Marx, no están muy lejos el uno del otro.

Si el amor permaneciese únicamente en la carne y fuese como una semilla amarga que no permite que florezcan otras flores que las propias, el amor sería muy desdichado, porque resultaría un anhelo y no una comunión. El amor que es solo una búsqueda o un anhelo es incompleto. Todo estado incompleto termina en frustración. La dificultad que encuentran todos los casados proviene de la contradicción aparente entre el romance y el matrimonio, entre la caza y la captura. Como cosa, tiene sus alicientes, pero nunca se combinan perfectamente aquí abajo. Con el matrimonio termina el galanteo, y este no presupone el matrimonio. La caza termina con la captura.

¿Cómo hacer frente a esta contradicción? Hay una sola forma para no desilusionar el alma y es comprender que el matrimonio tanto como el galanteo son incompletos. El galanteo fue en realidad una búsqueda de lo infinito y el anhelo de un amor eterno, extático y sin fin, mientras que el matrimonio es la posesión de un amor finito y fragmentario, por más dichosos que puedan ser sus momentos. Se buscaba el jardín y se terminó comiendo la manzana. Se buscaba la melodía y tan solo se encontró una nota.

Aquí el cristianismo dice: No se piense que la vida es una celada o una ilusión. Lo sería únicamente si no hubiese un infinito para satisfacer sus anhelos. El marido y la mujer harían bien en decirse: «Ambos queremos un Amor que nunca muera y que no tenga momentos de odio ni de saciedad. Este amor está más allá de nosotros; empleemos, pues, nuestro amor conyugal el uno para el otro, a fin de llegar a este amor

perfecto y dichoso que es Dios». El amor deja entonces de ser una desilusión y empieza a ser un sacramento, un cauce material y carnal hacia lo espiritual y lo divino. El marido y la mujer comprenden que el amor humano es una chispa de la gran llama de la eternidad; la felicidad que viene de la unidad de dos en una misma carne es un preludio de aquella comunión más grande de dos en un espíritu. El matrimonio se convierte, de esta manera, en un diapasón del canto de los ángeles o en un río que corre hacia el mar. La pareja encuentra una respuesta al misterio fugaz del amor y en cierto modo se produce una reconciliación entre el anhelo y su logro en una unión final con Dios, en la cual la caza y la captura, el romance y el matrimonio, se funden en uno. Pues, siendo Dios un amor eterno y sin límites, se requeriría una eterna caza extática para alcanzar todas sus profundidades. En un mismo y eterno momento se experimenta una sensibilidad ilimitada y se obtiene un goce infinito. Así asciende *Eros* hasta Ágape y ambos marchan hacia la gran revelación otorgada al mundo: DIOS ES AMOR.

V. SE NECESITAN TRES PARA EL AMOR

El amor es la pasión fundamental del hombre. Toda emoción del corazón humano se resume en él. Sin el amor nunca llegaríamos a ser mejores, porque él es un impulso hacia la perfección y la compensación de cuanto carecemos. El amor, en el sentido amplio de la palabra, se encuentra dondequiera que haya vida y tiene las mismas dimensiones que el ser. En toda inclinación hay amor, ya sea en el fuego al arder hacia arriba, en las plantas al florecer, en los animales al procrear o en el hombre al casarse. Los elementos químicos se aman uno al otro por esa ley de la afinidad de un elemento por el otro que hace que dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno formen el agua. Las plantas aman a la tierra, al sol, a la humedad, acatando las leyes de la vegetación establecidas por la Divinidad; los animales aman, fieles a los instintos infundidos por la Divinidad, que los guían hacia el fin para el cual fueron creados. Pero, cuando llegamos al hombre, este no ama debido a un instinto *determinado*, sino guiado por la razón y la libertad, con las cuales él puede elegir libremente lo que completará y perfeccionará su naturaleza. Lo que el instinto es para el animal, el libre albedrío es para el hombre. La elección en el animal es irracional; en el hombre es racional. El amor animal es concreto y está ligado a lo que puede ser gustado, visto, tocado u oído. El amor humano, en cambio, es tan universal como la bondad, la belleza y la verdad. El hombre puede conocer y amar no solo una buena comida, sino también la bondad. No siempre amará lo que es mejor para él, pero, aunque así fuese, nunca se destruirá su poder de amar al Amor que es Dios.

El amor es una inclinación o una tendencia a buscar lo que parece bueno. El amante busca la unión con lo bueno, tendiendo a su propia perfección. El misterio de todo amor precede a cada elección; uno elige porque ama y no ama porque elige. El joven ama a la doncella, no porque la elija entre las doncellas; la elige y la selecciona como única porque la ama. Como dice santo Tomás: «Todas las demás pasiones y apetitos presuponen el amor como su primera raíz». Todas las demás pasiones, aun las que parecen enemigas del amor, se relacionan con él, tales como el temor y el odio. El temor nace de un peligro de perder lo que se ama, ya sea el bienestar, los bienes o los amigos. El odio surge de una antipatía hacia quienes atacan a nuestros amores. El aborrecimiento, el rencor, la envidia y el mal humor son, a fin de cuentas, diferentes formas pervertidas del amor.

El amor es muy distinto al conocimiento. Cuando la mente se enfrenta a algo superior a su entendimiento —por ejemplo, un principio abstracto de metafísica o matemáticas—, lo desmenuza con ejemplos para comprenderlo. Muchos maestros fracasan en su profesión porque no saben simplificar y concretar el tema que enseñan. Tal vez no conozcan bien el tema, pues la mejor prueba de conocer cualquier cosa es tener la habilidad de dar un ejemplo que la ilustre. Al principiante le es más fácil escribir tesis

plagadas de notas a pie de página, donde trata de explicar conocimientos que no ha comprendido, que desarrollar el tema en forma que esté al alcance de todos. Algunas personas conocidas por su erudición más que doctas son abstrusas. El Verbo Encarnado se expresó, en cambio, mediante parábolas ilustrando las verdades eternas, tal como la consideración del bien y del mal por medio de la analogía de separar las ovejas de las cabras. Cuando entendemos algo, podemos explicarlo claramente; si no lo entendemos, jamás podremos explicarlo. El amor se desempeña exactamente al contrario del conocimiento. Va al encuentro de las exigencias de lo que es amado. El intelecto *baja* a su alcance las cosas más elevadas; la voluntad, que es la sede del amor, *se eleva* al alcance del bien que ama. Si se ama la música, se satisfacen las exigencias de la música sometiéndose a sus leyes; si se desea ganar el amor de un poeta, deben cultivarse los valores de la poesía. Cuanto más noble es el amor, más noble es su carácter, porque se eleva para encontrarse con lo amado. Vivimos en el plano de nuestros amores.

Si alguien desea juzgar su propio carácter, no tiene más que responderse a esta pregunta: «¿Qué es lo que yo más quiero?». Pues, como Nuestro Señor dijo: «donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (*Mt* 6, 21). El tema favorito de nuestra conversación indica cuál es nuestro amor más profundo. Sería un error juzgar a la gente solamente por los fragmentos de conversación escuchados por casualidad, en la calle o en la mesa. Eso nos haría pensar que los negocios son el amor más grande de muchos hombres, mientras que para las mujeres lo son la moda o la elegancia. Con todo, existen dos amores fundamentales, que todos tienen sin excepción: el amor a sí mismo y el amor al prójimo. El primero es la base de la propia conservación; el segundo es la raíz de la amistad y de la sociedad. El amor no existe aislado ni independiente; anhela mezclarse con otros, porque es esencialmente una relación. El amor a sí mismo se convierte en amor a otros, ya sea con fines de asociación o de continuación de la humanidad.

Estos dos amores mencionados deberían ir juntos, pero muy a menudo tiran en direcciones opuestas. Por una parte no podemos vivir pendientes de nosotros mismos y amarnos por separado de los demás, porque aquel que está completamente solo se encuentra desesperado. Por otra parte no podemos vivir enteramente pendientes de los demás, pues, aunque nos ofrecen la ocasión de amar, ponen también límites a nuestro amor; lo hacen, ya sea porque no son completamente amables o porque, en realidad, no merecen que nos preocupemos de ellos. Amarse únicamente a sí mismo tiene muchas desventajas: obliga a morar en viviendas demasiado apretadas y precarias para ser cómodas; enfrenta al individuo con un *sí mismo* que en algunos momentos no es amable y ni siquiera tolerable. Y le hace huir de sí mismo al descubrir que uno es superficial y vacuo. Cuando en busca de paz exploramos en las profundidades de nuestro *ego*, a menudo tenemos la sensación de zambullirnos en una piscina sin agua. Después de un tiempo nuestro egocentrismo termina por convertirse en un desengaño de sí mismo,

cuando uno se da cuenta de que no tiene ningún centro a qué referirse. Nadie puede amarse como es debido a sí mismo, si no sabe por qué vive.

El amor es inútil cuando está solo, tal como acontece en el sueño o en la muerte. Únicamente se le posee dándolo a otros. El amor es un signo de nuestra calidad de criaturas; es la mejor prueba de que no somos dioses y de que dentro de nosotros mismos no tenemos todo cuanto necesitamos. Si fuésemos Dios, no tendríamos necesidad de amar otra cosa, pues el amor encontraría su perfección en sí mismo, como es el caso de nuestro creador. Amamos a los demás porque somos imperfectos. Es la señal de nuestra miseria y de que venimos de la nada, porque, experimentado por nosotros mismos, el amor es incompleto y estéril. Al darlo a otros, sin embargo, a menudo nos decepcionamos. Algunos quieren servirse de nosotros; otros, dominarnos. A veces las apariencias nos engañan y la realidad no es lo que esperábamos; aquel a quien considerábamos un ángel bueno, luego resulta ser un ángel caído. Algunos contactos con otras personas actúan como *bumerangs*, que nos retornan más pobres que antes de partir y, por lo tanto, amargados. Muchos corazones, despedazados entre la independencia del propio *ego* y la dependencia de otros *egos*, sacudidos entre el culto de sí mismo y el culto de otros, experimentan un desasosiego y un cansancio que a los ricos los mantienen ocupados acudiendo a los psiquiatras para que les quiten la ansiedad, y a los pobres recurriendo a los curanderos baratos, al alcoholismo y a las pastillas para dormir. Es interesante oír decir a una civilización materialista que el rico sufre una «neurosis de ansiedad» y que el pobre es un simple «loco» o un «chiflado». Al no encontrar una verdadera solución de la tensión suscitada entre el amor de sí mismo y el amor por los demás, el legítimo amor de sí mismo degenera en egoísmo, orgullo, escepticismo y arrogancia; en tanto que el amor por los otros degenera en lujuria, crueldad y odio a lo espiritual. Los cínicos son egoístas decepcionados y los revolucionarios violentos son altruistas enfadados. El amor de sí mismo pervertido creó, cuando alcanzó la política, el individualismo o el liberalismo histórico; el amor por los demás pervertido, cuando alcanzó la política, creó el totalitarismo.

Hay una solución a este problema de la tensión entre el amor al *ego* y el amor al *no-ego*, o la independencia del *ego* y su dependencia de otro *ego*, pero no se la hallará en el *ego* ni en el *no-ego. El error fundamental de la humanidad ha sido imponer que se necesitan solamente dos elementos para el amor: el tú y el yo; o la sociedad y el yo; o la humanidad y el yo. En realidad se necesitan tres: uno, otro y Dios; tú y yo y Dios*. El amor de sí mismo sin el amor de Dios es egoísmo; el amor al prójimo sin amor de Dios abarca solamente a quienes nos agradan y no a quienes nos parecen detestables. No se pueden atar dos palos sin algo además de los palos; como no se puede ligar a las naciones del mundo, salvo por el reconocimiento de una Ley y de una Persona situadas fuera de las naciones mismas. La dualidad en el amor es extinción mediante el agotamiento del

auto-ofrecimiento. *El amor es trino y uno o muere*. Exige tres virtudes: fe, esperanza y caridad, que se entrelazan, purifican y regeneran una a la otra. *Creer* en Dios es arrojarnos en sus brazos; *esperar* en Él es descansar en su corazón con paciencia, en medio de las pruebas y las tribulaciones; *amar* a Dios es participar en su divina naturaleza por la gracia. Si el amor no tuviese fe y confianza, moriría; si el amor no tuviese esperanza, sus sufrimientos serían una tortura, y el amor podría parecer desamorado. El amor a sí mismo, el amor al prójimo y el amor a Dios van juntos, y, cuando se separan, se hacen pedazos.

El amor a sí mismo sin amor a Dios es egoísmo, porque, si no hay Amor Perfecto de Quien nos hizo y para Quien somos destinados, el *ego* se convierte en el centro. Cuando uno se ama a sí mismo en Dios cambia todo el concepto de la propia perfección. Si el *ego* es un absoluto, su perfección se basa en *tener* todo lo que le haga feliz, y en tenerlo a toda costa; esta es la esencia del egoísmo. Si la unión con el Amor Perfecto es el fin de la persona, su perfección consiste no en *tener*, sino en *ser tenido*; no en *poseer*, sino en *ser poseído* o, mejor aún, no en *tener*, sino en *ser*. La unión con la Felicidad Perfecta, o Dios, no es algo extrínseco a nosotros, como una medalla de oro para un estudiante; es más bien algo intrínseco a nuestra naturaleza, es decir, lozano como una flor. Sin aquella unión, nos sentimos descontentos e incompletos. El yo siempre anhela el amor divino. Los impulsos insaciables hacia la felicidad, los éxtasis anticipados de los placeres, el deseo constante de amar sin saciedad, la aspiración por lo que no se puede alcanzar, la tristeza experimentada al llegar a una felicidad menor a lo infinito, todo ello habla de la llamada al casamiento que Dios hace al alma. Así como en el bosque los árboles se inclinan entre otros árboles en busca de la luz, así cada uno se esfuerza por el amor que procede de Dios. Si este amor parece oponerse a los deseos de algunas personas, es solo porque se opone al egoísmo que han desarrollado, pero no a su naturaleza. Dios no le ha dado a uno todo cuanto necesita para su felicidad; retuvo algo que nos es necesario, es decir, a Sí mismo. Aquí encontramos una semejanza entre la desdicha temporal sobre la tierra y la desdicha eterna en el infierno: en ambos casos el alma carece de algo.

No hay jugador de golf norteamericano que no haya oído la historia, teológicamente cierta, de un colega que se fue al infierno y quiso jugar un partido. El Demonio le mostró una cancha de 36 hoyos y un magnífico club, largos *fairways*, obstáculos perfectamente situados, terrenos ondulados y aterciopelados *greens*. El Demonio le entregó un juego de palos tan bien equilibrados, que el jugador tuvo la sensación de haber jugado toda la vida con ellos. Al iniciar el partido, dijo: «¡Qué campo! Deme la bola». El Demonio contestó: «Lo lamento, camarada (en el infierno se llaman entre sí "camarada", y no "hermano"), no tenemos pelota para jugar. Eso es lo malo». Y esto es, justamente, lo que caracteriza al infierno: la falta de esa vida perfecta, verdad perfecta y amor perfecto que es Dios, que es esencial para nuestra felicidad. Dios retiene algo y lo sustrae a la tierra, no como

un castigo, sino como una incitación. El poeta George Herbert nos ha dicho que Dios derramó bienestar, belleza y placer sobre el hombre, pero se retuvo a Sí mismo:

> Pues, si Yo (dijo Él)
> también esta joya concediese a mis criaturas
> adorarían mis dones y no a Mí;
> se apoyarían en la naturaleza,
> y no en el Dios de la naturaleza,
> y ambos saldríamos perdedores.
> Sin embargo, que conserven lo demás;
> pero con un desasosiego doloroso;
> que sean ricos y estén fatigados, para que al fin,
> si no la bondad, al menos el cansancio
> los devuelvan a Mi pecho[4].

Se necesita cierto esfuerzo para crecer en este amor, porque, así como el arte de la pintura se cultiva pintando, la oratoria disertando y el estudio estudiando, así el amor se aprende amando. Hace falta mucho ascetismo para desterrar todos los pensamientos no afectuosos y para que seamos, finalmente, amorosos. El *deseo* de amar es lo que nos hace amantes.

El alma, en su amor a Dios, pasa por cuatro etapas: a) el alma empieza por amarse a sí misma, pero pronto ve su propia insuficiencia, al comprender que esta autoadoración sin Dios es como amar un rayo de sol sin el sol. Puede ser que incluso se considere indigna de ser amada a menos que sea Dios quien le haya otorgado la fuerza del amor o la bondad. b) Dios es amado, no por sí mismo, sino por el bien que proporciona. En esta etapa se hacen peticiones, por cuanto Dios es amado a causa de los favores que da. Este fue el amor de Pedro cuando le preguntó el Señor: «¿Qué obtenemos de ello?». c) Dios es amado por sí mismo y no por nosotros. El alma se interesa más por el Amado que por lo que da el Amado. En el sentido romántico, corresponde a la actitud de la amada que ama al pretendiente no porque le manda rosas, sino porque es amable. Es como el amor de una madre por su hijo; que no espera a cambio ningún favor. d) La etapa final es esa rara circunstancia en que el amor de sí mismo es completamente abandonado, descargado y rendido por el amor de Dios. Esto correspondería al momento en que una madre deja de pensar en su propia vida para salvar a su hijo de la muerte. En esta clase de divino amar el yo no es destruido, sino transfigurado. Es el «amor que deja un dolor en todo otro amor».

Cuando la persona aplica el escalpelo a su alma y analiza su mente, descubre, cada vez más, cuán poco digna es de ser amada. Las huidas de sí mismo, las zambullidas en la

irresponsabilidad de la inconsciencia artificial, prueban que el hombre no puede tolerarse. Pascal definió correctamente el yo sin Dios como despreciable («moí haïssable»). En principio, debiéramos amarnos a nosotros mismos porque Dios nos ama. Si Él vio en nosotros algo meritorio y si murió para salvarnos, tenemos un motivo valedero para amarnos. Así como alguien se siente ennoblecido cuando una persona amiga, hermosa y afable, lo ama, entonces ¿cuál no será el éxtasis de un alma en el momento en que despierta a la estruendosa verdad: ¡Dios me ama!?

Es fácil amar a los que nos aman y nuestro divino Señor nos dijo que en ello no había ninguna recompensa. Pero ¿qué decir de todas esas gentes que nosotros consideramos indignas de ser amadas? Uno de los argumentos sociales más fuertes en favor de Dios es este: Debe haber un Dios, porque, de otra manera, muchas personas no serían amadas. El amor a Dios hace posible que se ame a aquellos que son «difíciles de amar». ¿Por qué, si no, toleraríamos a los que nos odian, a quienes nos mortifican y a los que nos pisotean para conseguir un mejor asiento en el teatro? Hay una sola razón: Por amor a Dios. Pueden ellos no *agradarnos* —pues el agradar es sentimentalismo—, pero podemos amarlos, porque el amar está en la voluntad y sujeto al mandamiento. «Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen» (*Mt* 5, 44). Podemos amar a cualquiera por amor a Dios, porque lo amamos, así como un amante cultivará su afección a la langosta por darle gusto a su amada. Por esto, cuando algún individuo especialmente repulsivo se cruza en nuestro camino y nos sentimos propensos a rechazar su presencia, aun por un breve lapso, deberíamos pensar que Dios podría aparecer y decirnos: «Escucha: Yo lo he tolerado durante cuarenta años; ¿no puedes tolerarlo tú durante diez minutos?».

El amor a Dios también nos recuerda que no deberíamos juzgar al prójimo por su apariencia. Si él tuviese todas las gracias y oportunidades que nosotros hemos tenido, ¡cuánto más amaría él a Dios! Frente al templo, el fariseo que respetaba la ley y daba a los pobres la suma debida del impuesto no era alabado por Dios, en tanto que el publicano que abría su alma a Dios, pidiendo perdón, volvió a su casa perdonado. Este pensamiento hizo que Felipe Neri dijera al ver a un condenado que iba a la horca: «Allí iría Felipe si no mediara la gracia de Dios». Después de un tiempo, todas esas personas que parecían tan poco atrayentes antes resultan mucho mejor que nosotros; llegamos a un punto en que sentimos espiritualmente su culpa como nuestra y, porque les amamos en Dios, cargamos con la penitencia de sus deudas, como el Salvador tomó las nuestras.

De la misma manera, el amor al semejante, cuando está revestido por el amor a Dios, jamás usa al prójimo para su propio placer. Nada ha contribuido tanto a la relajación de las relaciones humanas como la idea de que los amigos se conquistan con halagos. El verdadero amor ayuda al prójimo a cumplir su vocación en Dios y de este modo coincide con la propia. Como san Pablo dijo a los romanos: «Nosotros, los fuertes, debemos

sobrellevar las flaquezas de los endebles y no buscar la satisfacción propia. Que cada uno de nosotros busque agradar al prójimo en lo bueno y para edificación suya» (*Rm* 15, 1-2). En las relaciones humanas, limitamos el horizonte de nuestro afecto a los que amamos. Pocos son los samaritanos que aman a quienes les odian. Pero nada puede ampliar más dicho horizonte que incluir en él no solo a quienes amamos, sino a aquellos que Dios ama, es decir, a todos. Así, el alma se vuelve como Dios, «creadora» de quienes amaremos. En Él se nos hacen amables. El amor a Dios no solamente prolonga así la creación de Dios, sino que continúa también su redención; por lo menos hasta el grado en que nos sea otorgado re-crear o redimir a quienes amamos.

Imaginémonos un gran círculo y, en el centro, rayos de luz que se extiendan radialmente. La luz del centro es Dios y cada uno de nosotros, un rayo. Cuanto más cerca estén los rayos del centro, más cerca estarán entre sí. Cuanto más cerca vivamos de Dios, más íntimamente estaremos ligados a nuestro prójimo. Cuanto más lejos estemos de Dios, más lejos estaremos el uno del otro. Por otra parte, el rayo se vuelve más débil cuanto más está alejado del centro y, cuanto más próximo, es más fuerte.

El secreto de la felicidad está en que cada hombre viva lo más cerca que pueda de Dios y, por lo tanto, más cerca de su prójimo. Esta es la solución para el misterio del Amor. En Él el amor propio resulta perfecto; en Él también amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos y por el mismo motivo. Si yo odio a algún semejante, odio a alguien hecho por Dios; si me amo a mí mismo excluyendo a Dios, es como si me odiase por no considerarme todo lo que debiera.

Al principio el amor parece una contradicción: ¿Cómo puede uno amarse a sí mismo sin ser egoísta? ¿Cómo puede uno amar a los otros sin perderse a sí mismo? La respuesta es: Por el amor a sí mismo y al prójimo en Dios. Por su amor Él nos hace amarnos correctamente a nosotros mismos y al prójimo. Dios nos amó cuando todavía éramos pecadores. El amor de uno mismo salva el egoísmo si ama la propia perfección que se alcanza amando a Dios. Al amar a los demás en la hermandad espiritual de Nuestro Padre, evitamos el totalitarismo o la pérdida del yo absorbido por la masa.

Las pobres almas frustradas, encerradas en sí mismas, mantienen demasiado ocupadas sus pequeñas cabezas egoístas y demasiado ociosos sus pies y manos egoístas. Si se decidiesen a amar a su prójimo por amor a Dios, pronto verían que aman su propia perfección moral, lo cual consiste no en hacer la propia voluntad, sino en vivir de acuerdo a la voluntad de Dios. Esta doble ley del amor a sí mismo y al prójimo en Dios es el secreto de la vida, pues Nuestro Salvador, después de darnos la ley del amor a Dios y al prójimo, dijo: «Haz eso y tendrás la vida» (*Lc* 10, 28).

Dios jamás pensó que el «Yo» y el «Tú» estuviesen separados. Dios no es ningún obstáculo para el completo goce de uno mismo, ni tampoco es un rival en el amor al prójimo. Pero, cuando el amor se vuelve trino y uno, Dios está colocado entre el «Yo» y

el «Tú», impidiendo de esta manera que el «Yo» sea un egoísta y el «Tú», un utensilio o un instrumento de placer. Este amor no es otra cosa que una peregrinación hacia Dios y, para descubrir el motivo por el cual se necesitan tres factores para el amor, debemos mirar dentro del corazón de Dios mismo.

VI. EL AMOR ES TRINO Y UNO

El amor del marido y de la mujer se perfecciona al volverse trino y uno. Existen, por tanto, el amante, el amado y el amor —este, aunque es distinto de los dos primeros, está, sin embargo, en ambos—. Si se tratase solamente de lo *mío* y de lo *tuyo*, habría impenetrabilidad y separación. La unidad no se produce hasta que interviene un tercer elemento actuante, tal como es la tierra donde se entrelazan dos vidas. Se comprende entonces que, ante la impotencia del *Yo* para poseer completamente al *Tú*, hay un lazo exterior que los atrae, convirtiendo el *Yo* y el *Tú* en *Nosotros,* que los protege con su sombra del mismo modo que el Espíritu Santo hizo con María. Esto expresan, sin saberlo, los amantes cuando hablan de «nuestro amor» como de algo diferente a ellos.

Sin el sentido del amor absoluto, que es más fuerte que el amor particular de cada uno por el otro, hay una falsa dualidad que termina en la absorción del *Yo* por el *Tú* o del *Tú* por el *Yo*. En los casos de divorcio, esto se llama «tortura mental» o «dominación»; es, en realidad, egocentrismo, en el que un *ego* se ama a sí mismo en el otro *ego*. El *Yo* es proyectado en el *Tú* y amado en el *Tú*, pero no se ama realmente al *Tú* como persona, sino que se la emplea solo como medio para el placer del *Yo*. Tan pronto como el otro deja de satisfacer, termina el así llamado amor. Nada queda para mantener unida a la pareja, porque falta el tercer elemento. Cuando existen solamente dos, puede haber idolatría; pero después de un tiempo la «diosa» o el «dios» resultan de barro. Hay muchísima diferencia entre amarse a sí mismo en el otro y darse uno y otro al Tercero, quien mantendrá a ambos en un imperecedero amor.

Sin el amor a Dios existe el peligro de que el amor muera por su propio exceso; pero cuando cada uno ama el Fuego de Amor, por encima de sus dos llamas individuales que proceden de Aquel, no hay entonces absorción, sino comunión. El amor al otro es entonces una prueba de que se ama a Dios, porque se le mira en Dios y no puede ser amado fuera de Él. La diferencia entre este amor trino y uno, como base del amor del marido y de la mujer, y su forma moderna, que es una dualidad, con su estado de tensión y su lucha, es la siguiente: en esta última, cada uno ama al otro como a un dios, como a un fin. Pero ningún ser humano puede mantener por mucho tiempo el atributo de la divinidad; es tan imposible como apoyar una estatua de mármol sobre el tallo de una rosa. Cuando la otra «deidad» se desinfla, ya sea porque uno está agotado o acostumbrado a vivir con el «dios» o la «diosa», se produce una sensación espantosa de tedio y de aburrimiento, y se puede llegar a culpar al otro del desengaño. ¡Cuánto más sabios eran los japoneses con respecto a su emperador! Lo consideraban un dios, pero también lo hacían invisible e intocable, porque de otra manera se hubiese descubierto la falacia de su divinidad. Un hombre que se considera a sí mismo un dios debe ocultarse;

de otra manera, su falsa divinidad quedaría desenmascarada. Dios sí puede convertirse inversamente en una criatura y hablar en parábolas. Pero Él jamás perderá su divinidad.

En el amor verdadero, se acepta al otro, no como a un dios, sino como un don de Dios y en este carácter es único e irreemplazable, una garantía sagrada y una misión a cumplir. Como dijo Dante al hablar de Beatriz: «Ella se mira en Dios y yo me miro en ella». Tal vez haya pocos espectáculos más emocionantes que ver al marido y a la mujer orar juntos; esta plegaria, rezada en común, no es igual a la de dos personas cualesquiera que vierten sus corazones en Dios, porque los primeros demuestran un conocimiento del espíritu del amor que los hace uno, y es conveniente que todos sus actos de amor tengan este eterno sabor en el que sus almas en oración y sus cuerpos en el matrimonio demuestran a todos su admiración no solo por Dios, sino también el uno por el otro, por cuanto ambos están predestinados a la eternidad. Como dice Maude Reyden:

«Tú y yo nada valemos para nosotros, pero sí cada uno de nosotros para Aquel Tercero… Innominado que nos unió desde el principio, cegados por una luz deslumbradora cuando nos conocimos, ignorando que el Tercero es más poderoso que nosotros dos. Ahora lo sabemos porque se nos ha revelado entre tu soledad y la mía. Nuestro amor se ha convertido en el testimonio de nuestra imposibilidad para amar, y nuestro vínculo, en el signo de algo que existe sobre nosotros. Ahora lo sabemos porque, como dos polos eternamente separados, eternamente atraídos y obligados el uno hacia el otro, nos mantenemos unidos, no por nosotros, sino para que, en el Yo y en el Tú, aquel Tercero tome forma y con ello nosotros dos también.

»… Para nuestra eterna gratitud, Él ha unido los elementos humanos en nosotros; para nuestra gratitud aún más profunda, nos ha permitido ver en nuestro interior y nos ha llevado, a cada uno por separado, a la convicción de que la suprema soledad de cualquier ser humano es imposible de mitigar por otro ser humano, aun el más amado. Nos ha bendecido con el conocimiento de que el matrimonio, en el lenguaje de la religión, también ha sido creado "hacia Dios"… Él, el Tercero y el único en quien estamos unidos, será en el futuro nuestra ley y nuestra libertad; en Él y por Él nuestro vínculo es sagrado, nuestra soledad mitigada, la naturaleza se libera de su existencia oculta; y el dualismo y oposición de nuestras almas, en su exaltación, se enlazan y se liberan de la tragedia de su separación.

»Por primera vez ahora puedo amarte. Ahora eres más que tú solo; pues mi amor ya no se sumerge en ti, porque llega, más allá de ti, a todo lo que merece ser amado, lo que eres tú para mí. Yo te amo; es decir; yo amo, yo soy una amante, porque tú existes. De aquí en adelante juntos, abarcamos infinitamente más que simplemente el uno y el otro; al abrazarnos damos testimonio de la causa de nuestro abrazo. Tú eres para mí lo mejor que un ser humano puede ser para otro: la señal y la prueba de la bondad de esa esencia de donde surgen todas las cosas. Ya que se dice: Que lo que Dios ha unido ningún

hombre lo separe…, no está en nuestro poder divorciamos —pues nuestro vínculo está atado y protegido por una tercera mano—. Aquí reside, al mismo tiempo, el significado de nuestro dividido yo como el sentido de nuestro "uno para el otro"».

Se necesitan tres para el amor: el vínculo que une al amante y al amado en la tierra es un ideal fuera de ambos. Tan imposible como la lluvia sin nubes, es querer comprender el amor sin Dios. En el Antiguo Testamento se define a Dios como un ser cuya naturaleza es existir: «Yo soy el que soy». Y en el Nuevo Testamento se define a Dios como Amor: «Dios es Amor». Por esto el fundamento de toda filosofía es la *Existencia* y el de toda teología, la *Caridad*, o amor.

Si queremos analizar el misterio de por qué el amor tiene el carácter de trino y uno, comprendiendo al amante, al amado y al amor, debemos remontarnos a Dios mismo. El amor es trino y uno en Dios porque en Él hay tres personas en una misma naturaleza divina. El amor tiene este triple carácter porque es un reflejo del amor de Dios en Quien hay tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Trinidad es la respuesta a las preguntas de Platón. Si hay un solo Dios, ¿qué piensa Él? Él tiene un pensamiento eterno: Su Verbo Eterno o Hijo. Si hay un solo Dios, ¿a quién ama Él? Él ama a su Hijo, y este amor mutuo es el Espíritu Santo. El gran filósofo sondeaba el misterio de la trinidad porque su mente noble sospechaba que un ser infinito debería tener relaciones de pensamiento y amor, y que no se puede concebir a Dios sin pensamiento y amor. Cuando el Verbo se encarnó, el hombre conoció el secreto de estas relaciones y la vida interior de Dios, pues fue Jesucristo, el Hijo de Dios, Quien nos reveló la vida íntima de Dios.

Este misterio de la Trinidad da la respuesta a quienes han descrito a Dios como un Dios egoísta, sentado en medio de un esplendor solitario antes de que empezase el mundo, pues la Trinidad es la revelación de que antes de la creación Dios gozó de la comunión infinita con la Verdad y del abrazo del Amor infinito y, por lo tanto, no tenía necesidad de salir de Él en busca de felicidad. Lo más extraordinario es que, siendo perfecto y gozando de la felicidad perfecta, Él haya hecho el mundo. Y, si Él hizo el mundo, tuvo un solo motivo para hacerlo. No podía agregar nada a Su Perfección; no podía agregar nada a Su verdad, no podía aumentar Su Felicidad. Hizo un mundo solamente porque Él amaba, y el amor tiende a difundirse en los demás.

Por último, el misterio de la Trinidad es el que da la respuesta al interrogante de la felicidad y al significado del Cielo. El Cielo no es un lugar donde se oyen las simples repeticiones vocales de los aleluyas o las monótonas pulsaciones de las arpas. Es un lugar en donde encontramos la plenitud de los más grandes valores de la vida. Es un estado en donde encontramos en su plenitud aquellas cosas que calman la sed de los corazones, colman el hambre de los espíritus hambrientos y dan descanso a los amores no satisfechos. El Cielo es la comunión con la Vida Perfecta, con la Verdad Perfecta y con el

Amor Perfecto: Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo.

Esta es la respuesta al misterio del amor. Amor significa relación: si se vive aislado, se convierte en egoísmo; si es absorbido en la colectividad, pierde su personalidad y, por lo tanto, el derecho de amar. La razón fundamental de que se necesiten tres para el amor es que Dios es amor y Su Amor es trino y uno. Todo amor terrenal que merezca este nombre es el eco de «este potente Amante», que no es un *ego* solitario, sino una sociedad de amor. Así como toda frase comprende un sujeto, un predicado y un objeto, todo amor comprende una triple relación entre el amante, el amado y el amor unificante. Ningún ejemplo es bastante adecuado para describir esta vida interior de Dios. El más sabio de todos los paganos, Aristóteles, describió a Dios como una realidad pura que alcanza hasta donde puede llegar la razón. Él distinguía dos clases de actividades: la *transitiva*, en la que la actividad se mueve de dentro hacia afuera, como el calor de un radiador, y la *inmanente*, que es como el pensar y desear dentro del hombre. Toda vida tiene alguna actividad inmanente, pero es imperfecta porque está ligada con la actividad transitiva. Por ejemplo, el árbol tiene vida inmanente, pero el fruto que produce cae del árbol; el animal tiene vida inmanente, pero, cuando engendra la prole, el animal recién nacido vive una existencia independiente. La actividad inmanente más perfecta en la tierra es la del hombre, el cual puede producir un pensamiento que no cae de su mente como manzana del árbol, sino que permanece dentro de ella para perfeccionarla y enriquecerla.

Dios es una actividad inmanente perfecta. El mejor ejemplo de la vida interior de Dios que podemos encontrar en la tierra es el estudio de la mente humana. Estudiaremos primero su naturaleza, porque refleja débilmente a la Trinidad, y luego la emplearemos para imitar la vida trina y una de Dios.

La mente concibe un pensamiento; por ejemplo, «justicia», «fe» o «equidad». Ninguna de estas ideas tiene medida, peso o color. Nadie ha visto jamás a la «justicia» paseando por un sendero campestre, ni sentada a una mesa. ¿Cuándo se produjo la idea? Fue *engendrada* en la mente tal como el animal engendra su especie; pues hay generación en la mente así como la hay en la vida de una planta o de un animal; pero la generación es espiritual. Hay fecundidad en la mente, como la hay en las especies inferiores, pero aquí la fecundidad es espiritual. Y, porque su generación y fecundidad son espirituales, lo que se engendra permanece en la mente y no cae afuera como el fruto de la semilla del trébol. El embrión del animal formó una vez parte de su madre, pero nació a su debido tiempo; es decir, se separó de la madre. En la concepción intelectual, cuando nace un pensamiento en la mente siempre permanece *dentro* de ella sin separarse. El intelecto protege su juventud en tal forma que los más grandes pensadores de todas las épocas han llamado a la inteligencia la vida superior de la tierra. Este es el

significado de las palabras del salmista: *Intellectum da mihi et vivam*, —dame conocimiento y viviré—. Cuanta más vida interior, más conocimiento se tiene. Puesto que Dios es actividad inmanente perfecta, sin depender de nada que esté fuera de Sí mismo, Él es la Vida Perfecta.

Ahora llegamos a la otra facultad del alma, la voluntad. Así como el intelecto piensa y busca la Verdad, así la voluntad exige y aspira a la Bondad. La elección viene de dentro. La piedra no tiene voluntad; su actividad está enteramente definida por la fuerza impuesta sobre ella desde fuera: debe caer a tierra cuando la suelta la mano, en obediencia servil a la ley de gravitación. Lo mismo que las cosas materiales van dirigidas hacia su destino por las leyes de la naturaleza, así también los animales se dirigen hacia el suyo por el instinto. Hay una monotonía desesperanzada en el funcionamiento del instinto animal. El pájaro no mejora nunca la construcción de su nido. No cambia jamás su estilo románico y pasa a utilizar las ramitas ahorquilladas para expresar la piedad penetrante del gótico. Su actividad le es impuesta; no es libre. En el hombre hay elección y una elección libremente definida por la propia alma; la razón presenta, entre mil blancos, uno solo, y la voluntad elige uno de los muchos proyectiles destinados a aquel blanco. Las simples palabras «muchas gracias» siempre se destacarán como una refutación del determinismo, porque significan que algo que se hizo pudo no haber sido hecho.

Pero la elección no tiende siempre hacia afuera desde dentro, sino que la voluntad a menudo puede buscar su Bondad o Amor en la propia alma y hallar allí sosiego. El amor al deber, la constancia en la virtud, la búsqueda de la verdad y de ideales intelectuales son otras tantas metas inmanentes que prueban que el hombre tiene una actividad interna que sobrepasa en mucho a las criaturas inferiores y le da una supremacía espiritual sobre ellas.

Por eso el hombre es el dueño del universo y por eso está en su derecho de aprovechar las caídas de agua, utilizar las plantas para alimentarse, enjaular al pájaro para escuchar su canto y servir la carne de venado en su mesa. En el universo existe una jerarquía de la vida, y la vida del hombre es más elevada que cualquier otra, no porque tenga poderes nutritivos como una planta, ni poderes generativos como un animal, sino porque tiene el poder de pensar y querer como Dios. Esto constituye su mayor derecho a la vida y, si lo pierde, se vuelve peor que un animal.

El mejor modo para entender la vida inmanente de Dios es estudiar el pensamiento y la voluntad del hombre, los cuales reflejan débilmente el pensamiento y la voluntad de Dios. La actividad inmanente de Dios no puede ser ciertamente una actividad de nutrición, tal como lo es en los animales, porque Dios no tiene cuerpo; puede, sin embargo, compararse en algún modo con cierta actividad espiritual de nuestra alma, principalmente el pensar y el querer. Al estudiar el pensamiento humano, se observan tres

cosas distintas: hay una idea, esta idea nace o se engendra y, finalmente, es personal.

El hombre piensa; piensa una idea del espíritu, tal como «relación». Este pensamiento es una palabra; es una palabra aun antes de que yo la pronuncie, pues la palabra vocal es solo la expresión de la palabra interna que está en la mente. El término griego para «palabra» es «idea». Esta idea, pensamiento o palabra interna nace o se engendra. El pensamiento espiritual «relación» no tiene medida, peso ni color. Nadie jamás lo ha visto, gustado o tocado; y, sin embargo, es real. Es espiritual y, puesto que no está enteramente en el mundo exterior, debe haber sido producido o engendrado por la mente misma. Hay otras maneras de engendrar vida además de la física o carnal. El modo más casto de engendrar vida es la manera por la cual los pensamientos y las ideas nacen en la mente. Puede llamársela (conservando las distancias) la inmaculada concepción de la mente. Por último, la idea, pensamiento o palabra del hombre se hace personal. Algunos pensamientos del hombre son lugares comunes y pensamientos triviales que ningún hombre recuerda; pero hay también pensamientos que son espíritu y vida, como algunos en los que el hombre pone su alma y su ser, todo cuanto ha sido y todo cuanto es. Estos pensamientos pertenecen hasta tal punto al pensador que parecen llevar con ellos su persona y su espíritu, y podemos reconocerlos como pensamientos propios. Por este motivo decimos que este es un pensamiento de Pascal o de Bossuet o de Shakespeare o de Dante.

Aplíquense ahora a Dios estas tres reflexiones del pensamiento humano: a) Dios piensa un pensamiento y este pensamiento es el Verbo (Palabra), b) que es engendrado o nacido y, por lo tanto, se le llama Hijo, y c) finalmente, este Verbo, o Hijo, es Persona.

Dios piensa; Él piensa un pensamiento; este pensamiento de Dios se llama Verbo, así como mi propio pensamiento se llama palabra, aun antes o después de pronunciada, y es una palabra interior. Pero el pensamiento de Dios no es como el nuestro, porque no es múltiple. Dios no piensa un pensamiento o un Verbo (palabra) primero y otro después. En la mente de Dios, los pensamientos no nacen para morir y no mueren para renacer. Todo está presente para Él a un mismo tiempo. En Él hay un solo Verbo (Palabra) porque no precisa otra.

Cuanto más claro comprende algo un hombre, más pronto lo puede resumir en pocas palabras. Cuando los oradores no tienen nada que decir son como ferrocarriles sin una estación terminal. El maestro inteligente en una simple idea entiende las cosas que el hombre ignorante necesitaría muchos libros para comprender. A menudo censuramos a las personas porque tienen pocas ideas. Es bueno recordar que Dios tiene una Idea y esta Idea es la totalidad de toda Verdad. Este Pensamiento o Verbo (Palabra) es infinito e igual a Él mismo; único y absoluto, primogénito del Espíritu de Dios; es un Verbo que dice lo que Dios es; un Verbo del que provienen todas las palabras humanas y del cual las cosas creadas son simplemente letras o sílabas cortadas; un Verbo que es la fuente de toda

ciencia y todo arte en el mundo; los últimos descubrimientos científicos, el nuevo conocimiento de la inmensidad del cosmos, las ciencias biológicas, físicas y químicas, las más elevadas de la metafísica, filosofía y teología, el saber de los Pastores y de los Tres Reyes Magos, todo este conocimiento tiene su Fuente en el Verbo que es la Sabiduría de Dios.

Al Pensamiento Infinito de Dios no se le llama solamente Verbo —para indicar que es la Sabiduría de Dios—, sino que *también se le llama Hijo, porque ha sido engendrado*. El Pensamiento o el Verbo de Dios no proviene del mundo exterior; nace en su naturaleza de un modo mucho más perfecto que aquel por el que es engendrado en mi espíritu el pensamiento de «justicia». Dicho en el lenguaje de las Sagradas Escrituras: «¿Acaso abriré yo la matriz y no dejaré parir? —dice el Señor—. ¿Acaso yo, que hago parir, cerraré la matriz? —dice tu Dios—» (*Is* 66, 9). La fuente original de toda generación o nacimiento es Dios, cuyo Verbo nació de Él. Por lo tanto, el Verbo se llama Hijo. Tal como, en el orden humano, el origen de toda generación se llama Padre, así también, en la Trinidad, el principio de generación espiritual se llama Padre y el que ha sido engendrado se llama Hijo, porque Él es la perfecta imagen y semejanza del Padre. Si un padre terrenal puede transmitir al hijo toda la nobleza de su carácter y los rasgos hermosos de su vida, ¡cuánto más no podrá el Padre celestial comunicar a su propio Hijo eterno toda la nobleza, la perfección y la eternidad de su ser! Dios Padre se relaciona con Dios Hijo como el Pensador Eterno se relaciona con su Pensamiento Eterno.

Por último, este Verbo o Hijo, nacido del Dios Eterno, se hace persona. El pensamiento de Dios no es vulgar, como los nuestros, sino que alcanza a lo más insondable de todo lo que es conocido o por conocer. En este pensamiento o Verbo, se pone Dios, tan enteramente, que dicho pensamiento es tan viviente como Él, tan perfecto como Él y tan infinito como Él. Y, si un genio humano puede poner toda su persona en un pensamiento, Dios, de un modo más perfecto, puede poner tanto de Sí mismo en un pensamiento que este pensamiento, Verbo o Hijo, adquiere conciencia de Él mismo y es una Persona Divina. Nosotros los humanos podemos conocernos, pero primero conocemos el mundo exterior; luego llegamos a conocernos como consecuencia de conocer al mundo, pero dependemos de cuanto hay fuera de nosotros. Dios se conoce a Sí mismo sin ninguna ayuda original del mundo exterior. Dios tiene una idea de Sí mismo, como un rostro que se refleja en un espejo, pero esta idea es tan profunda y refleja en tal forma Su Naturaleza que llega a ser una Persona.

Por lo tanto, el Padre no existe primero y piensa después; porque el Padre y el Hijo son coeternos, pues en Dios todo es presente e inmutable. Un padre descreído le dijo un día a su hijo que volvía del catecismo: «¿Qué has aprendido hoy?». El chico respondió: «He aprendido que hay Tres Personas en Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que las tres son Iguales». El padre replicó: «¡Pero esto es ridículo! Yo soy tu padre y tú eres mi

hijo. No somos iguales. Yo existí mucho antes que tú». Y recibió la siguiente respuesta: «Oh no, no es así; tú no has empezado a ser padre hasta que yo empecé a ser hijo». La relación entre el padre y el hijo en la tierra es contemporánea, así como la relación entre el Padre y el Hijo es coeterna. Nada es nuevo y nada se pierde. Así pudo decir el Padre, en el éxtasis de la primera y verdadera paternidad, al contemplar su Imagen, su Verbo, su Hijo: «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy» (*Hch* 13, 33). «Hoy», el hoy de la eternidad, es decir, la duración indivisible de ser infinitamente. «Hoy», porque jamás terminará como nunca empezó, porque es el hoy de la eternidad de todos los tiempos: «Tú eres Hijo mío».

Remóntese al origen del mundo, acumúlese siglo sobre siglo, período sobre período, época sobre época; «El Verbo estaba con Dios». Remóntese hasta antes de la creación de los ángeles, antes de que el arcángel Miguel condujera a la victoria a sus huestes guerreras y antes de que apareciese el resplandor arcangélico; aun entonces, «El Verbo estaba con Dios». Este Verbo fue el que inspiró a san Juan el principio de su Evangelio cuando escribió: «En el principio era ya el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios». Tal como mis pensamientos íntimos no se manifiestan sin la palabra hablada, el Verbo, en el lenguaje de Juan, «se hizo carne y habitó en medio de nosotros». Y este Verbo no es otro sino la Segunda Persona de la Santísima Trinidad; el Verbo que abarca el principio y el fin de todas las cosas; el Verbo que existió antes de la creación; el Verbo que presidió la creación como Rey del Universo; el Verbo hecho carne en Belén; el Verbo hecho carne en la cruz y el Verbo hecho carne que vive con la divinidad y la humanidad en el Emmanuel Eucarístico.

Aquel Viernes Santo de hace veinte siglos no señaló el fin de Él, como tampoco indicó su principio. Es uno de los momentos del Verbo Eterno de Dios. Jesucristo tiene una prehistoria que es prehistoria; es una prehistoria que no debe estudiarse en las rocas de la tierra ni en las cavernas de los hombres, ni en el limo ni en el polvo de las junglas primitivas, sino en el corazón del Padre Eterno. Solo Él ha hecho historia de la historia; solo Él, desde entonces, ha clasificado todos los acontecimientos humanos en dos períodos —el anterior y el posterior a Su venida— a fin de que, si nosotros alguna vez negáramos que el Verbo se hizo carne y que el Hijo de Dios se hizo Hijo del Hombre, tuviésemos que fechar nuestra negativa mil novecientos años después de Su venida.

En el mundo, toda mente y todo corazón aspiran a este Amor que es la esencia misma de Dios. Todos queremos Sabiduría, Ciencia y Verdad; pero no en libros, teoremas y abstracciones. La Verdad no nos atrae si no es personal. Ningún sistema puramente filosófico puede mantener mucho tiempo la constancia de los hombres. Pero, tan pronto como la Verdad se encarna en una persona, es entonces dinámica y magnética; en ninguna otra parte encontraremos la vida idéntica a la verdad excepto en el Verbo de Dios, que fue nuestro Señor Jesucristo. Un maestro dirá: «Seguid mi código»;

«Observad mi modo de enseñar». Solamente Nuestro Señor, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, pudo decir: «Yo soy la Verdad». Por primera vez en la historia como en toda la eternidad en Dios, ¡la *Verdad se hizo Persona*!

Pero la generación no explica toda la historia de la vida íntima de Dios, pues, si Dios es fuente de toda vida y verdad y bondad en el mundo, también tiene Voluntad además de Intelecto, y también tiene Amor además de Pensamiento. Nada puede amarse si no es conocido. No hay amor para lo desconocido. Amor significa conocimiento. El intelecto establece la meta o el blanco; la voluntad es el conjunto del arco y la flecha dirigida hacia el blanco. Dondequiera que encontramos algo bueno nos sentimos atraídos hacia ello, y, cuanto más bueno, más deseable es, ya sea un alimento, unas vacaciones o un corazón humano. Siempre que el amor es profundo e intenso se produce una transformación profunda en el alma, porque el amor forja algo en nosotros, nos afecta tan hondamente que el único modo de expresarlo es con el *suspiro* del enamorado, que corresponde a la palabra latina *spiritus*. Cuanto más profundo es el amor, más mudo es. Byron habló del «suspiro contenido, que nos corroe en la caverna del corazón».

En su divina Esencia, el Padre no solo contempla al Hijo, que es su Eterna Imagen, sino que, además, como consecuencia del amor del uno, se produce un *soplo* o un acto de mutuo amor que se llama Espíritu Santo. Tal como hablar significa pronunciar una palabra y florecer significa nacer capullos, así amar es respirar, suspirar, *insuflar* amor. Así como sabemos que un rosal está en flor por sus capullos, el Padre, por su Verbo, da una expresión intelectual a todo conocimiento. Sabemos ahora que el Padre y el Hijo se aman, tanto por sí mismos como por nosotros, a través del Espíritu Santo de Amor. Este mutuo amor del Padre por el Hijo y del Hijo por el Padre no es un amor efímero, como el nuestro, sino eterno y tan arraigado en la Esencia divina que llega a hacerse persona. Por este motivo, también se llama Persona al Espíritu Santo. A veces se dice que el amor de un amigo por otro amigo los convierte en una *sola alma*, pero en ningún sentido aquel amor alienta para crear una nueva persona. En la familia, sin embargo, la analogía es mejor, porque el amor mutuo de marido y mujer otorga su *soplo*, no enteramente en el orden espiritual, sino en el orden del espíritu y la materia en una nueva persona que es el vínculo de su amor. Pero todo esto es imperfecto, ya que, prescindiendo del gran amor que puede haber entre los seres humanos, lo bueno que se ama permanece separado y como algo externo a los amantes. Un beso es señal de amor; es como dar la propia respiración, o el espíritu, inseparable de la vida misma. El fin de todo amor es tomar al amado dentro de sí para poseerlo, identificándose con él. Una madre que estrecha a su hijo contra su pecho está tratando que la criatura se haga una con ella en el amor. «Te tengo en mi corazón» es otra expresión romántica del mismo deseo de unidad por medio del amor, porque este, como veremos, tiende, por naturaleza, a unificar.

Mas, a pesar del deseo de ser uno con el amado, debe sin embargo existir una

distinción. Si la otra persona fuese destruida, no habría Amor. La unidad no debe significar absorción, ni aniquilamiento, ni destrucción, sino la plenitud de uno en el otro. ¡Ser uno sin dejar de ser distinto. He aquí la paradoja del amor! En esta vida no podemos alcanzar este ideal, porque, al mismo tiempo que almas, tenemos cuerpos. No se puede interpretar lo que es material. Después de la unión en la carne, uno vuelve al yo individual. La máxima aproximación a que podemos llegar a eso en la tierra es la Santa Comunión, pero ella también es el reflejo de un amor más elevado. Nunca podemos darnos completamente a otros, ni tampoco pueden los otros ser completamente nuestros. Todo amor terrenal sufre por la incapacidad de los enamorados para ser uno y sin embargo distintos. Los mayores sufrimientos del amor provienen de la exteriorización y separación del amado. En Dios, el amor que une al Padre y al Hijo es una llama viva, o el Beso Eterno del Padre y del Hijo.

En el amor humano no hay nada bastante profundo para que el amor del uno por el otro se personalice, pero en Dios el Espíritu del Amor que une a los dos es tan persona que se le llama el Espíritu Santo. Es un hecho de la naturaleza que todo ser ama su propia perfección. La perfección del ojo es el color y ama la belleza de la puesta de sol. La perfección del oído es el sonido y ama la armonía de una obertura de Beethoven o de una sonata de Chopin. El amor tiene dos extremos: el que ama y el que es amado y son recíprocos: yo amo y soy amado. Entre mi yo y el que amo hay un vínculo. No es mi amor, no es su amor, es *nuestro* amor: el misterioso resultado de dos afectos, un lazo que encadena y un abrazo en el cual dos corazones laten con una sencilla alegría. El Padre ama al Hijo, Imagen de su Perfección, y el Hijo ama al Padre que lo engendró. No hay amor solamente en el Padre, ni amor solamente en el Hijo. El Padre ama al Hijo que Él engendró y el Hijo ama al Padre que lo engendró. Se contemplan ambos, se aman, se unen en un amor tan fuerte, potente y perfecto que forma un vínculo vivo entre ellos. Su amor no puede manifestarse en nada inferior a una persona, que es el Amor, porque ellos se dan en un amor tan infinito semejante a la verdad que se expresa solo en la entrega de toda una persona. Un amor tan elevado no habla, no llora, no se dice con palabras ni con cánticos; se expresa como lo hacemos en los momentos inefables que indican el propio agotamiento de nuestra entrega, es decir, con un suspiro o un aliento, y por esto a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad se la llama el Espíritu Santo porque es algo tan profundo que hace difícil encontrar palabras adecuadas para describirlo.

Así como el Hijo es Dios manifestándose eternamente a Sí mismo (es decir, la propia conciencia eterna de todo el ser), así, el Espíritu Santo es Dios en el acto de amar (es decir, dándose sin reservas). El Espíritu Santo es el espíritu del Padre y es el espíritu del Hijo, pero el Espíritu Santo personifica además lo que el Padre y el Hijo tienen en común. El amor no es una propiedad en Dios como lo es en nosotros, puesto que hay momentos en que nosotros no amamos. Se deduce que el Espíritu Santo también será el

vínculo de amor entre los hombres, porque es el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo. Por esto Nuestro Señor, en la noche de la Última Cena, dijo que, así como: Él y el Padre eran uno en el Espíritu Santo, así los hombres serían uno en su Cuerpo Místico, pues Él enviaría su Espíritu para que fuesen uno.

A la naturaleza de Dios le es necesario el Espíritu Santo que es su amorosa armonía. Los hombres, sin necesidad de pensar mucho, siempre han reconocido que el amor es una fuerza unitiva y coherente en la sociedad humana, así como han visto en el odio el motivo de su desintegración y caos. Dios, al crear el mundo, le dio un influjo de gravitación que afecta a todo, y del mismo modo puso en los corazones otra ley de gravitación, que es la ley del amor, para que se sientan otra vez atraídos al centro y fuente del Amor que es Él mismo. San Agustín dijo: «Mi amor es mi carga», lo que significa que toda alma tiene un anhelo vehemente de volver a la Fuente de Origen, al Divino Corazón o Centro. En la naturaleza todo es deseo y, con cierta propiedad, el Cielo se ha descrito como una «Naturaleza llena de Vida Divina cautivada por el Deseo». El amor es la última morada del alma.

El aliento de amor en Dios no es pasajero, como el nuestro, sino un espíritu eterno. Nadie sabe cómo sucede esto, pero, por el testimonio de la revelación de Dios, sabemos que el mismo Espíritu Santo cubrió a la Santísima Virgen María y que Aquel que nació de Ella fue llamado Hijo de Dios. Nuestro Señor habló del mismo Espíritu a Nicodemo cuando le dijo que debía volver a nacer del «agua y del Espíritu Santo». Nuestro Señor, en la Última Cena, habló del propio Espíritu cuando dijo: «Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío» (*Jn* 16, 14). En este pasaje Nuestro Señor dice a sus discípulos que el Espíritu Santo que ha de venir revelará en el futuro el conocimiento divino que le ha sido comunicado en el soplo de amor del Padre y del Hijo. Es el mismo Espíritu que, en cumplimiento de la promesa, descendió sobre los Apóstoles el día de Pentecostés *y* se convirtió en el alma de la Iglesia: «Cuando venga Él, el Espíritu de verdad, os guiará hasta la verdad plena» (*Jn* 16, 13). La sucesión continua e ininterrumpida de la verdad comunicada por Cristo a su Iglesia ha sobrevivido hasta nuestros días, no por la organización humana de la Iglesia, porque esta es conducida por frágiles barcos, sino por la prodigalidad del Espíritu de Amor *y* Verdad sobre el Vicario de Cristo y sobre todos aquellos que pertenecen al Cuerpo Místico de Cristo que es su Iglesia.

La Vida Divina es una armonía eterna de tres en la unidad: Tres Personas en una Naturaleza. Si Dios no tuviese Hijo, Él no sería Padre y, si Él fuese una unidad individual, no podría amar hasta haber hecho algo que fuese menos que Él. Nadie es bueno si Él no da. Si Él no diese en la forma más elevada por la generación, no sería bueno y, si Él no fuese bueno, sería el terror. Antes de que empezara el mundo, Dios era bueno en Sí mismo, porque Él había engendrado eternamente un Hijo. No hay ningún

acto en Dios que no sea Dios mismo. Por lo tanto, Dios es el eterno torbellino de amor que siempre está en bienaventurada actividad, porque Él es tres y, sin embargo, uno; porque procede de una Naturaleza que es Dios. Este es la Fuente Pura de todo amor, de donde recibimos todos sus rayos dispersos. Esta es la Fuente, el Río y el Mar de todo amor. Paternidad, maternidad, descendencia, esponsales, amistad, amor conyugal, patriotismo, instinto, atracción, toda acción recíproca, toda generación, dan una débil medida de la figura de Dios. El padre y la madre, en su unidad, constituyen un principio de generación completa, y el hijo nacido de este principio está ligado a los padres por un espíritu: el espíritu de la familia. Este espíritu no procede únicamente del amor de los padres por sus hijos, sino de la reciprocidad de su afecto. El espíritu de amor en los padres es, a un mismo tiempo, deseo, compasión, ternura y soportar y sufrir todo por los hijos. En los hijos es un tributo como el que los pájaros otorgan a las ramas en la primavera. El espíritu de la familia es tan necesario a la familia en formación, como lo es el Espíritu Santo para el amor del Padre y del Hijo.

Tres en uno: Padre, Hijo y Espíritu Santo; Tres Personas en un solo Dios; Uno en esencia con distinción de Personas. Tal es el misterio de la Trinidad, tal es la Vida Íntima de Dios. De igual modo que soy, sé y amo, y, sin embargo, soy una naturaleza; de igual modo que los tres ángulos de un triángulo, que no hacen tres triángulos sino uno solo; tal como la fuerza, la luz y el calor del sol, que no hacen tres soles sino uno; tal como el agua, el aire y el vapor, que son todas manifestaciones de la misma substancia H_2O, tal como la forma, el color y el perfume de la rosa, que no hacen tres rosas sino una; tal como nuestra vida, nuestro intelecto y nuestra voluntad, que no hacen tres substancias sino una; tal como 1x1x1 que no es igual a 3 sino a 1, así también, de una manera mucho más misteriosa aún, hay tres Personas en Dios y, sin embargo, un solo Dios. William Drummond cantó:

Dios inefable, omnipotente, libre de todo,
solo Tú vives, y cada cosa vive por Ti.
Ninguna alegría ni perfección has recibido
por el esfuerzo del gran marco de este mundo.
Desde que el sol, la luna y las estrellas iniciaron su carrera desvelada,
y se pintó de púrpura la redonda voz del cielo,
desde que el aire tiene nubes y las nubes lloran sus sombras,
desde que el mar abrazó a la tierra y la tierra a las desnudas flores
vives felizmente; nada te ha dado el mundo.
Todo en Ti mismo, a Ti te has satisfecho.
Una tenue sombra de bien no aparece,
ni una huella gastada por el tiempo que en Ti no brille claramente;

suma de perfecciones, causa primera de todas las causas,
medio, fin y principio donde todo bien reposa,
de Tu sustancia, sin diferencia alguna,
engendraste en la eternidad a Tu Hijo,
único nacimiento de Tu mente inmutable,
Tu imagen, más idéntica
que luz en la luz, no engendrada por la voluntad,
sino por la naturaleza; y, sin embargo, toda y la misma esencia que Tú mismo; pues Tú nada posees
que Él no tenga, y en nada es Él menor
que Tú, su gran padre. En esta luz
doble y eterna se encendió Tu espíritu, eternamente, que contigo es uno mismo,
santísima merced, embajador, nudo, llama.
¡Sagrada Trinidad! ¡Oh, el más único!
Padre no procreado, cada hijo procreado
ha recibido de Ambos el aliento. Habéis sido, sois, seréis, benditos Tres en Uno y Uno en Tres,
incomprensibles por vuestra inalcanzable altura, inadvertidos por vuestra excesiva luz.
Así en nuestras almas, tres y sin embargo uno son también
el entendimiento, la voluntad y la memoria;
Así, aunque distinto, el planeta de los días, apenas fue creado, creó sus rayos,
que son su descendencia, y de ambos fue arrojada
la luz rosada que conforta al mundo
sin que nadie precediera a nadie. Así el pozo,
la fuente y el arroyo que de ellos han nacido,
no son sino una misma esencia, y en nada
difieren, salvo en su orden, y nuestro pensamiento
en ellos no discierne el fluir del tiempo,
sino que los tres distintamente una esencia reclaman.
Pero estas cosas no Te expresan; ¿quién podrá
declarar Tu ser? Asombrados están los hombres y los ángeles;
quien quiera penetrar en el Edén con la razón o el ingenio
encontrará un querubín que lo aparte de allí[5].

Y a su vez, John Donne nos dijo:

Asedia mi corazón, Dios de tres personas, pues hasta ahora

solo has llamado, respirado, brillado y tratado de enmendarme.
Para que pueda alzarme y erguirme, derríbame. Y haz
que tu fuerza queme, rompa, golpee y así me reconstruya.
Yo, como una ciudad usurpada, ajena,
me esfuerzo en permitir tu entrada; pero, oh, sin resultado,
en mí razona tu virrey y quiere defenderme;
cautivo está y se muestra indolente o mentiroso.
Sin embargo, te amo hondamente *y* querría ser amado,
pero estoy prometido a tu enemigo.
Divórciame, desátame, rompe de nuevo el nudo;
llévame a ti, aprisióname, pues nunca,
si no me esclavizas, seré libre,
nunca, si no me ultrajas, casto[6].

El amor es mejor comprendido cuando se le ve en su perfección y no en sus fragmentos separados. Visto en el cielo, podrá ser definido en la tierra. Por la anterior explicación de la Trinidad conocemos la definición del amor: *El amor es un mutuo don de sí mismo que termina en una mutua recuperación*. Ante todo, debe ser un don, porque nada es bueno si no da. Sin efusión propia no hay amor. Dios es bueno porque hizo el mundo; pero antes ya existía esta difusión *extrínseca* de su Bondad que fue la generación eterna del Hijo, que es «el esplendor de la gloria del Padre, la imagen de su substancia». Aplicado al matrimonio, el amor es, ante todo, el mutuo don de sí mismo, pues la mayor alegría del amor consiste en sujetarse al yugo y servir, entregándose, sin que haya pérdida ni separación. Ellos que son dos, el Padre *y* el Hijo, son uno en la Naturaleza Divina, modelo celestial del matrimonio donde dos son una misma carne.

Pero, si el amor fuese solo un mutuo darse a sí mismo, terminaría en el agotamiento o en una llama en la que ambos se consumirían. El mutuo darse a sí mismo también implica la propia recuperación. El ejemplo perfecto de esta recuperación, en la que nada se pierde, es la Trinidad donde el Amor gira sobre sí mismo en una consumación eterna. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no se unen como dos ríos que corren hacia el mar, pues en este caso significa la mezcla de dos unidades extrañas. En la Eterna Divinidad existe lo que los teólogos llaman la «circuminsesión» que significa que ellos son «co-inherentes» uno en el otro, para que el acto de cada uno sea el acto de Dios. El amor de Dios da la vuelta *y* revierte en sí mismo. Y así Dios es Sociedad, en el sentido de que en su única Naturaleza Divina hay una eterna comunión de vida, verdad *y* amor. Dios no se relaciona con otra cosa que no sea Él mismo, y esta triple relación de vida, verdad y amor se llama la Trinidad. En el mundo material debe haber un intermediario entre los objetos. Por esto los primitivos hombres de ciencia decían que había éter en el universo.

En Dios, el Padre y el Hijo no pueden estar unidos fuera de Dios por nada que no sea el amor. Por lo tanto, Dios es un torbellino de amor, siempre integrado por la incesante acción del ser, de la sabiduría *y* del amor, *y*, no obstante, lleno siempre de serenidad, porque para su plenitud nada le hace falta fuera de la divinidad.

Puesto que el amor significa un mutuo don de sí mismo que termina en la propia recuperación, el amor del marido y la mujer, en obediencia al orden que los creó, debe «crecer y multiplicarse». Como el amor de la tierra y del árbol, el matrimonio debe fructificar en un nuevo amor. Habrá un mutuo don de sí mismo cuando se supere la impotencia individual, y se colme la medida que falta en las reservas del otro; hay propia recuperación cuando los esposos engendran, no la simple suma de ellos, sino una nueva vida que los hace una trinidad terrena. Así como las Tres Personas Divinas no pierden su personalidad en la unidad de su esencia, porque permanecen distintas, así, el amor del marido y la mujer deja distintas sus almas. Así como del amor del Padre y del Hijo procede una tercera persona distinta, el Espíritu Santo, así, de una manera imperfecta, del amor del marido y la mujer procede el hijo, que es un vínculo de unión que da amor a ambos en el espíritu de la familia. El número de hijos no altera la trinidad básica de la familia, pues son numerosos los frutos del don otorgado por el Altísimo y uno de ellos es Él mismo. El sacramento del Matrimonio es la imagen de la Trinidad, porque es un amor que da vida y una vida que da amor. Así como la riqueza del Espíritu Santo del Amor se ofrece a los que viven bajo su estímulo, el matrimonio, vivido como Dios quiere que se viva, asocia los compañeros a la alegría creadora del Padre, al amor del propio sacrificio del Hijo y al amor unificante del Espíritu Santo. Hasta los que no tienen fe hablan de su mutuo amor en tercera persona. Dicen «nuestro amor»; hablan del amor como si fuese una tercera persona común a ellos, que les perteneciera y que los uniera de una manera misteriosa; pagan, sin saberlo, el tributo al ejemplo misterioso de su unión. Esta Tercera Persona, *altissimum donum Dei*, también se ofrece a estos seres humanos para unirlos en el amor, en la medida en que la pareja lo acepte como «espíritu» de su unión. El matrimonio es una trinidad, aun sin hijos, siempre que no haya culpa de los padres, y, cuando llega el hijo, el amor se ha encarnado.

El amor al principio es dual y luego trino y uno. La dualidad o «dos en el amor» es el consuelo que Dios proveyó dada nuestra limitación. «No es bueno que el hombre esté solo» (*Gn* 2, 18). El amor perfecto es trino y uno, ya sea en el sentido de que recurre a «nuestro amor» como a algo situado fuera de ambos, procedente de Dios, o al «fruto de nuestro amor», que es el hijo, cuyo espíritu o alma proviene de Dios.

El amor que solamente da, termina en el agotamiento; el amor que solamente busca, perece en su egoísmo. El amor que siempre trata de dar y nunca es defraudado en recibir es el reflejo de la Trinidad en la tierra y, por lo tanto, un goce anticipado del cielo. El padre, la madre y el hijo son tres personas en la unidad de la naturaleza humana: así es la

ley del amor, trino y uno tanto en el cielo como en la tierra; «todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (*1 Jn* 4, 7). El amor es un eterno don mutuo de sí mismo; y es la recuperación, en la carne, en el alma o en el cielo, de todo lo que se dio y se sacrificó, porque en el amor no se pierde ningún fragmento.

VII. LA REVELACIÓN DEL MISTERIO

La filosofía pagana del sexo encara la vida como un descenso, porque, en relación con el envejecimiento, va perdiendo la energía física y tiene la terrible perspectiva de la muerte. Por el contrario, la filosofía cristiana del amor significa un ascenso, porque, a pesar de que el cuerpo envejece, el espíritu se rejuvenece y el amor a menudo es más intenso. El tiempo trae consigo la revelación del misterio del amor. La diferencia entre el sexo y el amor es igual a la diferencia que hay entre una educación sin filosofía de la vida y otra con un factor que la integra. El sistema sin filosofía valora el progreso en términos de *sustitución*. Spencer es sustituido por Kant, Marx por Spencer y Freud por Marx. No hay más continuidad en el desarrollo mental de la que podría haber si el automóvil brotara del coche de caballos. En la educación cristiana, en cambio, hay una profundización del misterio que empieza con esta simple verdad de «Dios existe». Cuando se estudia la ciencia, en lugar de abandonar tal idea, se profundiza el conocimiento de Dios con el estudio de la Trinidad y luego aparecen las asombrosas ramificaciones del Poder Divino en el universo, de la Divina Providencia en la historia y de la Divina Misericordia en el corazón humano.

Lo mismo ocurre con el amor. El matrimonio cristiano es la profundización del misterio en dos formas: primero, al fundar una familia y, segundo, al ascender en el amor.

Aun en el amor humano más noble llega un momento en que uno «se acostumbra» a lo mejor, tal como los joyeros pierden la emoción de ver piedras preciosas. Siempre debe haber un misterio en la vida. Cuando desaparece, la vida se vuelve trivial. Es de pensar si el motivo de la actual popularidad de que gozan los crímenes misteriosos no será para llenar el vacío creado por la pérdida de los misterios de la fe, este interés extremo es señal de que a la gente le interesa más *cómo* se mata a una persona que la suerte eterna del que mata. La alegría de vivir desaparece cuando en la vida no queda nada por revelar *y* descubrir. El gusto de la vida proviene, en parte, de que todavía hay una puerta sin abrir, un velo sin descorrer, una nota sin tocar.

Nadie se mantiene sediento indefinidamente si está al borde del pozo. Hay poco deseo por lo que se posee *y* ninguna esperanza por lo que ya es nuestro. A menudo el matrimonio termina con el romance, dando por acabada la caza *y* considerando ganado el juego. Al darlo todo por concedido, se pierde la sensibilidad y la delicadeza, condición esencial de la amistad y de la felicidad. Esto es especialmente verdad en algunos matrimonios en los que hay posesión sin deseo o conquista sin la emoción de vencer.

El modo cristiano de preservar el misterio y, por lo tanto, la atracción consiste en

develar el amor en la generación siguiente, es decir, haciendo que el amor sea trino *y* uno. La vida moderna está regida por la idea de que la belleza en la mujer y el vigor en el hombre son propiedades permanentes. Todo el mecanismo de los anuncios modernos lleva a estas mentiras. Se le dice al hombre que, si come cierta clase de alimentos crujientes y quebradizos, podrá disminuir diez golpes en su golf, y que, si toma unas pocas píldoras, pronto tendrá un excelente cutis; a la mujer, a su vez, se le dice que la belleza puede ser una propiedad permanente; y que sus manos ásperas, su sonrisa sin atractivo o cualquier otro defecto pueden remediarse con tal o cual producto; y también se le hace creer que después de unos cuantos días de dieta dejará de ser víctima de la dimensión de su cintura y que, en vez de aparentar cuarenta años, volverá a representar veinte.

A pesar de toda esta propaganda para mantener el vigor y la belleza, a menudo ocurre que, un año o dos después del casamiento, el marido ya no es aquel fuerte y valiente Apolo que se destacaba en el partido de fútbol del sábado, ni el que regresó de la guerra con tres estrellas en su pecho. Algún día la esposa le pedirá que se encargue de lavar los platos y él replicará: «Eso no es lo mío». A su vez, él no la encontrará tan hermosa como en el primer día de la luna de miel. La conversación infantil que antes le parecía tan graciosa empieza ahora a atacarle los nervios. Es entonces cuando algunas parejas sienten que ya no hay amor, porque falta la emoción.

Dios no se propuso que perdurara el vigor en el hombre y la belleza en la mujer, sino que habían de reaparecer en sus hijos. Es aquí donde la Providencia de Dios se revela. Cuando empiezan a marchitarse la belleza de ella y el vigor de él, Dios envía los hijos para proteger y revivir ambos. Al nacer el primer hijo, el marido reaparece en todo su vigor y esperanza y, empleando las palabras de Virgilio, «desde lo alto del cielo desciende una raza más noble de hombres». Cuando nace la primera hija, la esposa revive en toda su belleza y encanto, e incluso el hablar infantil vuelve otra vez a ser gracioso. A él le agrada pensar que ella es la fuente de la belleza de la hija. Cada criatura que nace es una cuenta en el gran rosario del amor, que liga a los padres en las cadenas rosadas de la dulce esclavitud de su amor.

El embeleso que provoca el recién nacido llega a los jóvenes padres con toda la ilusión dulce y verdadera de una eterna felicidad. La semilla que plantaron ha nacido y por fin ha llegado el momento que anhelaba su mutuo amor. Al recibir la llama celestial, ellos comprendieron con plena escrupulosidad el secreto de su amor y pasaron la antorcha encendida a la generación siguiente. Su amor se hizo carne y moró en ellos con una alegría que nadie podrá quitarles. Los ojos, que al principio no tenían más visión que el amado, ahora se concentran en una imagen común, que no es de él ni de ella, sino su «creación» conjunta ante Dios.

Con este enfoque de la vida, las llamas del amor arden sin consumirse, como el

arbusto que vio Moisés. El amor se convierte en el paladín de la vida y responde al desafío de la muerte. Es así salvado de la desilusión el amor conyugal, el cual, semejante al Fénix, siempre surge de las cenizas, así como el marido y la mujer refuerzan su amor en la eterna batalla por la vida. No hay saciedad, aversión de sí mismos, ni temor que se apodere de sus almas, porque ellos nunca arrancan del corazón el fruto del amor, ni rompen el laúd al pulsar sus cuerdas. El amor se convierte en una ascensión desde el plano de los sentidos hacia una encarnación y se eleva otra vez a Dios, mediante la educación de los hijos para el cielo y la Trinidad, de la que proceden las chispas ardientes de dicho amor. Desde el momento en que los hijos aprenden *a santiguarse* y a pronunciar el nombre de Jesús, desde *aquella hora* en que se instruyen en los pequeños catecismos de mayores verdades que las que podría comunicarles la *sabiduría* del mundo, hasta ese día en que ellos, a su vez, inician su propio peregrinaje de amor, los padres *tienen conciencia* de su compromiso y responsabilidad ante Dios.

Los hijos se convierten así en nuevos vínculos de amor entre el marido y la mujer como una nueva cualidad que aparece en el matrimonio, es decir, la penetración de un misterio. Nunca hay amor cuando se llega al fondo; el amor exige algo no revelado; florece, por lo tanto, solamente en el misterio. Nadie espera nunca poder oír a un cantor dar la nota más alta de que es capaz ni a un orador llegar al máximo de sus arranques de pasión, pues, una vez que el misterio *y* el infinito se suprimen, el instinto de la vida se detiene *y* la pasión se sacia.

En el matrimonio verdadero existe un perdurable *y* encantador romance. Por lo menos cuatro misterios distintos se revelan progresivamente. Primero, el misterio del otro compañero, que es el misterio del cuerpo; cuando este se aclara *y* nace el primer hijo empieza un nuevo misterio. El marido ve algo en la esposa que hasta entonces no sabía que existiera, es decir, el hermoso misterio de la maternidad; ella, a su vez, ve en él un nuevo misterio que hasta entonces no sabía que existiese, a saber: el misterio de la paternidad. A medida que llegan otros hijos, reviven el vigor y la belleza; para la mujer, el marido no parece más viejo que el día en que se casaron y, para el marido, la mujer no parece más vieja que el día en que se conocieron y grabaron sus iniciales en un árbol. A medida que los hijos alcanzan la edad de la razón, se descubre un tercer misterio en la habilidad del padre *y* de la madre para instruir *y* formar los corazones *y* las mentes juveniles en el camino hacia Dios. Cuando los hijos llegan a la edad adulta, el misterio continúa profundizándose al abrir nuevas áreas de exploración, y es como si el padre *y* la madre fuesen escultores de la gran cantera de la humanidad, tallando *y* uniendo piedras vivas en el Templo de Dios, cuyo arquitecto es el Amor.

El cuarto misterio es la contribución al bienestar de la nación. Aquí encontramos, también, la raíz de la democracia, pues es en la familia donde se valora la persona, no por lo que vale o por lo que puede hacer, sino principalmente por lo que es; su estado

legal y su posición están garantizados por el hecho mismo de *vivir*. Los hijos ciegos o mudos, o aquellos que fueron mutilados en la guerra, son igualmente amados por sí mismos, por su valor intrínseco como dones de Dios, y no por lo que saben, por lo que ganan o por la clase a que pertenecen. En la familia, esta reverencia a la persona es el principio social del que depende la vida más amplia de la comunidad, pues el estado existe para la persona y no la persona para el estado.

En el amor a los amigos, en el amor del marido y la mujer, debe reconocerse la existencia de un amor que está por encima de ambos, en el que ellos se refrescan como en el mar. La mente humana sabe que las cosas son inteligibles únicamente porque en alguna forma se relacionan con el ser; por ejemplo, el ojo ve los colores; del mismo modo un corazón ama a otro corazón en la dimensión inmensa, situada fuera de ambos, que es el amor de Dios.

Cuando la vida conyugal es fructífera, los hijos representan, en el orden de la carne, a aquel *tercero* que es tan esencial para la felicidad. Ellos salvan la dualidad del hastío, evitan que la vida toque fondo, dan vuelta a las páginas del libro de la vida, exploran profundidades más allá del cuerpo, de la educación y de la sociedad, llenando el amor de asombro, admiración y misterio. El marido y la mujer, como un par de amigos, recurren al Tercero, que está por encima de ellos, para salvarse del aislamiento y para formar una familia con el misterio del Dador, el Recibidor y el Don.

Donde hay dualidad hay necesidad; en la Trinidad hay piedad. La necesidad se siente ávida de llenarse en el cesto del vecino. La piedad nace de una plenitud impaciente por vaciarse. Si se despoja al amor de su condición de trino y uno, todas las relaciones internas desaparecen y no queda sino lo externo; por ejemplo, los contactos entre el hombre y la mujer, la competencia entre el capital y el trabajo, la guerra (caliente o fría) entre el mundo del Este y el del Oeste. Una sociedad en la que no cuenta el vínculo unificante se vuelve progresivamente una aglomeración de átomos. Por último, esta desorganización clama por una fuerza totalitaria que «organiza» el caos. De esta manera nació el socialismo ateo. Así como la educación que ha perdido su filosofía de la vida se disgrega en diversas materias sin ninguna integración o unidad entre sí, salvo la accidental de proximidad y de tiempo, y así como un cuerpo que ha perdido su alma se divide en sus componentes químicos, así también una familia que ha perdido el vínculo unificante del amor se disuelve en el tribunal de divorcio. Sin el tercer elemento, que existe por encima de ellos, el ser humano es contenido y luego comprimido por fuerzas hostiles, hasta que es encerrado dentro de su mente, aislado, solo y temeroso, prisionero de su propio yo. Sin ninguna relación, ¿qué le puede satisfacer? Rechazando a ese amor radicado fuera de su *ego*, él no puede comprender el sacrificio, salvo como una amputación y destrucción de sí mismo. ¿Cómo un ser conscientemente desamparado y

defectuoso podrá dar sin disminución su propia vacuidad? Está preparado para su propia inmolación, interpretada como suicidio, pero no para el sacrificio de sí mismo por los demás; nada existe, sino su propio *ego*; fuera de él, los demás *egos* limitan su persona, contrarían sus deseos y, por lo tanto, le son detestables. El *ego* no cesará de rebelarse contra el sacrificio mientras no aparezca el Amor más amplio y más profundo, que es el complemento de la persona, ya sea cediendo el lugar al compañero por amor a la paz, o educando una familia para ver prolongados el vigor y la belleza «hasta la tercera o cuarta generación».

En todo el universo, lo único realmente progresivo es el amor. Sin embargo, se corta muy a menudo el brote que Dios dispuso que diera pimpollos y floreciese en el tiempo y en la eternidad. Quizá por este motivo los artistas siempre pintan al amor como un pequeño cupido que nunca crece, armado de arco y flecha, el pobre angelito apenas tiene una oportunidad en este universo atómico. San Pablo dice que la fe y la esperanza podrán desaparecer en el cielo, pero que el amor durará para siempre. Sin embargo los mortales rápidamente suprimen lo único que quieren que sea eterno antes de que haya empezado a caminar. Si un hombre llegase de Marte sin jamás haber oído hablar del acontecimiento más importante de la historia, es decir, el nacimiento del Divino Amor en la persona de Cristo, adivinaría probablemente el desenlace que tuvo y la Crucifixión al observar la manera como aun los mejores amores humanos se divorcian, se desconocen, se mutilan, se truecan y se atrofian.

Pero, si amar es lo que el corazón desea por encima de todas las cosas, ¿por qué no crece el amor? Porque muchos corazones aman como una serpiente y no como un pájaro; quieren al amor en el mismo plano que la carne y no un amor que vuele desde la tierra hasta la cumbre de la montaña y se pierda luego en el cielo; quieren un amor como Cupido, que no crezca, y no un amor que muera para ascender, como Cristo Resucitado, que aceptó la derrota y lo conquistó, por Amor; quieren lo imposible: la repetición sin saciedad, cosa que no puede dar ningún cuerpo humano, y, condenando el corazón a la mediocridad y a la corrupción, se niegan a renunciar a lo horizontal por lo vertical, porque ello exige sacrificio. El amor no es un negocio: se presenta tan atrayente como un violín precioso anunciado a bajo precio, pero, después de conseguirlo sin mayor esfuerzo, se descubre que es inútil si no se sabe tocarlo. La cruz es un ejemplo mucho más ilustrativo que Cupido de lo que es realmente el amor. Cupido arroja los flechazos en la oscuridad cuando el corazón menos lo sospecha, pero la cruz es algo que se tiene al frente en el camino de la vida, y la invitación a llevarla hasta la resurrección del Amor es realmente aterradora. Por esto el Sagrado Corazón tiene tan pocos amantes; porque se quiere la cruz de líneas aerodinámicas, sin Aquel que dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (*Lc* 9, 23).

La ascensión del amor en el matrimonio pasa por tres etapas, cada una de las cuales tiene su transfiguración. Estos tres amores son: *Eros* o amor sexual, amor a la persona y amor cristiano.

Por *amor sexual* se entiende el amor carnal practicado fuera del matrimonio o, en el matrimonio, con la negación de su función social. No hay relación directa entre el amor sexual y el amor a la persona. El amor sexual busca el placer que otra persona da al *ego*. Se mira al compañero como a un ser del sexo opuesto y no como a una persona. El apasionamiento asociado al sexo no es sino el deseo ilimitado del egoísmo que quiere expresarse a toda costa. Este amor muy pronto se convierte en odio cuando deja de ser satisfecho, porque le interesan solamente su propio embeleso y su propia satisfacción. A causa de la promiscuidad y del divorcio, tan generalizados en esta época en que cada cual busca su propio placer sin observar los designios de Dios sobre el amor, es muy natural que a nuestro siglo le toque descorrer el velo del misterio del sexo. Los que creen que hay otros amores por encima del carnal, aspiran, más que a descubrir el sexo, a que les sean revelados amores más altos. Si al entrar a una casa de tres pisos uno se engaña creyendo que no hay nada sobre la planta baja donde vive el *Ido*, no le queda, para divertirse, sino explorar todos los rincones y escondrijos de este piso del subconsciente. Para quien sabe que arriba hay dos pisos, cada uno más hermoso que el otro, la alegría de vivir consiste en obtener que le sean revelados estos misterios más altos. La literatura, a través de las épocas pasadas, ha descrito al amor, pero no se ha detenido mucho en el sexo. Fue así hasta este siglo, porque nuestros tiempos se niegan a creer que haya algo más allá. El hombre moderno, en vez de descubrir, escarba, y reemplaza la ascensión por el análisis, el microscopio por el escalpelo y el *prie-dieu* por el lecho.

Por encima del amor sexual está el *amor a la persona*; este, en el matrimonio, incluye al sexo, pero se basa, en su esencia, en el valor objetivo de la otra persona, la cual puede ser amada por sus dotes artísticas o morales, o por un común interés de simpatía. El amor a la persona existe dondequiera que haya reciprocidad, dualidad y comprensión. Esta clase de amor puede existir en el matrimonio junto con el amor carnal, o completamente aparte de este amor, pues no hay ninguna relación directa entre la carne y el amor. Se puede estar enamorado sin que haya atracción física, como también es posible sentir atracción física sin estar enamorado. El amor a la persona se encuentra en la voluntad y no en el cuerpo, y por eso no hay sustitución posible de personas: se ama a *esta* persona y no a otra. Pero, como en el amor carnal o erótico no es necesario el amor a otra persona, sino únicamente el amor a sí mismo, es posible encontrar un sustituto de quien da el placer. El amor sexual reemplaza una ocasión de placer por otra; en cambio, el Amor no conoce ninguna sustitución. Nadie puede tomar el lugar de la madre, o de un marido fiel o de una esposa amante. Cuando el amor va dirigido hacia otra persona con miras a la eternidad, es superior al amor meramente carnal, porque existe dondequiera

que se encuentren dos y simpaticen. A veces puede cegarse y pasar por alto las verdaderas necesidades y exigencias de los demás. Tal es el caso de los padres que echan a perder a sus hijos al interpretar sus faltas como virtudes, su abuso como libertad y su indisciplina como signo de progreso.

Sobre el amor sexual y el amor a la persona está el *amor cristiano*, por el que se ama a todos como verdaderas criaturas de Dios, redimidas por Cristo; es un amor que se otorga aunque no exista esperanza de retribución, porque por él se ama al otro no por su atracción, ni por sus talentos o simpatía, sino por Dios. Para el cristiano, una persona es alguien por quien uno debe sacrificarse y no alguien que existe para el propio bien. El amor del sexo exige reciprocidad carnal, el amor a la persona puede resultarle difícil sobrevivir a su falta, pero el amor cristiano no requiere tal reciprocidad. Su inspiración es Cristo, quien nos amó mientras éramos pecadores y, por lo tanto, indignos de ser amados. Únicamente el amor cristiano explica la contradicción torturadora entre el deseo infinito y nuestro carácter finito, porque en él todas las limitaciones humanas se transforman en el camino hacia lo espiritual y lo eterno. Ese impulso hacia la satisfacción del propio yo nunca podrá ser convenientemente calmado por otro, ya que se encuentra en idéntica situación; intentarlo es caer víctima del cinismo y del aburrimiento. Solamente el amor cristiano llena esta deficiencia del amor humano al permitir amar a todos por amor a Dios. El hecho de que se sufra en ausencia del amado más de lo que él se regocija con la presencia de uno revela que anhelamos algo que no poseemos; principalmente, el amor de Dios, único que puede llenar el vacío del corazón humano.

Así como el amor a la persona incluye al sexo, el amor cristiano también lo incluye en un matrimonio verdaderamente cristiano. Aun cuando el matrimonio sea desdichado, puede haber aún amor cristiano, porque entonces el otro compañero es amado por amor a Cristo y con el fin de prolongar la redención de Cristo. Desde un punto de vista natural, algunas personas son detestables. Se vuelven primero soportables y luego amables solo cuando descubrimos el amor de Dios en ellas. Así como en el orden físico es el hijo enfermo el que recibe las mayores atenciones y cuidados de la familia, así en el orden moral el miembro indigno es a quien el cristiano hace objeto de mayores desvelos y oración. Los niños que ruegan por su padre borracho o por su madre infiel están iniciados en el amor cristiano mucho antes de conocer el significado del sexo.

No hay vida feliz sin misterio y no hay misterio más grande que el del amor. Grandes son las alegrías en el matrimonio a medida que se descorren los velos hasta llegar a las luces deslumbrantes de la presencia de Dios. Que el matrimonio sea feliz o desgraciado, que la vida sea dulce o amarga, es indiferente para el corazón que aspira a un amor cada vez más purificado. Puede incluso ocurrir que las aguas de la vida se purifiquen más aún al correr por las escarpadas torrenteras del sufrimiento.

El amor nunca envejece; salvo en quienes ponen su esencia en lo que envejece, que

es el cuerpo. El amor es como un líquido precioso que compartiese la suerte del envase. Si el amor está dentro de un vaso de barro, pronto es absorbido y secado; si está, como el conocimiento, dentro de la mente, crece con los años, fortaleciéndose aun cuando el cuerpo se debilite; y, cuanto más unido está con el espíritu, más inmortal se vuelve. Así como hay teólogos que conocen a Dios en forma abstracta, hay algunos que conocen el amor solo de lejos. Y así como otros teólogos conocen a Dios por haberse entregado a su Voluntad, así existen otros que conocen al amor porque lo buscaron a la manera de Dios y no de la propia. Tan pronto como el Amor Divino penetra en el matrimonio, como sucede ante el altar, nada permite ya suponer que el compañero es absolutamente perfecto. Pero sí alienta la idea de que este compañero ha sido dado por Dios hasta la muerte y que, por lo tanto, siempre será merecedor del amor, por amor a Cristo.

La santidad de la vida conyugal no es algo *al margen*, sino *por* y *a través* del matrimonio. El quehacer del matrimonio es labrarse esa felicidad que llega mediante la beatitud y la santidad. La unidad de dos en una misma carne no es algo que Dios tolera, sino algo que Él desea. Y, porque lo desea, Él santifica la pareja. Lejos de disminuirla, la unión de sus espíritus contribuye a la mutua ascensión en su amor. La unión de dos en una misma carne es el símbolo de la unión de sus almas, lo que, a su vez, es el símbolo de la unión de Cristo y de su Iglesia.

Mirando hacia atrás, en una vida conyugal feliz, los esposos pueden ver las huellas de la ascensión de su amor. Al principio encuentran la alegría de la posesión, que fue la reacción natural del deseo de un cuerpo-alma frente a otro cuerpo-alma; luego ven esa alegría más personal de darse el uno al otro, cuando se ama nada más que para complacer; finalmente, ven la etapa en que el yo no se da por el otro yo, sino que *ambos* juntos se dan a Dios y a Sus Santos Designios. Es entonces su *unidad* lo que ofrecen a algo situado fuera de ambos, primero, a los hijos y, a través de ellos, a Dios, que es el nexo de tal unidad. «Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor» (*Jn* 10, 16). El amor que los sostuvo en cada etapa del camino es el Amor que los creó y presidió su unión. Esta visión se vuelve más clara a medida que pasa la vida porque la carne tiene menos resonancia y el espíritu toca acordes más firmes. Cuando llega el otoño de la vida, los esposos comprenden de pronto que se aman más que nunca, porque aman a ese Amor que es el autor del suyo. El Amante, el Amado y el Amor se funden ahora en una hermosa Trinidad a la que ellos aspiran.

Esta elevación del amor de una etapa a otra es inseparable de la represión del egoísmo, que es el enemigo del amor. La joven pareja llega al matrimonio con distintas personalidades, y cada una de ellas sueña con la felicidad de él o de ella, como si estuviesen en barcos separados. Pero esta preocupación por sus futuros personales pronto se funde en un futuro común y un destino común, y no cabe duda de que la

unidad de la carne ha tenido mucho que ver con la unidad de sus mentes, voluntades y aspiraciones. El tiempo *externo*, con su rutina diaria, y el tiempo *interno*, con su aumento de ideales comunes, se funden en una unidad más elevada y por esto, en los momentos de separación física, se siente menos la sensación de estar apartados. Los hijos que han nacido de ellos son sucesivas encarnaciones del vínculo de una misma carne y un solo corazón. Cuando las preocupaciones económicas, las enfermedades y la costumbre dejan caer sobre ellos sus pesadas manos, es necesario resignarse a la imperfección y defectos del otro; esto significa «conformarse» con los sinsabores que la larga vida en común trae consigo.

En tales circunstancias y a menos que se eleve, gracias a una fe más profunda, el matrimonio puede fracasar. Pero, si, a pesar de todos los fracasos, uno de los compañeros mantiene su confianza y responsabilidad ante Dios, es porque Este se hace presente cada vez más en escena para curar las heridas. Las decepciones, en un matrimonio cristiano, en lugar de ser motivo de depresión, sirven de acicate para el sacrificio en unión con la Cruz. Lo que Dios inició en los esposos, es decir, la unión mediante los placeres de la carne, será perfeccionado al fin por Él mediante los goces del espíritu. Y al recordar que Cristo sigue amando a su Iglesia, aunque esté formada por tantos miembros imperfectos, resuelven ellos amarse, a pesar de sus propias imperfecciones para que el símbolo no se frustre en la realidad. A medida que la vida sigue, los esposos se vuelven, no dos seres compatibles que han aprendido a vivir juntos con paciencia y supresión de ellos mismos, sino un ser nuevo y más rico, fundido en el fuego del amor a Dios y templado con lo mejor de ambos. Uno por uno, han ido descorriendo los velos de los misterios de la vida. Hallaron que la carne era demasiado balbuciente para revelar su propio misterio; luego les fue revelado el misterio de la vida interior del compañero al educar las mentes y los corazones jóvenes en las normas de Dios; más tarde les fue revelado el misterio más completo de cómo ellos vinieron a representar el amor de Cristo y Su Esposa, la Iglesia; y ahora les espera todavía el misterio más grande de todos, un misterio infinito en su esencia inmaterial, un misterio sobre el que hasta la eternidad no se puede empezar a sondear su gozo celestial, y es el misterio que los hizo uno: El Amante, el Amado y el Amor; Padre, Hijo y Espíritu Santo.

VIII. LA PUREZA:
REVERENCIA POR EL MISTERIO

Las dos palabras de las que más se abusa hoy son «libertad» y «sexo». La *libertad* se emplea a menudo para significar la ausencia de ley y el *sexo*, para justificar la falta de restricciones. A veces las dos palabras se funden en una sola, que es «libertinaje». La razón, que debería emplearse para justificar la ley de Dios, en este caso es invocada para justificar la lujuria y la ilegalidad humana con dos argumentos espurios. El primero es que toda persona debe «manifestarse como es» y que la pureza, siendo su propia negación, destruye la libertad y la personalidad. El segundo argumento es que la naturaleza ha dado a cada persona ciertos impulsos e instintos, entre los cuales el principal es el sexo y, por lo tanto, se deberían seguir estos instintos sin los tabúes y restricciones que imponen las costumbres y la religión. En consecuencia, la pureza es considerada como negativa e insensible, o como un resto de puritanismo, monaquismo y mojigatería victorianos, a pesar de que el Señor del Universo dijo en la primera de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (*Mt* 5, 8).

La pureza, lo mismo que la impureza —aunque en forma distinta—, tiene su manera propia de manifestarse. Una locomotora puede demostrar su potencia de dos maneras: manteniendo su presión dentro de los límites impuestos por quien la diseñó y por el maquinista, o estallando y saltando sobre los raíles. La primera forma de comportarse supone la perfección de la locomotora; la segunda, su destrucción. De manera similar una persona puede manifestar su voluntad propia obedeciendo a las leyes de su naturaleza o rebelándose contra ellas, aun cuando tal rebelión determine su esclavitud y frustración. Supongamos que el mismo argumento de manifestarse como se es se emplease en la guerra como se le usa para justificar la lascivia; en este caso, un soldado que en el frente de batalla, al oír el estruendo de una granada, soltara el fusil y corriera a la retaguardia, sería recibido por un capitán lleno de esta moderna voluntad propia, y le diría: «Yo le alabo por haber renunciado a las convenciones y a los escrúpulos morales victorianos; lo triste es que el resto del ejército no tiene esa capacidad de expresarse como son, los demás soldados vencen su temor y luchan. Le recomendaré para la medalla de honor por haber defendido su auténtica forma de ser».

No se puede discutir con los que dicen: «Yo soy yo». La cuestión es saber cuál es el verdadero yo: ¿un animal o una criatura de Dios? Los que consiguen vencer la perversidad del libertinaje dicen: «Gracias a Dios porque otra vez soy yo». Esta es la verdadera manifestación del propio modo de ser.

Es verdad que Dios nos ha dado una naturaleza con ciertos impulsos. También es verdad que Él espera que la obedezcamos. Pero nuestra naturaleza no es animal, sino

racional y, puesto que es racional, nuestros impulsos deben ser usados racionalmente, es decir, para los fines más elevados y no para los más bajos. Muchos hombres tienen un instinto de cazador como el del zorro, pero un hombre no saldrá a cazar suegras. Todos tenemos el impulso de alimentarnos, pero eso no nos obliga a beber ácido sulfúrico. Estos impulsos fundamentales se utilizan de acuerdo con la razón, y lo mismo se deben usar los impulsos de la vida. Así como la suciedad es materia situada inadecuadamente, así la lujuria es energía física inadecuadamente empleada.

A veces se podría decir que la pureza es negativa porque debe resistir muchos ataques. Muy a menudo ocurre que sus grandes defensores la presentan a los jóvenes como si fuese una represión, haciéndoles dos recomendaciones: «Evitad lo que es impuro» e «Imitad a la Madre Santísima». Lo primero hace preguntarse a los jóvenes, con extrañeza, por qué su instinto de procreación será tan fuerte si está asociado con el mal. Lo segundo no ofrece ninguna explicación de cómo debe imitarse a la Madre Santísima; este ideal es tan elevado y abstracto que los jóvenes pueden considerarlo impracticable. Así como el agua pura es algo más que ausencia de impurezas, el diamante puro algo más que ausencia de carbón y el alimento puro algo más que ausencia de veneno, así la pureza es más que la ausencia de lujuria. Porque se defienda la ciudadela contra la acción de los enemigos, no habrá que deducir que en ella misma no hay tesoros.

La pureza es la reverencia otorgada al misterio del sexo. En todo misterio hay dos elementos: uno visible y otro invisible. En el Bautismo, por ejemplo, el agua es el elemento visible y la gracia regeneradora de Cristo es el elemento invisible.

También el sexo es un misterio, porque tiene estas dos características: ser conocido de todos y, sin embargo, estar oculto de todos. El elemento conocido es ser varón o mujer y el elemento invisible, oculto y misterioso, es su *creatividad*, su participación, de alguna manera, con el poder creador con el que Dios hizo el mundo y todo lo que hay en él. Así como el amor de Dios es el principio creador del universo, así Dios quiso que el amor del hombre y el de la mujer fuesen el principio creador de la familia. Este poder de los seres humanos para engendrar otro ser a su imagen y semejanza es semejante al poder creador de Dios, en la medida en que se relaciona con la libertad, porque el acto creador de Dios fue libre.

La respiración, la digestión y la circulación son completamente inconscientes e involuntarias. Estos sistemas funcionan con independencia de nuestra voluntad, pero el poder de «crear», sea un poema, una estatua o un hijo, es libre. Cuando Dios hizo al hombre libre le dijo: «Creaturas, cread vosotras». Esta misión divina de «acrecentar y multiplicar» nuevas vidas por el amor es una comunicación del poder por el cual Dios creó la vida. El hombre y la mujer no han sido hechos como niños desenfrenados para que jueguen temerariamente con las palancas del universo; deben comprender que la

antorcha de la vida que Dios puso en sus manos ha de arder controlada dentro de los propósitos y del destino establecidos por la razón y por la inteligencia de Dios. La pureza es la reverencia otorgada al misterio del sexo, y el misterio del sexo es el poder de creación.

El misterio de la creatividad está rodeado de pavor, porque una reverencia especial envuelve el poder de ser co-creadores con Dios en la formación de la vida humana. El elemento oculto, así como la gracia de Dios en los Sacramentos, pertenece de un modo especial a Dios. Los que hablan solamente de sexo se concentran en el elemento físico o visible, olvidando el misterio espiritual e invisible de la creatividad. En los Sacramentos, los seres humanos proveen el acto, o sea, el pan, el agua y las palabras, y Dios provee la gracia, o sea, el misterio. En el acto sagrado de crear vida, el hombre y la mujer proveen la unidad de la carne y Dios provee el alma y el misterio. Este es el misterio del sexo.

En los jóvenes, el temor ante el misterio se manifiesta en la timidez de la mujer que la hace estremecerse ante una rendición precoz o prematura de su secreto; y en el hombre se revela por la caballerosidad con la mujer, no porque la crea físicamente más débil, sino por el temor que él siente en presencia del misterio. La humanidad siempre ha sentido que debe usar el misterio solamente con una confirmación especial de Dios y bajo determinadas circunstancias, a causa de la reverencia que envuelve a este poder misterioso que vino de Dios. Por esto, es tradición asociar siempre al matrimonio con ritos religiosos para atestiguar el hecho de que el poder del sexo, que viene de Dios, debe usarse aprobado por Dios, porque está destinado a cumplir Sus designios creativos.

Ciertos poderes deben usarse únicamente en determinadas circunstancias; lo que es lícito en una no es lícito en otra. Un hombre puede matar a otro hombre en una guerra justa, pero no en su carácter privado de ciudadano. Un policía puede arrestar a alguno en su carácter de custodio de la ley debidamente nombrado y reforzado con una orden de arresto, pero no fuera de esta circunstancia. Así, también, la «creatividad» del hombre y de la mujer es lícita bajo ciertas condiciones autorizadas por Dios, pero no fuera de esta relación misteriosa llamada matrimonio.

Ahora la pureza no aparece como algo negativo, sino positivo, porque tiene tal reverencia por el misterio de la creatividad que no admite ninguna separación entre el uso del poder de engendrar y su fin divinamente ordenado. Los puros de corazón no pensarán en escindir la facultad de coparticipar en la creatividad de Dios, como tampoco pensarían en usar un cuchillo con otro fin que el humanamente ordenado, como, por ejemplo, para herir a un prójimo. Aquellas cosas que Dios ha unido, los puros nunca las separarán, ni emplearán la señal material para deshonrar el sagrado misterio interior, como no emplearían el Pan del altar, consagrado por Dios, para alimentar solamente el cuerpo.

La pureza, pues, no es una mera integridad física. En la mujer es la firme resolución

de no usar jamás aquel poder hasta que Dios le envíe un marido; en el hombre es el deseo constante de esperar la voluntad de Dios en darle una esposa para cumplir el plan de Dios. En este sentido, los verdaderos matrimonios son hechos en el cielo, porque, cuando el cielo los hace, el cuerpo y el alma jamás tiran en direcciones opuestas. El aspecto físico conocido por todos como sexo nunca se aparta del aspecto misterioso e invisible, aspecto oculto de todos, salvo de la persona que Dios desea que comparta la creatividad de Dios, en el momento elegido por Él. Los puros de corazón verán a Dios, porque siempre cumplen Su voluntad. La pureza no empieza en el cuerpo, sino en la voluntad. De allí surge purificando el pensamiento, la imaginación y, finalmente, el cuerpo. La pureza corpórea es una repercusión o eco de la voluntad; por lo tanto, la vida es impura solamente cuando la voluntad es impura.

La experiencia define la pureza como reverencia por el misterio. Nadie se escandaliza de ver a la gente comer en público, leer en el autobús o escuchar música en la calle, pero nos escandalizamos con espectáculos públicos indecentes, libros pornográficos o indebidas manifestaciones de cariño en público, no porque seamos mojigatos, ni por haber sido educados en instituciones católicas, ni por haber alcanzado la influencia liberadora de Freud, sino porque estas cosas involucran aspectos de un misterio tan profundo, tan personal, tan incomunicable, que no queremos verlo pregonado o mostrado a todos. Nos agrada ver la bandera americana flameando sobre la cabeza de un prójimo, pero no queremos verla debajo de sus pies. Y es que hay un misterio en aquella bandera; es algo más que un trozo de tela; representa algo invisible y espiritual, es el amor y la devoción al país. La gente pura se escandaliza de los impuros, porque prostituyen lo sagrado y hacen que lo reverente se vuelva irreverente. La esencia de lo obsceno es hacer bromas del misterio interior. La presencia oculta del don de Dios en toda persona es cual una hostia consagrada y equivale a la Divina Presencia oculta en el Pan del altar. Así como se discierne el Pan de los Ángeles bajo las especies del pan, se discierne un alma en el cuerpo que participa potencialmente en la creatividad de Dios. Así como el católico anhela el abrazo de Cristo en el Sacramento, porque aprendió primero a amarlo como Persona, venera también al cuerpo porque aprendió primero a venerar el alma. Esto es adoración en el primer caso y en el segundo, pureza.

Los educadores que quieren hacer del sexo algo «bueno y natural» terminarán en una confusión terrible, porque, aunque el sexo es natural, sigue siendo, sin embargo, un misterio. No constituye la totalidad del cuerpo, sino la santidad del cuerpo, y para ser santo se necesita vivir en correspondencia con el proyecto creativo de Dios. Los educadores que pretenden que la pureza es ignorancia de la vida se parecen a aquellos que piensan que la sobriedad es ignorar la embriaguez.

De un modo positivo, la pureza es el sacristán del amor, la reverencia debida a la santidad de la persona, el tributo pagado al misterio; no es la renuncia al deseo, sino el

cultivo del deseo de amar, y no admite que sean profanados las señales y los símbolos materiales, apartándolos del contenido y del significado sagrado con que Dios los había dotado. La pureza es una visión; es ver el alma en el cuerpo y reconocer un propósito santo en la carne. Entre los paganos, la virginidad significaba una condición corpórea, una integridad física, una soledad protegida, de las que nada correspondía al hombre. Y de aquí que los paganos nunca glorificaron al hombre virgen, sino solamente a la mujer virgen. Pero con el cristianismo la virginidad dejó de significar integridad física y quiso decir unidad; significó no separación, sino relación; no con la voluntad de otra sola persona, sino también con la Voluntad de Dios.

La Palabra Santa de Dios nos dice: «No es bueno que el hombre esté solo» (*Gn* 2, 18). La felicidad nació emparejada, porque no puede haber amor de nadie sin otro ser que lo comparta. La pureza también tiene su vínculo, en especial con la Voluntad de Dios, de quien la persona recibe la condición de sagrada. Ni aun el más puro puede concebir la pureza en sentido de aislamiento, negación o separación. Y aquí llegamos al ejemplo de pureza que nos da la Madre Santísima: ella consagró su virginidad a Dios, porque estaba enamorada, no de lo amable, sino del Amor. Su primer y único amor fue su Amor a Dios. Cuando el Ángel le anunció que sería la Madre de Dios por obra del Espíritu Santo, su intención de pureza no varió, pues, por la voluntad de Dios, una virgen había de ser madre. Cuanto ordenara la Voluntad de Dios era para ella un mandato amoroso. Su virginidad encontraba una nueva expresión al dar a luz un Hijo, en vez de a ninguno.

Lo que el mundo moderno llama «sexo» tiene dos aspectos: el personal y el social. Dios ha asociado el placer personal con los dos actos esenciales para la vida: comer y procrear. El primero es necesario para la existencia del individuo y el segundo, para la sociedad. Ahora bien, Dios no quiso que el placer de la persona fuese distinto a su fin. Sería equivocado el comer y luego presionarse la garganta para arrojar lo que se ha ingerido, porque el comer tiene una función individual que es la conservación de la vida. De la misma manera, sería equivocado decir que el «sexo» es *puramente personal* cuando es principalmente social. Su función es social siempre que la voluntad perversa del hombre no lo falsee. El placer personal del marido *y* de la mujer es la «agradable celada» de Dios para completar Su creación.

En el caso de María, el elemento personal del placer estuvo ausente y el social, presente. Ella no buscó ningún atractivo, halago o placer en la maternidad; el único amor que deseó fue el amor de Dios. No es raro encontrar almas generosas que renuncian voluntariamente a todas las ventajas personales en pro del mejoramiento de sus prójimos. María es el supremo ejemplo de quien asume las responsabilidades sociales del matrimonio sin pedir a Dios la recompensa del amor personal. En su carácter de Virgen y Madre, ella es el Modelo de Pureza no solo de las vírgenes consagradas, sino también de

aquellas cuyo amor está sacramentado en el matrimonio. Lo que hace que su pureza sea imitable para todos, en grado variable, es el hecho de que la conservó por la Voluntad de Dios. Al principio, creyó que debía servir a Dios en el templo, pero, después de la visita del Ángel, supo que sería dando a luz al Mesías y la consigna de su pureza fue: «Hágase en mí según tu Palabra». La pureza es la custodia del amor hasta que la voluntad de Dios se manifiesta. La pureza de María significa, tanto para el hombre como para la mujer, que cada cual debe conservar sagrado su misterio hasta que la Santa Voluntad de Dios determine a quién ha de ser revelado. La conservación de la inocencia no se debe a la melindrería, al temor, al amor de la soledad, sino a un deseo apasionado de conservar un secreto hasta que Dios designe la persona a quien debe ser susurrado.

Por lo tanto, desde el punto de vista cristiano no existe eso que se llama una «solterona» o un «solterón». Tales términos son adecuados solamente para esos desdichados que no experimentan el deseo de compartir, ni tienen propósito de cumplir misión alguna en el cielo o en la tierra. Debe ser muy trágica la existencia humana que no encuentre en el cielo ni en la tierra a quien decir: «Yo te amo». «Yo me doy» o «Hágase en mí según tu palabra». La felicidad más grande otorgada a los corazones en este valle de lágrimas es conservar el secreto para Dios, hasta que Dios a su debido tiempo nos dé el compañero.

Puede muy bien ser que, con la gracia especial de Dios, el secreto sea mantenido para siempre con el deseo de que nadie lo conozca, excepto el mismo Dios. Buscar a Dios por la pureza es, en síntesis, la vida religiosa de las almas consagradas. Aunque muchos admiten que el verdadero fin del corazón humano es Dios, no quieren admitir que pueda buscárselo directamente; por tanto, protestan contra los jóvenes y las jóvenes que abrazan la Cruz en plena flor de la vida, comprenden que un corazón humano pueda entrelazar los zarcillos de su cariño alrededor de un amor pasajero, pero no comprenden por qué esos zarcillos hayan de enroscarse sobre una Cruz de la cual pende el Amor Eterno; entienden que la juventud ame lo hermoso, pero no pueden entender por qué ha de amar al Amor; comprenden con facilidad que el cariño deba dirigirse hacia un objeto que la edad corroe y la muerte separa, pero no pueden captar el significado de un cariño cuya muerte hace más íntimo y presente.

A pesar de que muchos no entienden la llamada del amor de Dios, siempre hay corazones, como el de santa Inés, quien, cuando se le ofreció, antes del martirio, un amor terreno, dijo: «Yo he desdeñado el reino del mundo y todos sus placeres por el amor de Jesucristo, mi Señor, a Quien he visto y amado, en Quien he creído y que es mi Amor preferido». Hay hombres y mujeres jóvenes que constantemente ponen su persona a disposición de Dios, sabiendo que el valor de cada don aumenta cuando existe únicamente para quien se da, sin pretender cumplir otro fin ni compartirlo. Es muy

natural que estos corazones tan enamorados de Dios construyan paredes a su alrededor, no para quedar dentro, sino para dejar al mundo fuera.

La pureza es, en esencia, la misma para los que están a la espera del matrimonio, conservando la semilla en el granero hasta que Dios envíe la primavera. Nadie plantaría flores en un junio ventoso; por más grande que fuera su impaciencia, esperaría con la voluntad de Dios la estación propicia. La pureza es para el amor que está a la espera de la fecundación, lo mismo que el Espíritu Santo, que cubrió con su sombra al supremo Amor. La Madre Santísima, en la Anunciación, es la figura perfecta de la pureza a la espera de la hora designada por Dios para la fecundación, aunque tuvo ella la sorpresa de que fuese por obra del Espíritu Santo y no por medio del hombre.

La pureza es algo especial, no solamente de los solteros, sino también de los casados, en el sentido que todos deben hacer la Voluntad de Dios y cumplir Su misterio; pero, en el último caso, la diferencia estriba en que la Voluntad de Dios se cumple, ya no directamente, sino indirectamente, por intermedio de otro ser humano. La pureza es la combinación de un gran deseo y una pasión en la cosmología. Nunca se separa la pasión del Plan Divino del universo entero. La pureza, en los jóvenes destinados al matrimonio, empieza por ser universal y se desarrolla y termina por hacerse particular; primero está en la periferia del círculo y luego llega al centro; empieza al esperar la Voluntad de Dios de una forma generalizada, pero luego, por el conocimiento mutuo y por el noviazgo, aquella voluntad se concentra en una persona. Pero, después de haber llegado a tal centralización mediante la unión de dos en una misma carne, se cumple con el compromiso de la creación y vuelve de regreso desde el centro hacia la circunferencia, de lo particular a lo universal, por el engendramiento de una familia. En las almas consagradas a Dios, la pureza no se dirige hacia una persona en particular, sino que es una tendencia constante hacia la universalidad, al amar y orar por todos los hombres considerados como hijos de Dios.

La impureza es concentrarse en el individuo, sin tener en cuenta lo universal; es separar el amor de todo cuanto suponga «otro»; es emplear la ternura para fines egoístas; es guardar dentro de sí lo que por su naturaleza debe salir afuera. La impureza es introversión. El avaro es un introvertido cuando atesora su oro. Impureza es emplear el placer solamente por la excitación que proporciona y no como un regocijo para alcanzar las cumbres de la vida. El hombre, así, ve al amor como macho, y la mujer lo ve como hembra, en el sentido de que el amor va dirigido solamente al propio placer. La impureza es una perturbación de lo cósmico y de lo universal, la afirmación de lo no eterno, la separación de una parte de sí mismo de la totalidad de la vida y, por lo tanto, su deformación. Shakespeare ha cantado:

Tal acción,

que empaña la gracia y el rubor de la modestia,
llama hipócrita a la virtud, toma la rosa
de la bella frente del amor inocente
y allí abre una llaga. Hace las promesas nupciales
tan falsas como juramentos de tahúres.
Oh, un acto semejante
arranca del cuerpo de los esponsales
el alma misma y convierte la dulce religión
en una rapsodia de palabras[7].

La pureza es psíquica antes de ser física; primero está en la mente y en el corazón y luego desborda al cuerpo. En esto difiere de la higiene, pues esta se refiere a un *fait accompli* y la pureza, a una actitud anterior al acto. Nuestro Señor dijo: «Pero yo os digo: todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (*Mt* 5, 28). Nuestro Salvador no esperó hasta que el pensamiento se convirtiera en hecho, sino que se propuso fustigar incluso un pensamiento impuro. Si los ríos que desembocan en el mar están limpios, el mar también estará limpio; si es malo hacer determinada cosa, también es malo pensar en ella. La pureza es una intimidad reverente y no la integridad biológica; no es nada privado, sino más bien algo secreto que no debe «decirse» hasta que Dios lo apruebe.

La pureza es tener conciencia de que cada uno posee un don que solo puede darse y recibirse una sola vez. En la unidad de la carne, él la hace mujer y ella lo hace hombre; pueden gozar del don muchas veces pero, cuando se ha dado, nunca podrá quitarse, ni en el hombre ni en la mujer. No es solamente una experiencia fisiológica, sino la aclaración de un misterio. Así como se pasa una sola vez de la ignorancia al conocimiento en un punto dado —por ejemplo, el principio de contradicción—, así se pasa una sola vez de lo incompleto al pleno conocimiento del yo que aporta el compañero. Una vez que se ha cruzado la línea, ninguno se pertenece por entero, la reciprocidad ha creado dependencia; el enigma ha sido resuelto y el misterio ha quedado revelado: los dos se han convertido en una unidad, ya sea sancionada por Dios ya sea en oposición a Su Voluntad.

Los que dicen que la pureza es ignorancia de «las cosas de la vida» son como los que creen que el conocimiento es la ignorancia de la incultura. Nuestra Madre Santísima no ignoraba el misterio de engendrar una vida pues, cuando se le apareció el ángel, ella preguntó: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?» (*Lc* 1, 34). Como ella había consagrado su virginidad a Dios, debía, por lo tanto, conciliar su voto con la voluntad de Dios que le revelaba que ella sería madre, mas no ignoraba la vida y sus fines. El propio voto que había hecho demostraba que sabía a lo que renunciaba; su respuesta revela que

la pureza no es indiferencia o algo negativo, sino, fundamentalmente, un deseo o un amor por el designio de Dios relacionado con un misterio. La pureza carece de pasión solo para aquellos que creen que el amor es una pasión corpórea; mas, si esto fuese así, ¿cómo Dios podía ser amor? Si la pureza fuese la ausencia del amor, ¿cómo podría la Virgen Santísima haber sido la Madre de Nuestro Señor? Es completamente imposible tener creatividad sin amor. Dios no podía engendrar un Hijo Eterno sin Amor; Dios no podía crear la tierra y su plenitud sin Amor. María no podía concebir en sus entrañas sin Amor y concibió sin amor humano pero no sin Amor divino. Aunque le faltaba la parte de pasión humana, no le faltó el Amor divino pues el ángel le dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra» (*Lc* 1, 35). Puesto que la pureza es reverencia al misterio de la creatividad, ¿quién será más pura que la mujer que dio a luz al Creador de la Creatividad, que en el éxtasis del amor pudo decir al mundo, según las palabras de G. K. Chesterton: «En tu casa, la lujuria sin amor morirá, y en mi casa el amor sin lujuria vivirá»?

La pureza abarca desde el niño hasta el joven, desde el altar hasta el hogar, desde el viudo hasta el ungido, diferenciándose en sus grados, pero no en la sublime conciencia de que se necesita autorización divina para descorrer el velo del misterio, porque ella es reverencia al misterio de la creatividad. La Iglesia pide a todos sus hijos que miren a María como protectora y modelo, porque la pureza es la guardiana del amor. María es la abstracción del amor por el Amor, el suave halo del amor de Jesús, el corazón de Su Fuego, el Arca de Su Vida. María se ha convertido en la esperanza de quienes sufren la tentación de descubrir prematuramente el misterio, porque ella guardó su secreto hasta que su tiempo hubo llegado con el anuncio del Ángel. Y no hay clase ni condición de almas a quienes ella no enseñe que la pureza del cuerpo es el eco de la voluntad.

Desde un punto de vista puramente humano, en la virginidad hay algo incompleto sin compartir y retenido. Por otra parte, en la maternidad hay algo perdido, renunciado e irrevocable. Solo en María, la Virgen y Madre, no hay nada incompleto ni perdido, ella es como una cosecha de primavera, el mes de mayo en octubre, donde lo que le falta a la virginidad es completado con la plenitud de su maternidad y donde la renuncia de su maternidad está anticipada con la conservación de su inocencia. Virgen y Madre, María es el común denominador de todo, a causa de su rendimiento soberano a la Voluntad Divina; es Virgen porque busca directamente la Voluntad de Dios y es Madre exactamente por la misma razón; ella es la auxiliadora, la guía, la virgen y la madre, para el hombre y la doncella que se casan para cumplir la Voluntad de Dios uno a través del otro, y para el hombre y la doncella que cumplen directamente la voluntad de Dios. Ella revela que es posible tener amor sin lujuria y lo que Thompson llama «una desapasionada pasión, una violenta tranquilidad». María es también la esperanza para

aquellos que han desvelado el misterio de la vida sin consideración a su fin creativo, porque fue ella quien eligió de compañera, al pie de la Cruz, a aquel ser herido que el mundo conoce por Magdalena. Cuando María se inclina sobre las flores quebradas de la humanidad en las oscuras ciénagas del erotismo, no las coloca en el florero de la humanidad, sino que las sostiene hacia arriba, como hizo con Magdalena, hasta el altar mismo de Dios.

María también es el modelo para los casados, pues las Sagradas Escrituras la mencionan antes que a su Hijo, cuando estuvo presente en las fiestas de las bodas de Caná. No pudo encontrar mejor manera para revelar la necesidad del sacrificio del amor conyugal que provocar dulcemente a su Hijo para que obrara Su primer milagro y preparar así Su Hora de sacrificio en la Cruz. Siguiendo el ejemplo, los matrimonios deben amar sacrificándose uno por el otro, así como ella renunció a Su Hijo por el amor del mundo.

La Iglesia, al presentar a Nuestra Madre Santísima como modelo de los jóvenes, nos da una elocuente aspiración a la pureza. Casi no habrá joven, hombre o mujer, que alguna vez no haya oído estas palabras de boca de su madre: «Nunca hagas algo de lo que tu madre tenga que avergonzarse». Esto quiere decir que el motivo fundamental para ser bueno es la consagración de sí mismo a algo más elevado que el yo. Cuando una madre invoca un amor más elevado que su amor al hijo, trata de hacer comprender a sus hijos que deben aspirar a querer a otra persona sin pensar que esta otra persona los quiere a ellos; pero para hacerlo deben tener un amor más elevado que su propia voluntad y placer. Puesto que hay otra vida más allá de la natural y un amor más elevado que el humano, nada hay más natural que Nuestro Señor Bendito nos dijese a todos desde la Cruz: «¡He aquí a tu madre!». Era la forma Divina de decir: «Nunca hagas alguna cosa de la que vuestra Madre Celestial pueda avergonzarse».

Francis Thompson escribió:

Tú, que conoces lo escondido,
que me has enseñado a cantar,
enseña al amor el modo de ser
una nueva virginidad.

Con tu mano protectora
abriga la llama que tu aliento ha avivado, haz que el rojo fulgor de mi corazón
solo sea como la nieve que el sol ruboriza.

Y si dicen que la nieve es fría,
oh Castidad, ¿será preciso decirles

que la mano frotada con nieve
redobla su calor?

¿Que el frío extremo como el calor agosta?
Oh, acercaos al corazón del amor
y sentid cómo se alzan, abrasadoras,
sus frías purezas blancas.

Pero tú, dulce señora Castidad.
Tú (y tu hermano el Amor contigo)
sobre tu regazo
sosténme todavía, si lo quieres[8].

IX. LA DIGNIDAD DEL CUERPO

El sexo es una función de la persona en su integridad; no es solo del cuerpo y, menos aún, de los órganos sexuales. Platón y su escuela han transmitido a la historia la idea errónea de que el hombre es principalmente espíritu o un ser racional que, por desgracia, tiene un cuerpo; según aquel filósofo el alma está en el cuerpo como un hombre que rema está en el bote; así como entre estos no hay ninguna relación intrínseca, tampoco hay un vínculo intrínseco entre el cuerpo y el alma. Según los más importantes filósofos posteriores, el cuerpo y el alma no son dos cosas distintas, sino dos aspectos implícitos e irreductibles de un ser único que es el hombre. Los órganos sexuales no son los que tienen deseos sexuales, los tiene el *yo* o la persona *humana* y, por lo tanto, su uso y abuso es fundamentalmente un problema moral por tratarse de un ser libre. El ímpetu de los deseos carnales y la urgencia de sus impulsos son un índice de que buscan satisfacción, no un órgano biológico, sino las necesidades de la persona. Aun los materialistas que niegan que el hombre tenga alma aceptan la posición cristiana al afirmar que el sexo *afecta* el *Ego* y las esferas de la mente. Si el sexo fuese solo un fenómeno fisiológico limitado a una determinada área, no tendría mayor repercusión en la vida física del individuo, pero influye precisamente sobre él en lo mental, en lo moral y en lo social, porque está esencialmente ligado a la unidad del cuerpo-alma del ser humano.

Para aconsejar que la persona se mantenga íntegra, sin permitir que sus impulsos carnales perturben la justa razón, Nuestro Señor dijo: «Si tu ojo derecho te induce a pecar, sácatelo y tíralo. Más te vale perder un miembro que ser echado entero en la *gehenna*»(*Mt* 5, 29). Ya que el cuerpo influye sobre el alma para el bien o para el mal, es mejor hacer violencia al cuerpo que violentar la pureza del alma. Nuestro Señor no quiso decir que se arrancara físicamente un ojo o que se amputara un brazo, sino que se renunciara a usarlos antes de permitir que fuesen ocasión de pecado. Con la misma idea, Nuestro Señor nos advierte: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la *gehenna*» (*Mt* 10, 28). El Divino Salvador jamás hubiese hecho esta advertencia si la función de un órgano del cuerpo no afectara a la armonía de la vida en su conjunto.

La disciplina de los impulsos erráticos del cuerpo cuando van contra el alma y su destino no significa una falta de respeto hacia el cuerpo, de la misma manera que poner un freno en la boca de un caballo no significa una falta de respeto hacia el caballo; se trata simplemente de la forma de mostrar lo mejor que tiene el caballo por amor al maestro, así como frenar las pasiones es mostrar lo mejor que tiene el hombre por amor al Divino Maestro. No habría necesidad de moderar el cuerpo si, a causa de la rebelión original contra Dios, no hubiese habido desarmonía en el hombre. Ahora él se rebela

contra el espíritu porque el espíritu se rebeló contra Dios. Se hace necesario recordar algunas verdades cristianas sobre la dignidad del cuerpo humano, porque muchos toman el ascetismo del cuerpo como algo contra el cuerpo, lo mismo que si se tomara el hecho de eliminar a un perro en el allanamiento de una casa como algo dirigido contra el perro.

El cuerpo proporciona la materia prima para pensar. Al nacer, nuestras mentes son como hojas de papel en blanco. Los ojos, los oídos y el tacto graban sus impresiones en la mente del niño. Más tarde la mente, trabajando sobre estos datos sensitivos, los convierte en pensamientos abstractos, ciencias y artes. Así como es el hombre, y no el sexo, quien se casa, es el hombre, y no la inteligencia, quien piensa. El cuerpo es honorable a la vista de Dios, quien lo hizo, y debería ser honorable a la vista de los hombres, que fueron hechos por Dios, porque es el instrumento de nuestro conocimiento y también el instrumento por el cual se tiene conciencia de sí mismo.

El cuerpo es asimismo el medio de entrar en comunión unos con otros; *verbalmente*, por las palabras que son fragmentos del Verbo Eterno; *físicamente*, al ayudar a nuestro prójimo en las tareas de la vida en la cultura y en la civilización; *artísticamente*, en el baile, el teatro y las artes; *sexualmente*, al someter la dualidad a la unidad que es la misión del amor; *religiosamente*, al añadir fuerza a la oración con los símbolos exteriores, tal como arrodillarse para expresar la actitud humilde del alma delante de Dios.

El cuerpo es también una señal continua de la tensión básica, de las solicitaciones a que se ve sometida y de la dicotomía que existe dentro de la persona. Ovidio, advirtiéndolo, dijo: «Yo veo y apruebo las mejores cosas de la vida, pero sigo las peores». El cuerpo no siempre alcanza los ideales que nuestra mente concibe y, a veces, solo llega a ellos a costa de un gran esfuerzo. El antagonismo interno del cuerpo y del alma, este conflicto del *Ego* y del *Id*, esta conciencia del cuerpo y la mente, con sus distintos campos de acción para sus respectivos placeres, hacen comprender que la *solución completa* no se hallará precisamente en esa unidad cuerpo-alma, pues allí es donde está la raíz del conflicto. Tal y como el profesor fuera de la mente que escucha y el médico fuera del cuerpo que cura, así el cuerpo y el alma, en sus momentos de oposición, reconocen la necesidad de un Profesor y de un Médico que sea más que humano, para pacificar la guerra civil entre ellos.

Desde el punto de vista cristiano, el cuerpo es noble, porque el Hijo de Dios tomó un cuerpo o naturaleza humana como la nuestra, aunque sin el pecado. Dios descendió al cuerpo, para asumir el de Cristo: «Porque en él habita la plenitud de la divinidad corporalmente» (*Col* 2, 9). Nuestro Señor llamó Templo a Su Cuerpo porque el templo es el lugar donde habita Dios. Los materialistas no llegaron a la profundidad del

pensamiento de Dios cuando Él les dijo: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré» (*Jn* 11, 19), refiriéndose al tiempo entre el Viernes Santo, cuando Su Cuerpo sería entregado a Sus enemigos, y la Resurrección, cuando Su Cuerpo sería glorificado para toda la eternidad.

El cuerpo es noble porque el Hijo de Dios, al hacerse carne, no lo hizo apareciendo en plena flor de naturaleza humana; Él lo apreció tanto que tomó Su Cuerpo del cuerpo de una mujer: «Nacido de mujer» (*Ga* 4, 4). Como todos los cuerpos hechos por Él, también se nutrió de su cuerpo y sangre; como todos los hijos de los hombres, se crio en sus pechos y permaneció con ella obedeciendo hasta los treinta años. Gracias a un cuerpo, el mundo ha podido ver a Dios en forma de hombre y, gracias a un cuerpo, este hombre-Dios ha podido pronunciar la palabra más dulce que ha resonado en el transcurso de todos los tiempos: «Madre».

El cuerpo es noble, además, porque por él se comunican al alma los frutos de la Redención de Cristo. En el *Bautismo* se tocan los oídos a fin de abrirlos para oír la verdad de Dios; se tocan las ventanas de la nariz para que sean las vías del olor de santidad; se toca con sal la lengua para conservar las verdades espirituales en una confesión sin temores; se toca con agua la cabeza para borrar la culpa del pecado original y para que el cuerpo sea el templo de Dios Vivo. En la *Sagrada Eucaristía*, la lengua es el instrumento por el cual el Cuerpo de Cristo viene a nuestro cuerpo y alma para someter las llamas de la sensualidad, para nutrir la Vida Divina que hay dentro y para ligarnos a Su Cuerpo Místico, la Iglesia. En la *Confirmación* se toca el cuerpo con un toque en la mejilla, para recordar al futuro soldado de Cristo que debe estar pronto para sufrir cualquier cosa por Él. En el Sacramento de la *Penitencia* el cuerpo se humilla, arrodillándose, y hace que la lengua exprese los secretos del alma para que esta sea purificada y aquel pueda ser una vez más el templo de Dios; después de expiar las faltas, se emplea el cuerpo para las oraciones penitenciales y se le somete a un ayuno o se le priva de sus comodidades por la limosna. En el Sacramento del *Orden Sacerdotal* el cuerpo renuncia a su derecho de ser dos en una misma carne para ser dos en un espíritu con Cristo; recibe el soplo de la imposición de las manos para simbolizar que se le ha conferido los poderes del Espíritu Santo y se le ungen las manos con aceite porque sus dedos han de tocar el Cuerpo de Cristo en la Consagración de la Misa. En el Sacramento del *Matrimonio* el hombre y la mujer son ellos mismos los ministros del sacramento y el sacerdote un testigo de la entrega de sus cuerpos, el uno al otro, hasta que la muerte los separe. Finalmente, en el Sacramento de la *Unción de los enfermos*, la frente es purificada de pecado o de rastro de pecado para que al dejar el alma al cuerpo pueda presentarse ante el Juicio de Dios.

Tomado desde otro punto de vista, el cuerpo es noble por todas las bendiciones que

le da la Iglesia en los diversos deberes y momentos de la vida. Si limitamos esta observación únicamente al matrimonio, puede sorprender a algunos el saber que la Iglesia tiene una bendición[9] para el lecho matrimonial. Con los ojos y el corazón puestos de lleno en la eternidad, ella dice en tono solemne:

> Bendecid, Señor, esta cámara nupcial, a fin de que los que la habiten permanezcan en vuestra paz y perseveren en vuestra voluntad hasta la vejez; para que se multipliquen durante largos años y alcancen el reino de los cielos.

El anillo nupcial tiene su bendición para que incluso lo que se usa en el dedo del cuerpo no quede sin oración:

> Bendice, ¡oh Señor!, este anillo que nosotros en tu nombre bendecimos, para que quien lo lleve, guardando íntegra fidelidad para con su esposo, permanezca en paz y sumiso a tu voluntad y viva siempre en constante amor mutuo.

Luego hay una bendición para la futura madre en la que, además del Salmo 66, se dice la siguiente oración:

> ¡Oh Dios y Señor, Creador universal, fuerte y terrible, justo y misericordioso, el único que es bueno y piadoso; que libraste a Israel de todo mal, haciéndolos tuyos a nuestros padres muy amados, y santificándolos con el poder del Espíritu; que con la cooperación del Espíritu Santo preparaste el cuerpo y el alma de la gloriosa Virgen María para que mereciese convertirse en la digna habitación de tu Hijo; que llenaste a san Juan Bautista del Espíritu Santo, y lo hiciste saltar de gozo en el vientre de su madre!, acepta el sacrificio de un corazón contrito y el ardiente deseo de tu sierva (x) que con humildad te pide que conserves el hijo que tú le permitiste concebir. Guarda esto que es tuyo, y defiéndelo de toda asechanza y crueldad del maligno enemigo, a fin de que, con la intervención eficaz de tu misericordia, salga a luz con bien el hijo de esta madre y sobreviva para una santa descendencia, y te sirva a Ti siempre y en todo, y al fin consiga la vida eterna. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo. Así sea.

También hay una larga ceremonia para la bendición de la madre después del parto, que termina con esta oración:

> ¡Oh Dios eterno y Todopoderoso que en atención al parto de la Bienaventurada Virgen María trocaste en gozo los dolores de las fieles madres que dan a luz!, mira con ojos de ternura a esta tu sierva que contenta ha venido a tu santo templo para

darte gracias y concédele que, después de esta vida, y por los méritos e intercesión de la misma Virgen María, merezca ir con su prole a las delicias de la eterna bienaventuranza. Por Jesucristo Nuestro Señor. Así sea.

Es también objeto de oración el hogar donde los casados viven el destino señalado por el cielo:

Invocándote humildemente, ¡oh Dios Padre Todopoderoso!, en favor de esta casa, y de sus moradores, y de todas sus cosas, para que te dignes bendecirla, y santificarla, y colmarla de toda clase de bienes. Concede a sus habitantes, ¡oh Señor!, la abundancia del rocío celestial y de la fertilidad de la tierra, el sustento de la vida, y llévalos misericordiosamente al logro de sus legítimos deseos. Y dígnate, por lo tanto, bendecir y santificar con nuestra visita esta casa, como tuviste a bien bendecir la casa de Abraham, Isaac y Jacob, y que dentro de sus muros habiten los ángeles de la luz, y la guarden a ella y a sus moradores. Por Jesucristo Nuestro Señor. Así sea.

Cuando los niños están enfermos, la Iglesia se acuerda de ellos y ruega:

¡Oh Dios, a quien recurren todos los que sufren, y por quien son sanados los adultos, extiende tu diestra sobre este enfermo/a que sufre en su tierna edad, para que, recibiendo el vigor de la salud, llegue a la plenitud de sus años, y siéndote fiel te ofrezca sin cesar su gratitud todos los días de su vida. Por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive y reina en unión con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que cuidas con múltiple piedad de tu criatura, no solo su alma, sino infundiendo en su cuerpo la gracia de la curación de su cuerpo; erige a este siervo/a del lecho de su enfermedad, y dígnate restituir a tu santa Iglesia en plena salud a él (ella) y a sus parientes; y prolongados para él todos los días de su vida, adelantando en gracia y sabiduría delante de ti y de los hombres, te sirva en justicia y santidad, y te cante las convenientes acciones de gracias de tu misericordia. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

¡Oh Dios, que con admirable orden distribuyes los diversos empleos de los ángeles y de los hombres!, concede, propicio, que sea, en la tierra, custodiada la vida de este niño. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Y, cuando en la casa está enfermo un adulto, la Iglesia ruega:

Mira, Señor, a tu siervo/a afligido por la enfermedad del cuerpo, y fortalece al

alma que creaste, para que, enmendada con estas pruebas, pueda ser salvado enseguida por tu misericordia. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

Misericordioso Señor, consolador de los fieles, imploramos tu inmensa piedad, y, con el ingreso de nuestra pequeñez, dígnate visitar a este siervo (sierva) que yace sobre el lecho de su dolor, como visitaste a la suegra de Simón (san Pedro); sele propicio, Señor, con tu presencia, para que, recibiendo la salud perdida, pueda darte gracias en tu Iglesia, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén. El Señor Jesucristo esté contigo, para que te defienda; dentro de ti, para conservarte; delante de ti, para guiarte; detrás de ti, para protegerte; sobre ti, para bendecirte; tú que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Desde un punto de vista completamente diferente, el cuerpo es noble porque un día ha de resucitar de entre los muertos. Después de la muerte, el alma puede existir sin el cuerpo, pero siempre conserva su atracción por el cuerpo y un día ha de reunirse con él porque, como contribuyó a la condición espiritual del alma, corresponde que comparta su gloria si el alma se salva, o su vergüenza si el alma se pierde.

Los cuerpos de los malos serán inmortales e incorruptibles y su misma incorruptibilidad ha de ser una continua corrupción; los de los justos serán también inmortales e incorruptibles, pero glorificados según el ejemplo del Salvador Resucitado. Los cuerpos no serán dados a las funciones de procreación y nutrición; hasta sus defectos terrenales han de desaparecer en la claridad del cuerpo glorificado. El cuerpo natural del justo se elevará a ser un cuerpo espiritual, variando según el grado de sus méritos adquiridos por el alma. La gloria de cada alma brillará a través del cuerpo así como una copa revela el color del líquido que contiene. «Uno es el resplandor del sol y otro el resplandor de la luna, y otro el resplandor de las estrellas; pues una estrella se distingue de otra por su brillo» (*1 Co* 15, 41).

En la vida futura, el hombre será un ser con alma y cuerpo. La inmortalidad no será solamente del alma, sino del cuerpo y del alma, porque ambos son necesarios para el hombre completo y perfecto. El cuerpo no es una prisión ni una tumba en la que el alma está confinada por un tiempo y de la que gustosamente escapa. La pérdida de la vida corpórea es una tragedia para la naturaleza humana porque no es natural que el alma esté sin el cuerpo.

«Creo en la resurrección de la carne», dice el Credo de los Apóstoles. Esta resurrección no se deberá a causas naturales, sino que ha de cumplirse por el poder de Dios como causa única y suficiente. «¿Por qué os parece increíble que Dios resucite a los muertos?» (*Hch* 26, 8). La Resurrección de Cristo es el ejemplo y modelo de nuestra resurrección. «Y cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido

absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?» (*1 Co* 15, 54-55).

Esta separación del cuerpo y el alma en el momento de la muerte, aparte de toda explicación superficial en el orden biológico, se debe, fundamentalmente, al pecado. «Lo mismo que por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte se propagó a todos los hombres, porque todos pecaron…» (*Rm* 5, 12). La muerte, aunque es condición natural en las plantas y en los animales, en el caso del hombre tiene además la condición especial de ser *penal*. Al repudiar el hombre el don de inmortalidad hizo que la muerte fuese un castigo: «pero del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás, porque, el día en que comas de él, tendrás que morir» (*Gn* 2, 17). La muerte, pena impuesta por el pecado, solo sería vencida al hacerse Dios hombre y cargar sobre Él el castigo que merecían nuestros pecados. La muerte no vino hacia Él, sino que Él salió al encuentro de la muerte, porque no es posible vencerla por un martirio, aunque sea entendido como una muerte infligida por una causa noble. «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente» (*Jn* 10, 17-18). Por esta razón los cristianos oran para que se les libre de «una muerte repentina *y* desprevenida» y prefieren, como su Maestro, someterse deliberadamente al castigo de la muerte hasta donde esté a su alcance. Al resucitar de entre los muertos por el poder de Dios, Él venció a la muerte. «Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor» (*Rm* 14, 7-8). Por la mortificación, la penitencia y el «morir de todos los días» manifestamos la muerte del Señor. En este mundo, el cristiano no debe olvidar que el Cristo Resucitado, a Quien él se incorpora por el bautismo, no es un Cristo indemne, sino un Cristo muerto *y* resucitado que no lleva heridas en Su Cuerpo Resucitado, sino las cicatrices de la Crucifixión para demostrar que el amor es más fuerte que la muerte.

La Iglesia recuerda a los pobres mortales de cuerpo débil que tengan los ojos puestos en el cielo pues allí están dos cuerpos humanos: por la Ascensión, el Cuerpo de Nuestro Señor y, por la Asunción, el Cuerpo de su Madre Santísima. El quince de agosto de cada año, la Iglesia conmemora la elevación del alma *y* cuerpo santo de María al Paraíso donde fue coronada como Reina de los Ángeles *y* de los Santos. No significa esto que María no haya muerto, sino que la Iglesia enseña que su cuerpo no sufrió la descomposición. Si Nuestro Señor tomó sobre sí los sufrimientos de la vida para purificarlos y la angustia de la muerte para vencerla, habría de dispensar de ellos a Su propia Madre. Si fue el nuevo Adán, y había de beber el cáliz de los sufrimientos, Ella, la nueva Eva, debería tener su parte en ellos; pero, aunque murió, su cuerpo no se descompuso, sino que fue elevado al cielo. El castigo principal del pecado es la disolución

del cuerpo: «Pues eres polvo y al polvo volverás» (*Gn* 3, 19). Pero, como la descomposición es la consecuencia punitiva del pecado original, Ella, que fue exenta del mismo, debería también quedar eximida de este castigo, es decir, de la descomposición. Dejando de lado la antigua tradición cristiana referente a la Asunción, no era propio que Ella, que dio al mundo a Aquel que venció a la muerte, estuviese muy por debajo de Él. ¿Acaso Él, Quien por Su propio Poder Divino resucitó de entre los muertos, no habría de utilizar este mismo poder para eximir a Su Madre de la sepultura, de modo que Su Resurrección y Ascensión tuviesen su imagen, en un nivel más bajo, en la Asunción de la Madre Santísima?

Ella era el huerto cerrado carnal del nuevo Adán y es inconcebible que el Jardinero Celestial, una vez que Él hubo tomado Su vida humana en el jardín de ella, hubiera de consentir que aquel fuese invadido por el polvo. El cáliz que contiene la sangre de Cristo no se convierte en una copa profana una vez que se ha bebido el vino de la vida, y solamente pueden tocarlo manos consagradas. No hay razón para creer que, una vez que Él triunfó sobre el pecado con Su Resurrección y ascendió a la gloria, a la diestra del Padre, pudiese olvidar a aquella que le había dado la naturaleza humana. Un hijo recuerda a su madre aún más en el triunfo que en la batalla. Él le habló en la batalla del Calvario, por lo tanto Él no olvidaría de llamarla a Él en el triunfo de Su Ascensión. Aquel que recibió la hospitalidad de este Belén espiritual no había de ser un huésped ingrato. Así como los hogares donde han nacido hombres célebres se conservan para la posteridad, así Su Hogar (que es ella) se conservaría para la eternidad. La historia jamás olvidaría su nombre, si el posadero hubiese albergado a esta Virgen en la noche de Navidad.

Ella, que Lo hospedó, debía alcanzar la inmortalidad, no solo de nombre, sino también en cuerpo y alma. Si Él, que venció a la muerte, ascendió al Cielo para ser el mediador entre Dios y el hombre, ella, que recibió el alto mandato de participar en Su redención, ¿no debería estar cerca de Él en el Cielo para ser mediadora entre Su Poder y nuestras necesidades, así como lo hizo en Caná? Ella, que engendró a Quien vacía todos los sepulcros, no podía ser uno de sus primeros ocupantes; la descomposición no debía tocar a quien engendró la incorruptibilidad, y tampoco su cuerpo, cuya virginidad Él había protegido en la maternidad, debía ser despojado y arrebatado por la muerte. Eva, nuestra primera madre, escuchó las tentaciones de Satanás y en justicia fue otra vez convertida en polvo, pero María, nuestra nueva Madre, que escuchó al Espíritu Santo, no podía ser víctima del mismo polvo.

Una Iglesia después de consagrada no puede ser dedicada a usos profanos. Tampoco el templo del Dios Vivo sería profanado por el polvo; Ella debía morir, pues no tendría otra ley diferente a la que había estado sujeto su Hijo; pero tampoco Ella sufriría la descomposición, porque había dado a luz a Quien quebró las garras de la muerte. En su

carácter de ser humano, la muerte sería normal; pero, investida con el poder de Dios, la disolución sería anormal. En todo el mundo hay solamente dos sepulcros vacíos: el sepulcro donde fue enterrada la Resurrección y la Vida por tres días, y el sepulcro donde se puso a la Madre de la Resurrección y la Vida cuando ella se durmió en el amor del Señor. El sepulcro vacío de María es para la mujer lo que el sepulcro vacío de Cristo es para el hombre, con esta diferencia: que el de ella quedó vacío únicamente por Su Poder.

La Resurrección de Nuestro Señor, la Asunción de Nuestra Señora y la gloriosa resurrección de los justos el día del juicio final son diversos aspectos del culto cristiano del cuerpo. La Asunción de María proclama este culto de un modo especial, porque se debe a Su privilegio, en tanto que la Resurrección de Cristo es debida a Su propio poder. El culto del cuerpo lleva una señal, porque Él lo considera el tabernáculo del alma y el templo de Dios. Mientras que el alma se mantenga en su unidad con Dios, no necesita temer lo que ocurre con el cuerpo, pues la santidad del alma asegurará su integridad en el día de la resurrección. «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la *gehenna*» (*Mt* 10, 28).

La idea cristiana del cuerpo se basa en la santidad del alma que lo vivifica. El cuerpo es santo porque el alma es santa. Nuestro Bendito Señor alabó a la mujer porque «derramó sobre mi cuerpo este bálsamo» (cfr. *Mt* 26, 12). San Pablo escribió a los Corintios: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?… ¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!» (*1 Co* 6, 15.19-20). Se aprecia el cuerpo porque está vivificado por un alma y el cuerpo es santo porque en él mora Dios como en un templo. Cuanto más unida está el alma con Dios, más sagrado llega a ser el cuerpo.

La belleza del cuerpo atrae la vista, la belleza del alma atrae a Dios. El hombre mira el rostro, Dios mira el alma. Debió de ser tan bella la pureza de María que atrajo más las almas que los ojos de los hombres. Nadie amaría su mente o su alma por la belleza de su cuerpo, pero amaría la belleza de su alma al punto de olvidar que ella tenía un cuerpo. Es muy probable que la vista humana, al mirar a María, apenas se habrá dado cuenta de que era hermosa. Tal como los hombres corrompidos se vuelven puros en pensamiento a la vista de una criatura inocente, de la misma manera, por una visión de la Madre Inmaculada, todos los pensamientos carnales quedan desechados. Así como cuando se escucha tocar el piano a un artista consumado uno se olvida de que tiene manos, así, en las arrobadoras melodías de la Pureza de María, uno no advierte el teclado carnal de donde provienen. Cuando uno se alboroza por la belleza de un cuadro no le presta mayor atención al marco.

Para que nuestra admiración por la pureza del alma de María no nos haga olvidar el

edén carnal donde el Padre Celestial hospedó a Su Divino Hijo, la Iglesia en la fiesta de la Asunción proclama la santidad del cuerpo de María, no del cuerpo por separado del alma, pues la Iglesia no conoce cuerpo solo y alma sola, sino de la persona. La Asunción es inseparable de la Inmaculada Concepción. La no caída en el polvo es inseparable de la maternidad de la Vida Divina. Como el Cielo había bajado a Ella, así también, cuando el Cielo volvió al Cielo, Ella debió ser adscrita a este.

El culto del cuerpo puede entenderse de dos maneras: según el modo del mundo o a la luz de la asunción de María, pero ambas están de acuerdo en que el cuerpo es hermoso. Una lo embellece desde fuera y la otra, desde dentro; una adorna el cuerpo para que sea atrayente por lo que tiene y la otra lo adorna con los reflejos de las virtudes interiores. Nuestros primeros padres no comprendieron que estaban desnudos hasta después de pecar. Cuando el alma perdió su ropaje de gracia el cuerpo perdió su atracción, y cuanta menos belleza tiene el alma, más necesita adornar el cuerpo. Un lujo excesivo en el vestir y una vana ostentación de belleza exterior son señales de la desnudez del alma. «La belleza de la hija del rey viene de dentro».

Los ciegos siempre tienen cara amable probablemente porque están menos materializados por las cosas que ven los demás hombres; un fulgor interior parece brillar en ellos. Los feos por naturaleza resultan muy atrayentes una vez que se hacen santos, tal como ocurrió con san Vicente de Paúl. Los verdaderamente hermosos lo son aunque salgan de debajo de la lluvia. Esta clase de belleza va de dentro hacia afuera y no de fuera hacia adentro; es el resultado de la virtud y no del maquillaje, porque no es superficial, sino que viene de la profundidad del alma.

Por el culto del alma se sirve mejor al culto del cuerpo; este es como un producto accesorio y no como un fin; es el fruto y no la raíz. Por esto nadie es verdaderamente hermoso hasta que se olvida de embellecerse y trata de hacerse bueno. María no fue «llena de gracia» porque era hermosa, fue hermosa porque estaba llena de Gracia.

Francis Thompson ha escrito:

Mortales que contempláis a una Mujer
irguiéndose entre el sol y la luna,
¿quién soy yo que los cielos asumo?
Soy el Todo, y soy una.
Subo numerosa
e imponente como ejércitos en orden,
porque os llevo mientras os espero.
Vosotros sois yo: ¡no desmayéis!
Yo, el Arca que para las cinceladas

Tablas de la ley se hizo;
una era el corazón del hombre; la otra, el cielo;
ambas fueron depositadas en mi seno.

Yo, los paraísos ceñidos de carne
cultivados por el nuevo Adán,
hermoseados con queridos adornos
que Él amaba mientras crecía.
Yo, la pradera ilimitada y estricta
que recorren los pies saltarines de Dios:
¡Yo, el cielo de donde el Maná
sobre ti descendió, fatigada Israel![10].

X. EL MATRIMONIO Y EL ESPÍRITU

Según una ley de la naturaleza humana, el que no espiritualiza la carne excitará la sensualidad de su espíritu. El sexo y la espiritualidad no marchan juntos, uno al lado del otro; más bien uno guía al otro. El sexo puede dominar lo espiritual simplemente por falta de resistencia, pero para que lo espiritual gobierne a la carne se requieren disciplina y esfuerzo. Así como para descubrir los secretos de la historia se debe ver lo permanente en el tiempo, así para entender el matrimonio se debe ver el Espíritu en la carne. Cuando alguien señaló a santa Catalina de Siena que estaba demasiado obsesionada con los asuntos temporales para pensar en Dios, la santa contestó: «Somos nosotros quienes hacemos temporales las cosas, todo cuanto viene del Dios eterno es bueno».

Esta es la alternativa que se presenta a todos los novios: si inclinar su matrimonio hacia lo erótico o hacia lo eterno; si fundarlo en el sexo o en el Espíritu; hay un estado de tensión entre estas dos tendencias que tiene sus orígenes históricos en el pecado original. Aun aparte de la Caída del Hombre, habría tensión a causa de la diferencia entre el cuerpo y el alma. Santo Tomás dice que esta tensión natural es debida a la «necesidad de la materia», en oposición a la libertad del espíritu.

Esto no significa que el matrimonio deba elegir entre el sexo y el espíritu (pues sin ambos el matrimonio es incompleto), sino que debe elegir entre dar la *primacía* a uno o a otro. No se repetirá nunca demasiado que el deseo sexual del hombre no es un instinto animal y nada más. El deseo es, en todo momento, animado y activado por el alma. Los que hablan que la Iglesia se opone al sexo dicen necedades, porque no comprenden la unidad del alma-cuerpo en la persona humana. No puede haber una elección entre la carne y el alma, porque nunca hay carne sin espíritu ni espíritu sin carne. El cristianismo no está en contra del cuerpo, ni del alma, ni del sexo, ni de la mente (salvo del mal, que no es algo que existe, sino más bien una privación).

El matrimonio se puede explicar con dos símbolos: uno es la pirámide y el otro, el sótano. La Iglesia ve en cada aspecto del matrimonio la reflexión, el eco o la sombra arrojada por alguna importante Verdad Divina. En la cúspide de la pirámide está la Trinidad. De este Amor Trino y Uno descienden, por los costados de la pirámide (que representan el tiempo y la historia), la riqueza de este Amor en la Creación, la Revelación, la Encarnación, el Cuerpo Místico, la Eucaristía, la Gracia y los Sacramentos, uno de los cuales es el matrimonio, y todo lo noble y hermoso que hay en él es un descenso desde arriba que se representa en la carne de aquel Amor Divino en el que vive, se nutre y crece.

El otro símbolo del matrimonio es el sótano, o bodega, en donde la mente consciente ha arrojado, junto con muchos desperdicios, los temores desatados y las fijaciones de la

vida racional, porque han sido suprimidos, reprimidos o temidos. En este sótano se ven también huesos de animales y el recuerdo del origen animal del hombre. En este aspecto, el matrimonio es un ascenso del animal o un empuje desde abajo. El matrimonio, desde el punto de vista cristiano, es un descenso de Dios o un don que viene de arriba.

Estos dos aspectos del matrimonio han desarrollado dos actitudes psicológicas distintas con respecto al sexo. Un grupo habla del sexo como lo haría de comer, beber o de política, con lo que condimenta sus bromas; sus lecturas, anuncios, intereses y todo se concentra en el sexo como si fuese la energía fundamental del hombre. El otro grupo trata el tema con reverencia y lo menciona solo en determinadas condiciones, ofendiéndose cuando se hace público lo que es personal. Esta sensibilidad no se debe a remilgos, sino a la piedad ante lo *tremendum*; no se cruza por sus mentes hacer chistes sobre las relaciones del hombre y de la mujer en el matrimonio, exactamente por la misma razón que no los harían sobre las relaciones del alma y Nuestro Señor en la Sagrada Comunión; y ello porque están cara a cara con lo sagrado, es decir, con lo Divino. Así como el hombre se puede quitar el sombrero al pasar por delante de una iglesia, ante la presencia eucarística de Nuestro Señor, así también mostrará una conveniente delicadeza frente a este misterio que contribuye a la unidad de la carne, tal como la Comunión lo hace a la Unidad en el espíritu.

En el matrimonio se ve primero el reflejo del Misterio de la Trinidad, porque el Espíritu lo impregna. Así como el Padre se reconoce a Sí mismo en Su Sabiduría, Verbo o Hijo, que es distinto, pero no separado, así el marido descubre frente a él a otra persona en una carne con él. Así como el Padre se reconoce a Sí mismo en Su Hijo, así el hombre se reconoce a sí mismo a través de la persona que tiene a su lado y se refleja en ella porque, gracias al sexo, dos personas se confunden y se revelan la una a la otra. Así como el Padre y el Hijo son uno en su naturaleza a través del Espíritu del Amor que los une, así el marido y la mujer encuentran la unidad del sexo, a pesar de sus diferencias, por el vínculo del amor que los hace uno. Así como el Descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles no solo los hizo uno, sino también apostólicos y fecundos en el desarrollo del Cuerpo Místico de Cristo, así también el marido y la mujer, al profundizar su amor unificante, se vuelven fecundos en su nueva vida, gracias a un Pentecostés terrenal que engendra una substancia nueva para el Reino de Dios.

La diferencia del carácter del hombre y de la mujer tiene sus raíces en la creación: «Los creó varón y mujer» (*Gn* 5, 2). El hombre fue hecho por Dios; la mujer fue hecha del hombre por Dios. Así como Dios estuvo presente en la creación del mundo, así el hombre estuvo presente, aunque en éxtasis, en la creación de la mujer. Lo inmediato y lo mediato del origen de los dos sexos se reflejan en sus diferencias. El hombre, que viene

directamente de Dios, tiene iniciativa, poder y origen. La mujer, que proviene de Dios a través del éxtasis del hombre, tiene intuición, retribución, aceptación, sumisión y cooperación. El hombre vive más en el mundo exterior y porque está hecho de la tierra y, por lo tanto, más cerca de ella; su misión es regirla y someterla, La mujer vive más en el mundo interior porque fue creada de una vida humana; el hombre se interesa más en el mundo externo y la mujer, en el mundo interno. El hombre habla de las cosas y la mujer, de las personas. El hombre forma los productos de la tierra; la mujer forma la vida, porque procede de la vida, tanto divina como humana. El hombre, más relacionado a la tierra, hace sacrificios por cosas futuras *y* abstractas; la mujer, más relacionada a lo humano, se inclina a hacer sacrificios por las personas y por lo inmediato. El hombre, porque es más objetivo, se inclina a dar razón de lo que ama y de lo que hace; la mujer, siendo más subjetiva y procediendo de lo humano, se inclina a amar por el amor mismo. El hombre ama por las cualidades y atributos de lo amado: construye, inventa, conquista; la mujer atiende, vigila y se consagra a lo interno. El hombre da; la mujer es un don. Aun después de la Caída que provocó la desarmonía del hombre y de la mujer, a pesar de todos los desengaños, el hombre jamás deja de tener la imagen de una Mujer Ideal y la mujer nunca deja de amar la imagen del Hombre Ideal. La Edad de Oro habrá pasado para los que no conocen la Redención, pero los que ven la Caída como la *felix culpa* conocen, en toda la humanidad, el nombre de la Mujer Ideal, la nueva Eva, María, y todos conocen el nombre del Hombre Ideal, el nuevo Adán, Cristo.

Dios creó una mujer para que fuese la compañera del hombre. «No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle a alguien como él» (*Gn* 2, 18-19). Esto indica que, desde el punto de vista de la sociedad, es esencial la creación divina de los dos sexos. Una compañera no significa una inferioridad servil, sino más bien que, por sus diferencias, se complementan uno al otro, como el arco y el violín. El sexo no es solo el modo deseado por Dios para que la humanidad aumente y se multiplique; debe ser también la base de una mutua ayuda. A todos los maridos y mujeres no les es dado el privilegio de tener una Pentecostés de la carne por el nacimiento de un nuevo cuerpo físico, pero a todos les es dado el compañerismo que Dios ha dispuesto que sea su suerte en la vida.

Una mutua ayuda significa una interpretación de ideales. Nietzsche dijo cierta vez que antes de casarse el hombre debería preguntarse: «¿Estaré yo dispuesto a hablar con esta mujer todos los días de mi vida?». Esto se refiere al asunto de la combinación de las personalidades. Hay solamente dos sexos pero hay millones de personalidades distintas. El cuerpo, por su misma naturaleza física, es incomunicable. Dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio a un mismo tiempo. Los animales nunca se meten dentro de la mente del otro al aparearse, porque no tienen mente para penetrar. Pero el ser humano

tiene algo que es comunicable y que puede meterse dentro de otra persona y esto es su mente, sus actitudes, sus ideales y sus genialidades. Una satisfacción simplemente física puede hacer que las personas vuelvan a su soledad y aislamiento de una manera que jamás ocurre después de una conversación.

Dios ordenó que la unidad de la carne no fuese transitoria o convulsiva, sino que perdurara hasta la muerte. El cuerpo simboliza e intensifica la unión de las almas. Los cuerpos concretan e intensifican esta unión porque hay unidad en espíritu, en amor y en ideales. La felicidad del matrimonio depende de comunes denominadores y el denominador más común es el amor a Dios expresado en una liturgia común, una fe común, en la que el marido y la mujer reciben el mismo Pan que los hace un Cuerpo en Cristo. El amor de los seres humanos carece de la mejor inspiración cuando esto falta. Son como dos átomos de Leibniz que chocan y se golpean porque no tienen ventanas para mirarse el uno al otro. El hombre y la mujer se casan para hacerse mutuamente felices pero nunca podrán conseguirlo hasta que se hayan puesto de acuerdo en *qué es la felicidad*.

No hay peor soledad que la de quien está obligado a vivir una vida de a dos cuyo contacto lo retrae sobre sí mismo a una soledad más grande que antes. Pero Dios quiere que progresen unidos para que lo que empezó como una *pasión* de amor se convierta en un *acto* de amor y luego en un *hábito* de amor; que el cuerpo de cada uno mueva a su alma; luego, que el alma de cada uno mueva a su cuerpo y, finalmente, hasta la altura de la unidad mutua, moviendo el cuerpo y el alma de cada uno hacia Sí y, por lo tanto, poniéndose lo más cerca el uno del otro. Este progreso —aun cuando Dios no lo haya bendecido con hijos— es un progreso en Dios. Un matrimonio no necesita tener hijos para ser bendecido por la Divinidad, pues los hijos dependen de la voluntad de Dios cooperando con el marido y la mujer.

El matrimonio existe por el bien de la intimidad y, como tal, está ordenado para la intimidad. Feuerbach dijo: «El hombre es lo que come». En un orden más elevado, una persona es lo que comulga. El alimento que penetra en su cuerpo se unifica con este cuerpo. De la misma manera, la persona que tiene esta misteriosa comunicación marital con otro cuerpo se «personaliza» hasta cierto punto con aquel cuerpo y también con aquella persona. Los sentimientos y los afectos de uno se convierten en los sentimientos y afectos del otro en el gran momento de la identificación. Así como se une la gente que habla un mismo idioma o comparte los mismos ideales, así, en el matrimonio, la gente se une más aún con este nuevo *conocimiento* del sexo. Desde este punto de vista, completamente aparte del fruto del amor en el hijo, el conocimiento que uno tiene del otro no es razonado, sino más bien intuitivo, en el sentido de que es más inmediato. El matrimonio, por su misma naturaleza, tiende a esta unidad por la comunicación de la carne con la carne. El mismo hecho de que Dios hiciese a la mujer compañera del

hombre significa que Él quiso que esta impregnación espiritual estuviese íntimamente ligada con la impregnación física porque la una sin la otra es contraria a Su Propósito Divino. Usar la base física de la unidad, mientras se rechaza deliberadamente la unidad mental implicada, es envenenar aquel misterioso alimento que llegó limpio de manos de Dios.

Vemos otra inspiración del Espíritu impregnado al sexo en la Encarnación. Es el modelo nupcial; porque en el altar de la carne de María se celebraron las Nupcias de la naturaleza divina y humana en la Unidad de la Persona de Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. El gran misterio de «el Verbo se hizo carne *y* habitó en medio de nosotros» que se cumplió en ella, se refleja en el padre y la madre, inclinados sobre su hijo recién nacido *y* diciéndose: «Nuestro amor se hizo carne *y* habitó en medio de nosotros». No debemos extrañamos que algunos padres *y* madres jóvenes digan sus oraciones delante de la camita de su hijito porque, en su mundo pequeño, su hijo es Dios en medio de ellos.

La preñez también se ilumina con el misterio cuando la presunta madre escucha el canto de la Liturgia: *Non horruisti Virginis uterum*. «Tú no has despreciado las entrañas de una mujer». Todo nacimiento de una nueva vida en el cuerpo de una mujer solo es posible porque Dios, por un acto creador, infunde el alma en la criatura. Esta no es la Persona de Dios, como lo era en las entrañas de la Virgen, pero es, no obstante, un Acto de Dios que está dentro de aquella. En toda la creación, es en el acto de la generación de la vida donde Dios coopera más íntimamente con el ser humano. La liturgia, al hablar de la preñez de María, dice: «Él, que los cielos no pudieron contener, tú lo contuviste dentro de ti». De esta manera la madre, cuyo modelo es la Madre de las Madres, se ve llevando dentro de ella el Acto Creativo de Dios que ni aun el universo alcanza a limitar.

Cuando la novia se acercó al altar, la Iglesia le dijo a ella y a su marido: «Seréis dos en una misma carne». Al contemplar la Encarnación, la mujer percibe, en una forma vaga, que este debió de ser el pensamiento de María cuando llevó dentro de sí al Verbo Encarnado: Ella y su hijo fueron dos en una misma carne, o sea, el símbolo del matrimonio. En María, se reconciliaron los sexos y una mujer y un hombre fueron uno. Al llevar a su hijo, la madre ve cómo la unidad de dos en una misma carne que existió entre ella y su marido pasa a ser una nueva unidad de dos en una misma carne: ella *y* su hijo por nacer.

La madre que no reconoce al Espíritu en el sexo debe considerarse solo como un animal más desarrollado que lleva dentro de ella un nuevo contenido biológico. La madre católica encuentra un modelo de preñez en la única Madre que trajo Dios al hombre. Los sufrimientos físicos son más soportables cuando la mujer se ve cooperando con Dios para hacer la vida. Un hombre moribundo, que habitaba
la campiña francesa y a quien no le era posible recibir la Eucaristía, pidió que se hiciese

venir a una persona pobre para tener por lo menos a Cristo junto a él, aunque fuese de una manera más pequeña. La mujer grávida que no le sea posible recibir la Sagrada Comunión, con un acto de fe puede comprender que lleva dentro de sí, en menor grado, un huésped sacro dentro del tabernáculo de su cuerpo.

Las encíclicas papales relacionaron el matrimonio con el Orden Sagrado, en el sentido de que ambos son portadores de vida. María, llevando la Vida Divina, la madre, llevando la vida humana, y el sacerdote o el apóstol, engendrando la vida divina por la gracia, están todos incluidos en el concepto de la preñez. El sexo es, pues, solo la sombra que el Espíritu proyecta sobre las paredes de la carne.

Ninguna vida nueva llega a existir sin dolor. A los seres humanos se les presenta la vida bajo dos fases: la vida física que los incorpora al Viejo Adán y la vida espiritual de la gracia que los incorpora al Nuevo Adán, que es Cristo. La primera se cumple con la preñez y la segunda, con la instrucción de los conversos, con la enseñanza, la obra misional y la apostólica. San Pablo, aplicando la analogía de la madre, escribió a los Gálatas: «Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros» (*Ga* 4, 19). San Pablo expresa aquí que se precisa sacrificio, oración y dolor para dar a luz una nueva vida en Cristo. La vida física nace de las entrañas de la carne y la vida espiritual, de las entrañas de la Fuente Bautismal. Grande es la alegría de una madre al traer una nueva vida al mundo *y* más grande aún es la alegría de un apóstol al traer un converso a una nueva vida que es Cristo. La madre, también, comparte esta alegría al ver a su hijo convertido en hijo de Dios. Hay madres que confiesan que ellas han amado más a sus hijos después del Bautismo, porque la criatura, al participar de la Naturaleza Divina, se hizo más amable que antes.

Esta analogía es ampliada por san Pablo al explicar que, puesto que Dios es bondad y esta tiende a difundirse, Dios odia la voluntaria esterilidad e infecundidad. Los que se niegan a traer vidas nuevas al mundo no serán bendecidos por Dios. Será desaprobado por Dios el sacerdote que se presente ante Su tribunal sin haber traído almas a Cristo, sea por medio de sus actividades ministeriales, en las que las salva directamente, o por medio de un ministerio contemplativo, en que las salva indirectamente. El Día del Juicio, Dios ha de preguntar a cada uno: «¿Dónde están tus hijos?».

Debe haber generación, sea física o espiritual. Hay una íntima relación entre salvar nuestras almas y engendrar vida. Santiago nos dice que, en el orden espiritual, si salvamos un alma, salvamos la propia. En el orden físico, san Pablo dice a cada madre: «se salvará por la maternidad, si permanece en la fe, el amor y la santidad, junto con la modestia» (*1 Tm* 2, 15).

El sexo y el apostolado son planes paralelos de Dios para cumplir la obra de Su Redención. Los dolores que la mujer soporta en el parto ayudan a expiar los pecados de la humanidad y tienen su significado en la Agonía de Cristo en la Cruz. Por lo tanto, las

madres son no solo colaboradoras con Dios, sino co-redentoras con Cristo en la carne, así como el apóstol es co-redentor, tanto en la carne como en el espíritu, y el más grande Misterio del Espíritu para iluminar al sexo es el del Cuerpo Místico de Cristo, del que ahora hablaremos.

XI. EL GRAN MISTERIO

Dios no tiene una ley para los Rollers Saints[11] y otra para los Santos católicos. Aun en el orden natural, el idioma de los enamorados no es ni temporal ni equívocamente promiscuo. El vocabulario del amor tiene solamente dos palabras: «tú» y «siempre». Tú, porque el amor es único, y *siempre*, porque es permanente. Nadie ha dicho: «Te amaré durante dos años y seis meses» pues todos los cantos de amor claman eternidad. El amor también tiene su lenguaje simbólico; los enamorados a menudo graban en un roble sus nombres dentro de dos corazones entrelazados para expresar la firmeza y la permanencia de su amor. El verdadero amor «no cambia aunque encuentre cambios». Cada persona tiene un solo corazón, y, así como no puede comer el pastel y conservarlo, tampoco puede dar su corazón y conservarlo. Los celos, que, por instinto, siempre fueron inseparables del amor, son la negación de la promiscuidad y la afirmación de la unidad, y también la vanguardia de la naturaleza hacia la monogamia.

En el orden natural, toda criatura tiene un derecho básico a tener un padre y una madre verdaderos. La carne y la sangre que originan la vida son las únicas que pueden poner en juego las fuerzas del espíritu esenciales al desarrollo de la criatura. La cultura social también exige un vínculo permanente entre el hombre y la mujer, pues ninguna civilización puede durar sin responsabilidad y lealtad consigo misma. Cuando el cincuenta por ciento de los matrimonios piensen que pueden arrojar al agua la lealtad prometida para satisfacer su conveniencia o placer propio, habrá sonado la hora en que en su carácter de ciudadanos ya no sentirán la obligación de servir a su Patria. Si todos los conciudadanos no se sienten ligados a la más sencilla y democrática república independiente que es el hogar, no pasará mucho tiempo sin que se sientan desligados de la nación. Y, si una Mrs. White está dispuesta a llamarse Mrs. Brown, poco se necesitará para que los americanos se llamen a sí mismos soviéticos. Los traidores al hogar de hoy serán los traidores a la nación de mañana, y los que no son leales a un hogar no serán leales a una bandera.

La permanencia del vínculo es necesaria para el sacrificio. Habrá fortaleza mientras una nación de familias sepa renunciar a lo «mío» por lo «nuestro» de sus hijos. La familia será la escuela de su propia disciplina que reprime el egoísmo por el bien del grupo, al aprender todos la suprema lección de vivir con otros por el amor a los demás. Pero, si se produce el menor desacuerdo a causa de comer galletitas en la cama o si la otra parte deja de dar placer, o si el deseo de pastos más frescos hace menos seductor al que se posee; si toda emoción, capricho, apetito o fantasía deben ser satisfechos aun a costa de otra persona, ¿qué ocurrirá entonces cuando el sacrificio sea necesario para una nación en tiempo de crisis o de guerra? Cuantos menos sacrificios se exijan de un

hombre, menos dispuesto estará a hacer estos pocos; sus lujos pronto se convierten en necesidades, sus hijos en una carga y el *ego* en Dios. En un momento de crisis, ¿dónde saldrán nuestros héroes si ya no los tenemos en el hogar? Si el hombre no quiere tolerar los inconvenientes de una casa, no tolerará las tribulaciones de una emergencia nacional; si la necesidad del sacrificio para el sostén del hogar está desarraigada, simultáneamente se desarraigará la necesidad del sacrificio para el mantenimiento de una nación. Solo puede salvarse una nación que reconoce el sudor, el trabajo y el sacrificio como aspectos normales de la vida, y estas virtudes se aprenden en el hogar.

La decadencia de la estabilidad de la vida familiar está intrínsecamente ligada a la decadencia de la democracia, entendida, en el sentido filosófico, como un sistema de gobierno que reconoce el valor soberano del hombre. De aquí proviene la noción de la igualdad de todos los hombres y el repudio de todas las desigualdades basadas en raza, color o clase. En la familia es donde el dogma del valor del hombre está mejor protegido y cumplido. En cualquier otra parte, el hombre podrá ser reverenciado y respetado por lo que haga, por sus riquezas, su poder, su influencia o su seducción; pero en la familia la persona es apreciada por lo que es, porque la vida tiene *valor* en el hogar. Por esto, en la familia reciben más afecto no los que proveen a su subsistencia, sino los lisiados, los enfermos y los que no tienen valor económico. La familia es la escuela y el noviciado de la democracia. Las relaciones maritales libres y promiscuas son terreno propicio para tratar a los seres humanos con impertinencia e incluso cruelmente. La protección de los miembros más débiles de la sociedad, de los socialmente desheredados y desposeídos económicamente depende de un sentido de responsabilidad hacia los impedidos que se fomenta en el hogar. A medida que las personas pierden el sentido de la lealtad y del deber, el Estado las absorbe y entonces empieza la tiranía de los débiles. El socialismo del estado, entendido como control del Estado no solo de los medios de producción, sino también de la vida misma, es la expresión política de la pereza psicológica y de la irresponsabilidad manifestada primero en la familia.

Dentro del amplio campo de la cultura, el lazo indisoluble de la familia es también una de las mejores fuerzas para el perfeccionamiento de las pasiones sexuales que se despiertan. En una buena familia, el niño o la niña ha estado asociado, desde el principio, con una institución permanente cuya función es la prolongación de la vida. Por lo tanto, las relaciones sexuales se encuentran ligadas inseparablemente con lo moral y espiritual de la vida; están purificadas por su integración en un lazo permanente y no por una complacencia momentánea, que es un falso albedrío que «da más hambre donde más se satisface». Los jóvenes constantes, desde el punto de vista moral, pertenecen a las familias en las que el instinto creador es inseparable de un amor inquebrantable y perpetuo. En el *Infierno* de Dante se describe a los esclavos de *Eros* girando impotentemente en el aire en un gigantesco y erótico torbellino. Pero esta aberración y

esta inquietud nunca suceden en aquellos que, en la familia, han aprendido que el sexo y el deber son inseparables.

San Pablo nos dice que el matrimonio es un misterio y su significado resulta claro únicamente en relación con otro mundo de realidad espiritual; es un índice y símbolo de un mundo más elevado que por sí tiene importancia tal como los sacrificios innumerables a través de los siglos tienen su importancia únicamente en la Cruz y en la Expiación de Nuestro Señor. Una idea igualmente interesante es la de las Nupcias, que en la Revelación cristiana siempre ha sido un símbolo terrenal de una Realidad Divina. En todo el Antiguo Testamento se describe como Nupcias la unión de Dios y de Israel. Dios está representado como el Esposo e Israel, como la Esposa y su unión se consuma en el sacrificio. «Me llamarás "esposo mío"… Me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor» (*Os* 2, 18-22).

A medida que pasa el tiempo, se produce una evolución gradual en la idea de las Nupcias. El Desposado, en lugar de ser el Señor, es Aquel que Él envía, es decir, Su Divino Hijo. Cuando nació Cristo esta idea de las Nupcias era tan conocida que Juan El Bautista dice, un tanto aventuradamente, que «él no era el Cristo». Más adelante dijo que era un amigo del Desposado, pero no el Desposado. «Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo» (*Jn* 1, 30).

Nuestro Señor dijo que Él había venido para Su Matrimonio con Su Esposa, la Iglesia. Lo hizo en forma indirecta al llamar a Israel una «generación adúltera y pecadora» (*Mc* 8, 38) y, directamente, en su respuesta a los fariseos que le preguntaron por qué sus discípulos no ayunaban: «¿Es que pueden ayunar los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? Mientras el esposo está con ellos, no pueden ayunar. Llegarán días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán en aquel día» (*Mc* 2, 19-20).

Es también muy significativo que «este fue el primero de los signos que Jesús realizó…» (*Jn* 2, 11) en una fiesta de bodas. En aquel momento Él se dirigió por primera vez a Su madre como «Mujer», título formal de una Esposa en el sentido espiritual y como aparece más tarde en el *Libro del Apocalipsis*. En la última Cena, o Pascua de los hebreos, Nuestro Señor hizo una nueva Alianza. La Pascua era una referencia a las bodas de Dios con Israel. En esta nueva Alianza Él, en realidad, solemnizaba un matrimonio espiritual entre Él y Su Iglesia. Como prenda de esta unión eterna, Él entregó Su Cuerpo y Su Sangre a Su Esposa Espiritual. Cuando comparó esta unidad con la Vida, Él dijo: «permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada» (*Jn* 15, 4-5).

Cuando san Pablo recibió la Revelación directamente del Señor y empezó a enseñar,

escribió a los Corintios: «Pues os he desposado con un solo marido para presentaros a Cristo como una virgen casta» (*2 Co* 11, 2-3). Así como Eva fue una continuación o proyección del cuerpo de Adán «hueso de su hueso y carne de su carne», así la Iglesia es la continuación de la Encarnación de Cristo. «Pues, así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros cumplen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada cual existe en relación con los otros miembros» (*Rm* 12, 4-5).

En las Escrituras, las numerosas referencias a la Iglesia como Cuerpo de Cristo tienen por fundamento la idea de que la Iglesia es la Esposa Mística de Cristo. La Iglesia es Su cuerpo porque es Su Esposa. Al desarrollar esta analogía, san Pablo habla de Cristo como Cabeza invisible del Cuerpo: «y que la cabeza de la mujer es el varón» (*1 Co* 11, 3). Es muy probable que se relacionara con esta idea la prohibición divina de que las mujeres se presentasen en la Iglesia con la cabeza descubierta. Así como la Iglesia no puede tener otra Cabeza Divina sino Cristo, su cabeza natural debe estar cubierta. San Pablo no quería decir que la unión de Cristo y de Su Iglesia fuese igual a un matrimonio humano, sino que el matrimonio humano era igual a la unión de Cristo *y* de su Iglesia. Las realidades son eternas, lo que ocurre en el tiempo es su sombra. Por ejemplo, la paternidad terrena es un reflejo de la Paternidad Celestial: «Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra» (*Ef* 3, 15). El sexo no entra en absoluto en la analogía, porque el matrimonio humano es un reflejo imperfecto de una unidad Divino-humana. «Ni… hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (*Ga* 3, 28). Según el punto de vista del gusano, desde el pastizal o el establo, se ve al sexo como si fuese la substancia del matrimonio; en cambio, desde el punto de vista celestial el matrimonio aparece precisamente como lo llama san Pablo: «un gran misterio».

A los cristianos se les agregó una sanción para el vínculo perpetuo de marido y mujer y es que se amen uno al otro hasta que la muerte los separe. Todo matrimonio verdadero dura porque Dios así lo ha ordenado: «Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (*Mt* 19, 6). En el orden sobrenatural de las almas bautizadas, el matrimonio entre cristianos recuerda la unión de Cristo y Su Iglesia. «Este es un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia» (*Ef* 5, 32). Así como Cristo tomó Su naturaleza humana, no por tres o treinta y tres años, sino por toda la eternidad, así el marido y la mujer no se toman uno al otro por un tiempo, sino hasta que la muerte los separe. La razón fundamental por la cual el matrimonio de dos personas bautizadas es absolutamente inquebrantable es porque simboliza la unión inquebrantable de Cristo y de Su Esposa. Así como Cristo no tiene más que una Iglesia por Esposa Suya, porque de otra manera Él sería culpable de adulterio espiritual, así el marido no tendrá más que una mujer y la mujer, nada más que un marido. Así como Cristo jamás dejará a Su Esposa, ninguno de los esposos dejará al otro.

En la ceremonia del matrimonio, el mutuo consentimiento de los novios no es lo que constituye el símbolo de la unión de Cristo y la Iglesia, sino la *voluntad* de que esta unión sea una realidad. La Iglesia enseña que el sacramento del matrimonio conduce el amor conyugal a la perfección. Esta elevación no es debida a los esfuerzos del hombre ni a nada de humano en la Iglesia. El Concilio de Trento ha declarado expresamente que «Es Cristo Quien por el mérito de Su Pasión ha obtenido esta gracia». Santo Tomás de Aquino dice: «Aunque no hay similitud entre el matrimonio y la parte de la Pasión que es sufrimiento, hay similitud entre el matrimonio y la parte de la Pasión que es amor, pues Cristo sufrió por la Iglesia cuando se hizo su Esposo». En consecuencia, el matrimonio, que en el orden natural ya es una unidad en el amor, se presenta ahora como poseedor de un amor y una unidad más profundos por los méritos de Cristo distribuidos en el Sacramento.

El matrimonio, fortalecido por la Divinidad, alcanza una importancia más profunda. Así como Cristo da Su Cuerpo y Su Sangre a la Iglesia, así ahora ya no se considera la mutua entrega física de marido y mujer como un acto común con los animales, sino como un eco de lo Divino. El don, en ambos casos, proviene del Amor. Santo Tomás de Aquino dice que, tal como el cumplimiento del matrimonio de Cristo y de Su Iglesia se alcanzó por su Gloriosa Ascensión, así, en un orden menos elevado, el cumplimiento del Matrimonio del hombre y de la mujer se alcanza en su consumación. Según los pensadores más grandes del mundo, el momento extático en que dos son una misma carne es el símbolo de la Ascensión al cielo. Los jóvenes esposos no saben que la descripción de su felicidad como «celestial» no está alejada de la Divina Realidad que da a entender. Es una lástima que ellos alguna vez tengan que bajar a la tierra, pues la sombra no es tan duradera como la Substancia, que es Divina.

El Aquinate dice también con gran brillantez que un matrimonio, antes de ser consumado, representa la unión de *Cristo con el alma, por la gracia*, pero que, una vez que se ha efectuado la unión física, el matrimonio simboliza la unión de *Cristo y la Iglesia*. En el primer caso, es un símbolo de la naturaleza individual del hombre y, en el segundo, de su naturaleza social. Las repercusiones espirituales de esta doctrina son muchas. La unión del individuo con Cristo puede quebrarse por el pecado; pero la unión de Cristo y de su Iglesia es inquebrantable y eterna. El Derecho Canónico, al expresar esta idea, admite que un matrimonio *ratum non consummatum*, o un matrimonio en el que el marido y la mujer jamás vivieron juntos, puede ser disuelto bajo ciertas condiciones; pero es absolutamente inquebrantable el vínculo matrimonial que ha sido consumado de marido y mujer bautizados.

En las Sagradas Escrituras, al hablar de este Misterio, jamás se dice que las esposas deben amar a sus maridos, aunque ordena a los maridos que amen a sus esposas. Las

mujeres deben estar sometidas a sus maridos. Esto no implica servidumbre porque existe este paralelo: Cristo ama a la Iglesia, pero la Iglesia debe someterse a Cristo. San Pablo deduce de las Bodas Divinas a las humanas, y no de las Humanas a las Divinas.

Símbolo Las mujeres deben obedecer a sus maridos.

Realidad *Como obedecerían al Señor*.

Símbolo El hombre es la cabeza a la cual está unido el cuerpo de la mujer.

Realidad *Tal como es la cabeza de la Iglesia Cristo, el Salvador, de quien depende la salud de su cuerpo*.

Símbolo Y las mujeres deben obediencia en todo a sus maridos.

Realidad *Como lo hace la Iglesia a Cristo*.

Símbolo Vosotros que sois maridos debéis demostrar amor a vuestras mujeres.

Realidad *Así como Cristo demostró su amor a la Iglesia cuando se entregó a ella*.

Símbolo Y así debe amar el marido a la mujer como si fuese su propio cuerpo; al amar a su mujer, el hombre se ama a sí mismo.

Realidad *Él (Cristo) la santificará (a la Iglesia), la purificará al lavarla en el agua que dio vida a su Verbo. Él llamará a su presencia a la Iglesia en toda su beldad, inmaculada, sin tacha, sin desfiguración. Será santa, será inmaculada.*

Símbolo Nunca se ha oído que un hombre diera muestras de mala voluntad hacia su propia carne y sangre: No, él la cobija y la alimenta.

Realidad *Y así es con Cristo y su Iglesia; somos miembros de su Cuerpo y Le pertenecemos en carne y sangre*.

Símbolo Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una misma carne.

Realidad *Sí. Estas palabras son un gran misterio y yo las aplico aquí a Cristo y su Iglesia*.

Símbolo Entretanto, cada uno de vosotros ha de amar a su esposa como se amaría a sí mismo y la esposa debe respetar a su marido.

No con las mismas palabras, pero siguiendo esta idea, la Iglesia pregunta a los novios[12]: «¿Qué garantía dais de que os amaréis hasta que la muerte os separe?». Si ellos dicen: «Ofrecemos en prenda vuestra palabra», la Iglesia contestará: «Las palabras y los pactos pueden ser quebrados como muy bien lo prueba la historia de nuestro mundo». Si ellos dicen: «Ofrecemos nuestro anillo en prenda», la Iglesia contestará también: «Los anillos se rompen y se pierden y con ellos el recuerdo de una promesa. Solo cuando ofrezcáis vuestra salvación eterna como garantía de vuestra fidelidad para representar la unión de Cristo y de la Iglesia, consentirá la Iglesia en uniros como marido

y mujer». Sus vidas quedan de este modo unidas ante el altar, marcadas con el sello de la Cruz y rubricadas con el signo de la Eucaristía que ambos reciben en sus almas como prenda de la unidad en el Espíritu, que es la base de su unidad en la carne.

Cuando el marido y la mujer viven su vida conyugal como reflejo del Modelo Divino, las relaciones mutuas son una fuente de méritos, y por la unión del uno con el otro salvan sus almas. En el acto del matrimonio se les comunica la gracia sacramental, pero, si el acto es igual al ayuntamiento de los animales en el campo, acaba por hartar con su «exceso» porque descarta al alma cuyas necesidades también deben ser satisfechas lo mismo que las del cuerpo. Así como cuando lo vigila un tirano, el hombre trabaja de otra forma que si produce libremente para su amada, así el marido y la mujer reaccionan diferentemente en sus relaciones mutuas cuando las ven reflejando las grandes verdades de su fe.

Así como toda alma en estado de gracia es la esposa de Cristo y su unión florece por el amor que es el Espíritu, así en el orden externo de la carne el marido y la mujer deben amarse con cariño abnegado y perdurable, ayudándose mutuamente como para demostrar la unión de Cristo *y* de su Cuerpo Místico, la Iglesia. El hombre representa el Verbo hecho carne y la mujer, a la humanidad sobre la que Dios se inclina purificándola *y* uniéndola a Él en un lazo tan personal que la hace para siempre Su Esposa. La mujer representa, pues, la vocación religiosa de la humanidad ante Dios. Cuando *se* considera que el amor conyugal simboliza este amor de Cristo y de Su Esposa, la caridad que un cónyuge tiene por el otro lo ayudará a su completo desarrollo espiritual hasta que Cristo esté formado en ellos. La avidez de poseer al otro en amor desaparece por el interés de ver al otro crecer en amor a Dios. Todo se hace por amor.

La gran tragedia de la vida es llegar a los límites del amor, gastar las fuerzas y ver el *élan* evaporarse *y* desaparecer. Este agotamiento no es posible cuando se considera el amor conyugal como medio para alcanzar un amor más profundo. El compañero no puede dar el infinito que exige el amor, pero él o ella pueden indicar el camino. La criatura da entonces más de lo que tiene al señalar el camino del amor a Cristo, que está en medio de ellos para unirlos más que nunca, tanto en alma como en cuerpo. El marido o la mujer que nunca ha ascendido en el amor de Cristo no ha comprendido plenamente el misterio de un esposo. Como lo expresa la encíclica del Matrimonio: «Esta formación interior *y* recíproca de los esposos, este cuidado asiduo de mutua perfección pueden llamarse también, en cierto sentido, muy verdadero, la causa y razón primera del matrimonio, si es que el matrimonio no se toma estrictamente como una institución que tiene por fin procrear y educar convenientemente los hijos, sino en un sentido más amplio, como comunión, costumbre y sociedad de toda la vida»[13].

Esta magnífica oración que se reza en la Misa Nupcial resume el «Gran Misterio»:

¡Oh Dios, que con la fuerza de tu poder lo criaste todo de la nada, y que, hecho ya el universo, estableciste para el hombre, formado a imagen de Dios, la ayuda inseparable de la mujer, sacando al cuerpo femenil del cuerpo del varón, y enseñando que lo que en adelante se uniese en virtud de tu institución, no sería lícito separarlo jamás!

¡Oh Dios, que has consagrado el matrimonio por medio de un misterio tan excelente, *presentando la alianza nupcial como una figura de la unión sagrada de Cristo con la Iglesia*! ¡Oh Dios, por quien la mujer se une al varón y sobre quien toda la sociedad estriba!: dale la bendición, que ha sido la única de que jamás fue privado el género humano, ni por la pena del pecado original, ni por la sentencia del diluvio universal; mira bondadosa a esta tu sierva, que, debiendo unirse a su marido, implora la gracia de tu protección; haz que, casta y fiel, se case en Jesucristo; que siempre siga el ejemplo de las mujeres santas; que sea amable para con su marido, cual otra Raquel; prudente, cual otra Rebeca; sincera y fiel en su matrimonio, como Sara. Haz, Señor, que el autor de la prevaricación nada suyo encuentre en ella; que permanezca siempre unida a la fe y a los mandamientos; y que, unida solamente a su marido, huya de todo contacto ilícito; que fortalezca su debilidad con la severidad de su conducta; que sea grave en continente, venerable en el pudor, instruida en la doctrina celestial; que sea fecunda en hijos; pura e inocente en sus costumbres; y llegue al descanso de los bienaventurados y al reino celestial; y que, por último, ambos consortes vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación y lleguen a una deseada ancianidad. Por el mismo Señor Nuestro Jesucristo.

El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob sea con vosotros: y Él os colme de bendiciones, para que veáis a los hijos de vuestros hijos, hasta la tercera o cuarta generación, y después tengáis sin fin la vida eterna, con el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo que, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

XII. EL VÍNCULO INQUEBRANTABLE

Si el matrimonio tuviese como base el sexo, sería tan promiscuo como el ayuntamiento de los animales, pero basado en el amor es inquebrantable. El matrimonio basado solamente en el sexo es igual a fundar una asociación para toda la vida por amor al ping-pong. Llegarán días en que no podremos jugar, otros en que nos cansaremos de jugar e incluso otros en que nos gustará jugar a otra cosa o con otra persona. Es un error identificar al matrimonio con el placer que causa porque, cuando, después de un par de años, ha pasado el primer entusiasmo, se siente que el vínculo ya no perdura. Decimos que no nos queremos, queriendo decir que ya no nos satisface el intercambio del placer egoísta. Un segundo matrimonio, mientras el verdadero compañero vive, es una tentativa inútil de dar respetabilidad al deshonor, invocando una ley humana que echa por tierra la ley de Dios: «De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (*Mt* 19, 6). El hecho de que un primer matrimonio, nacido en el amor, pueda ser roto por un segundo matrimonio, deseado en el amor, prueba que la palabra más hermosa de nuestro idioma ha sido falseada por la mentira de Satanás. Lo que hoy se llama «amor» a menudo no es más que una mezcla confusa de sentimentalismos disfrazados de egoísmo, de complejos freudianos, de vidas frustradas y de debilidades de carácter.

La base de la unidad está en el vínculo por el que se juntan dos personas para convertirse en «una carne». Este vínculo inviolable, según Nuestro Divino Salvador, excluye no solo desear otro compañero, sino también participar en otra unión mientras aquel compañero vive.

Nuestro Señor prohibió incluso los deseos ilícitos: «Pero yo os digo: todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (*Mt* 5, 28). Estas palabras no pueden ser anuladas, ni aun con el consentimiento del otro cónyuge, porque expresan una ley de Dios de una naturaleza que nadie puede quebrar. Él prohibió directamente todo segundo matrimonio mientras perdurara un vínculo, y, aunque pudiese haber un motivo legítimo para que los compañeros se separen, no les da derecho para volver a casarse.

«Acercándose unos fariseos, le preguntaban para ponerlo a prueba: "¿Le es lícito al hombre repudiar a su mujer?". Él les replicó: "¿Qué os ha mandado Moisés?". Contestaron: "Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla". Jesús les dijo: "Por la dureza de vuestro corazón dejó escrito Moisés este precepto. Pero al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre". En casa,

los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo. Él les dijo: "Si uno repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera. Y, si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio"» (*Mc* 10, 2-12). San Pablo confirma las palabras de Nuestro Señor: «A los casados les ordeno, no yo sino el Señor: que la mujer no se separe del marido; pero, si se separa, que permanezca sin casarse o que se reconcilie con el marido; y que el marido no repudie a la mujer» (*1 Co* 7, 10-11).

Esta unidad de dos en una misma carne no es solamente biológica como lo es en los animales, pues tiene además una cualidad espiritual y psíquica que pocos comprenden. En las Sagradas Escrituras no se habla del matrimonio en términos de sexo, sino en términos de *conocimiento*. «Adán conoció a Eva, su mujer, que concibió y dio a luz a Caín. Y ella dijo: "He adquirido un hombre con la ayuda del Señor"» (*Gn* 4, 1). Y, cuando el ángel Gabriel anunció a la Santísima Virgen que ella había sido elegida para ser la madre de Dios, María preguntó: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?» (*Lc* 1, 35). No se trataba de ignorancia de la concepción, sino de un misterio más profundo. El matrimonio se refiere al conocimiento, y es por medio del conocimiento que existe la más íntima unión entre el hombre y cualquier cosa del universo. Cuando la mente conoce *flor* y árbol, el hombre posee estos objetos dentro de su intelecto, pero no están identificados con su intelecto porque son distintos a él; estos objetos existen dentro de la mente en una nueva forma de ser. Por ejemplo, la filosofía habla del hombre, no solo existiendo real y físicamente en su ser natural, o sea, *esse naturali*, sino también en su consciente, repetido perceptiva y mentalmente, o sea, existiendo en *esse intentionali*. Por lo tanto, un objeto fuera de la mente existe también dentro de la mente y sin dejar de ser él. Esta unión del objeto y de la mente, o de la cosa conocida y su poseedor, es, en el orden natural, una de las uniones más íntimas posibles y, en el orden psicológico, esta unión es semejante a la simpatía con que uno penetra dentro de la ansiedad del otro, porque, en cierta manera, dicha ansiedad ha penetrado dentro de uno.

En las Sagradas Escrituras se habla del matrimonio como de un conocimiento porque representa una unión mucho más profunda *y* duradera, mucho más ligada con nuestra estructura psíquica que la simple unión biológica que proviene del ayuntamiento de los animales. El matrimonio involucra un alma, una mente, un corazón y una voluntad, así como también involucra los órganos reproductores. La unión del hombre y de la mujer tiene repercusiones en la mente que están totalmente ausentes en el orden animal, porque es algo más que una unión de distintas funciones biológicas. Por lo tanto, esta unión puede llamarse psicosomática, en el sentido de que afecta a la persona entera, en cuerpo y alma, y no únicamente a la parte más baja.

La unión, en el matrimonio, exige fidelidad, porque es conocimiento. Supóngase que un estudiante no conociese el monólogo de Hamlet antes de ir al colegio. Después de

llegar a *saber* lo que antes nunca supo, siempre *reconocerá* que el colegio le dio este conocimiento. Por esto llamará al colegio su «madre querida», su *Alma Mater*, porque hizo algo especial en él. Podrá disfrutar del monólogo todo el resto de su vida, pero no readquirirlo. Así sucede cuando el hombre o la mujer llegan al conocimiento de otra persona; cuando ellos, como criaturas racionales, establecen una unidad en la carne que antes no conocieron, pueden seguir disfrutando de este conocimiento, pero no podrán readquirirlo. En todo tiempo él le da a ella el conocimiento del hombre y ella le da a él el de la mujer, ellos dan conocimiento porque dan unidad, no de objeto y mente, sino de carne y carne. Otros podrán repetir el conocimiento, aun ilícitamente, pero siempre hubo uno que fue el primero en revelar el misterio de la vida.

Por tanto, la unión entre el marido y la mujer no es una experiencia que puede ser olvidada; es un conocimiento o una identidad que tiene estabilidad de por sí: son «dos en una misma carne». Desde este punto de vista, nada hay que ocurra a la mujer que no le ocurra al hombre, los accidentes de la unión son solamente un símbolo de un verdadero cambio que ha ocurrido en ambos. Ninguno puede vivir otra vez como si nada le hubiese ocurrido; hay un vínculo ontológico establecido entre los dos que los relaciona, aunque no en el mismo orden, como el vínculo entre la madre y su hijo. Por la misma naturaleza de las cosas, solamente una persona puede dar este conocimiento a otra; esto ya sugiere que la unión es más personal que carnal. A nadie le importa comer en público porque no hay una unión personal del alimento con el estómago, pero hacer el amor en público es vulgar porque es personal por su misma naturaleza. El amor existe entre dos personas y solamente entre dos, porque le molestan el entremetimiento y la vulgaridad; se echa a perder cuando otros lo conocen y, de la misma manera, el matrimonio se echa a perder cuando un tercero conoce su secreto. Así como la mente y su objeto se hacen uno en el conocimiento, así el hombre y la mujer son una misma carne, inclusive fuera del matrimonio, como lo indica san Pablo: «¿O no sabéis que unirse a una prostituta es hacerse un cuerpo con ella?» (*1 Co* 6, 16).

La unificación de la dualidad de la carne, en el marido y la mujer, es una de las razones por las cuales el Salvador prohibió el quebrantamiento del vínculo. En el momento de *conocerse*, los hombres y las mujeres reciben un don que ninguno conoció antes y que nunca volverán a conocer, sino como repetición. Los cambios psíquicos resultantes son tan grandes como los somáticos. La mujer no volverá a la virginidad y el hombre no podrá volver a la ignorancia. Algo ha ocurrido para hacerlos uno, y de esta unidad viene la fidelidad mientras tengan un cuerpo.

La segunda condición de la fidelidad es la caridad, en el sentido de que marido y mujer se aman el uno al otro, no con un amor adúltero donde se da el cuerpo sin el alma, sino como Cristo ama a la Iglesia. Aquí el matrimonio se manifiesta no solo como

símbolo del conocimiento, sino como símbolo de Su matrimonio con la Iglesia, que es Su Esposa. Por tanto, san Pablo ordena: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla» (*Ef* 5, 25). La encíclica de Pío XI sobre el matrimonio explica el efecto de este simbolismo:

> «Caridad, decimos, que no se funda solamente en el apetito carnal, fugaz y perecedero, ni en palabras suaves, sino en el afecto íntimo del alma y que se comprueba con las obras, puesto que, como suele decirse: "obras son amores y no buenas razones".
>
> Todo lo cual no solo comprende el auxilio mutuo en la sociedad doméstica, sino que es necesario que se extienda también y aún que se ordene, sobre todo, a la ayuda recíproca de los cónyuges en orden a la formación y perfección, mayor cada día, del hombre interior; de tal manera que, por el consorcio mutuo, adelanten más y más también cada día en la virtud y crezcan sobre todo en la verdadera caridad para con Dios y para con el prójimo, de la cual, en último término, "dependen toda la ley y los Profetas". Todos, en efecto, de cualquier condición que sean, cualquiera que sea el género honesto de vida que lleven, pueden y deben imitar aquel ejemplo absoluto de toda santidad que Dios señaló a los hombres, Cristo Nuestro Señor y, con la ayuda de Dios, incluso llegar a la cumbre más alta de la perfección cristiana, como se puede comprobar con el ejemplo de muchos santos»[14].

El voto que une hasta la muerte tiene la gran ventaja de vigilar a la pareja al no permitir que los cambios del tiempo venzan a la razón, y protege de esta manera los intereses generales, aunque anule los particulares, porque, salvo con la promesa solemne del voto, no hay otra forma para controlar las incitaciones caprichosas; podrá ser duro mantenerlo, pero merece la pena cumplirlo, porque enaltece a las personas que lo formulan. Una vez que su carácter inviolable es reconocido ante Dios, se siente un impulso de examinarse a sí mismo para encontrar las propias faltas y hacer renovados esfuerzos de caridad. Sería terrible lo que podría ocurrir en el mundo si nuestra palabra empeñada dejara de ser un compromiso. Ninguna nación daría crédito a otra si el compromiso de pago estuviese firmado con reservas. El orden internacional desaparece, lo mismo que la sociedad doméstica muere, cuando se quiebran los votos. Decir a los dos años de matrimonio que: «Es cierto que he dado mi palabra en el altar, pero, puesto que estoy enamorado de otra, Dios no ha de querer que mantenga mi promesa», es como decir: «He prometido no robar pollos a mi vecino, pero puesto que me he enamorado de esta preciosa *Plymottth Rock*, Dios no ha de querer que mantenga mi promesa». Una vez que se ha resuelto permitir que la pasión tenga prioridad sobre la verdad y el impulso erótico sobre el honor, ¿cómo se evitará cualquier robo, una vez que sea «vital» para

alguno? Chesterton dijo:

«Mucha gente normal se casa pensando que puede divorciarse. En la época victoriana el hombre sincero y bueno jamás se habría casado con una mujer pensando que podría divorciarse de ella; porque hubiese sido lo mismo que casarse con la idea de que podría asesinarla. La substancia psicológica de todo el asunto ha cambiado: el mármol se ha vuelto hielo y el hielo se ha derretido con una rapidez asombrosa. La Iglesia ha tenido razón en negarse hasta a la excepción; el mundo ha admitido la excepción y esta excepción se ha convertido en regla general… Deberían, por cierto, saber que el enemigo está ahora en la frontera, sin ofrecer condiciones de arreglo y con amenazas de una destrucción completa. Y ellos han vendido la entrada».

Cuando la fidelidad al cónyuge es el eco de la fidelidad a Cristo y a Su Iglesia, la pareja está unida, no en un egoísmo colectivo, sino en una verdadera caridad. Así como Nuestro Señor ama a Su Iglesia y la Iglesia Lo ama, así el amor conyugal no es un intercambio de servicios, sino un compañerismo viviente. Cada uno toma todo lo que el otro tiene o es y lo emplea en beneficio del otro y por amor a Dios. La fidelidad se relaciona con la obediencia y la obediencia significa orden. Nada es más irreflexivo como aseverar que no hay jerarquía en el amor. Este orden incluye la primacía del marido, con respecto a la mujer y a los hijos, y la obediencia de la mujer y de los hijos al marido. Tal es el Divino Mandamiento: «Las mujeres están sujetas a los maridos». Los que no comprenden esta función consideran que el orden en el amor es el sometimiento servil de la mujer al marido, lo cual no es así.

La relación entre el marido y la mujer es igual a la de Cristo y la Iglesia. «Sed sumisos unos a otros en el temor de Cristo: las mujeres, a sus maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia; él, que es el salvador del cuerpo» (*Ef* 5, 22-23). Así como Cristo no priva a Su Iglesia de libertad, sino que da a todos los miembros de Su Cuerpo la «gloriosa libertad de los hijos de Dios», así la primacía del marido tampoco quita ninguna libertad perteneciente a la dignidad de la persona humana. No significa una obediencia servil a los deseos del marido si son contrarios a la razón o a la dignidad de la mujer, ni tampoco coloca a la mujer al nivel de los hijos pues estos están sujetos tanto al padre como a la madre; pero el orden en el amor prohíbe a la mujer licencias que podrían destruir el bien de la familia.

Las palabras de la encíclica papal sobre el matrimonio dicen: «Prohíbase que en este cuerpo de la familia se separe el corazón de la cabeza, con grandísimo detrimento del conjunto y con próximo peligro de ruina, pues, si el varón es la cabeza, la mujer es el corazón, y como aquel tiene el principado del gobierno, esta puede y debe reclamar para sí, como cosa que le pertenece, el principado del amor»[15]. Si el marido fuese

descuidado en sus deberes, la doble autoridad de dirigir y amar recaerá sobre la mujer. En ningún sentido la mujer es la sirvienta, sino la compañera del hombre y sus mutuas relaciones deben ser siempre regidas por la Caridad Divina, «tanto en él, que dirige, como en ella, que obedece, puesto que cada cual tiene la imagen, el uno de Cristo y la otra de la Iglesia». Las ideas de despotismo y de tiranía, de parte del marido, y la sensación de inferioridad y sometimiento, de parte de la mujer, desaparecen cuando sus relaciones se modelan en la unión de Cristo y de Su Esposa la Iglesia. La perfección cristiana, que consiste en la entrega de las almas a Cristo, tiene su símbolo en la dependencia de la mujer con respecto al marido, que hace que el marido comprenda la pequeñez de la criatura frente al Creador.

San Pedro, al desarrollar este tema, escribió: «Igualmente, que las mujeres estén a disposición de sus propios maridos, de modo que, si hay algunos que son reacios a la Palabra, se convenzan por la conducta de las mujeres y sin necesidad de palabras, asombrados, fijándose en vuestra conducta intachable y respetuosa» (*1 P* 3, 1-2).

La misión de la mujer es un reflejo de la misión de María, que se definió a sí misma como «la sierva del Señor». María cautiva el corazón del hombre para entregarlo a Su Divino Hijo. La mujer que se guía por el amor expresa su dependencia al marido para que la carne pueda decir, en débiles murmullos, lo que el Espíritu habló al Verbo. Este es el significado oculto de las palabras de san Pablo: «porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia» (*Ef* 5, 23). La mujer, por naturaleza, basa su amor en otro; pero el marido estará a su vez sometido a Cristo siempre que no pisotee lo que le fue confiado. Así como Cristo, el hombre-Dios, en el orden espiritual vino a nosotros por una mujer, María, la nueva Eva, así las almas vuelven a Dios por una mujer, María, la gracia del Mediador. En el orden de la carne, la mujer le dice al hombre: «Hágase en mí según tu Palabra» y el hombre le dice a Dios: «Todo lo que le agrada a Él, hago yo». Puesto que los dos son una misma carne, van a Dios, no uno después del otro, sino juntos. Así como Cristo es un cuerpo con Su Iglesia, así el marido y la mujer son una misma carne. La primacía simbólica de que el marido gobierne no se separará de la primacía del amor, donde la mujer es la reina, porque, «ciertamente, nadie aborreció su propia carne» (*Ef* 5, 29).

La mujer es el alma-hermana del hombre, su hombre es de ella y ella es de él. «Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo» (*Ef* 5, 28). El hombre ama porque necesita amar y la mujer porque ve que la necesitan. La necesidad mutua no precisa ser una necesidad igual; puede diferenciarse en función y en naturaleza. En cierto sentido, no hay igualdad en el amor; el amante siempre ve a la amada «allá arriba» en un pedestal, sobresaliente de los demás y sin comparación alguna; la amada siempre ve a su amante «sin igual».

Este sentido de la desigualdad se nota más claro en la comunión, cuando el alma dice a Dios: «¡Oh Señor!, yo no soy digno» porque todo amor es humilde. Pero, cuando desaparece el amor, toma su lugar la igualdad en sentido estricto. En el hogar feliz no se oye decir: «Esta es mi silla; esto es tuyo». Pero, cuando desaparece el amor, vienen el abogado, la división de la propiedad *y* una igualdad que mata todo amor. El amor verdadero excluye toda esclavitud, pero somete al otro a las ventajas particulares de cada uno.

La vacuidad de uno necesita la plenitud del otro. La relación del marido y de la mujer no debe ser entendida en un sentido matemático o naturalista que podría degenerar en consideraciones tales como las de si el intelecto femenino tiene más poder que el intelecto masculino. Reglas tan estrechas presumen la primacía del sexo *y* no el vínculo del amor, que en realidad es el fondo del asunto. Desde este punto de vista, el hombre no es un poderoso señor, sino un compañero que trabaja por la feliz reciprocidad de su esposa. Cada cual trata de dignificarse, no al poseer al otro en la lujuria, sino ganándolo por el honor y la santificación, «que cada uno de vosotros trate su cuerpo con santidad y respeto, no dominado por la pasión, como hacen los gentiles, que no conocen a Dios» (*1 Ts*, 4-5).

La fidelidad en el matrimonio significa mucho más que abstenerse del adulterio. Todos los ideales religiosos son positivos y no negativos. Marido y mujer se prometen amor eterno porque su unión en la carne tiene la gracia que prepara y habilita a ambas almas para la unión con Dios. La salvación no es otra cosa que el himeneo con Dios. Todos los que encuentran a Cristo en el matrimonio llevan un «yugo que es agradable y una carga que es ligera». Como compañeros en el yugo del amor, ellos tiran juntos en el cultivo del campo de la carne hasta que les es finalmente revelado el completo esplendor de la cosecha en la eterna unión con Dios. La fidelidad marital no es algo agregado al amor, sino la forma y expresión de aquel amor; porque no es dejarse dominar por la otra parte, pues el amor no es una fusión, sino una comunión. El matrimonio pone en juego a dos personas y no a dos funciones biológicas; es el diálogo del espíritu y el beso de las almas y, para intensificar el espíritu y el eco, la carne tiene su propio eco; hasta la palabra se hace carne. La armonía momentánea puede echarse a perder por una nota falsa, pero nunca se interrumpe ni se gasta la entrega total en el amor que revela la unión de Cristo y de Su Esposa la Iglesia. Cuando en el mundo todo fracasa, siempre queda Dios. Cuando en el orden más inferior todo ha desaparecido, siempre hay algo que simboliza a Cristo en la Iglesia, en quien uno puede contar y confiar.

El transcurso del tiempo desgasta los cuerpos, pero nada hará desaparecer un alma ni disminuir su valor interno. Nada en el mundo es más fuerte que la fidelidad de un corazón fortalecido por el Sacramento; es semejante a las columnas inconmovibles del Foro Romano contra las cuales son impotentes los estragos del tiempo. El placer es el

juego del momento presente; la fidelidad es un compromiso con el futuro. Cuando el futuro es la eternidad y el alma sabe que no puede salvarse si no es fiel a la esposa, permanece fiel aun cuando se encuentre frente a la infidelidad. Así como no es posible privarse del amor a Dios, así la imagen carnal de aquel amor es también incorruptible en su unidad. El que cambia de amor cambiaría también el amor de Cristo *y* de Su Iglesia. Los indiferentes, o de «criterio amplio» en el sentido falso del término, que niegan la Verdad en el orden del conocimiento, son como los promiscuos *y* los infieles en el orden del amor. La fidelidad es fuerza porque es unidad en la pluralidad, y no se descubre; se cumple; no es automática en el matrimonio, pues necesita renovados esfuerzos *y* una mutua comprensión para que finalmente se realice una alianza de mente, alma y destino.

La unión en la carne asegura el acuerdo del espíritu y, por este motivo, san Pablo prohíbe la separación de marido y mujer hasta el punto de arriesgar la fidelidad: «No os privéis uno del otro, si no es de común acuerdo y por cierto tiempo, para dedicaros a la oración; después volved a estar juntos, no sea que Satanás os tiente por vuestra incontinencia» (*1 Co* 7, 5). Los que se absorben completamente en sus propias emociones o en sus propios egoísmos se vuelven impermeables a los demás, porque las emociones son incomunicables. Nadie puede comunicar un dolor de muelas, pero el amor es comunicable. En el amor verdadero, el cuerpo y el alma traspasan el mundo interior del otro, pero, cuando se usa solamente el cuerpo, el otro se vuelve un eco, cada vez más débil, de su propio egoísmo.

Todos creen en la eternidad del amor, pero el amor eterno se encuentra solamente en Dios. El amor terreno perdura siempre que las llamas de este amor terreno provengan del gran corazón y del fuego de Dios. Los que poseen esta *fides* se ven muy a menudo fundidos en el éxtasis del amor y elevados hasta una alta dimensión de afecto arrebatador y, conociendo su Fuente y Origen, se susurran en dulce anticipo del cielo: «Si la chispa es tan grande, ¡oh!, ¡cómo será la llama!».

XIII. LA GENERACIÓN

Si nuestra vista pudiese introducirse en lo más profundo dentro de nuestra naturaleza, veríamos el reflejo de verdades espirituales y eternas. Así como el eco no es el sonido original, sino su repercusión distante, así todas las leyes de la física, la química, la biología, la psicología y las demás ciencias son débiles ecos y reflejos confusos de la Divina Verdad. Mucho antes de la época de Newton, santo Tomás habló de la ley de Gravitación, no en el lenguaje matemático de un objeto y su distancia de la Tierra, sino en términos del movimiento progresivo a medida que un cuerpo se aproxima al fin para el que fue hecho. Santo Tomás vio en ello un reflejo de la gravitación espiritual por la cual el alma aumenta en virtud a medida que se acerca a Dios.

Una de las grandes alegrías de la eternidad sería ver la correlación existente entre todas las ramas del conocimiento, artes y ciencias con la Palabra y la Sabiduría de Dios. Pero, incluso así, los débiles vislumbres que captamos de este orden nos hacen ver a la generación humana como reflejo de la generación eterna del Verbo en el seno del Padre. La idea general que tenemos sobre la vida, la concepción y el nacimiento cambian una vez que estas cosas se ven, no como una evolución desde el fango, sino como un don de lo Divino. La generación humana no es un paso ascendente de la de los animales, sino más bien un don descendente de la Trinidad. El engendrar hijos no es una imitación de los animales salvajes, sino un débil reflejo de la generación eterna de la Segunda Persona en el seno del Padre.

Dios hizo el universo fecundo. La comprensión de este misterio arroja una nueva luz en la familia. La vida, por su misma naturaleza, demuestra un entusiasmo propio, pues toda vida tiende a difundirse, a comunicarse y aun a expandir sus perfecciones para que otros puedan participar de la alegría de vivir. Los griegos y los filósofos escolásticos expresaban esta verdad en el principio: «Todo lo que es bueno tiende a difundirse». En el lenguaje biológico, esta verdad se expresa con las palabras: «Toda vida es fecunda».

El manantial de toda generación, la fuente de toda creación artística, el modelo del nacimiento de los hijos, el arquetipo de toda mente que engendra un pensamiento, llevado a su origen esencial, son la Bondad de Dios, que se difunde, internamente, por la generación eterna del Hijo y, externamente, en la creación. Ya se trate de la primera familia de la tierra, cuando el Padre envió al Espíritu a una virgen para hacerla Su Esposa, engendrando en el jardín de su alma y de su carne al Hijo del Hombre que es el Hijo de Dios, o ya se trate del último nacimiento del mundo, el modelo de toda generación es el Dios Trino y Uno que al darse a Sí mismo se recibe a Sí mismo.

Esto nos da la primera ley del Amor: *Todo amor termina en una Encarnación, incluso el de Dios*. El amor no sería amor si al perpetuarse no escapara a las limitaciones

de la existencia individual o no alcanzara una determinada inmortalidad en la progenie donde la muerte es derrotada por la vida. Detrás del instinto de procrear está el deseo oculto de todo ser humano de participar en lo eterno, y, como el hombre no puede hacerlo en sí mismo, lo compensa al continuar la vida en otro ser. Con la ayuda de Dios, nuestra incapacidad para exteriorizarnos se salva, al dar algo inmortal a la raza humana. Santo Tomás dice: «La intención de la naturaleza se dirige hacia lo que es permanente y perpetuo. En las cosas corruptibles no hay nada que sea para siempre y perpetuo, salvo las especies, pues lo bueno de estas pertenece al propósito principal de la naturaleza, y la generación natural se dirige a la conservación de las especies».

La generación humana se relaciona de manera especial con la eternidad. El amor sexual no implica la muerte; mejor dicho, *Eros* es *Bios*; el amor es vida. Pero, si se niega la Fuente Divina del Amor, *Eros* se convierte en muerte. La negación de la inmortalidad del alma va unida a la tentativa de los padres de frustrar deliberadamente una vida nueva. Si el alma no se relaciona con la eternidad, ¿por qué, entonces, el cuerpo trataría de vencer a la muerte engendrando una vida nueva? *Eros* lleva a la muerte porque, como dijo Rom Landau: «Si el propósito esencial del sexo no es una vida nueva, ¿qué otra cosa podría ser? Hay una sola y única alternativa: la muerte. Una vida sexual que se vuelve erótica es, tanto espiritual como físicamente, un completo desperdicio (matar) del potencial procreador (que se refiere a los hijos no nacidos). Este desperdicio es igual a la muerte».

La división celular de la ameba, la generación de las plantas *y* de los animales y el engendramiento de la especie humana son reflejos de la generación en el corazón de Dios. La fecundidad de Dios es la fuente de toda fecundidad en la tierra. Santo Tomas, al hablar de generación, escribe: «Aquellas cosas que en la generación de la carne pertenecen por separado al padre *y* a la madre, en la generación del Verbo las Sagradas Escrituras las atribuyen todas a Dios Padre pues se dice que el Padre dio vida a Su Hijo, Lo concibió y Lo dio a luz». La criatura no solamente refleja la Generación Eterna del Verbo, sino que también imita débilmente a la Encarnación. Todo amor tiende a parecerse al amado. Dios amó al hombre; Él, libremente, se hizo hombre *y* apareció como Jesucristo, el Hijo de Dios Vivo. El hombre ama a la mujer y la mujer ama al hombre; sus amores también tienden con perfecta justicia a una encarnación de amor en la carne de sus hijos, pues el Verbo que se hizo carne por el Espíritu del Amor llamó a Él a todos los niños que habían nacido del amor: «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios» (*Mc* 10, 14).

Cuando los padres se ven llamados a ser co-creadores con Dios Mismo, el deseo físico se transmuta en algo más noble que el instinto que mueve al mundo animal. Este es el sentido del matrimonio en el mensaje que el ángel le dio a Tobías: «Te juntarás con la doncella, en el temor del Señor, llevado más bien del deseo de tener hijos, que de la

concupiscencia; a fin de conseguir en los hijos la bendición propia del linaje de Abrahán» (*Tob* 6, 22)[16]. «Puesto que nosotros somos los hijos de los santos Patriarcas y esperamos aquella vida que ha de dar Dios a los que siempre conservan en él su fe»[17]. (*Tob* 2, 18). Esta misma idea de los eternos propósitos de Dios hizo exclamar a una mujer, al ver a Nuestro Bendito Señor en medio de la multitud: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron» (*Lc* 11, 27).

La condición para tener descendencia, es decir, «dos en una misma carne», debe verse como el símbolo débil de la unidad de dos naturalezas, la Divina y la humana, en la Persona del Verbo de Dios. El anhelo de dos amantes de ser uno en el matrimonio nace de una unidad de alma que se traduce en una unidad de cuerpo. Las almas primero se enamoran, luego se unen en la mente y finalmente se efectúa la unión de la carne. Se ha dicho de la Madre Santísima que «Ella ya había concebido en el corazón lo que el Espíritu concibió en sus entrañas». Esto significa que, estando Ella ya tan identificada con Dios por su amor y poseyendo espiritualmente a Dios por la gracia, la presencia física fue un corolario por medio de un acto de la Omnipotencia de Dios. En menor grado, el «estar enamorado» tiende naturalmente a la unidad y, por lo tanto, a hacer de «dos uno». Browning dijo:

> A causa del anhelo de nuestras almas nos encontramos
> y confundimos nuestras almas a través de la carne, que tu alma y la mía visten, estampan y convierten en visibles residencias;
> y esto significa, por el amor tuyo y mío:
> seamos una carne, ya que somos un alma[18].

El acto de la generación, considerado como un don de Dios y cumplido en estado de gracia o de amor a Dios, merece otras gracias para el marido y la mujer y les ayuda a salvar su alma. Santo Tomás dice: «El acto del matrimonio es meritorio si uno lo cumple, ya sea por virtud o por justicia, para dar al débito al compañero, o por virtud de la religión, para que los hijos sean procreados para el culto de Dios».

Toda madre católica que considera el aumento de la gracia como un aumento de la vida se ve a sí misma como una débil imitación de María que durante nueve meses llevó en sus entrañas al Huésped que estaba destinado a ser Hostia del Verbo. Así como el sacerdote, en la Misa, ofrece el pan y el vino que ha sido cosechado y rescatado de una naturaleza sin redimir, así el pan que comió María, el vino que bebió María, la luz que penetró dentro de su cuerpo casto, las imágenes que vieron sus ojos y el canto de los pájaros que oyeron sus oídos, todo fue su Ofertorio a Quien había de ser el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La maternidad es sagrada porque Jesús tuvo una madre. El nacimiento

es sagrado porque María abrió de par en par los portales de su carne al «Primogénito de toda la creación».

La maternidad es una Eucaristía natural. La madre, al amamantar a su criatura, le dice: «Toma y come; este es mi cuerpo y esta es mi sangre. Si no comes mi carne y bebes mi sangre, no vivirás». Nuestro Divino Señor dijo: «Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí» (*Jn* 6, 58). La madre dice a su hijo: «Así como yo vivo a causa de Cristo, tú vivirás a causa de mí». Así como, día tras día, bajo las especies del pan, Cristo alimenta a los cristianos, así, gota a gota, la madre alimenta a su hijo. Así como la Divina Eucaristía da la inmortalidad —«Quien coma este pan vivirá eternamente» (*Jn* 6, 59)—, así esta eucaristía humana de la maternidad es la garantía de la vida temporal. El ángel que apareció a las puertas del Paraíso para impedir que el hombre comiese del árbol de la vida envaina la espada cuando la vida comulga al pie del altar y en el pecho de la madre. Lo que en la maternidad fue al principio un alimento de un cuerpo, con el andar del tiempo a medida que la criatura se acerca al Verbo, su Salvador y su amor, se vuelve el alimento de la mente y del alma, no gota a gota, sino palabra a palabra.

El acto creador de Dios es necesario para el acto humano de la generación. Así como dos hombres o dos artistas que trabajan en colaboración producen más que la suma de su contribución e inspiración individuales, así la mano de Dios despierta algo de la vida inmortal en el hombre y la mujer. La madre y el padre desconocen este poder hasta que el hijo viene a comprobarlo. Dos animales pueden unirse y de sus funciones de progenitores formar un alma animal, porque esta alma no tiene otras funciones fuera de las biológicas y químicas que constituyen su organismo. Pero el alma humana tiene, independiente de la materia, otras dos funciones, que son pensar y amar. Además, el alma humana debe, en el idioma de Aristóteles, «venir de fuera» o, en nuestro idioma, ser creada por Dios, porque el más grande no puede venir del menor como no podemos obtener higos de las zarzas.

Nada ata más que un hijo, porque es el símbolo de la supervivencia del hombre y la promesa de la resurrección del cuerpo. Así como Dios tomó una costilla de Adán y le dio una compañera, así, en el matrimonio, el marido también pierde algo para ganar una herencia más rica, tal como el labrador siembra su semilla para recoger su cosecha. Nada es más religioso, por naturaleza, que la procreación, siendo señal tanto de unidad como de continuidad. Los desunidos, los separados y los egoístas no sienten amor por los hijos. Los hombres y las mujeres que limitan su vida al tiempo de existencia de una vaca no pueden esperar en el futuro, porque el deseo vehemente del placer inmediato y del descanso mata el gusto de plantar una flor y esperar a su madurez; solo los que creen en la inmortalidad realmente anhelan prolongar esta inmortalidad en el hijo. Un corazón

empobrecido solo tiene para colaborar con otro su vacuidad y, por lo tanto, nada tiene para transmitir a la posteridad, pues nadie puede transmitir lo que no tiene. El no querer prolongar la vida es una confesión de que se carece de ella. Cuando el espíritu se ha vuelto estéril, hasta la vida humana parece inútil, y, si no se puede soportar el tedio y el aburrimiento de la propia vida, no habrá apremio en dar la vida a otros; negarse a tener hijos es señal de desfallecimiento del espíritu.

Engendrar una nueva vida es señal de que el corazón está tan lleno de felicidad y de amor que moriría si no se desbordara. El río oprimido y condenado recoge lodo y espuma, pero los veloces torrentes de la montaña que pasan rápidamente sobre los escollos del sacrificio son purificados a su paso para regar campos más nuevos y más ricos. El hombre no ha sido hecho para vivir aislado ni tampoco en colectividad, sino para vivir en grupo, ya sea en familia, comunidad, nación o Iglesia. Para vivir en grupo el marido *y* la mujer deben contribuir por el nacimiento físico, y el sacerdote, por el nacimiento espiritual o conversión. Por lo tanto, la generación es para el cuerpo y el alma la condición de unidad, cordura y orden. El sacerdote que no engendra una vida nueva en Cristo, sea por su predicación, sus sacrificios, sus mortificaciones o sus verdaderas conversiones, se está condenando a los mismos castigos de esterilidad que el marido *y* la mujer que se rebelan contra la ley de la vida.

El cuerpo humano tiene poco o ningún poder de renovación; los viejos no pueden caminar para atrás, como el cangrejo, ni tampoco un Fausto anciano puede, fuera de la leyenda, volver a la juventud. Pero el alma puede ser renovada y, si muere, renacer a la vida Divina. El alma tiene facultad para disfrutar y para la renovación; y los compañeros sienten el impulso de la renovación en la procreación hasta el punto de que en el matrimonio se reconozca el espíritu o alma. El instinto de renovación se pierde en la medida que los seres humanos pierden la conciencia de la Imagen Divina que llevan dentro de ellos y solo les queda el cuerpo. La conciencia del alma y el deseo de procreación van de la mano, como van el materialismo y la esterilidad.

El tedio que se observa en los rostros de los que niegan el alma es el presagio que les anuncia la muerte; agonizan porque para ellos no hay misterio y, al faltarles el secreto de la eternidad, no tienen pasión para transmitirlo a otras generaciones. Los que llevan el misterio de la eternidad en sus corazones no pueden soportar la idea de que el tiempo mate aquel misterio. Así como las llaves de la Iglesia van pasando de Pedro en Pedro «Hasta la consumación del mundo», así el misterio de la generación que Dios ha dado a los desposados que se aman es transmitido de generación en generación. No es de extrañar, pues, que la Mujer que tuvo conciencia de su fecundidad por el Espíritu haya exclamado en su canto, el *Magnificat*: «Me llamarán bienaventurada todas las generaciones». El secreto de la bondad de Dios es demasiado bueno para guardarlo.

La vida fecunda no siente aversión porque tiene un misterio. A medida que pasa el

tiempo, en el marido y la mujer se ensancha la corriente de su embeleso; los remansos de pasión pueden quedar en los bancos de arena, pero el río nunca cesa de correr. Cuando saborean el dulce delirio de estar solos, el compañerismo, que empezó en el éxtasis de la carne, se agranda para compartir el pan y la comunión de la mente, del corazón y de la voluntad. Pronto se ve que el amor es unidad, y no solo una simple asimilación, a la que se consagran los nuevos amantes. El hechizo pasa, pero el misterio se profundiza hasta que se hacen uno al compartir la vida por el Misterio de un Amor Eterno que dio únicamente para recibir.

Toda maternidad naciente recibe la dulce visita del Espíritu Santo. El *Fíat* de la Anunciación se repite en toda mujer que acepta la encarnación de su amor. La reverencia que rodea a la maternidad se debe al hecho de que una mujer será la madre no solo de un cuerpo, sino de un alma. La majestad del Creador desciende sobre su matrimonio cuando ella se convierte en custodia y sacerdotisa de una vida dada por Dios. Toda mujer, cuando trae a la tierra un alma con su consentimiento y la ofrece a Dios como la Madre de Dios ofreció a su Hijo, recibe algo del carácter casi sacerdotal de la Madre de Dios. Con el Bautismo, cada nuevo hijo es un hermano de adopción de Cristo, un coheredero del cielo.

Así como la entera Divinidad mora en cada Persona Divina de la Trinidad, así la Santísima Trinidad mora, por la condición de la gracia, en el alma sin mancha de la criatura recién bautizada. En ella, el Padre Se siente feliz. Se ve en un espejo sin mancha de pecado y sin que una voluntad pervertida estorbe su acción. En Él, el Espíritu Santo mora, y también en Él el alma de Cristo se ofrece en adoración a Su Padre.

Al hombre que lo desea, Dios le da la vida divina de la gracia, pero Él también quiere que el hombre sea el camino de esta Vida Divina. Si el hombre se niega a dar vida humana, Dios no dará Vida Divina; aun cuando el hombre puede negarse a dar vida humana y, por lo tanto, limita la creación de las almas, Dios Mismo jamás se negará a dar un alma al cuerpo de una criatura. Dios obedece al hombre y a la mujer en su unión, tal como Él obedece al sacerdote en el momento de la consagración; aun cuando el sacerdote que consagra sea indigno, Dios, no obstante, desciende al altar; por más indigna e ilegal que sea la unión del hombre y la mujer, Dios no se niega a dar un alma inmortal al fruto de su unión.

Los matrimonios que niegan deliberadamente el fruto del amor, no solo niegan la encarnación del amor, sino que matan el amor mismo. Ocurre una ruptura en la trinidad del amor humano, causada por el repudio del sello viviente de su amor. Porque el amor que pretenden tener el uno por el otro es solamente amor de sí mismo en el otro, o sea, un amor egocéntrico, de alimentación automática y de propia destrucción, que es peor que el odio. Los dos participantes en el crimen están separados por la muerte del amor y,

en su separación, se vuelven dos seres aislados, es decir, una dualidad en lugar de una trinidad.

Cuanto más se basa la unión conyugal en lo divino, más en armonía con Dios estarán el marido y la mujer y más hallarán en el otro aquella fascinación *y* satisfacción eternas que propasan las flaquezas y los desengaños terrenales. Este amor llega al alma misma, invisible, e inmaterial, cuya belleza solo aumenta con la edad, aun cuando se desvanezca la belleza del cuerpo. Es el amor del Espíritu mismo, tan poderoso como solo puede serlo un amor espiritual. Estos cuerpos alcanzarán después la inmortalidad en la Resurrección, pues no perecerá nada que haya sido merecedor de alojar al Verbo Encarnado. La Resurrección llegará a los cuerpos en los hermanos adoptivos de Cristo como llegó al Cuerpo Mismo de Cristo. Los amantes siempre hablan de la inmortalidad de su amor y, aunque los cínicos se mofan de ellos, están en lo cierto, porque su amor puede ser inmortal. Es suficiente impregnarlo en Dios para que se vuelva invulnerable al tiempo y al espacio. Dios es una Vida sin fin y un Amor Eterno y la corriente incesante de amor que corre entre las personas de la Santísima Trinidad alcanza a los amantes unidos a Él.

¡Pobre sería, pues, el amor si viniera a ser solamente como el de dos llamas encerradas en dos linternas vecinas! En ninguna parte de la tierra encontrarían la satisfacción para su anhelo de eternidad. No es aquí donde será descorrido el último velo de la revelación final del amor; no se hallará aquí el paraíso del amor sin hartura, sino que será más allá de «los pilares de la muerte y de los pasillos del sepulcro» donde finalmente se resumirá el compañerismo de días y de años; no en una hora de éxtasis en que las palabras y las miradas desfallecen, sino allí donde la consumación del amor se pierde en el éxtasis de una unión eterna con los latidos del Corazón del Amor Perdurable de Dios.

XIV. PATERNIDAD

Todos estos capítulos tienden a demostrar que el amor no es una evolución del sexo del reino animal, sino que el sexo es la expresión fisiológica del Amor proveniente del Reino de Dios. El amor no es un ascenso desde el animal, sino un descenso desde la Divinidad. De la misma manera, en el orden humano, la paternidad no es una expresión compleja de lo que es común en el caballo, el toro, el gallo o el ciervo, sino un reflejo de la Paternidad que existe eternamente en Dios. «Doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra» (*Ef* 3, 14).

El Padre, además de poseer la Vida, tiene el poder de transmitirla. Él es Fecundidad Divina y Eterna. En nuestro pobre idioma, el Padre es necesariamente altruista, no solo porque es bueno, sino porque es Padre. En Dios, la generosidad no es lo mismo que la disposición del alma o la virtud en un filántropo o en un héroe; Él es la personificación de la generosidad. El Hijo se engendró, no en una parte, ni en una división de Él, ni por un poder proveniente de Él, sino en la plenitud de todo cuanto Él es personalmente. Si hay alguna cosa que Él no da en la forma que la posee, es la de ser Padre; esta relación incomunicable es Su Eternidad. Todos los seres humanos poseen, de una manera menor y relativa, la condición de persona. El «yo» de Juan no puede ser comunicado de ninguna manera al «yo» de Pablo. Hay una impenetrabilidad que hace a cada persona lo que es y diferente de todas las demás. Lo que hace a la Persona del Padre Celestial distinta del Hijo o del Espíritu Santo no es el amor, ni el poder, ni la divinidad, pues las Tres Personas participan de la naturaleza divina. El secreto del Padre es ser Origen sin ser Origen, Fuente sin ser Fuente, Padre sin ser Padre, pues ni siquiera la generación de Su Hijo destruye la diferencia perfecta que existe entre Aquel que da y Aquel que recibe. El poder de dar Su Divino Esplendor pertenece solamente al Padre y recibir esta imagen pertenece solamente al Hijo, porque la generación es tan perfecta como para crear la Imagen Perfecta. Este es el misterio que hizo decir a Dios «creced y multiplicaos», para que la fecundidad eterna de Dios pudiese tener sus repercusiones en el Tiempo.

Así como el Hijo es la Imagen Eterna de cómo el Padre se conoce a Sí mismo, así, en el orden humano, Dios quiere que un padre terreno se conozca nuevamente en su hijo, lo que explica el orgullo del padre, pues toda gloria que alcance al hijo es la gloria del padre: «Este es *mi* hijo», «Mi hijo hizo esto».

La iniciativa que se da en la tierra a los padres para engendrar nuevas fuentes de vida no es solo una participación en la Paternidad Divina, sino que el buen Padre encontrará otra semejanza en la educación de sus hijos para que vuelvan otra vez a Dios, de Quien vinieron. Así como el Hijo Eterno es distinto, pero nunca separado en naturaleza del Padre, así los hijos nunca deben separarse en educación y destino de su Padre Celestial.

«Como un ejército en formación de batalla», son numerosas las «Asociaciones de Madres Cristianas», pero nadie se acuerda de los pobres padres. Nuestro Señor, en la noche de la Última Cena, expuso la idea magnífica de que Su Amor por Su Padre Celestial era la base de la unidad entre los hombres: «Yo estoy en el Padre y el Padre, en mí» (*Jn* 14, 10).

El nacimiento del hijo no produce en el padre grandes cambios fisiológicos como en la madre, pero aquel padece profundos cambios psíquicos. En las maternidades hay a veces mayores dificultades para tratar con los padres peripatéticos que con las madres en el parto. La conciencia de la paternidad provoca un cambio de la visión mental del mundo, así como el sacerdote, al oírse llamar «Padre» después de su ordenación, concentra en su alma un mundo de almas cuya responsabilidad espiritual se le confía.

La emoción del labrador en primavera al ver que de la tierra inerte crecen los granos de trigo como pequeñas espadas verdes prometiendo defender la vida humana; la alegría al ver un brote de geranio en una lata llena de tierra sobre la repisa de una ventana de la casa del vecino; el éxtasis del santo al ver un pecador, muerto por el pecado, que responde a una palabra o a una oración y empieza a vivir en Cristo… son, todos, manifestaciones, en este mundo, de la felicidad inherente que recibe cualquiera al ver saltar, brotar o nacer la vida. Amor no es simplemente alegría de poseer; significa también la voluntad de ver una vida nueva nacida de aquel amor. La razón fundamental de que el hombre cuando es padre ya no es solamente un hombre es que comprende que él ha transmitido la antorcha de la vida, de una vida que ve floreciendo ante sus ojos a «su propia imagen y semejanza». Es el momento supremo de la propia recuperación y de enfrentarse nuevamente con la vida, porque el hombre siente, dentro de sí, la trémula refracción de la Alegría Eterna del Padre Eterno, que, al engendrar al Hijo Eterno, le dice en el apogeo de la Paternidad: «Tú eres mi hijo: Yo te he engendrado hoy» (*Sal* 2, 7). Como el Hijo es la *Lumen de Lumine*, Luz de la Luz, así el niño recién nacido es «carne de su carne, hueso de su hueso».

Esta revolución psíquica en el instante de la paternidad tiene también un efecto posterior. No solo establece un vínculo con la criatura, sino también otro con la madre. El hijo recién nacido no solo descubre la paternidad al marido, sino también la maternidad en la mujer. Desde aquel momento ella aparece ante él con un vínculo que antes no existía. Él no solo hizo un hijo; hizo también una «madre». Él devuelve a la madre el don de sí misma que ella le hizo, al dignificar a otra mujer con el más glorioso de los títulos. Nuestro Señor pensó en Su propia Madre antes de hacer el mundo; luego, creó a Su Madre, en una forma que ninguna criatura podría hacerlo. En Su Bondad, Él, con su amor más grande, comunicó al marido el poder de hacer una madre; no *su* madre,

sino la madre de su hijo. Las solteras que anhelan un hijo para amar glorifican profundamente el poder de la paternidad. Es probable que el padre no sepa por sí mismo qué prodigio de la paternidad lo impresiona más: si el de engendrar un hijo o el de hacer una madre para su hijo. Pero, puesto que son aspectos inseparables del sacramento de la paternidad, él jamás volverá a ser el mismo frente a este doble misterio.

Nuestro Señor cambió su relación con Su Madre Santísima en la Cruz al hacerla Su Esposa, de quien se engendrarían los miembros de Su Cuerpo Místico. En el matrimonio, el misterio está invertido; la novia primero es la esposa y luego la madre. En Cristo, María fue primero la Madre de Cristo y luego la Madre de todos los hijos de los hombres y, por lo tanto, la *Esposa*, o la Nueva Eva del Nuevo Adán.

El «Padrenuestro» expresa la actitud que las criaturas deben tener hacia su Padre celestial; es también, por analogía, un compendio de la actitud que deben tener los hijos hacia su padre terrenal. La oración consta de siete peticiones. Una petición central liga las tres primeras (que nos llevan al cielo) con las tres últimas (que nos presentan en lucha con la tierra). En las tres primeras, elevamos el alma a Dios; en las tres últimas, levantamos el alma de la esclavitud del mal. La petición central es la única que tiene que ver directamente con el cuerpo.

Después de dirigirse al «Padre nuestro que estás en los cielos», siguen tres peticiones que se concentran en:

1. LA ADORACIÓN A DIOS.
   «Santificado sea tu nombre».
2. LA PROPAGACIÓN DEL REINO DE DIOS.
   «Venga a nosotros tu reino».
3. HACER LA VOLUNTAD DE DIOS.
   «Hágase tu voluntad».
4. *La petición central*, que une al cielo y a la tierra y es la condición de esta unión.
   «Danos hoy nuestro pan de cada día».
   Luego siguen las tres súplicas que no se refieren a la voluntad de Dios, sino a la lucha del hombre:
5. PERDÓN DE LOS PECADOS PASADOS.
   «Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden».
6. PROTECCIÓN CONTRA PECADOS FUTUROS.
   «Y no nos dejes caer en la tentación».
7. PROTECCIÓN CONTRA TODAS LAS AFLICCIONES.
   «Mas líbranos del mal».

Las mismas pueden aplicarse al padre terrenal:

«Santificado sea tu nombre»:

«Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso agrada al Señor» (*Col* 3, 20); «Honra a tu padre y a tu madre» (*Ex* 20, 12); «No te gloríes en la deshonra de tu padre, pues su deshonra no es para ti motivo de gloria. Porque la gloria de un hombre es la honra de su padre» (*Si* 3, 10-11).

«Venga a nosotros tu reino»:

Su reino es la familia. «Yo no entendí el significado de "Venga a nosotros tu reino" hasta que vi el rostro de mi hijo» (Leon Bloy); «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (*Jn* 15, 16).

«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»:

«Escucha, hijo mío, los consejos de tu padre» (*Pr* 1, 8); «Hijos, escuchad a vuestro padre; hacedlo así y viviréis» (*Si* 3, 1); «Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor» (*Ef* 6, 1).

«Danos hoy nuestro pan de cada día»:

El padre es el proveedor de la familia; «Todo buen regalo y todo don perfecto viene de arriba, procede del Padre» (*St* 1, 17); «Mejor es que tus hijos te pidan, que estar a merced de ellos» (*Si* 33, 22).

«Perdónanos nuestras ofensas»:

«Padres, no exasperéis a vuestros hijos; criadlos educándolos y corrigiéndolos según el Señor» (*Ef* 6, 4).

«Y no nos dejes caer en la tentación»:

«Al padre impío lo maldicen sus hijos, porque por culpa suya son deshonrados» (*Si* 41, 7).

«Mas líbranos del mal»:

«¿Qué padre no corrige a sus hijos? Si os eximen de la corrección, que es patrimonio de todos, es que sois bastardos y no hijos» (*Hb* 12, 8).

XV. LA MATERNIDAD

Así como la paternidad tiene su prototipo en el Padre Eterno que engendró un Hijo a Su Eterna Imagen, la maternidad lo tiene en la Mujer que, desde toda la eternidad, fue elegida para la alta misión de ser la Madre de Dios Encarnado. Puesto que san Pablo designa a Nuestro Señor como el primogénito de todas las criaturas, María debe ser la Primera Madre, en la cual todas las otras madres tienen su ejemplo.

La maternidad en su esencia tiene dos fases: 1) *Engendrar la vida*, que es un proceso biológico con relaciones en el reino animal, pues el nacimiento establece un vínculo de relación entre el hijo y la madre. Así como el árbol da sus frutos y la gallina empolla sus huevos, el nacimiento establece una relación de dependencia entre la madre y el hijo que hace exclamar: «Bendito es el fruto de tu vientre». 2) *Infundir el alma*. Dios, que infunde el alma en el cuerpo del niño, hace que la maternidad humana no sea igual a la maternidad animal, porque el alma del niño no procede del cuerpo de la madre, sino que es una creación directa de Dios. Así como el sacerdote prepara el pan del sacrificio, la madre prepara la materia del nacimiento; y, así como el poder de Dios transforma el pan en el cuerpo de Cristo, el mismo poder de Dios infunde la vida en el cuerpo y lo hace persona humana. Al nacimiento fisiológico del hombre igual al de los animales, se suma la cooperación de Dios. Hay algo dado por Dios que la madre envuelve con su carne; hay aquí algo que se agrega a la primera idea de maternidad, ya que trae a la vida no solo un cuerpo, sino un ser hecho a imagen y semejanza de Dios. En el caso de María, a las palabras «Bendito es el fruto de tu vientre», añadimos el nombre de Jesús.

La maternidad humana tiene, repetimos, dos aspectos: el de traer la vida al mundo, lo cual implica la cooperación del padre, y el de traer una persona o un «yo» al mundo, lo cual requiere la cooperación de Dios. El vínculo entre la madre y el hijo hace que este dependa de ella; el vínculo entre la madre y la persona está expresado por el nombre que la personifica y le da independencia de sus padres, el derecho a llevar su propia vida y aun a abandonar a su padre y a su madre para unirse en matrimonio y formar un nuevo hogar.

En el *Libro de Isaías* (9, 6), cuando se dice que Nuestro Señor ha de nacer de María, hace esta distinción: «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado». San Lucas recoge las mismas palabras al decir: «por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios» (*Lc* 1, 35).

María tenía algo que le pertenecía, su Divino Hijo, y algo que no era suyo, Emmanuel, el Dios que está con nosotros, Nuestro Salvador. Del mismo modo toda madre tiene algo únicamente de ella y algo que no le pertenece; siendo persona, su hijo

debe vivir como tal, con sus propios derechos y libertades, y lograr su propia salvación. Como dice san Pablo: «Trabajad por vuestra santificación con temor y temblor» (*Flp* 2, 12). Las madres que abandonan a sus hijos niegan el primer aspecto de la maternidad. Las que se niegan a entregar sus hijos, ya sea al matrimonio o a su vocación religiosa, desconocen el segundo aspecto de la maternidad. «Honra a tu padre y a tu madre» es el tributo que debe pagar el hijo a quienes le dieron la vida, pero, cuando Dios llama a un alma a ser su esposa, esta expresa su independencia con las palabras de san Mateo: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» (10, 37).

La madre, en sus dos funciones de traer la vida al mundo y de cooperar con Dios, asegura su propia salvación. Como dicen las Escrituras, la maternidad en su aspecto físico ya tiene en sí la condición de salvación en la buena crianza de sus hijos (cfr. *1 Tm* 2, 15). Los hijos también glorifican a la madre cuando reflejan en sus vidas la gracia de Jesucristo; porque hay madres que se han hecho famosas por sus hijos, ya que, en presencia de un hijo ilustre, en las multitudes siempre habrá alguien que diga, como aquella mujer del evangelio dijo a Nuestro Señor: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron».

La madre es una bienhechora de la humanidad en el doble aspecto físico y moral. Por las vidas que da y por las grandes condiciones personales de sus hijos, es un constante desafío universal a la muerte; es mensajera de la plenitud cósmica y portadora de las verdades eternas. ¿No será verdad que existen hoy muchas mujeres poco dispuestas a crear nuevas vidas porque solo ven la maternidad en su primera fase, como progenitora, y no en la segunda, como cooperadora de Dios, para el aumento de su Reino y el enriquecimiento de su Cuerpo Místico? La maternidad pierde por lo menos la mitad de su belleza cuando contempla el nacimiento solo desde el punto de vista biológico y hace caso omiso del teológico. Si el nacimiento fuese únicamente cuestión de hombre y mujer y no la cooperación entre el hombre, la mujer y Dios, entonces, verdaderamente, perdería gran parte de su belleza. Santo Tomás dice: «Es más grande y mejor estar unido a lo que es superior que suplir un defecto de lo que es inferior». La misión de la mujer no es ser principalmente una restauradora de ruinas, sino, ante todo, una cooperadora con lo divino. Al unir su cooperación con un hombre, la de la cooperación con Dios, ella afirma una vez más el secreto del matrimonio: se necesitan tres elementos para el amor: el hombre y la mujer como principio generativo y Dios que infunde un alma inmortal.

El anticoncepcionismo planeado es la decisión deliberada y voluntaria, por parte del marido y la mujer, de negarle a Dios la oportunidad de crear otro ser a Su imagen y semejanza. Es la voluntad humana que frustra libremente la voluntad Divina, en la

misma forma en que lo hace cierta política agraria al controlar deliberadamente la producción de la tierra para obtener precios más altos. El *non-serviam* de Lucifer ha tenido su efecto catastrófico en toda la creación y, sobre todo, en aquellos que dicen: «Me niego a aceptar de Dios Su Santa Voluntad, el aumento y la multiplicación de la vida». La negativa a cooperar con Dios es mutilarse y arruinarse, pues Nuestro Señor dijo en la Parábola de los Talentos desperdiciados: «Quítesele el talento al que no lo supo usar».

La opinión médica actual afirma que el aumento de la psicosis y neurosis en las mujeres es debido a que evitan la maternidad. Una esposa que hubiera plantado un árbol en su jardín no saldría todas las noches con unas tijeras para cortar cada nueva rama que crezca de la raíz. Sabe que es normal que retoñen ramas de un árbol; sabe, además, que la planificación de un árbol que en cinco años solo pudiera tener una única rama, perjudicaría tanto el tronco como la rama. El control de la rama podría terminar por estropear el tronco. La estadística lo comprueba. De cada seis casos de divorcio, cinco (o sea, ochenta y tres y medio por ciento) provienen de matrimonios sin hijos.

Para volver a lo positivo, la maternidad es cósmica no solamente por su cooperación con el hombre y con Dios en pro de la salvación, sino porque nos muestra además la belleza del mundo sobrenatural. El hombre, por su naturaleza, está llamado a «hacer»; la mujer, por su naturaleza, está dedicada a «transformarse», a «engendrar». Al «hacer», hacemos algo distinto a nosotros en naturaleza; por ejemplo, un carpintero hace una mesa. Pero al engendrar, engendramos algo semejante a nosotros; por ejemplo, la madre engendra *un hijo*. La creación humana es, a su modo, un símbolo de la otra Creación. Dios hizo el mundo, y el mundo por naturaleza es desemejante a Él. El hombre, por cuanto es *hecho* por Dios, no tiene estricto derecho para llamar a Dios «Padre», porque solo es obra de las manos del Creador. El papel de la mujer, como generadora de vida, es un símbolo de la gracia Divina que nos hace «hijos de Dios» y nos da el derecho de llamar «Padre» a Dios y «Hermano» a Nuestro Señor Jesucristo.

En las Sagradas Escrituras, continuamente se nos incita a convertir nuestra naturaleza humana a la cristiandad para hacernos «hijos de Dios». Pero la entrada al orden sobrenatural se realiza solo mediante la muerte del viejo Adán, por el sacrificio y la penitencia; vemos reflejado todo esto en los sacrificios de la maternidad al traer una nueva vida al mundo. No hay tanto dolor en crear como en engendrar, como también es más fácil permanecer hombre natural que renacer como «hijo de Dios». Las madres deberían comprender que con cada nacimiento de su carne demuestran a la humanidad que solo con trabajo y renunciamiento se renace a la gracia bajo la paternidad de Dios junto a la fraternidad humana, y que así prolongan la Pasión de Cristo a través de los siglos.

Nuestro Señor le dijo al anciano Nicodemo que para salvarse debía volver a nacer. Este hombre de mentalidad carnal no veía ningún sentido espiritual en el nacimiento y preguntó a Nuestro Señor: «¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?» (*Jn* 3, 4). Nuestro Señor afirmó entonces que la maternidad y la conversión a Él se relacionan entre sí, tal como el símbolo y la realidad; que el seno de la madre es para el nuevo cuerpo lo mismo que la fuente del agua bautismal para la vida espiritual. «En verdad, en verdad te digo: El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios» (*Jn* 3, 5).

En nuestras vidas cristianas individuales, la mayor parte de nosotros cultivamos el cuerpo y el alma por separado. Dedicamos muchos días al perfeccionamiento físico y pocos momentos al espiritual. La maternidad nos recuerda que las mejores vidas son aquellas en las cuales el desarrollo físico no está jamás separado del espiritual y progresan juntos tal como sucede en la madre en su educación del hijo. Precisamente a causa del alma es por lo que hay un desarrollo del cuerpo en todo instante. La madre cristiana es como Simeón que llevó en sus brazos al Divino Niño de cuarenta días de edad. Pero la verdad es, no que él llevaba al Niño, sino que el Niño lo llevaba a él. Del mismo modo la madre se verá a sí misma no solo llevando *físicamente* un niño, sino al Niño, en cuerpo y alma inseparable, llevándola a ella. La nueva vida en sus entrañas viene de Dios, así como la gracia en el alma viene de Dios. Esta verdad espiritual es inseparable en todo momento del desarrollo físico de la vida que lleva dentro. Así como Dios Mismo se movió dentro de María, la imagen de Dios se mueve dentro de la madre. María llevó la Hostia Consagrada, Cristo Verdadero, y la madre lleva el pan de la sacristía destinado al altar. Cuando, finalmente, el niño ha nacido, si la madre es verdadera cristiana, se preocupará de que cuerpo y alma crezcan juntos y de que el cuerpo sano en todo momento se encuentre vivificado por el pensamiento espiritual para anunciar siempre a los hombres que cuerpo y alma se santifican unidos.

Buenos y santos pensamientos en la madre durante la gestación afectarán al niño en la misma forma en que los temores y las emociones le afectarán en sentido contrario. Los efectos psicológicos del amor sobre los demás son terribles, la madre que lleva a su niño en el amor y con la conciencia de que está cumpliendo un mandato Divino y una Santa Mesianidad deberá ver cumplidas en su vida las palabras de Nuestro Señor: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (*Jn* 14, 23). Luego el hijo la llevará, pues es el último acto de amor de Dios para con ella. «El alma se hizo carne y habitó en mí». Lo que ella es, ha de ser su hijo. La madre es como la tierra en donde germina la semilla de la joven vida.

El Evangelio nos dice que hay cuatro clases de madres: «… una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso,

donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó enseguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta. El que tenga oídos, que oiga» (*Mt* 13, 4-9). Así la madre, como portadora de la semilla, se entrega completamente a Dios diciendo con María: *Ecce ancilla Domini*. «He aquí la esclava del Señor».

El sometimiento de la tierra a la semilla es pasiva, a pesar de que la tierra deba soportar el arado y la trilla. Pero, en la mujer, el sometimiento comporta sacrificios. La mujer es más capaz que el hombre para soportar un sacrificio prolongado. El hombre tiene más disposición para ser héroe en un arranque apasionado de valentía. La mujer es heroica a través de años y meses, y hasta en los segundos de su vida diaria, hasta el punto de que a la constante repetición de sus afanosas tareas les da la apariencia de cosas sin importancia. No solo sus días, sino sus noches; no solo su mente, sino también su cuerpo deben compartir el Calvario de la Maternidad. Por esto la mujer comprende el misterio de la Redención mejor que el hombre, porque al dar a luz la vida se acerca más a la muerte.

Las dos grandes leyes espirituales que en otros están separadas y extrínsecas, se hallan unidas en ella: amor al prójimo y amor al sacrificio. Quienes no son madres manifiestan el amor al prójimo fuera de sí mismas. El prójimo, para la mujer grávida, forma parte de sí misma, y es alguien a quien debe amar. Por lo general, se entiende el sacrificio como algo que se realiza fuera de la propia carne; pero el sacrificio de la madre estará dentro de su carne. Sin ser sacerdote, hay sin embargo en la madre una cierta forma de sacerdocio, puesto que es ella quien lleva a Dios al hombre y al hombre a Dios. Lleva a Dios al hombre, preparando esa carne donde el Poder de Dios está ya presente en el alma, y lleva al hombre a Dios en el segundo nacimiento, del Bautismo, cuando ofrece su hijo a Cristo, el Salvador. Como un bello reflejo de la Maternidad de María en la tierra, ella también puede ser saludada con un Ave María terrenal.

Dios te salve, María.	¡Dios te salve! Madre.
¡Llena eres de gracia!	Llena de vida humana, con un cuerpo formado por amor de esposo y esposa y un alma nacida del amor de Dios.
¡El Señor es Contigo!	¡Dios está con todas las madres! «Lo que habéis hecho al más pequeño me lo habéis hecho a mí».
Bendita tú eres entre todas las mujeres.	Toda mujer está llamada a ser madre, sea física o espiritualmente. La mujer es más mujer cuando es cristiana. La esposa es más esposa cuando es madre.
Y bendito es el fruto de tu	Y bendito es el fruto de tu vientre: Juan, Pedro, María, Ana. «Bendito es aquel que viene en el nombre del Señor».

vientre, Jesús.

XVI. EL PAPEL DE LOS HIJOS

El destino extraordinario del matrimonio es engendrar algo fuera de sí mismo, porque es una comunidad de amor semejante a la Trinidad. El cáliz nupcial desborda porque es muy pequeño para el amor que contiene, y, como Dios está en todo amor, este no puede ser limitado y continúa aún en el infinito. La continuidad temporal de los padres en sus hijos es, pues, el símbolo carnal de la continuidad eterna de Dios, que comunica Su Poder creativo a Sus súbditos. Esto no significa que las personas se casen para tener hijos; los tienen porque están realmente enamoradas. Cuanto menos participe el elemento trino y uno en su amor, menos será el deseo de tener hijos. En este mundo egoísta se oye hablar de un «hijo no deseado» o de «un hijo por accidente»: significa que, a pesar de todas las tentativas para sofocarlo, el amor desborda como consecuencia del impulso que Dios dio a Su creación. Donde hay amor no hay cálculo. Por esto, cuando Pedro preguntó a Nuestro Señor cuántas veces debía perdonar, Este le contestó: «Setenta veces siete». No quería decir cuatrocientos noventa, sino que en el amor no debe haber exactitud matemática. Resulta tan frío como las matemáticas que la gente limite la expresión de su amor; porque el amor está fuera de toda ley. Sin amor, el afán diario resulta insoportablemente trivial.

El amor entre dos personas que en un desierto excluyeran deliberadamente al tercero (el hijo) aburriría más rápidamente que cualquier otra cosa en el mundo. Muy pronto se sentirían como atadas. Esto no significa que la unión sea un fracaso cuando Dios no la bendice con hijos; como ya hemos señalado, en tal caso hay también una trinidad si el marido y la mujer entienden el amor, no mirándose el uno al otro, sino mirando hacia Dios. El hijo es la expresión física de esta imagen Divina del amor. La ley del matrimonio también subsiste para las parejas sin hijos; en ellas no se frustra el desbordamiento del amor porque, aunque siempre se precisan tres factores para el amor, este tercero es Dios, visto entonces, no en los hijos, sino en la resignación a Su Voluntad.

En la historia del cristianismo, la primera limitación humana y directa de la niñez ocurrió en la aldea de Belén, con aquel Agente de Control de la Vida Infantil que se llamó Herodes. La acción contra la vida infantil fue simultáneamente un ataque a la Divinidad en la persona de Dios hecho hombre, Jesucristo, Nuestro Señor. Nadie hiere un nacimiento sin herir simultáneamente a Dios pues el nacer es el reflejo terrenal de la generación eterna del Hijo. Aquellos que conspiran contra la vida, a la manera de Herodes o más científicamente, tendrán un día la conciencia obsesionada que describe John Davidson:

Llega vuestra pena más cruel cuando pensáis

en el dulce placer de vuestros cuerpos gastados,
sin una vida nueva que mostrar. Oh, sentís entonces
cómo alza la gente contra sí misma la mano;
y gustáis el castigo más amargo
de aquellos a quienes el amor aísla. A veces,
cuando la oscuridad, el silencio y el mundo durmiente
dan lugar a la imagen, descansáis despiertos y veis
las tristes caras pálidas de los pequeños
que debieron ser vuestros hijos oprimiendo
las mejillas contra las ventanas, mirando adentro
con lamentable asombro, niños hambrientos sin hogar
a quienes se han negado vuestros pechos y vientres[19].

Un vínculo estrecho entre el cristianismo y la familia existe desde el día en que el Hijo de Dios se hizo hombre. Belén fue una especie de Trinidad terrenal en donde la primacía alcanzó un lugar jamás visto en la historia. Hasta aquella primera Navidad, la jerarquía había sido: padre, madre e hijo. Entonces se invirtió el orden y quedó: hijo, madre y padre. Durante siglos los seres humanos miraron al cielo diciendo: «Dios está allá arriba», pero cuando la madre tuvo al Hijo en brazos se pudo decir en verdad de ella que *bajaba* la vista al Cielo porque este se hallaba «aquí abajo», entre el polvo de las vidas humanas. Además de Nuestro Señor, ¿tuvo María otros hijos? ¡No! No de la carne. La palabra «Hermanos», aplicada a Nuestro Señor en las Escrituras, se refiere a toda clase de parientes; no significa que Él tuviese hermanos de la sangre, como tampoco significa que tengan los mismos padres todos los oyentes cuando el predicador se dirige a ellos como «Mis queridos hermanos». Nuestra Madre Santísima tuvo otros hijos según el espíritu, pero Nuestro Señor fue su «primogénito», como lo llama san Pablo: «el primogénito de las criaturas». Así como en el pesebre ella fue la Madre de Dios, así, en la Cruz fue la Madre de los hombres. Cuando su Hijo Divino le habla llamándola la Madre Universal, o «Mujer», y le dijo que Juan era su nuevo «hijo», ella contrajo un nuevo parentesco con la humanidad. Nuestro Señor tampoco llamó a Juan por su nombre, porque, si lo hubiese hecho, Juan habría sido únicamente el hijo de Zebedeo y nada más. En virtud de su anonimato, él nos representó a todos aquellos de nosotros a quienes Nuestro Señor dijo: «He aquí a vuestra madre». Fue un pobre cambio para María. Tuvo que renunciar al Hijo de Dios para recibir a los hijos de los hombres, pero, en su Hijo, ganaba una familia más grande. En aquel momento María sufrió los dolores de parto por todos los hijos que habrán de nacer hasta que aparezca el ángel del Juicio Final. Ella dio a luz a Jesús en la alegría y a nosotros en el dolor; en tal agonía que la Iglesia la llamó «Reina de Mártires».

En el Hijo de María se encuentran todos los hijos; en su maternidad son madres todas las mujeres, y por ello, como por las Puertas del Cielo, todos los hombres ven renovado el Primer Día. Chesterton escribe sobre esta magnífica relación entre Madre e Hijo:

O dejando su juego y asiendo el ruedo de tu pálido vestido
Dios, a quien ha hecho aventurero su reposo de todos los tiempos,
trepa la Torre de Marfil de tu alto cuerpo
y besa la Rosa Mística en tu boca[20].

En el Calvario, la palabra *hijo* tiene un significado colectivo al referirse no solamente al hijo único, sino al fruto del amor que Dios nos concedió, porque María, en Belén, tuvo por el hijo de la carne muchos hijos espirituales. Las parejas cometen a veces el gran error de pensar que el amor perdura porque es intenso; pero lo cierto es que no continúa a causa de su intensidad, sino porque se relaciona con el poder de su renovación. El amor de marido y mujer no es algo continuado, sino, como ocurrió en el Calvario y la Resurrección, el encuentro de una nueva vida cuando se creía que predominaba la saciedad. La Iglesia no ha vivido tranquila a través de la historia, pues ha pasado por miles de resurrecciones después de miles de crucifixiones. Las campanas están siempre anunciando una ejecución que, gracias al gran poder de Dios, queda eternamente postergada. El mundo está pronto para cantar un *requiem* sobre su tumba, pero la Iglesia se alza para cantar un *requiem* sobre la tumba de sus perseguidores. Del mismo modo, en la vida de familia, los dos corazones no viven tranquilos hacia un amor más feliz; de cuando en cuando parecen al borde de perderlo, pero solo para hallarlo en un nivel superior porque el hijo no es simplemente un nacimiento, sino una Resurrección y tal vez una Ascensión. La semilla que se arroja al campo en primavera no es la misma que se recoge en la cosecha, sino su resultado, multiplicado en cantidad; renovado y vivificado en calidad. El hijo no es prueba de que el amor del padre y la madre perdura; es el signo y símbolo de que el amor de ellos, como el Fénix, ha hallado su primavera y su renovación.

Los recién casados a menudo describen su amor como «de otro mundo». En cierto sentido están en lo cierto, porque han sido llamados a crear un mundo nuevo. En la Encarnación, «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». Así como el Amor de Cristo dejó un recuerdo de Su Amor de Sacrificio en la Eucaristía, así el padre y la madre dejan un recuerdo de su amor en sus hijos, que son testigos para dar testimonio, a lo largo de la historia, de que sus padres anduvieron por la tierra. Los padres precedieron a la débil criatura que prolonga sus vidas, experimentan a la vez una *adhesión* y una *separación*; sienten una adhesión porque la criatura es su amor, su cuerpo y su sangre, y

una separación porque es otro ser. La creación y el nacimiento son separaciones solemnes, porque la criatura nació en ellos, pero partió de ellos hacia su propio destino. El amor no solo significa cautivar un alma libre, como es el amor conyugal, sino también liberar un alma cautiva, como es el nacimiento. Todo el que da la libertad corre un riesgo. Dios corrió un riesgo cuando liberó al hombre y los padres corren un riesgo cuando abren las puertas de la prisión de su carne para engendrar una criatura. Toda criatura tiene que salvar su propia alma pero no lo sabrá hasta que sus padres lo hayan educado durante unos siete años. El hijo es, por lo tanto, una esperanza cuyo fin está fijado y, como ha dicho el poeta, los padres deben comprender que toman el lugar de Dios al comienzo de la salvación de aquella alma. Kahlin Gibran escribió:

> Y una mujer que sostuvo un niño contra el pecho dijo: Háblanos de los Niños.
> Y él dijo:
> Tus hijos no son hijos tuyos.
> Ellos son los hijos del ansia de la Vida por sí mismos.
> Ellos vienen por medio de ti, pero no de ti.
> Y, aunque están contigo, no te pertenecen.
> Puedes darles tu amor, pero no tus pensamientos,
> Pues ellos tienen sus propios pensamientos.
> Puedes albergar sus cuerpos, pero no sus almas;
> Porque sus almas moran en el hogar del futuro que tú no puedes visitar, ni aun en sueños.
> Puedes esforzarte en ser como ellos, pero no trates de hacerlos como tú.
> Pues la vida no retrocede ni se demora en el ayer.
> Tú eres el arco de donde se lanzan tus hijos como flechas vivientes.
> El arquero ve la señal en el sendero del infinito y Él te vence con Su fuerza para que Sus flechas vayan lejos y veloces.
> Permite que tu sumisión a la mano del Arquero sea para la felicidad;
> Pues lo mismo que Él ama la flecha que vuela, ama Él también el arco que está fijo.

Los hijos tienen un papel mesiánico en la familia; representan ante todo la conquista del Amor sobre el insaciable *ego*, simbolizando la derrota del egoísmo y la victoria de la caridad. Toda criatura engendra desinterés e inspira sacrificio. Todo amor, aun el de Dios, tiende hacia una encarnación, y todo amor, aun el de Cristo, se mueve hacia la cruz. Mientras el amor tenga un cuerpo, no habrá otro medio de probarlo que por el sacrificio. El hombre, dueño de alma y cuerpo, siempre tiene la elección: puede dar supremacía a la carne o al espíritu, pero uno «sufrirá» a expensas del otro. El mayor lujo del amor es consumirse en otros. Mientras no ha nacido el hijo, los pequeños sacrificios

son para el otro, en forma de obsequios y, sobre todo, el obsequio de sí. Luego los sacrificios se hacen por la dulzura extraída de sus dos corazones, porque el hijo que nace del dolor de la madre trae una cierta redención al mundo. Victor Hugo escribió:

Cuando ella exclamó «Mi Padre»,
Mi corazón exclamó «Mi Dios».

Los hijos quitan cualquier vergüenza que pueda haber en el acto del mutuo amor. La acción de sembrar o plantar un jardín podría resultar aburrida si no se esperase el fruto. La unión de dos en una carne es el rebose de la copa del amor. El cuerpo, aun en los matrimonios sin hijos, traduce las acciones del alma, que son un reflejo de la creciente revelación del Amor de Dios a través de la historia. El amor, aun sin hijos, responde al amor, con una perfecta reciprocidad, porque ambos corazones inspiran y exhalan un amor ideal que es irreversible e indisoluble y pregona la unión de Cristo y de Su Desposada la Iglesia, modelo de su unión. Aunque sin hijos, el amor puede compararse con el de los contemplativos que glorifican a Dios sin hacer conversos, en tanto que el marido y la mujer que han sido bendecidos con hijos son como el clero activo cuya misión es aumentar y multiplicar el Reino de Dios.

En el hijo, los padres tienen un sentimiento de que su alma-amor ha tenido una función expresada en la unidad de la carne. El amor ya no tiene sombras y la saciedad desaparece, lo mismo que el cansancio después del trabajo, cuando se contempla el producto de la labor. Cuanto más se espiritualiza el amor, más rápidamente *Eros* se convierte en Ágape. A medida que la unión deja de ser posesión del otro y se vuelve un don, más armoniosa será la orquestación. Al dominar a lo físico y a lo sexual, lo psíquico y lo espiritual tienen una melodía particular que se hace más dulce cuando los dos que la escuchan oyen juntos la voz del hijo del amor. Un padre prudente le dijo a su hijo en vísperas de casarse: «Trata que el amor dure diez años. Después de estos diez años tu corazón estará lleno de recuerdos, tu casa, llena de hijos y no querrás que termine jamás».

El hijo es también signo y esperanza de la libertad humana, porque es un nuevo ser libre que se incorpora al mundo. El crecimiento de la introversión marital que evita los brotes del árbol de la vida, va de la mano con el crecimiento del totalitarismo y el ahogo de la libertad personal. El horno de Dachau fue solamente un modo científico que el hombre moderno encontró para apagar las velas de la libertad. Hay también otras formas para «beneficiar» a la humanidad. Herodes dijo: «Id y averiguad cuidadosamente qué hay del niño y, cuando lo encontréis, avisadme, para ir yo también a adorarlo» (*Mt* 2, 8). Pero la espada fue el don que él dio para ensangrentar la blanca libertad del niño.

Las fronteras de la libertad están hoy en el hogar y no en el frente político y económico. Los defensores de la verdadera democracia son los que crean nuevas libertades por el nacimiento y no los que hablan de libertad. Los hijos son concebidos a pesar de los cálculos exactos del hombre y ni su sexo ni el tiempo preciso de su venida pueden ser determinados con exactitud; hay algo espléndidamente indeterminado, algo libre en su advenimiento; como el amor del cual provienen, su creación es tan libre como la de una poesía. Todo lo demás es una esclavitud comparado con este nuevo acto de libertad y promesa de un mundo mejor. Es realmente curioso que los que tratan de eludir la responsabilidad de la vida defiendan su egoísmo con el argumento de que quieren ser «libres». Tal argumento estaría justificado si la libertad fuese egoísmo, pero la libertad pertenece a los exploradores que a este mundo viejo y cansado traen nuevas preferencias, revoluciones y resoluciones. Es la novedad en su mejor forma y, gracias al hijo, quedan abrogados todos los pactos con la muerte.

El amor existe solamente donde hay libertad. La obligación de amar es un infierno y la libertad de amar es el cielo. La criatura, siendo la flor del amor, es el sacramento terrenal de la libertad. Cuando se llenen las cunas del mundo, volverá la libertad, y esta consistirá no en suprimir las restricciones, lo que es licencia, sino en el aumento de nuevos centros de libertad. En cada criatura Dios envía un secreto al mundo, agrega una nueva dimensión de inmortalidad a la creación y hace que los corazones unidos del marido y la mujer se sientan un poco más libres cuando miran hacia aquella mutua esperanza que les ha venido de Dios.

Los hijos engendran también la humildad. Delante de un niño, el grande se siente pequeño y el orgulloso, insignificante. El egoísta, frente a un niño, es como un elefante frente a un ratón. En el pequeñuelo hay algo que desarma, atrae y hace que hasta el malo quiera parecer bueno. Todos, inconscientemente, se ponen al nivel de la criatura y aun los eruditos descienden al idioma infantil; puede ser que el amor nos haga pequeños o que nuestra pequeñez nos haga amar. Hubo algo que hizo vacilar a los Reyes Magos ante aquella Criatura cuyas manos no eran lo bastante largas para alcanzar hasta las enormes cabezas de los animales, pero hubo alguna razón para que sintieran que eran manos que gobernaban el curso del Sol, de la Luna y de las estrellas. En presencia de aquel Niño, los Reyes Magos descubrieron la Sabiduría y los pastores a su Pastor. Toda criatura, al llevarnos a una fuente de vida, nos lleva a Dios, que es la Fuente de la Vida. Solamente los pastores y los Reyes Magos descubrieron aquella Pequeñez que es Grandeza: los que sabían que ellos no sabían nada y los que sabían que no lo sabían todo, pero jamás la descubrirá el hombre con su sola cultura o el hombre que cree que todo lo sabe.

Los inteligentes, que no han tenido más educación que su sola inteligencia, están lejos de los niños, por el mismo motivo que se mantienen alejados de Dios, y no pueden tolerar la visión de la fuente de la vida. Pero los humildes, que viven en comunión con la

Vida de toda vida, quieren acercarse lo más posible a ella, que es de donde fluye la familia. Hay algo asombroso en la criatura, y que es el descubrimiento del Amor: uno se queda con filial temor ante el gran secreto que ha sido revelado.

La criatura hace humildes a los hombres como lo hace el pensamiento de Dios. Hay poca diferencia entre ambas cosas, porque el niño es, en cierto sentido, «Emmanuel» o Dios con nosotros. En los corazones de los padres que siempre dicen sus oraciones de la noche delante de la cuna del hijo recién nacido, se ocultan grandes profundidades de la verdadera sabiduría. En aquel Verbo mudo ellos ven no el crecimiento de su imagen, sino la verdadera imagen y semejanza de Dios. Considerada la cuna como un tabernáculo y el niño como un huésped, el hogar se vuelve un Templo vivo de Dios. La Sacristana de este santuario es la madre que nunca permite que se apague la lámpara de la fe del tabernáculo.

XVII. MARÍA EN LA MATERNIDAD Y EN EL HOGAR

María, la Madre de Jesús, es la perfección de toda maternidad, porque es la única Madre, en el mundo entero, que fue «especialmente hecha» por su Hijo Divino. Ningún ser puede crear a su propia madre, pero sí puede pintarla, porque, en el campo del arte, el artista pre-existe a su obra, lo mismo que el Dios Creador preexiste a Sus creaturas. Todo arte imita al Artista Divino que, desde la eternidad, tuvo en Su Mente Divina las ideas originarias según las cuales Él hizo el mundo a su debido tiempo. Una de las pinturas más famosas de la madre es probablemente la de Whistler. Cierta vez que se le felicitó por su belleza, él contestó: «Lo que ocurre es que uno trata de hacer a su madre lo más hermosa posible».

Nuestro Divino Señor preexistió existencialmente a Su propia madre, como Whistler preexistió artísticamente a la suya. El pájaro, la flor y el árbol han sido hechos según una idea existente en la mente de Dios desde toda la eternidad. Él vino al mundo en Belén en una forma diferente a la de cualquier otro ser, porque la creación no le era desconocida. Fue como un pájaro que hubiese podido hacer el nido en el que fue empollado. Él vino al universo como el Amo a Su propia casa o el Artista a Su propio estudio, porque el universo era Suyo en toda su plenitud.

Él creó a Su propia madre de un modo especial; la tuvo en su pensamiento antes de que naciese, así como el poeta piensa en su poesía antes de escribirla. Él la concibió en Su mente eterna antes de que fuese concebida en las entrañas de su madre, santa Ana. En sentido figurado, podemos decir que su primera «Inmaculada Concepción» ocurrió cuando fue concebida eternamente en el pensamiento puro de Dios. En la Misa de esta Fiesta, la Iglesia pone en boca de María las palabras del *Libro de los Proverbios* al decir que Dios la había tenido en su pensamiento desde toda la eternidad, antes aún de que se alzaran las montañas y se aplanaran los valles:

El Señor me creó al principio de sus tareas, |
al comienzo de sus obras antiquísimas.
En un tiempo remoto fui formada, |
antes de que la tierra existiera.
Antes de los abismos fui engendrada, |
antes de los manantiales de las aguas.
Aún no estaban aplomados los montes, |
antes de las montañas fui engendrada.
No había hecho aún la tierra y la hierba, |

ni los primeros terrones del orbe.
Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo; |
cuando trazaba la bóveda sobre la faz del abismo;
cuando sujetaba las nubes en la altura, |
y fijaba las fuentes abismales;
cuando ponía un límite al mar, |
cuyas aguas no traspasan su mandato; |
cuando asentaba los cimientos de la tierra,
yo estaba junto a él, como arquitecto, |
y día tras día lo alegraba, |
todo el tiempo jugaba en su presencia:
jugaba con la bola de la tierra, |
y mis delicias están con los hijos de los hombres.
Por tanto, hijos míos, escuchadme: |
dichosos los que siguen mis caminos;
escuchad la instrucción, |
no rechacéis la sabiduría.
Dichoso el hombre que me escucha, |
velando día a día en mi portal, |
guardando las jambas de mi puerta.
Quien me encuentra, encuentra la vida |
y alcanza el favor del Señor.
Quien me pierde se arruina a sí mismo; |
los que me odian aman la muerte (*Pr* 8, 22-36).

Dios no solo «pensó» en María; creó también su alma y le infundió dentro de un cuerpo, concreado con los padres de ella. Por los portales de María, como Portones del Cielo, había de venir Él al mundo. Dios, que trabajó seis días para preparar un Paraíso para el hombre, empleó un tiempo más largo para preparar un Paraíso a Su Divino Hijo. Y así como no crecieron malas hierbas en el Edén, tampoco surgiría ningún pecado en María, Paraíso de la Encarnación, porque sería indecoroso que el Señor impecable viniese al mundo por una mujer manchada por el pecado. La puerta de un corral no es apropiada como entrada de un castillo. Después de nuestro nacimiento, Dios, en Su Misericordia, redime nuestro pecado original por el Sacramento del Bautismo; es, pues, muy natural que Él concediese un privilegio especial a Su Madre y la redimiese de su pecado original antes de que naciera. Este es el significado de la Inmaculada Concepción: es que, por privilegio y gracia especial de Dios Todopoderoso y en virtud de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, la Santísima Virgen María fue desde el

primer momento de su concepción preservada de toda mancha de pecado original. En sentido figurado fue «concebida inmaculada» en la mente de Dios desde toda la eternidad, pero, en el verdadero sentido de la palabra, fue concebida inmaculada, en su hora, en las entrañas de su madre. María, por tanto, no es una nueva idea en la Mente de Dios. Así como el Edén fue para el hombre el Paraíso de la felicidad perfecta, así María fue el Edén de inocencia para el Hijo de Dios. Ella es, por encima de todas las mujeres, la madre modelo del mundo, por la sencilla razón de que el Hijo de Dios la eligió para que fuese Su Madre.

Solo por sus hijos una madre es bien conocida en el mundo. Nadie ha oído hablar jamás de la madre de Judas, pero todos conocen a María a través de Jesús. El cuadro de la madre de Whistler tiene al dorso de la tela el retrato del propio Whistler de niño. Aun en el arte, el hijo y la madre son inseparables. Así como ante una estatua de una madre con su hijo en brazos no es posible separar la madre sin destruir el hijo, tampoco se puede tener a Jesús sin Su Madre. ¿Podría considerarse amigo a aquel que al venir de visita a nuestra casa se negase a saludar a nuestra madre o la tratase con una fría indiferencia? Jesús no puede estar contento con quienes no saludan o no muestran respeto a Su Madre, pues la frialdad hacia ella no es el mejor camino para mantener una amistad ardiente con Él, y la peor ofensa sería decir que María, la Madre de Nuestro Señor, es indigna de ser *nuestra* Madre.

Rendirle reverencia no es adorarla, porque solo se debe adorar a Dios. María es una abstracción del Amor. Las leyendas mitológicas que aspiraron a un fin elevado y que encontraban en la crudeza de Penélope, Isis, Astarté y Diana el ejemplo de la madre, son testigos proféticos e inconscientes de lo que hallamos en María, a quien Francis Thone ha llamado:

> Cristo es el Tallo suave de aquella Rosa que desde la tierra absorbe nuestras pobres plegarias transmitiéndolas a Él.

El amor a María no desmerece la Divinidad de Cristo más de lo que el engarce a la joya, la tierra a la llama o el horizonte al sol. María existe para alabar al Señor y tal fue el cantar de su vida. Considerándola como Torre de Marfil, Él sube los escalones de las virtudes que la circundan para «besar en sus labios una rosa mística»; reconociéndola como la Puerta del Cielo, Él viene a nosotros por sus portales. Aquel que cierre la puerta en la cara de la Reina impedirá la entrada del Rey. Como Madre Suya, ella debe ser nuestra, porque, según dijo Nuestro Señor: «Yo no os dejaré huérfanos».

María ocupa un lugar importante en el cristianismo, no por la voluntad de los hombres, sino porque su propio Hijo así lo dispuso. Para ser hombre precisaba cuerpo y

sangre, y, como era Dios, creó a Su Madre para que Lo hiciese hombre. Él hizo a María porque necesitaba labios para enseñar, manos para bendecir, pies para buscar a las ovejas extraviadas, un costado para que Juan pudiera apoyarse; necesitaba ojos para leer en los corazones, dedos para moldear la arcilla a fin de abrir los ojos ciegos a la luz del sol de Dios, oídos para escuchar las súplicas doloridas de los mendigos harapientos; Él necesitaba una voluntad humana para dar ejemplo de obediencia y manos y pies para que fueran clavados en la Cruz en propiciación por los pecados del hombre. Él, que es alegría, le pidió a María que le diera lágrimas; Él, que es la riqueza, le pidió que le hiciese pobre para que por su pobreza nosotros pudiésemos ser ricos; Él, que es sabiduría, le pidió que le diese el don de crecer en sabiduría al aprender por el sufrimiento; Él, que es el Pastor, le pidió que lo hiciese cordero para ofrecerse en sacrificio por nuestros pecados; Él, que es espíritu, le pidió carne y sangre para darnos la Eucaristía. Estaba Él tan consagrado a ella que, cuando una mujer en la multitud alzó la voz para alabar a Su Madre exclamando «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron» (*Lc* 11, 27), recordó a esta mujer que la gloria de Su Madre era mayor: «Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (*Lc* 11, 28). Él repitió, pues, la humilde respuesta de María a la Palabra de Dios anunciada por el Ángel: «Hágase en mí según tu palabra». Finalmente, en la Cruz, Él proclamó que ella, que es Su Madre, es también la nuestra: «He aquí a tu madre».

La devoción a la Madre de Nuestro Señor no desmerece la adoración a su Hijo Divino. La claridad de la luna no disminuye el brillo del sol, sino más bien lo demuestra. El agua bautismal no quita mérito al poder del renacimiento de Cristo. La predicación de los hombres no disminuye la gloria de Dios. Jamás se ha sabido que por amar a María se niegue la divinidad de su Hijo, pero ocurre muy a menudo que por no amar a María se pierden los miramientos debidos a la divinidad de su Hijo. La objeción a la devoción a María cunde entre los que tienen una creencia imperfecta en el Hijo. Es un hecho histórico que, cuando el mundo se apartó de la Madre, se apartó también del Hijo. Puede muy bien suceder que, al volver el mundo al amor de María, vuelva también a creer en la divinidad de Cristo. Su prima Isabel dio la razón por la cual María debía ser honrada sobre todas las madres: «¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (*Lc* 1, 43). El Ángel Gabriel también dio la explicación al saludarla como «llena de gracia», pero su Hijo dio la mejor y perfecta respuesta cuando la legó a nosotros desde la Cruz.

María es, ante todo, el modelo de la familia. En la historia de la Anunciación actúan las Tres Personas de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios el Padre, por medio del ángel, le anuncia que Él enviará a Su Hijo para que sea concebido en ella por medio del Espíritu Santo. Cuando María acepta, se forma una nueva sociedad, una familia humana entre las familias humanas, que al mismo tiempo es un ideal de una Trinidad terrenal. En todas las demás familias hay padre, madre e hijo, pero en esta

familia hay Hijo, Madre y Padre. El Hijo es Quien hace la familia, el Hijo es Quien crea a los padres. Después de Él viene la Madre, pues ella sola, por el Espíritu Santo, concibió al Hijo en su seno virginal. Finalmente viene José, el padre adoptivo elegido por Dios para que fuese el protector del grupo y, por esta razón, protector de la Iglesia, que es una prolongación de aquella familia original. A lo largo de los siglos, ya fuese en la choza más humilde, donde el esposo encendía el fuego para la esposa, ya en el castillo del príncipe y de la princesa, donde ambos esperaban los herederos de los reinos terrenales, la humanidad ha mirado siempre hacia adelante o hacia atrás, a esta Divina Familia, en la que Dios veló la gloria de Su Divinidad y se hizo carne por el amor desinteresado de María, bajo la tutela fuerte y reverente de José.

Este hogar de Nazaret, donde la Trinidad terrenal vivió su período de obediencia y de amor mutuo, fue en realidad diferente de cualquier otro hogar. Tenía que ser así; de otra manera no hubiese sido el prototipo. La tela no es el modelo, ni la copia el original, ni la cosa copiada el ejemplo. El Niño era el Hijo de Dios, engendrado eternamente en el seno del Padre Celestial y Él no tenía padre terrenal, sino un amable carpintero que actuaba de padre adoptivo. María, la Madre, era diferente de todas las madres, porque concibió este Hijo con un amor desapasionado, así como el amor de su Creador puso la pasión del alma en el lugar de la pasión de la creatura. La pasión es la esclavitud del amor; es el espíritu atado con la correa de la carne; es como un águila hecha para el vuelo sobre las cumbres de las montañas y enjaulada junto con los canarios. Por única vez en la historia, al amor que carece de pasión se le permite desplegar sus alas y caer enamorado del amor, «Porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo» (*Mt* 1, 20).

Desde entonces, Nazaret fue imitable porque es diferente, y podemos ver su camino porque es la luz. Desde que esta Trinidad terrenal fue revelada, la familia nunca más podrá ser únicamente el resultado de un arriendo o de un contrato; será una unión, un compañerismo tan indisoluble como la Trinidad de quien es el reflejo. Nazaret nos habla del amor que forma el hogar, es decir, el Amor Divino en su peregrinaje en el tiempo, desde la eternidad.

Hay una sola Vida porque existe una sola Fuente de Vida. En la flor y en la planta, en el hombre y en la mujer, la vida no es otra cosa que la chispa que arde lentamente alcanzada por una llama de arcilla encendida que viene de los Fuegos Eternos de Dios. El hombre no podría llamar a Dios «Padre» si Él no tuviese un Hijo, y nosotros no podríamos ser hijos del Padre si el Padre Celestial de toda la eternidad no nos hubiese hecho «para reproducir la imagen de su Hijo» (*Rm* 8, 29). Como las imágenes se vuelven borrosas, el Padre envió a Su Hijo a esta tierra para enseñarnos a vivir según su ejemplo. La generación humana se vio de esta manera ennoblecida, porque es el reflejo de aquella generación eterna en la cual la Vida fluye de la Vida y luego sigue su camino, en seres creados, por todos los reinos de la tierra, con la fuerza y vitalidad que solo la muerte

puede vencer. Este es el modelo de toda paternidad, de toda generación y de todos los procesos que tienen vida, porque en ellos el amor desborda en amor. El origen de Nazaret es el principio de la familia terrenal.

A ejemplo del Amor Divino que vino a la tierra por el Mesías, es natural que el marido y la mujer no solo se entreguen en mutuo sacrificio, sino también que se recobren en el amor de sus hijos que los ata como padre y madre, así como el Espíritu Santo es el vínculo de unidad entre el Padre y el Hijo. Cuando el amor humano falla está en cortocircuito, porque no se dirige hacia una mutua encarnación del amor, o se repliega sobre sí mismo y muere de su propio exceso. Sin el hijo como vínculo de mutualidad o, por lo menos, el deseo del hijo, la pasión puede terminar en una mutua carnalidad. Pero, con el hijo, el amor descubre por sí mismo que es inmortal, porque vive de lo que se alimenta, en una especie de Eucaristía terrenal, al dar su carne y su sangre.

El matrimonio debe tener como fin la familia, por lo menos en intención si no es en acción, pues únicamente por la familia la vida escapa al agotamiento y al cansancio al descubrir que la dualidad es trinidad, al ver que el amor continuamente renace y se renueva en los hijos que transforman la mutua entrega de sí mismos. El amor derrota al agotamiento como también a la muerte porque alcanza una inmortalidad al hacer de la renovación la propia conservación. Dios es una sociedad eterna de Tres Personas en una Naturaleza Divina. La familia es una sociedad humana cuya mutua entrega termina en propia perfección.

Se oculta un profundo misterio en el hecho de que María «concibió por el Espíritu Santo», porque el amor que engendró a su Hijo no fue un amor humano. El hijo es fruto del amor, pero en este único caso el amor que lo engendró fue el amor de Dios que es la Tercera Persona de la Trinidad. A la luz del sol, no hacen falta velas. En la concepción que se efectúa por el amor del Espíritu no hace falta amor humano. El Alumbramiento Virginal no significa que María concibiera sin amor, sino que ella concibió sin pasión. El nacimiento es imposible sin amor, pero, si Dios envía Su Espíritu de Amor, es innecesario el amor humano del marido. Donde no hay amor, no hay familia.

Solamente a María le fue dado el don de dar a luz un hijo directamente por Dios. Toda criatura, en forma menor, nace también de Dios. Los padres no crean el alma del hijo, pues esta debe venir de Dios, ya que la carne no puede engendrar el espíritu. En el principio de la raza humana, Eva, en el éxtasis del primogénito del mundo, exclamó: «He adquirido un hombre con la ayuda del Señor» (*Gn* 4, 1). «Con la ayuda del Señor», pero usando al hombre de intermediario. En cambio, María, la Nueva Eva, en el éxtasis de su primogénito, pudo exclamar: «He adquirido un hombre con la ayuda del Señor» pero sin el hombre de intermediario, porque ella engendraba al nuevo Adán, es decir, a la nueva cabeza de la raza humana. Así como en la Trinidad hay Tres Personas en una Naturaleza Divina, así como en Adán hay millones de personas en una naturaleza caída, así en

Cristo hay millones de personas en una naturaleza humana regenerada. El hombre de Adán, con su herencia de pecado, puede convertirse en hombre de Cristo, con la herencia de la gracia.

La Trinidad en la familia ideal es el modelo no solo de la familia humana, sino también de la familia de naciones y de la raza humana. El Dador, el Recibidor y el Don aparecen primero en Adán, Eva y su hijo, y, más tarde, en Belén, en el Hijo, la Madre y el Padre. «Queridos hermanos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (*1 Jn* 4, 7). María muestra también el magnífico parentesco que debe existir entre la madre y los hijos.

En la vida humana dos corazones pueden tener un solo pensamiento, porque son como las viñas que se entrelazan y crecen juntas. Uno puede entregar su corazón, pero, puesto que no hay vida sin corazón, hay que recibir otro en cambio para no morir. El amor profundo no es tan grande entre dos corazones como en un corazón que une dos cuerpos formando una comunidad de intereses, pensamientos y deseos que se desarrollan como las corrientes de dos montañas que se unen en un solo río.

La partida y la muerte son trágicas para los amantes porque no son dos corazones que se separan, sino uno que se parte en dos. En un corazón partido no se rompe un solo corazón, sino dos corazones que estuvieron unidos en el embeleso de un solo amor. Al sentir miedo, el corazón se viene a la boca, pero, al sentir amor, el corazón está en la amada y, como cada uno tiene un solo corazón, solamente puede entregarlo una vez.

En el mundo no hay dos corazones que hayan crecido tan juntos como los de la Madre y el Hijo: Jesús y María. «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (*Mt* 6, 21). El tesoro de Él era Su Madre y el de ella, su Hijo. Estos dos corazones, el Corazón Inmaculado de María y el Sagrado Corazón de Jesús, guardaron sus tesoros dentro de sí y en la Voluntad soberana del Padre. En cierto sentido, no hubo dos corazones, sino uno; tan profundo fue el amor por el otro, tan unidas estuvieron sus voluntades y sus mentes.

El Corazón Inmaculado de María y el Sagrado Corazón de Jesús desafían los ejemplos del mundo de no hablar con franqueza y sinceridad, pues ellos amaron abiertamente a este mundo. Shakespeare escribió: «Yo no hablaré con el corazón en la mano para que lo picoteen las cornejas», pero el Salvador, hablando con Su corazón en la mano, dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré» (*Mt* 11, 28). El amor a la humanidad de Jesús y de María es tan manifiesto que ellos dejan sus corazones expuestos a los flechados errantes del arco del pecador. Cada uno de ellos, parado a las puertas de todos los corazones del mundo, dice: «Mirad, estoy delante de la puerta y llamo». No echarán abajo las puertas porque los cerrojos están del lado de dentro y solo nosotros podemos abrirlos. Como ellos aman, pueden ser heridos.

El Sagrado Corazón ha dado un ejemplo a la humanidad al permitir que Su Vida Encarnada se formase en el Inmaculado Corazón de Su Madre. Ningún otro ser humano

en el mundo colaboró con Su Sagrado Corazón. María fue el yunque en el que el Espíritu Santo, rodeado de llamas de amor, martilló la naturaleza humana para hacerla una con el Verbo Eterno de Dios. Él se nutrió, para la vida en el mundo, del cuerpo y de la sangre de ella como de una Eucaristía humana. Ella proveyó los elementos, el vino de Su viñedo y el Pan de su trigal, para esta Divina Eucaristía que hará vivir eternamente al hombre que la come. Tratando de comparar al Sagrado Corazón, se le pueden encontrar dos semejanzas: se parece a Su Padre Celestial porque es verdaderamente «el esplendor de su gloria, la imagen de Su Substancia»; pero se parece también a Su Madre porque, invirtiendo al Edén, el hombre procede de una mujer y no la mujer de un hombre. «Él es hueso del hueso de ella y carne de la carne de ella». Tan sumiso fue Él a los cuidados de Su Madre que la puerta que cerraron en su cara en Belén también lo golpeó a Él. Si en la posada no hubo lugar para ella, tampoco lo hubo para Él. Así como ella fue el copón antes de que Él naciese, fue también Su custodia después de Belén. Sobre ella recayó la suerte de exponer, en la capilla de un pesebre, al «Santísimo Sacramento», Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo. Ella Lo entronizó para Su adoración por los Reyes Magos y los pastores, por los muy ignorantes y los muy eruditos. De manos de María recibió Él Sus primeros obsequios que, como lo hacen todas las madres, ella guardó hasta que Él «creciese». No fueron juguetes: uno de estos obsequios fue oro, porque Él era Rey; otro fue incienso, porque Él era Maestro; pero el tercero fue mirra amarga para Su entierro, porque Él era Sacerdote y Redentor. La mirra, que significaba la muerte, fue aceptada por ella como señal de que, aun desde el pesebre, ayudaría a formarlo para la Cruz y la Redención, porque para esto Él había venido.

De brazos de Su Madre Él pasa a otros, pues Simeón «también lo llevó en brazos», pero solo por María los hombres reciben a Jesús. Pero en los demás brazos Él no se sentirá seguro, ni siquiera en los del viejo santo Simeón, que también le trajo mirra cuando le dijo a María: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones» (*Lc* 2, 34-35).

La cruz significa «la señal de la contradicción», un madero en contradicción con otro, la voluntad del hombre en oposición a la Voluntad de Dios. En ninguna parte del mundo está Él a salvo de contradicción, excepto con Su Madre, pues, concebida sin pecado, estaba inmune de la contradicción original del pecado. Pero con los demás no era así. Cuando un hombre sabio lo vio por vez primera, le dio mirra para Su muerte. Cuando otro viejo sabio Lo tocó por vez primera, le habló de cruz: «y a ti misma una espada te traspasará el alma». El Corazón Inmaculado y el Sagrado Corazón serán como en el amor de la vida, que la lanza que atravesará un Corazón también traspasará el otro. Así como las palabras que el posadero dijo a María traspasaron el Corazón de Él, así la

espada del Calvario traspasará también el Corazón de ella, como si el cordón del corazón de la Madre y del Hijo no se hubiese cortado con el nacimiento. María lo llevó nueve meses en sus entrañas, pero treinta y tres años en su Corazón. Una piedra puede llegar a matar dos pájaros y una espada, traspasar dos corazones. Como Él recibió Su vida humana de ella, tampoco había de entregarla sin ella. Él no espera hasta la madurez para anunciar que el motivo de Su venida es para aceptar la señal de la contradicción, hace el ofrecimiento cuando tiene solamente cuarenta días, pero lo hace *por medio de Su Madre*.

Así como Él se formó en el cuerpo de ella y fue entregado a la humanidad en sus brazos, también se formó en la mente de ella. El mundo recibió solamente tres años de Su vida, pero María, treinta años de Su obediencia. Él fue a Nazaret para estar sujeto a ella. Él, el Verbo Divino, obedeció durante tres largas décadas a la voz humana. Nazaret fue la primera escuela en la historia del cristianismo y en Nazaret toda la humanidad, en la persona de Cristo, fue enseñada a obedecer bajo la tutela de una Mujer. No es de extrañar que, cuando Él se graduó, los hombres se maravillaran de Su saber: «Ningún hombre habló jamás como este hombre». Nazaret fue también la escuela del Gólgota.

Su Divino Hijo no podía someter Su Voluntad Divina a un mortal, pero podía someter Su voluntad humana que Él recibió al hacerse hombre. Así como, en la unidad de Su Persona Divina, Él es inmortal, en virtud de Su Naturaleza divina, pero mortal a través de Su naturaleza humana, Él, en cuanto Dios, no debe obediencia y, sin embargo, libremente acepta la obediencia, salvo en las cosas que se refieren directamente a la misión de Su Padre Celestial: «Vosotros sabéis que debo ocuparme de los asuntos de mi Padre». Así como Él dependió de ella, en la respuesta que le diera al ángel, antes de venir de la eternidad y hacerse carne; así como dependió de ella en Su nacimiento; así como dependió de ella a fin de que Lo presentara al Templo para la predicción de la Cruz; del mismo modo dependió de ella para el anuncio de Su vida pública en la fiesta de las bodas de Caná. «La Madre de Jesús estaba allí y Jesús también había sido invitado». En el Evangelio, en la historia de Caná se menciona a María antes que a Él. Ella entra, Él sigue. Él está en una fiesta de bodas porque ella está allí y, porque se lo pide, obra Su primer milagro. Quizá sería más exacto decir que María no lo pidió, sino que lo insinuó; sus palabras fueron simplemente la afirmación de un hecho: «No tienen vino». Mas, aunque ella expresó un deseo a su Hijo Divino, dio, no obstante, una orden a los hombres: «Haced todo cuanto Él os diga». Su Hijo cumplió su deseo y los hombres obedecieron su orden. María no fue una espectadora en el milagro de Caná, sino Su inspiración. La Madre conoce su poder sobre el Hijo como Él tiene conciencia de Su poder sobre las criaturas. Ella sugiere, Él concede.

En toda Su vida encontramos una amorosa confianza del Sagrado Corazón en el Inmaculado Corazón de María. La sangre que corrió por Sus venas vino de ella y ella también entregó Su Cuerpo que después fue entregado por el pecado. Las llamas Divinas

que ardieron en la tierra fueron albergadas en el corazón de María y también las aguas de la Vida Perdurable donde se sumergen los sedientos como en un manantial.

Este amor del Sagrado Corazón por Su Madre era correspondido por el amor de la Madre por el Hijo. La vida de Jesús nos dice: «Yo Me entregué a Mi Madre; Mi Cuerpo fue formado por ella; Mi Voluntad estuvo sometida a ella; Mis milagros empezaron por medio de ella; Mi crucifixión fue anunciada por medio de ella; Mi redención se perfeccionó con ella al pie de la Cruz. A diferencia de otros hombres, no la abandoné para formar una familia, pues, como le dije a Mi Madre, hay otros vínculos que los de la carne. Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (cfr. *Mt* 12, 50). Mi familia, es decir, la familia de todos los que viven por Mi Espíritu, empezó en ella. Yo fui el primogénito de la carne y Juan fue el segundo nacido del espíritu al pie de la Cruz. Ninguno, por lo tanto, puede ser hijo adoptivo de Mi Padre Celestial sin ser al mismo tiempo Mi hermano, pero tampoco puede ser Mi hermano si no depende de Nuestra Madre. A cada uno de vosotros os dije en la Cruz: «He aquí a tu madre». Ser cristiano significa ser otro Cristo. Debéis, pues, ser formados como Yo lo fui. Pido que ella sea vuestra madre y no que descanséis en ella, porque una criatura nunca puede ser el fin de otra criatura. La misión de ella es transformaros en Mí, para que os adentréis en Mi mente, penséis Mis ideas, deseéis Mi Voluntad y viváis por Mi Vida. Pero ¿cómo podréis investiros de Mí, salvo a través de ella que está investida de Mí como el sol? Más fácil sería separar la luz del sol, el calor del fuego que separar el crecimiento en Mí de la devoción a ella. Yo vine a vosotros por medio de ella y por medio de ella venís a Mí: «Lo que Dios ha unido, pues, que ningún hombre lo separe».

Toda madre que ama a su hijo ama a una criatura. En el caso de María, ella también amó a su Creador, porque no amaba a una naturaleza, sino a una Persona y esta Persona es el Hijo de Dios. En la Transfiguración, el Padre Celestial dijo: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (*Mt* 3, 17). El Padre se refería a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que apareció lleno de gloria ante Sus Apóstoles con el rostro brillante como el sol y Sus vestiduras blancas como la nieve. Cuando el Padre Eterno asoció, en cierta manera, a la Virgen María con la Generación Eterna de Su Hijo, al enviarlo dentro del cuerpo de María como en un Templo, en el corazón de ella debe de haber surgido algún rayo de aquel Amor Infinito que el Padre tiene por Su Hijo. Por tanto, el amor de María por Jesús proviene de la misma Fuente que el amor de Su Hijo en Dios y es modelo del amor de una madre por sus hijos, en su calidad de dones de Dios, y modelo del amor de los hijos por las madres, en su calidad de prolongadores de la Encarnación. Alguna idea de este amor se sugiere en las sencillas líneas del Evangelio cuando su Hijo fue a Nazaret: «Su madre conservaba todo esto en su corazón» (*Lc* 2, 51). Y las palabras eran las palabras del Verbo. Este amor recíproco del Sagrado Corazón

y del Inmaculado Corazón nos demuestra que, si el Sagrado Corazón quiso que Su Cuerpo, Su Mente, Su Voluntad y Su Misión se formasen en el Inmaculado Corazón de Su Madre, ¿no podrían acaso las madres terrenas formar en sus hijos la vida de Cristo por medio de la inspiración de esta misma Madre Inmaculada? De una manera más general, todos los hijos que llegan a adultos en el Cuerpo Místico es porque Su Madre los ha formado en el amor a Cristo.

Así como María y Jesús son el modelo de amor de la madre y de los hijos, y de Cristo y los cristianos, así María es también la inspiración del hogar. La principal diferencia entre una casa y un hogar es el hijo. En una casa habitan individuos, en un hogar vive la familia. Habrá más personas en una casa de huéspedes u hotel que en un hogar, pero, como no hay un lazo profundo de amor, el grupo no forma una familia. Las dos principales virtudes de un hogar son dedicación, de parte de los padres, y obediencia, de parte de los hijos. La primera de estas enseñanzas se manifiesta en la Presentación y la segunda, en la vida de Nazaret.

San Lucas empieza la historia de la Presentación con estas palabras: «Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: "Todo varón primogénito será consagrado al Señor", y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: "un par de tórtolas o dos pichones"» (*Lc* 2, 22-24).

Todas las mujeres de Israel que habían dado a luz un hijo estaban obligadas a presentarlo en el Templo a los cuarenta días y, si era el primogénito, a pagar el rescate impuesto en recuerdo de cuando Dios rescató al primogénito de los judíos durante el cautiverio en Egipto. Jesús no solo era el primogénito de María (y el único hijo), sino también el primogénito de todas las criaturas: «Él es imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura» (*Col* 1, 15). En nombre de toda la humanidad, María ofrece su hijo como rescate para la redención del mundo. El ofrecimiento de su Hijo fue una continuación del *Fiat* que pronunció en la Anunciación. María no era sacerdote, pero era la Madre del Sumo Sacerdote y, como tal, ofreció en su corazón a su Hijo por la Salvación del mundo. Ella no era un altar, pero era la Madre del Templo Vivo de Dios que, si los hombres lo destruyesen, podría ser reedificado por Él en tres días. Como una patena, ella contiene en sus manos a Él, que es «el Cordero que sacrificaron desde el principio del mundo».

Cuando María Magdalena derramó el precioso perfume sobre los pies de su Salvador, el Señor dijo que ella lo hacía en preparación para el día de Su sepultura. Cuando Nuestra Señora presentó su Hijo en el Templo, ella también lo ofrecía para el día de Su entierro, para la redención del mundo. Las demás madres no reciben el alto mandato de ofrecer sus hijos en reparación del mundo, pero a toda madre le llega el mandato de

consagrar su hijo al servicio de Dios. Conozco una madre que cuando fue bautizado su primogénito lo colocó inmediatamente sobre el altar de la Santísima Madre y allí lo consagró a Dios. Él está ahora al servicio de Dios.

El derecho de educar a los hijos no pertenece primeramente al Estado, sino a los padres. El Estado podrá instruir, pero solamente los padres pueden educar, porque reciben el derecho de Dios y serán responsables por el correcto ejercicio de este derecho. A semejanza de María, ellos deben consagrar sus hijos al amor y al servicio de Dios y, a diferencia de María, su consagración no llega hasta la crucifixión, porque jamás habrá otro Redentor. María es imitable en la consagración pero no en lo que es ofrecido. La consagración del Hijo de María fue en un Templo y la del hijo de toda madre debe también ser en la Casa de Dios. Sin educación religiosa no hay consagración posible y la criatura será como una flecha errante que no conoce el poder que le dio el movimiento ni la meta hacia la cual se dirige. Pero la criatura educada en el sacrificio, porque Jesucristo murió por sus pecados, educada en la verdad, porque cree en Él que es la Verdad, educada en la pureza, porque su cuerpo es el templo de Dios, se convierte en redentora de sus padres a medida que el amor de ellos restituye la llama del cielo con el fuego de la Fe.

Así como los padres no pensarían en robar el hijo del vecino, nadie soñaría jamás en quitarle a Dios su herencia. Los padres son los depositarios de esta riqueza carnal, pero no sus creadores; han sido enviados «de dos en dos» no para ir de *picnic*, sino para reforzar los ejércitos de la tierra. María ha enseñado a la madre el primer paso en la fundación de un hogar al ofrecerlo a Dios y luego al volver a tomar la criatura en sus brazos impregnada de los propósitos de Dios.

Correlativa con la dedicación de parte de los padres, está la obediencia de parte de los hijos. San Lucas nos dice que después de encontrar al Niño Divino en el Templo: «Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (*Lc* 2, 51-52). Aquí se revela una triple humillación: «Él bajó». Aquello fue como la Encarnación en pequeño, en la cual Dios *bajó* del cielo y se hizo hombre. Nazaret, físicamente, estaba más bajo que Jerusalén en la topografía del país. Espiritualmente, también estaba más abajo, y por eso el Creador desciende ahora a Sus Criaturas. «A Nazaret»: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (*Jn* 1, 46), preguntó uno de los Apóstoles al oír que el Mesías procedía de aquella pequeña aldea. Él nació en «la más pequeña ciudad de Israel», vivirá en una ciudad despreciada, pero la ignominia de Su muerte y Su aparente derrota la proclamará en la gran ciudad de Jerusalén. «Y les estaba sujeto». El escultor obedece al cincel, el pintor a su pincel, los vientos a los dictados de las hojas. Dos décadas más tarde los hombres Lo verán lavar los pies a Sus Discípulos «porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar

su vida por rescate de muchos» (*Mc* 10, 45).

La obediencia de este Hijo es tanto más imponente porque es el Hijo de Dios. Él, que es el General de la humanidad, se convierte en un soldado raso; el Rey baja de Su trono a representar el papel de campesino. Si Él, que es el Hijo de Dios, se somete a Su Madre y padre adoptivo en reparación por los pecados de orgullo, entonces ¿cómo escaparán los niños a la dulce necesidad de la obediencia hacia quienes son sus superiores legalmente establecidos? El cuarto mandamiento «Honrarás a tu padre y a tu madre» ha sido quebrantado por todas las generaciones desde el principio del hombre. En Nazaret los niños aprendieron la obediencia por Él, que es verdaderamente el que manda. En este caso particular, en que el Niño es divino, se podría pensar que por lo menos Él se hubiese reservado para sí el derecho de tener propia voluntad. Parece que María y José podrían haber abierto la primera «escuela progresiva» en la historia del cristianismo en la que el niño pudiese hacer todo lo que le agrade, pues en este caso el Niño nunca podía haber desagradado. «El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada» (*Jn* 8, 29).

No hay ninguna prueba de que Él le diese a María y a José el derecho del mando. «Y les estaba sujeto». ¡Dios sujeto al hombre! Dios, ante quien los ángeles, príncipes y potencias tiemblan, estaba sujeto a María y a José, por amor a María. Son dos grandes milagros de humildad y de exaltación. Dios obedeciendo a una mujer y una mujer mandando a Dios. El propio hecho de que Él se sometiese reviste a la Madre de poder, y esta obediencia duró treinta años. Él pasó tres horas en la redención, tres años enseñando y treinta años obedeciendo. Por este largo espacio de obediencia voluntaria, Él enseñó que el Cuarto Mandamiento es el fundamento de la vida de familia. En una forma más general, ¿de qué otra manera el pecado prístino de la desobediencia contra Dios podría ser reparado, salvo con la obediencia en la carne del mismo Dios que había sido desobedecido? La primera revuelta en el universo, en paz con Dios, fue el rayo de Lucifer: «¡No obedeceré!». El Edén recogió el eco y su grito recorrió los siglos, introduciéndose en los rincones y grietas de todas las familias donde se reúne un padre, una madre y un hijo.

El Niño Divino, al someterse a María y a José, proclama que la autoridad en la vida pública y en el hogar es un poder concedido por Dios Mismo. Consecuencia de esta declaración es el deber de la obediencia por amor a Dios y a la propia conciencia. Así como más adelante le diría Él a Pilato que las autoridades civiles no tienen poder, salvo el que reciben de arriba, por Su obediencia, Él da testimonio a la verdad solemne de que los padres ejercen su autoridad en nombre de Dios. Los padres tienen el título más sagrado sobre sus hijos, porque su primera responsabilidad es hacia Dios. «Que todos se sometan a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios y las que hay han sido constituidas por Dios» (*Rm* 13, 1).

Si los padres renuncian a su legítima autoridad y principal responsabilidad sobre sus hijos, el Estado toma las riendas; si la conciencia de obedecer desaparece del hogar, será suplantada por la obediencia a la fuerza del estado. La gloria divina del *ego* que caracterizó a los siglos diecinueve y veinte es una gran tontería social. La gloria divina del Estado que está tomando ahora el lugar del *ego* es un estorbo social. Quienes creen en la conciencia del *ego* y en la conciencia colectiva consideran a la humildad y a la obediencia como un vicio pero, con todo, aquellas son la substancia con la cual están hechos los hogares. Si en la única familia del mundo en que legítimamente se podría excusar el «respeto del niño», porque este es Dios, se encuentra la obediencia del niño, nadie podrá negar que la obediencia es la piedra angular del hogar. La obediencia en el hogar es la base de la obediencia de la nación, pues en uno y otro caso la conciencia se somete como depositaria de la autoridad de Dios. Si fuese verdad que el mundo ha perdido su respeto por la autoridad, es únicamente porque primero lo perdió en el hogar. Es una paradoja singular que, a medida que el hogar pierde su autoridad, la autoridad del Estado se hace más tiránica. Algunas personas «modernas» quieren encumbrar sus *egos* hasta el infinito, pero en Nazaret el infinito se inclinó sobre la tierra para contraerse en la obediencia de un niño. Hay un vínculo establecido. La democracia ha puesto al «hombre» sobre un pedestal; el feminismo pone a la «mujer» sobre un pedestal; pero ni la democracia ni el feminismo podrían vivir una generación si primero no se hubiese puesto a un «Niño» sobre un pedestal. Y este es el significado de Nazaret.

XVIII. LA NOCHE OSCURA DEL CUERPO

Uno de los más grandes errores que puede cometer el corazón humano es buscar el placer como meta de la vida. El placer es un accesorio del cumplimiento del deber; es como la madrina de la boda, pero no la novia; es algo que acompaña y sirve al hombre para hacer lo que debe. Vivir con la idea de pasarlo siempre bien no es pasarlo bien. Un muchacho no come un helado de crema para darse un placer; experimenta placer porque come un helado de crema; la satisfacción del apetito causa placer, pero no se come únicamente para tener un placer. Uno no se casa para gozar los placeres de la carne; uno goza los placeres del matrimonio porque cumple al máximo las funciones y obligaciones del estado matrimonial. Un buen marido quiere amar y tener una vida feliz; un mal marido quiere ser amado y divertirse. El hombre bueno busca una mujer para complementar su imperfección y trabajar para el beneficio mutuo; el hombre malo quiere inmolar a una mujer para divertirse. La felicidad del matrimonio, por sus pruebas, es en cierto sentido un anticipo de Dios, y porque son muchas sus cargas se entiende que también son muchos sus placeres. La luna de miel precede a los dolores del nacimiento de los hijos como un crédito que Dios extiende por anticipado a causa de las responsabilidades que involucra.

Las alegrías más grandes de la vida se ganan a costa de algún sacrificio. Para gozar de una buena lectura, con buena música o una obra de arte se precisa cierta cantidad previa de estudio y de esfuerzo y tampoco se puede gozar del amor sin una cierta abnegación. El amor, por su naturaleza, no exige sufrimiento, pues no hay sufrimiento en el Amor Divino, pero cuando el amor es imperfecto, o el cuerpo va unido al alma, hay sufrimiento, porque tal es el precio de la purificación del amor. Sin instrucción no es posible pasar de la ignorancia al amor de la poesía, ni tampoco ascender a un nivel superior en el amor sin una cierta purificación. La Virgen Santísima, al aceptar la Pasión y Muerte de Jesús en la Fiesta de las Bodas de Caná, pasó del amor a su Hijo Divino a un nivel más alto de amor por todos los que Él redimiría.

Todo amor lleva su cruz porque se olvida de sí mismo por los demás, pero, aun en medio del sacrificio, puede decir: «El sufrimiento está dentro de mí, mas yo no estoy dentro de él». La alegría que se presiente como consecuencia del sacrificio hace que, en cierta manera, se tolere el sufrimiento. Un matrimonio en el cual se busca solamente el placer carece del elemento esencial del amor. Si el marido y la mujer buscan únicamente el placer, vivirán una vida superficial, sin profundizarla; encuentran al sexo, pero no el amor; tienen un contacto epidérmico, pero no comunión de espíritu. Una familia sin espíritu de sacrificio es como una aglomeración de átomos separados; se sientan en un

mismo comedor, duermen en un dormitorio común, pero carecen de todas las relaciones internas que son la condición del amor de familia. El marido, la mujer y los hijos están reunidos como en una organización comercial; cada miembro se siente prisionero de la colectividad como lo están en mayor escala los ciudadanos de un estado totalitario; oprimidos por fuerzas hostiles, extrañas a ellos, cada uno piensa por qué no puede satisfacer el anhelo de amor dentro de sí y trata de equiparar este deseo de unión en el amor con alguna actividad extraña que lo mantenga ocupado. La mujer forma un club de bridge o una Asociación para Eliminar las Colas de los Teatros y el marido se vuelve un «perseguidor del éxito». Juzgan el valor de la vida, no en función de ser, sino en función de no ser o de tener; en lugar de ser llevados hacia la propia perfección y al cumplimiento del deber, están llenos de vacuidad y frustración; siempre quieren algo sin saber qué es ese algo, y creen que aumentando la actividad llenarán el vacío. La felicidad, sin embargo, reside en el sometimiento del *ego* y no en su satisfacción. Juan el Bautista dijo al ver a Nuestro Señor: «Él ha de ser más y más y yo seré menos y menos». El lema de los frustrados es: «Yo he de ser más y más, y él será menos y menos».

Tienen una influencia muy insidiosa en la sociedad moderna los que se forman una conciencia social sin una conciencia individual, o que separan el amor al prójimo del amor a Dios, o que creen que culpando a otros, cuya conciencia social ridiculizan, podrán de esta manera eludir la sensación de culpa de la que es testigo su propia conciencia. Al corregir a los demás, ellos reconocen la necesidad de regeneración, pero no la ven en sus propios corazones. Muchos matrimonios desilusionados practican el escapismo en la madurez, para eludir la necesidad de reformar su propia familia; porque su egoísmo se ha hecho social, creen que se han vuelto afectuosos, cuando en realidad lo último que hacen es inmolar su egoísmo. Se entregan a otros, pero del modo que *ellos han elegido* y no como lo dicta su naturaleza humana creada por Dios. En realidad, al creerse menos egoístas aumentan su egoísmo; pero su sentimiento expansivo es nada más que una excrecencia y la ebullición de su egoísmo.

En el fondo de este tipo especial de interés social, hay un odio de sí mismo que algunos vencen y tratan de olvidar en el alcohol, pero que los egoístas tratan de olvidar en una especie de altruismo. El escapismo es la forma de vencer la sensación de completa esterilidad y futileza. El egoísmo se oculta bajo un lenguaje de humanitarismo y filantropía, pero no hay amor porque no hay sacrificio del *ego*; hay una actividad incesante, pero no alegría; hay filantropía, pero no paz interior; hay una conciencia social, pero no una conciencia individual; y hay comunismo en el orden social, porque primero hay ateísmo en el corazón humano. Las grandes necesidades naturales del alma y las más profundas aspiraciones del corazón humano quedan abolidas por el *ego* triunfante. La consecuencia es una terrible dislocación en el interior de sí mismo, porque cuando la vida no está unificada se vuelve como un cuerpo desprovisto de alma, que se

desintegra en los elementos que lo componen. Un *ego* que no se sacrifica se cierra en sí mismo y es impenetrable para los demás. Tal es la impresión que producen las parejas egoístas que viven en otro mundo, cada uno en su propio planeta, y rara vez se ponen en contacto salvo para contradecirse y pelear; podrán ser dos en una carne, pero no son dos en una mente, o corazón, o ideal. Como el átomo, estos compañeros se fisionan y rasgan como para hacer un Hiroshima de su hogar y de su matrimonio.

Hay muchos egoístas que se jactan del sacrificio que han hecho por una persona o una causa. Realmente, el comunista puede hablar de los «sacrificios» que ha hecho por la revolución del mundo. Solamente desde el punto de vista de cantidad, sus «sacrificios» sobrepasan a los de un cristiano. Pero hay una enorme diferencia entre el «sacrificio» de un comunista por la revolución y el de un marido dedicado a una esposa enferma, o el de una mujer dedicada a un marido borracho. *En el egoísta, el sacrificio es por aquella que su ego ha elegido para sí mismo; en el amor, el sacrificio es por lo que Dios ha elegido*. Los sacrificios de un marido por su segunda esposa mientras la primera vive no son de la misma categoría que los sacrificios de un marido por su primera esposa, aunque esta le sea infiel. En el primer caso hay la libertad en el compromiso y, en el segundo, hay libertad dentro de la ley. La segunda esposa es la complacencia que el *ego* eligió en violación de la ley de Dios. La esposa molesta es aquella que Dios *impone* al hombre después del acto inicial de su libertad: «Te elijo hasta que la muerte nos separe». Los sacrificios del egoísta no tienen valor eterno, sino únicamente valor para él. Los sacrificios del amante que respeta a Dios van dirigidos al absoluto, con una lealtad y devoción tan grandes que llega más allá de su persona.

El verdadero amor tiene su infalible marca de agua: la inmolación de sí mismo frente al Eterno. A los que se sacrificaron para satisfacer su *ego* en contradicción a la ley de Dios, Nuestro Señor les dijo: «Ya han recibido su recompensa» (*Mt* 6, 2). Tú lo hiciste para complacerte y conseguiste exactamente lo que tú querías; pero el otro grupo, el del verdadero amor, no hizo los sacrificios para complacerse, sino por el amor al Amor Absoluto, es decir, por el Divino Tú que une dos corazones. El sacrificio no se hace por amor a sí mismo, sino por el anonadamiento de sí mismo en un acto de libertad, a fin de que nada le retenga de la unión con el Amor Divino.

Al principio el amor es un paraíso. Tiene como base un sueño de felicidad eterna que cada uno considera único. Por esto, en el teatro, todas las canciones de amor cantan «Qué felices seremos», porque hablan de lo que está en perspectiva y no de lo retrospectivo; y es así a causa de que hay algo de infinito en imaginarse lo que ocurrirá, mientras que hay solamente una realidad en lo ya ocurrido. Los jóvenes siempre sueñan con el futuro, y los viejos, como Horacio, miran hacia el «pasado glorioso», no por minimizar el valor del futuro paradisíaco, sino simplemente para colocar al amor en un

marco ontológico. Todo lo grande empieza por un sueño, ya sea el de un ingeniero que planea un puente o el de un corazón que planea un hogar. El alma dibuja sobre su infinito y lo colorea con el oro del paraíso. Nadie sube al cielo sin pasar por las nubes y todo amante tiene, al principio, su cabeza en las nubes. Este goce anticipado del cielo es bueno e, incluso, providencial; es el precursor del cielo que habla al corazón de la felicidad verdadera que tiene por delante; es como un anzuelo, un aviso, un Juan Bautista, un anunciador del programa que vendrá más adelante. Si Dios no permitiese esta visión anticipada de felicidad, ¿quién se aventuraría más allá del vestíbulo?

La carne, que es el instrumento del amor matrimonial, sufre el castigo; porque el amor del principio no continúa en el mismo éxtasis; se acostumbra al cariño y, a medida que transcurre la vida, se requiere un estímulo mayor para producir igual reacción en las sensaciones. El ojo pronto se acostumbra a la belleza y los dedos, al tacto de un amigo. La intimidad, que al principio era tan deseable, resulta a veces una carga; el «yo-quiero-estar-solo» y el «me-volveré-junto-a-mi-madre-al cariño-de-su-hogar» quitan los vidrios color de rosa, y las facturas que llegan a la cocina hacen que el amor vuele del salón. El *hábito* del amor lo vuelve aburrido, porque es un hábito y no una aventura. Quizá el deseo de un nuevo compañero (o compañera) vaya unido a la aversión que se siente por el actual. El cuidado de los hijos, con sus múltiples contratiempos y enfermedades, tiende a que el amor descienda desde las nubes hasta las visitas periódicas y naturales al cuarto de los niños.

A los que viven la vida afectiva, tarde o temprano se les presenta este problema: ¿Es el amor una trampa y una decepción? ¿Promete lo que no puede dar? Yo pensé que sería una felicidad total y completa y, sin embargo, se ha estancado en una rutina salpicada con algún vislumbre ocasional que recuerda lo que el amor fue al principio. En este punto, los que creen que el amor es una evolución de los animales y no que proviene de Dios, piensan falsamente que, si ellos tuviesen otro compañero, él o ella podrían dar lo que al otro le falta. La falacia es que olvidan que las penurias y el vacío provienen no del otro compañero, sino de la naturaleza de la vida misma. El corazón está hecho para el infinito y solo el infinito puede satisfacerlo. El primer éxtasis de amor es concedido para recordar a la pareja que su amor viene del cielo y que solamente trabajando para el cielo podrán hallar el amor que quieren en su infinito. Nuestro Señor dio pan en Cafarnaún para conducir las almas de Sus oyentes a la Eucaristía o al Pan de la Vida Eterna, que es Él Mismo. El amor del matrimonio se da de la misma manera, como una «invitación» divina, hasta que se haya aprendido a salvar el alma.

Los que piensan que podrán satisfacer el infinito quebrantando la promesa matrimonial y tomando otro compañero olvidan que se han salido del camino a un sendero trillado. En lugar de seguir el rayo de luz del sol, se vuelven como planetas excéntricos que salen de su órbita y arden en el espacio; tratan de satisfacer al Infinito

anhelando el amor, pero no en línea vertical hacia Dios, sino en línea horizontal a través de una sucesión de estímulos finitos; esperan hacer su infinito agregando ceros y se encuentran más hambrientos cuanto más se satisfacen.

Así como el violín necesita afinación, así como el bloque de mármol necesita que lo corten antes de hacer la estatua, así el amor de marido y mujer necesita purificación antes de poder elevarse a nuevas alturas. La saciedad y vacuidad que vienen a la carne recuerdan que se ha tocado fondo y que es necesario elevarse a nuevas alturas, pero esto no se consigue sin una cierta abnegación del *ego*. El hecho de que el primer amor produzca saciedad y hastío es prueba de que en él había cierto egoísmo oculto, pues lo que uno amaba era el placer que el otro daba y el Infinito, fuera de lugar, causó la desilusión, al querer esperar de la creatura lo que únicamente puede dar el Creador.

Todo ser humano, en un momento u otro, descubre su insignificancia. El hombre que ambicionaba una cierta posición, a la larga, se siente insatisfecho y ambiciona algo más elevado; el que posee riquezas no tendrá lo suficiente ni siquiera con un primer millón. En la vida conyugal también se produce la crisis de no comprender completamente el ideal; pero esta crisis de insignificancia que llega a todos, sean o no casados, no significa que la vida haya de desdeñarse, porque, en realidad, *no se ha dado con el fondo de la vida, sino con el fondo del ego*. No se ha dado con el fondo del alma, sino solo del instinto; no con el fondo de la mente, sino de las pasiones; no con el fondo del espíritu, sino del sexo. Estas pruebas son simplemente otros tantos contactos con la realidad que Dios Todopoderoso manda a cada vida, pues lo que aquí escribimos es común a todas. Si la vida continuara como en un sueño, sin el sobresalto de las desilusiones, ¿quién podría alcanzar alguna vez el fin de Dios y la felicidad perfecta? La mayor parte de los hombres se quedaría en la mediocridad; las bellotas se contentarían con ser retoños; y algunas criaturas jamás crecerían y nada maduraría.

Por tanto, Dios, para que pudiésemos progresar, se reservó a Sí mismo en la eternidad. Él hace, pues, que en la vida todos vayan de cuando en cuando a chocar contra una pared de piedra; sienten en estas ocasiones la crisis de la nada y tienen una sensación abrumadora de insignificancia y soledad que les hace ver la vida, no como una ciudadela, sino como un puente hacia la eternidad. La crisis de insignificancia es causada por el encuentro de un ideal imaginario con la realidad, del amor como el *ego* cree que es con el amor como realmente es. Estos son los momentos en los que los adultos se queman los dedos con los fósforos del amor, al pretender ignorar que las llamas del amor tienen fines divinamente ordenados y uno de ellos es no jugar.

En esta crisis de insignificancia, los corazones protestan y se lamentan, no contra sus destinos ni su naturaleza, sino por sus limitaciones, sus debilidades y su insuficiencia. El corazón humano no está equivocado en desear el amor, sino solamente en creer que un

ser humano puede darle todo. Lo que el alma anhela en la crisis es la Luz del amor, que es Dios, y no la sombra. La crisis de insignificancia es una llamada al Todo que es Dios. Es un clamor del abismo de nuestra pobreza al abismo de la riqueza infinita del Divino Amor. En lugar de pensar en censurar al otro compañero por su vacuidad, tan común en nuestros días, uno debería asomarse a la propia alma, porque se quiere el océano y se está bebiendo de un vaso. Si en este momento de la vida hay una espina en la carne, esta espina es una llamada para ascender a las llamas del Amor que es Dios, pues Nuestro Señor puso una espina en la carne de Pablo con el propósito de purificación. La purificación del amor salva el amor; lo salva, al no censurar al compañero como causante de la crisis y también salva la fe en el amor al llevarlo a un nivel más alto. Ni el amante ni el amor son culpables en esta crisis. En este momento los que no purifican su amor recurren generalmente a una de estas cinco falsas soluciones: a) buscan un nuevo compañero para satisfacer sus egoísmos; b) deciden vivir separados; c) el marido se absorbe en los negocios y la mujer, en los clubes de bridge; d) acuden al alcohol en una tentativa de llevar el problema consciente a lo inconsciente; e) consultan a un psicoanalista freudiano que les dice que se divorcien y vuelvan a casarse, es decir, que repitan otra vez todo el problema.

No se debe pensar que la crisis de insignificancia sea particular del matrimonio; puede también suceder en la vida espiritual. Los que se han dedicado a la religión, como sacerdotes, monjas o contemplativos, pueden sufrir una crisis del Divino Amor. Sus plegarias se vuelven secas, áridas y formales; se han acostumbrado a las realidades espirituales que les incumben. El sacerdote ya no siente la emoción de la presencia inefable de Dios al abrir la puerta del tabernáculo o al llevar el Santísimo Sacramento a los enfermos. La monja, que miraba a los niños de su aula como santos en potencia, realiza su tarea como el cumplimiento de un deber. El examen de conciencia se vuelve tedioso; hay una conciencia decreciente de la Presencia de Dios; la humildad es más dura de practicar; es más difícil levantarse para la meditación, y la acción de gracias se vuelve cada vez más corta.

El problema creado en esta hora de mediocridad y tedio a menudo se expresa así: «¿Cómo puedo rezar mejor? ¿Por qué yo no me siento más unido a Dios? ¿Por qué leo mi breviario distraído?». Hay una sola respuesta para estas preguntas. Uno se ha vuelto espiritualmente rutinario porque no ha vivido la mortificación. Para elevar el amor del alma a nuevas alturas es necesario hacer algunas obras de penitencia que no se han hecho antes; debe haber un renacer del sacrificio; domesticar nuevamente el *ego*; someter la carne; ayunar más, dar limosnas y aumentar la abnegación por el amor al prójimo.

Lo que la Noche Oscura del Alma es para la vida espiritual, la Noche Oscura del Cuerpo es para el matrimonio. Ninguna es permanente porque ambas son motivo de

purificación para obtener nuevas percepciones en el Amor. Si la higuera del amor ha de dar fruto, debe ser abonada y purificada. La sequedad en la vida espiritual y en el matrimonio es en realidad una gracia. La mano de Dios revuelve las aguas del alma creando descontento para que broten nuevos esfuerzos. Así como el águila arroja sus pequeñuelos fuera del nido para que puedan volar, así Dios le da alas al amor a cambio de sus pies de barro. Esta sequedad, tanto en la vida espiritual como en la conyugal, puede ser motivo de salvación o de condenación, según se la use o deje de usarse. Hay dos clases de sequedad: la aridez del amor sin Dios, que pudre, y la otra aridez que madura y se alcanza cuando uno crece en medio del fuego y del calor del sacrificio.

La aridez en el amor no es su derrota, sino su desafío. Si no hubiese amor entre los seres humanos o si la vida fuese únicamente sexo, no habría motivo para que el amor se entristeciera. Las principales tragedias de la vida ocurren por creer que el amor es como un niño en una «escuela progresiva», que llegará a la perfección si se le deja a sí mismo sin ninguna disciplina. La sequedad, la mediocridad y el tedio son las señales de peligro. El amor tiene también su precio, y nadie ha llegado a ser santo ni a ser feliz en el matrimonio sin una lucha renovada contra el *ego*.

La solución moderna del matrimonio es encontrar un nuevo amor y la solución cristiana es volver al amor antiguo. El divorcio, con un segundo matrimonio, es señal de que nunca se amó a la primera persona, sino solamente al placer que esta dio. La actitud cristiana es que se debe amar a la misma persona, pero en un nivel más elevado. Tratar de vencer la depresión, buscando un nuevo amor, es intensificar el egoísmo y hacer al otro víctima de este egoísmo, bajo la apariencia del afecto y del amor. La solución cristiana es vencer el egoísmo y, en lugar de descubrir un nuevo amor, redescubrir el mismo amor. La solución moderna es cazar una nueva presa y la solución cristiana es vendar las heridas del matrimonio sancionado por Dios.

Los que reemplazan una emoción por otra no aman, pues realmente no ama el que no puede amar a pesar del desencanto, de la desilusión y de la decepción. El sexo es el que busca un *nuevo* incentivo; el amor cristiano busca un incentivo *más elevado*. El sexo hace caso omiso de la eternidad por una experiencia pasajera; el amor trata de introducir la eternidad dentro del amor y hacerlo así más amable. Al principio el amor habla el idioma de la eternidad, dice: «Siempre te amaré». En la Crisis de Insignificancia la idea de eternidad implora ser nuevamente presentada, pero de una forma diferente. En los días del romance, se ponía el énfasis eterno en la duración del *ego* en el amor, pero en la Crisis de Insignificancia el elemento eterno está en Dios y no en el *ego*. El amor dice ahora: «Te amaré siempre porque eres eternamente amable por amor a Dios». El que se enamora y promete amor eterno se apropia un atributo de Dios. En la Noche Oscura del Cuerpo sitúa la eternidad donde corresponde, es decir, en Dios.

El amor, una vez purificado, retorna, porque se ama al compañero más allá de toda sensación, de todo deseo y de toda concupiscencia. El marido que empezó por amar a su mujer pensando en él y luego en ella, ama ahora por amor a Dios. Ha llegado a las profundidades de un cuerpo, pero ahora descubre el alma de la otra persona. Este nuevo infinito ocupa el lugar del cuerpo y es el nuevo «siempre» que está más cerca del verdadero infinito, porque el alma es infinita y espiritual, en tanto que el cuerpo no lo es. El otro compañero deja de ser opaco y el cristal a través del cual Dios y sus propósitos son revelados se vuelve transparente. Despreocupándose de su propio poder de engendrar el amor en otros, el hombre ve su pobreza y empieza a confiar en Dios para remediarla. El Viernes Santo pasa ahora al domingo de Pascua con la Resurrección del Amor.

El amor que antes era placer y propia satisfacción se cambia en amor a Dios. La otra persona es ahora la compañera del alma y no tanto la condición necesaria para el placer. Nuestro Bendito Señor dijo que, a menos que la semilla caiga en la tierra y muera, no brotará con vida. Nada renace a una vida superior sin morir en la inferior. El corazón tiene sus ciclos igual que los planetas, pero el movimiento del corazón es una espiral ascendente y no un círculo que gira sobre sí mismo. Los círculos planetarios son redundantes en el eterno retorno al punto de partida.

Algunos dicen que su amor vive de recuerdos, pero en el fondo del corazón saben que los recuerdos son insatisfactorios. El cuerpo que ha perdido un brazo o una pierna no se consuela recordando al miembro perdido. La vida es más progresiva que reminiscente. El amor que no crece se vuelve estéril y sin interés. Vivir de recuerdos supone que el corazón, igual que los planetas, se traslada circularmente y no en espiral. El que pierde un brazo y luego utiliza esta pérdida para incorporarse más íntimamente a la Voluntad de Dios, hace subir su amor en espiral. El que utiliza las arideces y vulgaridades del amor para elevarse a sí mismo y a la compañera a nuevos horizontes demuestra que pertenece al reino de la vida y no al de los planetas.

El progreso empieza con un sueño y progresa con la muerte de este sueño. El matrimonio nunca empezaría si no se soñara con la felicidad. Cuando finalmente el sueño se vuelve verdad no progresará en la felicidad a no ser que se esté dispuesto a que muera el viejo sueño y a empezar a soñar de nuevo. Vivir con el recuerdo de un amor es tan insatisfactorio como vivir con el recuerdo de los alimentos. La Crisis de Insignificancia que sigue al sueño que se vuelve realidad necesita su purificación y su Cruz. La Cruz no es una Piedra en el camino de la felicidad, sino una escalera que se debe trepar para llegar al cielo del amor.

A la purificación del amor puede llamársela también transfiguración, pues significa utilizar una pérdida, un dolor, una mediocridad o una desilusión, como escalón para una

nueva unción de felicidad. Cuando Pedro vio a Nuestro Señor con el rostro tan brillante como el sol y las vestiduras blancas como la nieve, quiso retener esta gloria momentánea como algo permanente. Nuestro Señor, mientras tanto, hablaba sobre Su muerte con Moisés y Elías, para recordar a Pedro que no hay gloria verdadera sin una Cruz. La gloria momentánea es solo anticipación y prefiguración de una gloria que viene después de una crucifixión. En el matrimonio, la transfiguración viene por la reeducación intensiva del *ego*; cuanto más renuncia uno a sí mismo, más se posee; el *ego* es quien se pone en el camino de todas las buenas relaciones sociales. El egoísta, en el orden social, no tiene amigos, y un cónyuge egoísta impide la feliz posesión del otro.

La transfiguración se basa en la idea de que el amor reside en la voluntad y no en las emociones. Estas pierden su excitación, pero la voluntad se fortalece con los años. Los que identifican al amor con las glándulas, a pesar de las inyecciones de hormonas, ven decrecer su amor a medida que transcurre el tiempo. Los que identifican el amor con la voluntad y admiten un tercero en el amor, consideran que la edad nunca afecta al amor. La voluntad se fortalecerá a medida que el cuerpo se debilite. Por tanto, siempre está en el poder de él o de ella alcanzar nuevas alturas por sacrificios voluntarios y deliberados del *ego*, aun cuando el amor-cuerpo haya empezado a declinar.

George Bernard Shaw dijo que era una lástima que la juventud se hubiese desperdiciado en los jóvenes; sin embargo, es, por el contrario, una de las más grandes bendiciones de la vida. Si la juventud no se desperdiciara en los jóvenes, si la tendencia a igualar el amor y la sensualidad no fuese finalmente vencida en la juventud con la desilusión, muy pocos encontrarían el amor a Dios que en verdad buscan. Solo cuando agotan los sustitutos considerándolos indignos, algunos piensan en la realidad y es posible llegar a Dios por la serie de aversiones que engendran los excesos de la juventud. El Salmista pidió a Dios que olvidara los pecados de su juventud. La madurez que traen los años asocia el remordimiento con el abuso de las fuentes de la vida. La sublimación está subordinada al pensamiento profundo. Dios, en Su Misericordia, ha permitido que sea más fácil hacer tonterías a los jóvenes que a los viejos, pero los más tontos de todos son los viejos que quieren vivir como si el amor humano no tuviese su Noche Oscura.

La Ley Divina que prohíbe el divorcio y el segundo matrimonio tiene también un profundo fundamento psicológico. La licencia de cambiar un amor por otro, mientras vive el primer cónyuge, es como permitir el suicidio de la persona. Los que violan la ley de Dios huyen dondequiera que encuentren una dificultad; son como un ejército que se niega a combatir al enemigo y alcanzar la victoria; cuando llegan al momento en que al amor humano se le presenta la oportunidad de perfeccionarse y convertirse en amor en Dios salvando su alma, corren hacia otro amor humano y pierden así la ocasión de salvarse; son como flores que identifican al amor con la floración, que tan pronto como llegan los vientos fuertes o la tormenta se niegan a dar fruta, empiezan a marchitarse y

mueren. El mundo está lleno de matrimonios que «abandonan», en vez de seguir adelante; en lugar de ser leales y fieles a su palabra, la quebrantan, reemplazando los ideales con sensaciones y el sacrificio, con la mediocridad. Las mismas expresiones, tales como: «yo debo vivir mi propia vida» y «yo tengo derecho a mi felicidad», que se usan para justificar esta capitulación al deshonor, indican que el *ego* es la pauta que debe quedar satisfecho a toda costa, aun cuando signifique pisotear otra alma en busca de una nueva emoción. La doctrina cristiana sobre la condición inquebrantable del matrimonio se refiere a la formación del carácter. Quiere que los capitanes permanezcan sobre el puente durante la tormenta y que no salten la borda como lo hacen muchos que abandonan sus barcos. Como dice el proverbio francés: «El divorcio es el sacramento del adulterio».

No puede haber felicidad en el hogar sin el sacrificio que transfigura el amor. Las heridas provocadas por peleas no serán motivo de encono si el *ego* está dispuesto a humillarse. Los hechos más comunes de la vida diaria y la vulgaridad de los minutos más pequeños se hacen sagrados por la delicada atención del compañero que ha engendrado el amor al sacrificio. Nadie debería ir al matrimonio sin prometer olvidar su *ego*, porque el matrimonio es comunión. Cuando se leen algunos libros modernos se podría pensar que el problema más grande en el matrimonio es adaptarse sexualmente. No es el sexo lo que necesita adaptación, sino los que quieren su propio placer sin miramientos para los demás, es decir, el egoísmo y la animalidad.

Las mejores adaptaciones físicas que la ciencia hace posible no tienen ningún valor si no hay una adaptación espiritual, que solo el sacrificio hace posible. La felicidad reside en el mundo interior del compañero y no en la superficie de la epidermis. En última instancia, ¿qué hay más agradable que una profunda abrogación de nuestros propios gustos, inclinaciones, preferencias y fatigas por el bien de los demás? La verdadera felicidad de la vida decae cuando el *ego* siente sus placeres más grandes, pues la satisfacción egoísta es siempre a expensas de otro. El amor sin sacrificio disminuye el amor. Exigir placer sin amar subleva al compañero; exigir sin paciencia desanima. En la Noche Oscura del Cuerpo es cuando se está más cerca de llegar al premio, y, con un paso más allá de la mediocridad, estaremos salvados.

XIX. EN LO BUENO Y EN LO MALO

En el amor erótico o egoísta se considera que las cargas de los demás impiden la propia felicidad. En el amor cristiano las cargas son oportunidades para servir. Por esto el símbolo del amor cristiano no es el círculo circunscripto por el yo, sino la cruz con los brazos extendidos al infinito para abarcar en su abrazo a toda la humanidad. Pero, a pesar de todo el esfuerzo del amor, no hay control sobre un compañero. ¿Y si el marido se vuelve alcohólico, infiel o le pega a la mujer y a los niños? ¿Y si la mujer se vuelve gruñona, infiel o descuida sus hijos? ¿No deberían separarse? Sí, puede haber una separación bajo ciertas circunstancias, pero no da a la parte ofendida el derecho a contraer un nuevo matrimonio: «lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (*Mt* 19, 6).

Otro problema es resolver las aflicciones, infortunios, desilusiones y lágrimas que a veces aparecen en la vida conyugal. De seguro que no se conseguirá permitiéndoles, a quien tenga alguna mujer u hombre en un escondite, que pueda tener otras personas en otros escondites, pues, si la sociedad no permite que el hombre viva como quiera, ¿por qué habría de permitirle que ame como se le antoja? Tampoco se hallará la solución sosteniendo que otra persona es «vital» para su felicidad. Si el deseo toma prioridad sobre el derecho y el honor, ¿cómo evitar entonces futuras conquistas de Polonia o el robo de una bicicleta? ¿Cómo atajar una pasión que es el fundamento de la usurpación o la ética de la barbarie?

Supongamos que, tras la promesa del matrimonio «en lo bueno y en lo malo», resulte lo malo; supongamos que el marido (o la mujer) se vuelva un inválido crónico o se descubran características antisociales. En tales casos ningún amor carnal puede salvarlo e incluso es difícil que lo salve un amor personal, especialmente si la otra parte se vuelve indigna. Pero, cuando estos bajos amores se quebrantan, aparece el amor cristiano para indicar que la otra persona debe ser considerada como un don de Dios. La mayor parte de los dones de Dios son dulces; algunos, sin embargo, son amargos. Pero, sea la otra persona dulce o amarga, sana o enferma, joven o vieja, él o ella siguen siendo un don de Dios por quien el otro compañero debe sacrificarse. El amor egoísta busca deshacerse de la otra persona porque es una carga; el amor cristiano toma sobre sí la carga obedeciendo al mandamiento Divino: «Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo» (*Ga* 6, 2).

Si se objetara que Dios no pretendió que nadie viviera con tales dificultades, la respuesta lisa y llana sería que Él lo pensó: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará» (*Mt* 16, 24-25). Lo que la

enfermedad es para un individuo, puede ser un matrimonio desgraciado para una pareja: una prueba enviada por Dios para perfeccionarlos espiritualmente. Muchas de nuestras capacidades espirituales quedarían sin desarrollar sin algunos dones amargos de Dios. Como nos dice la Santa Palabra de Dios: «nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (*Rm* 5, 3-5).

Un matrimonio de esta clase será un martirio, pero el que vive el amor cristiano puede estar seguro, por lo menos, de que no arrebata la paz de otra alma ni su propio honor. Esta aceptación de las pruebas del matrimonio no es una sentencia de muerte, como algunos creen. El soldado no está sentenciado a muerte porque prestó juramento a su país, pero admite que está pronto a afrontar la muerte antes que perder su honor. Un matrimonio desgraciado no es una condena a la infelicidad; es una tragedia noble en la que uno soporta «las ondas y las flechas de los ultrajes del destino» antes que renunciar a un compromiso hecho al Dios Vivo. Caer herido por el país que uno ama es noble, pero caer herido por el Dios que amamos es aún más noble.

El amor cristiano de parte de uno de los esposos ayudará a redimir al otro. Dios no pone a Sus santos donde todo es agradable, sino especialmente donde son menos apreciados y hasta odiados. San Pablo escribió a los Filipenses: «los hermanos que conmigo están os saludan. Os saludan todos los santos y principalmente los que son de la casa del César». Lo que estas almas santas eran para el mal atrincherado en la casa de Nerón, es decir, su atmósfera purificadora y su corazón redentor, será la esposa cristiana para su compañero: la buena influencia en un ambiente que podrá ser tan malo como el palacio del César. Si un padre paga las deudas de su hijo para salvarlo de la prisión, si un hombre ofrece una transfusión de sangre para salvar la vida de un amigo, también es posible, en el matrimonio, que un esposo redima al otro.

Como dice la Escritura: «el marido no creyente se santifica por la mujer y la mujer no creyente se santifica por el hermano» (*1 Co* 7, 14). Este es un texto sobre el matrimonio que aplica las experiencias de lo físico al orden espiritual y que muy a menudo se deja de lado. Si un marido está enfermo, la mujer lo asistirá para que recobre la salud. En el orden espiritual, el que tiene fe y amor a Dios, por el bien de su alma tomará las cargas del incrédulo, tales como la embriaguez, la infidelidad y la crueldad mental. Lo que una transfusión de sangre es para el cuerpo, para el espíritu es la reparación de los pecados del otro. Cuando hay dificultades y pruebas, la solución cristiana es, en lugar de separarse, soportar al otro como a una cruz. Por el bien de la santificación, la mujer puede redimir al marido y el marido, a la mujer.

Este acto de transferir la santificación de una mujer buena a un marido malo o de un marido bueno a una mujer mala es la consecuencia de que sean dos en una carne. Así como la piel de la espalda puede ser injertada en la cara, así el mérito puede ser aplicado de un esposo a otro. Esta comunicación espiritual puede no tener en ella la satisfacción romántica que tiene la comunicación carnal, pero sus recompensas son eternas. Muchos maridos y mujeres, después de infidelidades y excesos, se salvarán el Día del Juicio porque el compañero fiel no cesó de verter plegarias por su salvación. San Pedro confirma esta idea: «Igualmente, que las mujeres estén a disposición de sus propios maridos, de modo que, si hay algunos que son reacios a la Palabra, se convenzan por la conducta de las mujeres y sin necesidad de palabras, asombrados, fijándose en vuestra conducta intachable y respetuosa. Que vuestro adorno no sea lo exterior, los peinados complicados, las joyas de oro, ni los vestidos lujosos, sino la profunda humanidad del corazón en la incorruptibilidad de un espíritu apacible y sereno; eso sí que es valioso ante Dios. Pues así se adornaban también antaño las santas mujeres que tenían puesta su esperanza en Dios, con actitud de disponibilidad para con sus propios maridos; por ejemplo, Sara obedeció a Abrahán llamándolo señor: vosotras os asemejáis a ella cuando hacéis el bien, pero sin temor alguno. Igualmente, los maridos, en la convivencia con la mujer, sabiendo que es más delicada, demuestren estima hacia ellas como coherederas que son también de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no encuentren obstáculo» (*1 P* 3, 1-7).

Muchos matrimonios fracasan, no a causa de la infidelidad ni del egoísmo, sino por la negativa de hacer sacrificios cuando son necesarios o por pretender que la otra parte siempre se avenga, recíproca y simultáneamente, aunque los caracteres no sean semejantes. El amor cristiano llega a la cumbre cuando considera que la pena dulce es pagar un pequeño precio por el monopolio dichoso de amar, aunque no se sea amado; deseando, como Pablo, consumirse y ser consumido por otros; fingiendo que todas las faltas son propias; sintiéndose contento de quedar de lado si la satisfacción del otro es estar solo y poniendo amor en el que, aunque aparente no merecerlo, se le considera amable, así como Dios nos encuentra amables por haber puesto en nosotros Su amor.

La solución cristiana a las vicisitudes de la vida es amarse por amor a Cristo. La paz reinaría si los dos no se enojasen a un mismo tiempo, si nunca se durmiesen sin antes rezar juntos, si no se encontraran sin un cálido saludo, ni se separaran disgustados, ni dejaran de ver en el otro una oportunidad para manifestar aquel amor que vino de la Cruz: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn* 15, 13).

El amor que va en peregrinación marchará con los pies alados, de vuelta otra vez hacia el fuego de Dios, comprendiendo la profunda verdad de que el gran error de la vida es querer ser amado en la vida. Después de todo, ¿no será verdad que nos amarán solamente en la medida en que amemos? Dado este amor cristiano —que pone el amor

donde no lo encuentra—, en todo matrimonio, dulce o amargo, habrá por lo menos uno de los compañeros que podrá decir, con Elizabeth Browning:

¿Cómo te amo? Déjame contar los modos:
Te amo todo a lo ancho, a lo largo
y a lo alto que alcanza mi alma
cuando a ciegas procura
los límites del Ser
y la Gracia ideal.
Te amo al nivel de cada cotidiana y más sencilla necesidad, al sol y a la luz de la vela.
Te amo libremente, como buscan los hombres el Bien;
te amo puramente, como se apartan del Elogio.
Te amo con la pasión empeñada en mis viejos pesares, con la fe de mi infancia.
Te amo con un amor que creí perder
con mis santos perdidos.
Te amo con el aliento, las sonrisas y las lágrimas de toda mi vida. Y si Dios quiere, aún te amaré mejor
tras la muerte[21].

No viene al caso entrar en detalles sobre las bendiciones y felicidades de la vida conyugal, pero sí sobre las pruebas y las cruces, lo que nos obliga a penetrar más a fondo en el espíritu del sacrificio; no solamente en lo «malo» mencionado en la fórmula «para lo bueno y para lo malo», sino también en lo peor. Hay poca diferencia en que se trate de una mujer abatida por la enfermedad al día siguiente de casada o de un hogar deshecho, lleno de hijos, después de veinte años de vida conyugal. Lo importante es: «¿Cómo interpretar y aceptar estas pruebas con un espíritu verdaderamente cristiano?». Ningún ser humano puede elegir entre pasar la vida con sufrimientos o sin ellos porque tal cosa escapa, en sumo grado, a su control, pero cada uno tiene esta elección: ¿el sufrimiento mirará hacia la Cruz y, por lo tanto, verá la felicidad más allá, o terminará en la Cruz y, por lo tanto, será el principio del infierno en la tierra?

La gran diferencia entre un cristiano y un pagano que sufren es que, para el cristiano, todo sufrimiento es de *fuera*, es decir, es una prueba permitida por Dios para la propia purificación y santificación; en cambio, para el pagano, el sufrimiento está *dentro*, en su alma, en su mente, en su conciencia, en su inconsciente, y es tan parte de sí mismo que resulta un infierno, aunque este infierno tome el nombre de «ansiedad» o «frustración». El cristiano *recibe* el sufrimiento y lo acepta porque viene de manos del Crucificado; el pagano *crea* el sufrimiento y engendra un infierno dentro de sí porque anula su amor al placer, niega su egoísmo y no encuentra su lugar en el universo. Las cruces de fuera son

soportables, las dobles cruces de dentro son insolubles. En este caso, aun donde exista una creencia nominal en Dios, el que sufre traicionará inconscientemente su egoísmo con la pregunta: «¿Por qué Dios hace esto conmigo?».

El sufrimiento puro proviene de las manos del Crucificado. El sufrimiento impuro se manifiesta en la mente cuando se rebela contra sí mismo. En este sentido, los filósofos orientales estaban en lo cierto cuando lo consideraban como una ilusión. Una ilusión, hasta el punto de que proviene de la anulación del alma por el bien del alma. Siendo extraña al alma que posee la felicidad de la unión con Dios, es «solamente la sombra de Su Mano extendida cariñosamente». Cuando Nuestro Divino Señor tiende Sus Brazos en un gran abrazo, con el sol detrás de Él, la sombra de Su Cruz cae sobre la tierra; cuanto más bajo está el sol detrás de Él, mayor es la longitud y el ancho de la Cruz. Más grande será también si le volvemos la espalda a Él, que es la Luz del Mundo. Cuanto más nos alejemos de Él, más se alargará nuestra Cruz, hasta que llegaremos a un punto en que podremos identificarnos con nuestra sombra. A esto se le suele llamar «psiconeurosis», aunque no es otra cosa que la búsqueda del yo superficial en el que la persona que posee un alma hecha por Dios se confunde con la sombra de sí misma causada por una autoexteriorización de un interés desmedido de las cosas de fuera. Cuando se alcanza al punto en que la persona se identifica con la riqueza, el placer, el poder, el sexo y la notoriedad, que son únicamente las sombras de los valores reales, empiezan los extraños estados mentales de las personas que terminan desesperadas sobre la camilla del psicoanálisis.

A medida que el alma se vuelve hacia la Luz del Mundo, las ilusiones desaparecen y llega, finalmente, un momento en que no hay más sombras en el amor, sino una identidad con Cristo bien expresada por Pablo: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 20).

La clave para la solución de las cruces en la vida conyugal, si llegasen a existir, no está en quebrar el vínculo, pues es inquebrantable, sino en la utilización de sus sufrimientos para uno mismo, para los hijos y para el esposo causante del sufrimiento. El amor cristiano no solo hará soportables estos sufrimientos; puede llegar incluso a dulcificarlos. El amor de Dios terminó voluntariamente en una Cruz, pero esta no lo venció, porque vino de fuera: «Sufrió bajo Poncio Pilato». El cristiano, igualmente, al ver que la Inocencia no rechazó la Cruz, en una u otra forma debe adaptarla a su vida, que está lejos de ser inocente. El Amor Eterno no tiene Cruz, pero una vez que toma una naturaleza humana y penetra en una capacidad espacio-temporal, se arriesga a la cruz. Una cruz que no es otra cosa sino la necesidad de amor o, mejor aún, de antiamor. Negarse a amar al amor es la Crucifixión. El amor más noble de un esposo puede exponerse a la negación del amor, pero, aunque no sea retribuido por el otro esposo, no

hay motivo para abandonar completamente el Amor. Cuando un marido renuncia a una mujer que no lo ama, o una mujer renuncia a un marido que no la ama, el amor del universo está amenazado, porque se traiciona el Amor de Dios, quien nos ama hasta cuando somos pecadores. Concedido que la fidelidad al vínculo no bastará para revivir este amor, no debemos olvidar que existe una eternidad y que el amor fiel puede redimir al amor infiel.

Así como Dios corteja nuestra alma libre, aunque no la fuerza, así hay en el matrimonio una cálida súplica aun cuando haga tiempo que se haya enfriado el galanteo del corazón. En todas partes del mundo, en cualquier lugar, casa o minúscula choza, hay voluntades libres que se consideran pequeños dioses. Cristo sintió su rebeldía en Getsemaní y ahora siente su *non serviam* en Su Cuerpo Místico aunque no les niegue Su amor a estas almas. Las Magdalenas y los ladrones arrepentidos volverán mientras la puerta del amor permanezca abierta. Entonces, si el marido y la mujer son el reflejo del amor a Cristo, si continúan amándose, aun en el desastre, la enfermedad o la prueba, serán tan redentores como Su Amor y, al final, ellos considerarán sus sufrimientos únicamente como un escaso pago de la deuda que tienen contraída con Él.

El amor es la expansión del ser. La falta de amor, cuando uno no es amado, es una decadencia del ser. Si el sufrimiento entra en el amor, debe aceptársele como una purificación, tanto por parte del marido como de la mujer, y, si se lo acepta como redentor, una gran alegría se posesiona del alma. Esta alegría es bastante difícil de explicar, pero su secreto es probablemente el siguiente: el sufrimiento entra dentro de mí, pero yo no entro en el interior del sufrimiento; si yo entrase dentro del sufrimiento, habría una exteriorización de la persona. Tal como la persona pierde algo de sí misma al ser absorbida por el alcohol o por el sexo, así el alma pierde algo cuando la posee el sufrimiento. El espíritu se empobrece por la pérdida de la actividad inmanente o autónoma, que es el atributo de la vida. Pero cuando el sufrimiento penetra en mí se vuelve un enriquecimiento del espíritu, así como el conocimiento es el ennoblecimiento de la mente. Lo que penetra dentro del hombre es dominado por el hombre. Y así como la mente cambia la naturaleza de una flor al conocerla, dándole una existencia mental en lugar de la existencia de la planta, así el sufrimiento que es asimilado por el alma en unión con Cristo cambia su naturaleza y se vuelve alegría.

Solamente las almas que tienen conciencia de Cristo tienen el poder de efectuar esta transformación. Un animal no puede conocer la «bondad» como tal, sino solamente esta agua *buena* o esta cosa *buena*, pero el hombre tiene el poder de abstraer lo universal de lo particular. El pagano, al ver el oro mezclado con la escoria, arroja el tesoro porque no sabe cómo refinarlo; el cristiano puede, sin embargo, extraer el oro divino del sedimento del sufrimiento y aumentar la riqueza de su carácter cristiano, pues el sufrimiento se asimila al alma por el poder de la Cruz. Para la persona mundana, en cambio, se vuelve

una doble cruz: *interiormente* como una complejidad intelectual de imposible solución, y *exteriormente* como una intrusión violenta y una perturbación de su egoísmo. El hombre sin fe no está más inmune de una cruz que el hombre con fe. La diferencia estriba en que el cristiano tiene solamente una Cruz, lo que es muy comprensible, mientras que el egoísta tiene dos cruces cuyos nombres son Rebelión y Sufrimiento. El cristiano puede llegar a sentir que su sufrimiento cada vez viene menos de fuera o como si le fuese impuesto, y que cada vez es más un fallo en el cumplir perfectamente la Voluntad de Dios en sí mismo.

La cruz que el cristiano recibió de fuera puede ahora ofrecerla desde dentro como parte de sí mismo, como algo tan vital para su propio desarrollo en Cristo que se sentiría más
pobre sin ella. Para el espectador es un sufrimiento, pero para el amante cristiano es la felicidad. Para los solteros, un niño es un problema económico, parto, lágrimas, nodrizas, sarampión y ansiedades, pero para el padre y la madre legítimos es una felicidad y una bendición. El niño, considerado como un *objeto* externo al yo, es una carga, pero, visto como un *sujeto*, es una prolongación de la persona y el símbolo carnal del amor de los padres.

Ningún creyente en una deidad abstracta o en un poder vago existente detrás del universo sabrá comprender este misterio de la felicidad en el sufrimiento, porque su Dios reina pero no gobierna; no pide ningún sacrificio y, por lo tanto, no dignifica al hombre, quien quiere amar dando. En el plano más inferior de la razón, sin Fe en la Cruz Redentora, el hombre se siente desarmado para vivir y comprender su vida. Lo que él llama «destino», «mala suerte», «desgracia» o «incompatibilidad» es considerado como una resistencia a su *ego*. Para el alma regida por Cristo, estas aparentes contradicciones están en relación con el plan total de Dios o como rayos de luz invisibles que hacen al hombre oír y ver los propósitos eternos del Cielo. La vida es entonces una conquista de la unidad, un triunfo progresivo sobre la confusión y la digresión. En el matrimonio, la unión del marido y la mujer es considerada primero como cooperación; con el nacimiento de los hijos, se hace corporación. Si vienen alegrías, es con-corporación, junto a Cristo en Su Gloría; pero, si vienen penas, es como una incorporación a Su Cruz. El marido y la mujer que ponen límites a su amor creador y determinan exactamente el número mínimo de objetos vivos concretos a que se extenderá su amor, están incapacitados para abrazar una cruz. Nada incapacita más a un alma como la limitación de la bondad creadora. Tal racionalización del amor o, quizá mejor, su atomización no podrá captar las alegrías superracionales que vienen por aceptarlo todo de Manos de Dios, ya sea un hijo, ya sea no tener, ya sea una cruz.

Las pruebas e infortunios soportados por amor a Cristo disminuyen el sufrimiento de

los demás, y evitan que se multipliquen como la peste. Cualquier disolución del vínculo matrimonial puede arruinar otro hogar y dañar otro corazón. El esposo fiel no solamente perfecciona su propia alma, sino que absorbe la agonía del otro, como Cristo cargó con los pecados e infidelidades de la humanidad. La vida se hace menos dura para los demás si se localizan las infecciones matrimoniales y se previene de esta manera que se vuelvan epidémicas.

Los que no entienden la Cruz piden a los demás que les ayuden para que su tedio sea menos aburrido. Lo que estas vidas sin espíritu buscan *fuera*, el cristiano lo encuentra *dentro*, a través del Espíritu Santo del Amor. Dios cura sin destruir, ilumina sin quemar, da ternura sin acariciar. Aun a través de pequeñas cruces, el Espíritu hace que se vea la vida, no como un «desvío», sino simplemente «cerrada por reparaciones». En la última guerra mundial, un oficial que fue herido ofreció sus heridas a Cristo y luego le dijo a un amigo: «Un pedazo de infinito está en construcción».

La vida es trágica no tanto por lo que sucede, sino por cómo *reaccionamos* con lo sucedido. Ninguno de nosotros podemos evitar el sufrimiento y la infidelidad, pero sí podemos evitar que nos amarguen; Nuestro Señor nunca prometió librar a Sus continuadores de una cruz, sino más bien que la llevarían. No obstante, nos aseguró que nunca seríamos abatidos por ella. El amor a Cristo no mata el dolor, pero lo disminuye, y todo sufrimiento se hace soportable si amamos a alguien. El sacrificio es dolor con amor; el dolor es sacrificio sin amor. La madre sufre por sus hijos, pero con dulzura, porque ama; en cambio, vemos miles y miles de casos de dolor desperdiciado en los campos de batalla, en los hospitales y en los hogares; está desperdiciado porque los que sudan y gimen bajo el peso de las cruces de la vida no tienen a nadie a quien amar o por quien puedan ellos soportar el dolor. El amor de Cristo en la Cruz hace soportables los peores matrimonios y destruye todo deseo de contraer un segundo enlace en tanto viva el primer cónyuge. Las religiones carentes de una cruz satisfacen mientras florece el romance; pero cuando la vida se vuelve dura, triste y sórdida se necesita la fe en una Cruz para salvar la mente y traer la paz.

Ninguna infidelidad o indignidad puede justificar el quebrantamiento del vínculo con el fin de contraer un nuevo matrimonio, porque el matrimonio cristiano es el símbolo carnal de los Esponsales Divinos de Cristo y de Su Esposa la Iglesia. La separación es permitida, pero, aun en este caso, el cónyuge fiel debe redimir al otro. La fidelidad al vínculo no debe interpretarse como una resignación pasiva al cumplimiento del deber. La naturaleza del amor no es abandonar al que necesita ayuda moral, como tampoco la naturaleza del amor de la madre es abandonar a su hijo con poliomielitis. Habrá algún caso en que una madre deje a su hijo enfermo en un umbral, pero es únicamente porque carece de amor. Asimismo, la mujer que contrae un nuevo matrimonio porque su marido «se fue con otra», lo hace únicamente porque el amor se ha contaminado dentro de su

corazón. Los soldados que desertan la causa de la patria en el fragor de la batalla no demuestran patriotismo, sino una cobardía morbosa.

La «mujer creyente» o el «marido creyente», cualquiera que sea el caso, rechaza las proposiciones de un nuevo matrimonio (mientras vive el cónyuge), no por una razón negativa de que «la Iglesia no me lo permitiría», sino por una razón positiva: porque «Yo amo a la manera cristiana». Cada rechazo ahonda más el primer amor. La crisis de la fidelidad no es, pues, «apartar» o «afrontar lo mejor que se pueda», sino elegir ardientemente por el bien del amor. Homero lo comprendía mejor que los paganos modernos. Penélope fue cortejada por muchos admiradores y, mientras su corazón esperaba que su marido regresase de la guerra, todos los días trabajaba en una tela para tener ocupadas las manos. Pasaron años y, aunque se le dijo que su marido jamás regresaría, siguió creyendo lo contrario. Su fe no se basaba en el amor hacia él, sino en el primitivo don de su mutuo amor. Dijo a sus pretendientes que se casaría cuando terminara la tela, pero cada noche deshacía los puntos que había tejido durante el día, hasta que Ulises regresó.

Es una idea falsa de la libertad pensar que ella, para contentarse a sí misma, ofrece una liberación del amor. Nadie será más feliz por quebrantar un amor prometido. Hay ciertas cosas a las que no se debe renunciar una vez aceptadas. En un orden inferior, el alimento es una de ellas. Lo que es expelido violentamente del estómago tiene signos de vileza e impureza. Con todo, resulta puro comparado con un amor que se vomita del corazón. El infierno está lleno de corazones que se desdijeron de su amor. Así como los pulmones exhalan un veneno lento al respirar el mismo aire, así el amante sufre una trombosis espiritual que le es funesta para siempre cuando reintegra a su corazón el amor que dio al casarse.

El amor conyugal debe tener la condición redentora de Cristo, porque es la sombra que arroja sobre la tierra el amor de Cristo por Su Iglesia. Así como Cristo se entregó por Su Esposa, así también hay mujeres y maridos que se entregan en el Gólgota por el bien de sus cónyuges. El joven pretendiente no abandona a su amada cuando se ha caído en el barro. ¿Por qué, entonces, cuando ella tropieza en el lodo moral, el marido no ha de considerar que el amor debe ser socorrido? No ha nacido ninguna criatura que no haya causado sufrimiento al amor. La nueva vida que viene al mundo se anuncia por el parto de la madre, pero el dolor pronto se vuelve alegría. Nuestro Señor emplea esta analogía para indicar que todo dolor nacido noblemente traerá alegría al alma, aun el «parto» espiritual de un marido que «da a luz» a su mujer en la conversión, o de una mujer que «da a luz» a su marido a la sobriedad después de un largo período de parto espiritual. «La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre. También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se

alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría» (*Jn* 16, 21-22).

El egoísta no puede entender este misterio de la Cruz anterior al triunfo; por este motivo, san Pablo lo llamó «la locura de la Cruz». Pero aquellos que han sondeado sus profundidades saben que Dios da la fuerza para llevarla. Una mujer no católica escribió a otra: «Había decidido divorciarme de mi marido alcohólico, pero de repente comprendí que al hacerlo contribuía a la desintegración de la civilización. Por lo tanto decidí quedarme con él y serle fiel; pero no me es posible hacerlo sola, sin la Fe. ¿Cómo puedo obtenerla?». Sus penas se tornaron alegría y, al hacer la primera Comunión, dijo: «Siento como si presidiera la Creación del mundo, antes de que fueran hechas las montañas y los valles, y solo esta mañana me he puesto al corriente con mi Amante». Su marido renunció a la bebida y ahora ambos encuentran el Amor en la Comunión que hace de la pareja una Trinidad. Aquellos en quienes se ha obrado el milagro pueden decir mejor que nadie cómo el amor a Cristo obra milagros con el amor humano. En el capítulo siguiente se narran algunas historias de quienes han espiritualizado el amor.

XX. REACCIONES DEL AMOR ANTE EL DOLOR

Ya que la psiconeurosis es una característica de nuestra civilización moderna, viene al caso narrar, para ejemplo de los cristianos, cómo un marido vivió a través de sus calvarios manteniendo su fe en Dios.

Sophie-Charlotte Wittelsbach (1847-1897) fue prometida en matrimonio, a la edad de diecinueve años, al rey de Baviera, que ya mostraba señales de incipiente locura. Las esperanzas de la joven novia de un pronto casamiento se desvanecían una y otra vez porque su futuro marido postergaba la boda, hasta que finalmente le dijo que su único amor en el mundo era la música wagneriana. El golpe le dejó la mente algo perturbada, pero encontró un sosiego temporal cuando conoció a Ferdinand Philip, duque d'Alençon, un francés exilado de la familia de Orleans, con quien se casó. Como le dijo un día, ella fue para él su primer y último amor: «Yo te he amado con toda la ternura de este mundo, pues te amo con amor cristiano, que es amor eterno». Esta declaración de amor fue hecha con pleno conocimiento del estado de salud de su mujer. La melancolía, que era uno de los rasgos de familia, pronto empezó a aparecer en ella, manifestándose por sus caprichos, impulsos, achaques y una excesiva sensibilidad. El joven marido, con una intuición profética de sus necesidades, empezó una lucha apasionada y patética para arrancar a su mujer de las garras de la inestabilidad mental y de sus repetidas recaídas psicóticas y neuróticas; confesó que la lucha a la que tuvo que hacer frente requería no solo ser un marido muy enamorado, sino también un ángel custodio; intentó iniciarla en las verdades de la religión, pero sin mayor éxito, hasta que, en un viaje a Roma, en una antigua tumba leyó la inscripción: «Sofronia, puedes vivir». Desde entonces él repitió cientos de veces al día la plegaria «Sophie, puedes vivir» y, más tarde, la cambió por una aseveración: «Sophie, *has* de vivir».

Después de muchos años de sufrimiento, en uno de los raros momentos de lucidez de su mujer, él le dijo: «No te he dicho nada para no preocuparte, pero te he observado en silencio. En el día de nuestro casamiento Dios te entregó a mí en cuerpo y alma; si, por cualquier circunstancia, tú te derrumbaras, yo sería el culpable pues respondo de ti, y, si yo no permaneciese fiel, demostraría no haber sabido protegerte». A pesar de la violenta conducta y de los arranques antirreligiosos de su mujer, él nunca se apartó de su lado, salvo para visitar a sus hijos en el colegio.

Finalmente, mediante su paciencia y sus oraciones, ella, a la edad de treinta y seis años, salió transformada y transfigurada de su última y terrible crisis. Él ingresó en la Tercera Orden de Santo Domingo y ella, en la de San Francisco, ambos unidos en

acometer obras de caridad. Ella visitaba a los pobres, caminando muchas horas de día y de noche, y la gente la buscaba procurando sus consejos. Su anterior melancolía se trocó en una alegría que nada apagaba, y con esta alegría logró una asombrosa fuerza moral. El día 4 de mayo, cuando contaba cincuenta años de edad, salió de su casa para presidir una Feria de Caridad que tenía lugar en París. Era una fiesta de grandes proporciones, bajo una enorme tienda de campaña cuyo centro de atracción era la reciente invención de una máquina de cinematógrafo que estaba instalada detrás de una glorieta de flores. El duque d'Alençon había venido a la Feria expresamente por ver la actuación de su mujer. De repente, el aparato se prendió fuego y las dos salidas quedaron obstruidas con la gente que huía del incendio. Como Sophie permanecía tras la presidencia, algunas personas trataron de socorrerla, pero ella dijo mientras dirigía a las mujeres y los niños: «Yo saldré la última. Salvad primero a los demás». Una monja dominica que estaba cerca, al ver que se aproximaban las llamas, exclamó: «Dios mío, qué terrible muerte». «Sí —dijo la duquesa sonriendo con serenidad—, pero piense que veremos a Dios dentro de pocos minutos».

El marido, que trató de quedarse junto a ella, fue arrastrado por la muchedumbre en un maremágnum de humo, fuego y locura. Se la vio por última vez arrodillada junto a una joven rubia volviéndole la cabeza contra su pecho para ocultar al joven rostro los horrores de la muerte. Pocos días después, cuando el marido recobró el conocimiento en un hospital y se enteró de la muerte de su mujer, pronunció estas palabras: «¡Oh Dios!, por supuesto, que no debo preguntarte por qué». Luego, una sonrisa apareció en sus labios y, reanudando la súplica que había aprendido en la antigua tumba de Roma, agregó una nueva invocación a la de «Sophie, puedes vivir» —que se había convertido más tarde en «Sophie, has de vivir»—, y dijo ahora: «¡Sophie, vives!».

Hay muchos casos en que el marido o la mujer se ofrecen para que el otro obtenga el don de la Fe. Por los diarios y las cartas que se han conservado, es fácil seguir la ascensión y la transfiguración de las almas de una pareja. La mujer se llamaba Alexandrine d'Alopeus, de San Petersburgo, y, aunque no pertenecía a la Iglesia, era aficionada a visitar los templos cuando se hallaba en Roma. En el año 1832, vio en cierta ocasión rezando en el comulgatorio a un joven diplomático francés llamado Albert de la Ferronays. Ella dijo que había sentido un impulso tan fuerte de rezar a su lado que verdaderamente lo habría hecho si sus hermanas no hubieran estado junto a ella. Al salir de la iglesia le fue presentado el joven y juntos visitaron las cuatro grandes basílicas de Roma. Al terminar la visita, Albert se arrodilló delante del Altar mayor y ofreció a Nuestro Señor el sacrificio de su vida si Él concedía a esta hermosa joven el don de la fe.

Más adelante, durante el noviazgo, ella escribió a Albert: «Cuando estoy cerca de ti y siento que me amas, mi felicidad me pondría triste si no hubiese un Dios a quien

agradecérselo. ¿Crees tú que pueden amar verdaderamente los que no tienen fe? ¿Que sienten hondas emociones? ¿Pueden realmente santificarse?». Cuando Albert recibió la carta anotó en su diario: «¡Oh, Dios mío! Renueva en mi corazón el fuego de tu Divino Amor; purifica este sentimiento que es hoy mi vida entera para que yo la respete por sobre todas las cosas de este mundo y que me haga merecedor de amarla». Luego, al contestar la carta, le dijo: «No, no creo que nadie pueda amar con inocencia y con profundidad, no creo que nadie pueda amar sin estar penetrado de un profundo sentido de Dios y de la inmortalidad». Casados en Nápoles el 17 de abril de 1834, pasaron diez años de una vida tan hermosamente feliz que le hizo a ella preguntar a su marido si este amor no sería un goce anticipado de cómo les sería permitido amar a Dios y uno al otro eternamente en el cielo.

Este reconocimiento de la cualidad del amor uno y trino pronto pasó a las fases del Amor Divino en que Dios vino a la tierra y llevó sobre Sí la Cruz. El marido cayó gravemente enfermo de tisis; sin embargo, el sufrimiento no hizo disminuir su amor, porque todas las noches leían juntos la *Imitación de Cristo*. Su gran amigo, De Montalembert, escribía entonces una vida de santa Isabel y, al saber que la santa y su marido se llamaban el uno al otro «hermano» y «hermana», ambos adoptaron también esta costumbre y, como ella cuenta en su Diario: «Él me ha llamado "hermana" y recuerdo la ternura angélica en su rostro cuando pronunció esta palabra».

Pero Alexandrine aún no tenía el don de la Fe y la pena más grande de Albert era que su mujer no pudiese arrodillarse a su lado en el comulgatorio y recibir el más grande don de amor del Salvador. Una noche en que el marido —al empeorar su enfermedad— le dijo: «Querida, ¿y si la enfermedad hubiese de llevarme?». Ella escribió a De Montalembert: «Yo sería más feliz viuda y católica, que esposa de Albert y no católica». El cuatro de junio, en presencia de su marido, oyó Misa en el dormitorio y recibió su primera Comunión. Luego anotó en su Diario, haciendo un acto de conformidad a la Voluntad de Dios: «Bendito sea Dios que, después de haberme hecho compartir muchas alegrías, me hace ahora compartir también Su Agonía. Si tuviese que elegir entre ambas, siempre elegiría la última». Albert pidió un papel y escribió entonces las últimas palabras: «Señor, en tiempos pasados te dije día y noche: "Permite que ella sea mía en la Fe; concédeme esta felicidad aunque dure un solo día". Ahora que me has escuchado, ¡Oh Señor!, ¿por qué había yo de lamentarme? Mi felicidad es breve e inefable. Ahora que, al entregarte mi vida, ha de cumplirse la parte que faltaba a mi súplica, concédeme la seguridad de volverla a ver allí donde habremos de perdernos en la inmensidad de Tu Amor». Cuando Albert, antes de morir, recibió la última bendición de la Iglesia, Alexandrine, arrodillada a su lado, dijo: «Y ahora, Jesús, el Cielo para él». Unos momentos después añadió: «Jesús, te he dado mi felicidad; concédeme la Fe».

Dedicó constantemente su viudez a obras de caridad por las que se despojó de todo

para ser como aquellos a quienes servía. Cuando los amigos protestaban que hacía demasiados sacrificios, respondía con las palabras del famoso judío converso Ratisbone: «No se puede dar a Dios menos que todo». Poco antes de morir, a la edad de cuarenta años escribió a su hermana Pauline: «Cuando pienso que después de haber amado tanto y deseando la felicidad temporal, de haberla obtenido y perdido, y de haber sufrido una profunda desesperación, he tenido la alegría de ver transformada mi alma a causa de ello, comprendo que nada que yo haya poseído o imaginado es comparable a esta alegría». «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo» (*Jn* 14, 27).

Cuando se examina la formidable transformación de las almas en el Sacramento del Matrimonio, se comprende que, por intermedio de ellas, al igual que en una vida especialmente ascética y desprendida como la del monasterio o del claustro, puede haber un ardiente y apasionado amor a Dios. A este respecto se conoce una historia sobre san Macario, el ermitaño egipcio que un día, en sus meditaciones, se admiraba hasta qué grado de santidad y unión con Dios lo habían elevado sus años de soledad, ayuno y oración. Al quedarse dormido un ángel le dijo que no había alcanzado el nivel de santidad de dos mujeres que vivían en una ciudad vecina y de quienes él debía aprender. Muy interesado, san Macario fue a la ciudad; allí encontró a las mujeres y, con gran asombro, descubrió que eran casadas; les rogó que le dijeran el secreto de su santidad, pero las dos, muy turbadas, le aseguraron que no había nada de notable en ellas: «Somos unas pobres mujeres rodeadas de continuos quehaceres mundanos». Pero Macario insistió en querer saber cómo era que llegaban a ser tan santas ante los ojos de Dios. La respuesta fue que durante quince años habían vivido casadas con dos hermanos y bajo el mismo techo, sin pelearse una sola vez, ni permitir que se intercambiara una sola palabra desagradable entre ellos. Así aprendió san Macario que la convivencia pacífica puede ser aún más digna de alabanza ante los ojos de Dios que la oración y el ayuno en la soledad.

Nuestro profundo afecto por el pueblo ruso que ha sido tan difamado porque el mundo juzga su médula por la corteza comunista, nos hace buscar en su historia algunas vidas conyugales ejemplares que dan fe a la verdad eterna de que se precisan tres para amar. David y Eufrosnia de Murom son venerados en la memoria de los rusos. Antes de que David, príncipe de Murom, ascendiese al trono, a la muerte de su hermano mayor, durante largo tiempo sufrió de úlceras que le cubrían todo el cuerpo. La hija de un sencillo labrador, joven famosa por su saber y su bondad, lo curó con ungüentos y constantes cuidados. Impresionado de su gran inteligencia y de su corazón, David se enamoró de ella y le prometió que se casaría con ella. Una vez restablecido de su dolencia y de vuelta a los esplendores de la corte, se avergonzó de tomar por esposa a una joven tan sencilla como Eufrosnia y rompió su promesa de matrimonio.

Pero volvió a enfermar con el mismo mal y por segunda vez Eufrosnia lo curó. El príncipe, agradecido, se apresuró esta vez a cumplir su palabra y se casó con ella. Ya en el trono, la nobleza de Murom, instigada por el hermano menor y el sobrino, declaró que era una ofensa para el país ver en el trono a una mujer hija de labradores. Se ordenó entonces a David que abdicara o que repudiase a su mujer; pero, recordando aquellas palabras de Nuestro Señor: «Lo que Dios ha unido ningún hombre lo separe», se negó a repudiarla y prefirió abandonar el reino. Su joven y hermosa mujer lo consolaba con estas palabras: «No te aflijas, príncipe, el Dios misericordioso no nos mantendrá destronados por mucho tiempo». Entretanto, en Murom los pretendientes al poder tomaron la espada en luchas incesantes e irreconciliables, y crearon un caos tal que el pueblo llamó otra vez al trono a David y Eufrosnia. Su reinado fue famoso por su caridad, buscando ambos la ocasión de socorrer al pobre y al afligido, y también por su profunda fe en Dios y en la religión. Un día en que navegaban por el río Oka acompañados de un cortesano también casado, este empezó a hacer insinuaciones inconvenientes a la hermosa Eufrosnia, quien le dijo: «Toma agua de este lado del río y pruébala». El hombre obedeció a su petición y entonces ella le dijo: «Ahora ve al otro lado del barco, toma allí un poco de agua y pruébala». Cuando lo hubo hecho, ella preguntó: «¿Notas alguna diferencia entre esta y aquella agua?». «Ninguna», repuso el cortesano. Luego la princesa observó: «Así también es similar en esencia la mujer, y es en vano que, olvidándote de tu mujer, pienses en otra».

Cuando David y Eufrosnia fueron viejos, él entró a un monasterio y ella, a un convento; él con el nombre de Pedro y ella con el de Fevronia. La Iglesia rusa conmemora a esta santa pareja con una fiesta en cuya Misa se reza esta plegaria: «¡Bien amados Pedro y Fevronia, que, trabajando desde la juventud para Cristo, habéis reconocido al único en el mundo que es merecedor de gloria y le habéis agradado con limosnas y oraciones! Os pedimos que, después de vuestra muerte, enviéis la salud a todos los que os reverencian».

Un amor que se ha fortificado en Cristo puede superar los mayores obstáculos, tal y como se revela en el amor de la princesa María Volkonskaya que, a la edad de dieciocho años, se casó con un distinguido oficial de la nobleza varios años mayor que ella y a quien aprendió a amar solo después de su matrimonio. El marido fue condenado por un crimen político a trabajar en las minas de Siberia y, cuando fue a verlo la víspera de su partida hacia aquella tierra terrible, aunque él le rogó que lo olvidara, ella le juró que se reuniría con él. Después de muchas dificultades, obtuvo finalmente que el zar Nicolás II le concediese el permiso para partir a Siberia. Vendiendo todas sus joyas para pagar los gastos, porque su padre no quería prestarle ayuda para una empresa tan descabellada, hizo el duro viaje con sus propios recursos. Ella escribió: «No puedo quedarme. Si

permanezco aquí, siempre oiré la serena voz condenatoria de mi marido y en el rostro de mis amigos leeré la verdad de mi comportamiento; en sus cuchicheos veré una condena y en sus sonrisas, un reproche. Mi lugar no está en un baile, sino en una tierra lejana y salvaje donde un preso afligido y angustiado es víctima de pensamientos sombríos y sufre solo, sin ayuda. Debo compartir su oprobio y su destierro. La voluntad del cielo nos ha unido y permaneceremos juntos. Prefiero dejar aquí a mi hijo con mi familia, que ser infiel a mi marido, pues ¿cómo habría de juzgarme un día mi hijo cuando sepa que su madre abandonó a su padre en la hora de la prueba? Si me quedo, podría tentarme a olvidar a mi marido. ¡Prohíbamelo Dios!».

En camino a Siberia se detuvo en Moscú donde su hermana improvisó un baile en su honor. Entre la gran cantidad de invitados que llenaban el palacio para ver a la joven que abandonaba su vida de lujo por el exilio, estaba el célebre Pushkin, quien había conocido a María siendo niño. Dejando de lado, por una vez, la severidad que había adoptado siempre en público, le habló con mucha ternura y admiración y predijo que algún día los poetas cantarían su heroísmo. Después de muchas semanas de viaje terrible, llegó ella a las minas situadas más allá de Nertchinsk donde trabajaba su marido. Por un milagro de bondad de la gente, obtuvo permiso para sorprender a su marido en el trabajo de la mina; bajó a las profundidades de la tierra y, cuando finalmente, en la oscuridad, lo vio venir hacia ella, se arrojó ante el hombre incrédulo y deslumbrado y le besó las cadenas.

El exilio terminó unos años más tarde y los esposos pasaron el resto de sus días dando el ejemplo de un amor fortalecido en la adversidad y en el oprobio. También resultó cierta la profecía de Pushkin, pues Nekrassof, el poeta del pueblo, hace hablar a María con su padre en una hermosa poesía intitulada «Mujeres Rusas»:

No sabes, padre, cuánto lo quiero…
Al Principio oi ansiosamente
los relatos de su valor en la batalla,
y con toda mi alma amé al héroe
que hay en él…
Luego quise al padre de mi hijo…
Pero el último y mejor amor que mi alma puede darse lo di en la prisión.
Después lo perdí, como a otro Cristo, vestido con las ropas
de un convicto.
Ahora brilla eternamente ante los ojos
de mi alma con una pacífica
grandeza.
Una corona de espinas ciñe su frente,
un amor no terreno enciende sus ojos…

Padre, debo verte de nuevo;
moriré de anhelo por él…
Tú y tu deber siempre lo han arrostrado todo y nos has enseñado a hacer siempre lo mismo.
Enviaste tus propios hijos a la batalla a los lugares considerados más peligrosos:
no puedes verdaderamente condenar lo que hago,pues, al hacerlo, solo soy tu hija.

Otro hermoso relato de fidelidad es el de la princesa Katerina Troubetskaya quien, después de muchas dificultades, recibió también permiso del zar para reunirse con su marido en Siberia. Su padre dispuso todos los detalles para la partida si quería recibir su aprobación; pero, secretamente, organizó las cosas de modo que, durante el viaje, se le pusiesen obstáculos en el camino para forzarla a regresar. Le pidió a uno de sus amigos, el comandante general de una ciudad de Siberia, que recurriese a todo el rigor para desanimarla de hacer el viaje. El general la recibió muy fríamente e hizo que esperase varios días un supuesto cambio necesario de coches y caballos; habiendo pasado el tiempo, le discutió la validez del pasaporte imperial; examinó su salud y, finalmente, empezó con amenazas de prisión alegando desobediencia al zar. Pero Katerina dijo que no le importaba la prisión siempre que se le permitiese visitar a su marido. El general, con palabras amenazadoras, habló de la región minera de más allá de Nertchinsk, que era su destino: de la gente depravada que allí vivía, de la corrupción moral que esperaba a una mujer joven delicadamente educada, de la muerte que le esperaba en aquel clima cruel y de la desesperación que se albergaría en su alma entre la vigilancia de brutales soldados.

Katerina respondió que no le temía a la muerte, porque su muerte, provocada por amor, le abriría el Cielo. Agregó que su delicadeza era más necesaria en un lugar donde se desconocía y, en cuanto a la corrupción moral, Dios daba una gran fuerza moral a quienes preferían ser los últimos ante los ojos del mundo.

La discusión duró varios días. Por último, el general consintió diciendo que ella debería continuar como una convicta cualquiera e ir en compañía de una banda de desgraciados que pasaban por la ciudad; el resto del viaje había de hacerlo a pie y encadenada, a lo que repuso Katerina: «¿Dónde está esa banda de desgraciados con quien debo reunirme y por qué no me ha dicho usted antes la verdad? Por supuesto que iré con ellos. No me importa cómo llego ni con quién, lo que quiero es llegar». Al oír esto, el general no pudo seguir representando su papel y, con el corazón partido, le confesó: «He obedecido, mas no puedo seguir torturándola. Su coche estará pronto dentro de unos minutos. ¡Por favor, perdóneme! ¡Que Dios esté con usted!».

G. K. Chesterton dice en una de sus baladas:

Y te traigo las rimas a Ti
Que me trajiste la cruz.

Estas palabras pueden muy bien aplicarse a una joven francesa llamada Mireille de la Nenardière que se enamoró de un hombre distinguido, culto y valiente, llamado Pierre Dupouey, que había abandonado la Fe en su primera juventud y desde entonces nunca pareció hallar nada que la reemplazara, hasta que conoció a su futura esposa. André Gide, de quien fue discípulo durante un tiempo, escribió: «Gradualmente, en su alma se fue ahondando un vacío que únicamente podía llenar, la Presencia Eucarística». En 1910, Pierre Dupouey escribió a Gide: «Me he comprometido con una joven brillante y extraordinaria; no le diré cómo la llaman los ángeles, pero entre los hombres le dicen Mireille de la Nenardière. A pesar de mi asombro al ver que alguien prudente se inclina sobre mí, debo reconocer que esta vez la prudencia tiene el rostro del amor». Cuando Mireille se comprometió con él, le dijo que deseaba el casamiento para aumentar su amor a Dios. Pierre volvió a la Fe por la inspiración y las oraciones de ella y, cuando se casaron en 1911, Mireille escribió en su Diario: «La luz de nuestro hogar jamás dejará de alumbrar; la hemos encendido con el fuego nuevo: la luz de Cristo que no cesará de cantar la esperanza, aun en los estragos de la guerra, pues el hogar establecido en la unión de los corazones no puede perecer». La primera noche de la boda Pierre propuso establecer, en recuerdo de este día, un rito de amor que debería cumplirse fielmente todos los días de su vida conyugal: sugirió que cada uno besase el anillo del otro antes de dormir para pedir que Dios bendijese su amor consagrado a Su Nombre. Pierre Dupouey fue tan celoso de su Fe que más tarde convirtió a Henri Ghéon, quien había de escribir de él: «No me canso de mirar en sus ojos a un hombre justo, a un hombre libre que lo entiende todo, aun lo bueno».

Nació un hijo que fue bautizado Pierre. Luego estalló la Primera Guerra Mundial durante la cual Pierre escribió a su mujer una carta fechada el 2 de agosto de 1914: «¡Cuánto aprecio el feliz sentimiento de que nuestros corazones permanezcan unidos a pesar de los días y semanas de separación! Están unidos por una cadena fuerte y deliciosa de pensamientos y oraciones comunes». Unos meses después, ella le escribió contándole que visitaba a los pobres, a lo que él contestó: «Te agradezco que ayudes a los pobres. Hazlo en mi nombre. Da por los dos y no te preocupes de nada que ocurra a tu alrededor. Escucha a Dios, que habla a tu corazón, y desprecia las prudencias mezquinas que ponen la vida fuera del amparo del amor. Aparte del deber y de las cosas de Dios, solo te necesito a ti; o, mejor dicho, te necesito pues eres parte de algo divino de mi vida y fue Dios quien te hizo entrar en ello, porque tú eres para mí su viva y eficaz bendición. Desde que te he recibido de Dios he aprendido a saber lo que significa la Providencia».

Unos meses después, él le volvió a escribir: «Tus cartas son el pan de mi corazón. No sé si me equivoco, pero me parece que, aun hoy, recibimos la recompensa del esfuerzo que siempre hicimos para mirarlo todo a la luz de la eternidad. ¡Cuánto nos han ayudado a pasar estos días y semanas estos pensamientos en Dios que se han vuelto tan naturales para nosotros y cuánto debemos agradecerle por toda la Luz que Él ha puesto en nuestras manos!». Luego, como previendo la muerte, agregó: «Si llego a desaparecer, será solamente para rodearte más incesantemente desde arriba. No te preocupes demasiado por el mañana y recuerda que una pequeña inseguridad por el futuro es el mejor medio para aumentar nuestra confianza y abandono en Dios».

Por último, la víspera de su muerte escribió: «Después de todo, la oración más grande que podemos decir cada uno está comprendida en la magnífica expresión de Claudel: "Señor, líbrame de mí"». El Sábado Santo, a las nueve de la noche, fue herido de bala y no recuperó el conocimiento. El capellán que lo asistió dijo que se había ido al Cielo a celebrar su Pascua.

Al ser informada de la muerte de su marido, ella escribió al capellán del regimiento: «Los dos hemos hecho el sacrificio. Algunos pensarán que estoy loca, pero a usted puedo decírselo: desde que él ya no está más, no he dejado de dar gracias a Dios; él ve a Dios. Le envidio. Yo nunca estaré separada de él. En cuanto a nuestro hijito, ya no tendrá un padre en la tierra, pero lo pondré en manos del Padre Eterno».

Léon Bloy, quien se llamó a sí mismo el *Peregrino del Absoluto*, ha sido uno de los hombres más notables del mundo contemporáneo. Para los casados, su vida contiene una doble lección: el amor sacrificado de una madre para salvar el alma de su hijo y el ejemplo para espiritualizar un matrimonio, aun en medio de la pobreza. Las madres que tienen el gran dolor de ver a sus hijos abandonar la Fe comprenderán el hondo misterio en la vida de la madre de Léon Bloy. Él mismo describe así los sacrificios que su madre hizo por él:

> En 1869 había yo llegado al punto álgido de mi mala vida. Mi madre, una mujer cristiana y una heroína, me escribió en 1870: «Mi querido hijo, eres uno de los cinco que tengo en el frente (en la guerra franco-prusiana) y sin embargo me consolaría más fácilmente de tu muerte que de lo que ahora acontece». Mi muy querida madre rezó por mí desde mi infancia. Cuando la indiferencia primero y luego el odio reemplazaron la fe en mi corazón, ella redobló sus oraciones, haciéndolas más fervientes, prolongadas e intensas; encendió en el altar de su corazón un ardiente deseo que ascendía permanentemente a Dios, como la llama de un sacrificio inextinguible. En cuanto a mí, dupliqué mis iniquidades. Las oraciones nada consiguieron de mí y la gracia siempre me encontró rebelde, impermeable e inflexible. Un día, mientras mi madre meditaba la dolorosa Pasión del Divino Salvador,

comprendió que ya que Nuestro Señor había redimido a los hombres por el sufrimiento sin medida y sin consuelo, nosotros, que somos Sus miembros, podíamos prolongar esta maravillosa redención por nuestros sufrimientos imperfectos. Lo que Jesús ha hecho en forma absoluta por Su perfecta oblación de la vida, los corazones cristianos pueden hacerlo en forma relativa por sus sufrimientos. Ella se ofreció entonces a sufrir por sus hijos y a soportar sus penitencias y, con una resolución de misteriosa e inefable sublimidad, hizo un pacto con Dios de que haría el sacrificio absoluto de su salud y la renuncia total a todo consuelo y alegría humana si en cambio Él le concedía la conversión íntegra y plena de sus hijos. Este pacto prodigioso, hecho en presencia y por mediación de la Santísima Virgen, recibió inmediata aceptación. De pronto, perdió sin remedio su excelente salud, hasta donde era posible sin privarla de la vida, que se tornó un tormento las veinticuatro horas del día; y, para que este tormento fuese realmente completo, su enfermedad tomó un carácter de humillación física y de degradación que demandaba un heroísmo a toda prueba. En cuanto a mí, supe estas cosas mucho después y cuando ya me había hecho católico. Solo entonces comprendí que mi madre me había engendrado por segunda vez en el dolor… Antes de venir a este mundo, ella dijo que no me había querido por hijo, pero, por un extraordinario esfuerzo de voluntad y de amor que puede únicamente ser captado por las almas superiores, ella abdicó totalmente a sus derechos maternales a favor de nuestra Señora, haciendo a la Santísima Virgen responsable de todo mi destino. Mientras vivió, ella nunca dejó de decirme con una obstinación sublime que María, de una manera muy especial y absoluta, era mi verdadera madre.

El propio Léon Bloy había de demostrar en su vida que incluso la pobreza voluntaria puede traer alegría en el matrimonio. En 1889, pasados los cuarenta años, conoció en casa de François Coppée a una joven alta y rubia, hija del poeta danés Christian Molvech. Bloy le fue presentado, y conversaron un rato. Después de su partida, Jeanne Molvech preguntó a su amiga Anne Coppée quién era aquel hombre tan extraño: «Un mendigo», le contestó.

Jeanne Molvech, refiriéndose a él, recordaba más adelante: «La respuesta fue tan fulminante e inexorable en su absolutismo que me forzó a tomar partido inmediatamente. Tuve la sensación de que era una enorme injusticia y enseguida mi corazón voló hacia aquel hombre indefenso a quien se juzgaba de tal forma ante alguien que lo había visto una sola vez. Pero yo no tenía idea de su auténtico valer. Le agradezco a Dios que me lo haya ocultado». Jeanne no compartía la Fe de Bloy y, con una mentalidad preconcebida, se admiraba de cómo un hombre tan superior

podía ser católico. Poco tiempo después de iniciar su correspondencia, Jeanne abrazó la Fe católica. Al escribir respecto a este cambio del corazón, Bloy dijo: «Estoy profundamente conmovido con la idea de que estás por entrar en la Iglesia, de que vas a convertirte realmente en hija del Espíritu Santo y de que se debe en parte a mi obra, en el sentido de que recibes esta magnífica recompensa por el amor comprensivo que tienes por este pobre y desesperado hombre… Cuando nosotros recibimos un Favor Divino debemos persuadirnos de que alguien paga por nosotros; así es la ley».

Después de casarse cambiarían de residencia unas dieciocho veces en el espacio de veinte años, no solamente por ellos, sino por su pobreza voluntaria; Bloy decía que era una prefiguración del hecho de que su hogar se asentaría únicamente en el cielo. Todas las mañanas iban los dos a la primera Misa y recibían la Sagrada Comunión. Durante el desayuno hablaban entre sí de Dios; vivieron atroces horas de angustia mental, moral y espiritual; pero, bajo esta superficie, sus vidas poseían una increíble belleza y felicidad. Jeanne al describirlo decía: «Hay una lámpara encendida para nosotros que no arde para los demás».

XXI. EL AMOR PERDURABLE

La psicología moderna habla mucho de «sublimación» o, en un nivel inferior, de encontrar desahogo para ciertos impulsos e instintos fundamentales. Se alcanza la sublimación especialmente al resistir a la tentación. Como dice J. A. Hadfield: «La tentación es la voz del mal controlado y la conciencia es la voz del bien controlado». Uno debe, por lo tanto, mirar el lado positivo del amor y su verdadera naturaleza. El matrimonio no es una sublimación del instinto sexual, sino la consagración del Amor Divino. Todo amor es una iniciación a la eternidad, el reflejo de lo divino en lo humano. Los que han penetrado en el amor sin comprender cómo se prolonga en la Encarnación, es decir, la unión de lo divino con lo humano, tienen un sufrimiento igual al de Nuestro Señor en la Cruz cuando pronunció la cuarta Palabra del Abandono. El *Eros*, a través de una transfiguración, debe conducir al Ágape; pero los que no conocen a Cristo se sienten atormentados por una nostalgia infinita de algo que está más allá de lo que tienen. La tierra y el cielo, el amor y Dios, no deben estar en suspenso y en una situación de irreconciliabilidad. Nuestro Señor debió sufrir para redimir a los que se sienten abandonados del amor que deseaban y frustrados por el amor que poseen, a fin de mostrarles que solo la Cruz, con su Transfiguración, puede ligar los dos extremos.

Es muy fácil analizar el concepto moderno del amor conyugal basado únicamente en el sexo, porque, siendo carnal y teniendo sus propios instrumentos específicos, puede ser analizado por los Freud, interrogado por los Kinsey y publicado en estadísticas por el *Metropolitan Life*. Pero, una vez que se ha introducido el principio espiritual, el matrimonio resulta mucho más difícil de analizar. El hombre es fácil de analizar si se compone únicamente de materia, como un fósforo de madera, pero se requiere mayor sabiduría para definirlo si se le asigna libertad humana y aspiraciones infinitas. Si el amor es un simple ayuntamiento animal, cualquier fisiólogo puede ser su maestro, pero, si es una llama del Fuego Divino, entonces es preciso orar para comprender su misterio.

La esencia del amor conyugal no es el *sexo*, sino el *consentimiento*, no es la animalidad, sino la libertad, no es una libido, sino una elección. El matrimonio concebido como amor al «sexo opuesto» es el egoísmo disfrazado de amor. El matrimonio considerado como amor a una persona es la eternidad con vestiduras de tiempo. El odio instintivo de una mujer por un hombre que la ha violado proviene del hecho de que destruyó su libertad. Ella se vio *forzada* a aquello que debió ser por su propia elección. El motivo por el cual un hombre desprecia a la mujer que «se arroja» sobre él es porque ella, con sus insinuaciones, echa a perder su derecho a elegir. La libertad es la condición de todo amor, no una simple atracción física, sino algo mucho más amplio que el amor. La *libre elección* de otra persona, en contra de la idea de atracción hacia alguien del sexo

opuesto, es la diferencia que hay entre un verdadero matrimonio y uno desgraciado. Un matrimonio basado en el *consentimiento* participa de la Divinidad desde el principio, porque la libertad es la señal del Espíritu que viene de Dios. Más aún; demuestra que quien elige libremente también está dispuesto al sacrificio. Todo consentimiento es no solo una afirmación de libertad, sino también una limitación de todo lo que pudiese destruir la elección primitiva. El hombre que elige a la mujer y la mujer que acepta, ambos, deben descartar todo afecto con otros del sexo opuesto. El sexo se personaliza y, por lo tanto, se vuelve humano y Divino. Como escribió Federico Ozanam, en su *Historia de la Civilización en el Siglo Quinto*:

> El matrimonio es algo más grande que un contrato, pues involucra también un sacrificio. La mujer sacrifica un don irreparable que fue el don de Dios y el objeto del atento cuidado de su madre; la fresca belleza de su juventud, frecuentemente su salud y la facultad de amar que las mujeres tienen una sola vez. El hombre, a su vez, sacrifica la libertad de su juventud, aquellos años incomparables que nunca volverán, el poder de dedicarse a quien ama, y que solo es fuerte en sus años juveniles, y la ambición —inspirada por el amor— de crear un futuro feliz y glorioso. Todo esto es posible pero una sola vez en la vida de un hombre; y quizá nunca. Por lo tanto, el matrimonio cristiano es una oblación doble, ofrecida en dos cálices, uno llenado con virtud, pureza e inocencia y el otro, con una dedicación intachable de sí mismo; la consagración inmortal del hombre a una mujer que es más débil que él, que hasta ayer le era desconocida y con quien hoy se siente contento de pasar el resto de la vida. Estas dos copas deben ser llenadas hasta el borde para que la unión sea santa y que el Cielo pueda bendecirla.

Toda persona lleva en su corazón una imagen de lo que ama. Platón no estuvo muy equivocado cuando describió el conocimiento como un recuerdo. La imagen o el ideal no es el recuerdo de otra vida, sino que está hecho de los millones de pensamientos, actos y deseos que se han fundido en la formación del carácter. Si al escuchar una melodía por primera vez se la ama, es porque esta música ya estaba dentro del corazón. Así ocurre con el amor. Uno conoce a una persona y se «enamora» repentinamente. ¿No será que esta determinada persona es la encarnación de un ideal? «El Verbo se hizo carne». El ideal se hizo persona; lo que se soñó se volvió realidad. Como dijo un autor francés: «Se debe respetar primero a la mujer en la hora exquisita del sueño para conocerla en la hora del deseo». El amor es un acto de fe, una declaración de lo invisible como real.

Si los ideales no son elevados, si las imágenes del amor no son hermosas, el matrimonio tampoco será hermoso. Así como algunas mentes escuchan a los *tom-toms* de ruda magnificencia de la antimúsica, así también hay corazones que se satisfacen con

un cuerpo sin alma. De aquí la necesidad de la preparación moral para el matrimonio. San Francisco de Sales dijo que «En el matrimonio uno hace un voto. Pero es el único caso en que se hace un voto sin un noviciado. Si tuviese un año de noviciado, qué pocos se casarían». El noviciado del matrimonio debe necesariamente abarcar dos elementos: la espiritualización de la vida de las personas, a fin de que en ellas se forme la sublime imagen arquitectónica de la vida del compañero, y una oración constante, a fin de que Dios disponga las condiciones trascendentales para que los sueños se hagan realidad.

Con el matrimonio y su maduración en el fruto del amor, se llega al convencimiento de que todos llevan en sí una imagen del ser amado y este Ser es Dios. Se contempla entonces al compañero como al Juan Bautista del Señor que prepara el camino y endereza Sus sendas y se entrevé a Dios a través de la carne; pero, gracias al compañerismo de la vida, uno se transforma cada vez en mayor armonía con el Divino diapasón que dio la original melodía el día de la boda.

El Amor que empezó en Pasión fue luego un Acto y ahora, en el otoño de la vida, se vuelve otra vez un Deseo nacido del Recuerdo; el nuevo «amor desapasionado» tira de la correa de la vida para unirla con la Vida, la Verdad y el Amor. Las palabras de Nuestro Señor vuelven ahora repetidamente a nuestras mentes: «los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio» (*Lc* 20, 35). Esto significa que el sexo, que refleja el reino animal, no existirá en la eternidad, pero el amor, que es un reflejo de la esencia incorpórea de Dios, hará perdurar su éxtasis eterno. En el Cielo no habrá fe, porque ya veremos; en el Cielo no habrá esperanza, porque ya poseeremos; pero siempre habrá amor porque ¡Dios es Amor!

[1] *Let me not to the marriage of true minds / Admit impediments. Love is not love*
Which alters when it alteration finds, / Or bends with the remover to remove:
O no; it is an ever-fixed mark, / That looks on tempests, and is never shaken;
It is the star to every wandering bark, / Whose worth's unknown, although his height be taken.
Love's not Time's fool, though rosy lips and cheeks / Within his bending sickle's compass come:
Love alters not with his brief hours and weeks, / But bears it out even to the edge of doom.
If this be error, and upon me prov'd, / I never writ, nor no man ever lov'd.

[2] *«Yes» I answered you last night.*
«No» I say to you today;
Colors seen by candlelight
do not look the same by day.

[3] *Alas! How light a cause may move / Dissension between hearts that love*
Hearts that the world in vain had tried, / And sorrow but more closely tied;
Which stood the storm when waves were rough, / Yet in a sunny hour fell off;
Like ships that have gone down at sea, / hen heaven was all tranquility.

[4] *For if I should (said He) / Bestow this jewel also on creatures,*
He would adore My gifts instead of Me. / And rest in nature, not the God of nature,
So both should losers be. / Yet let him keep the rest
But keep them with repining restlessness; / Let him be rich and weary, that at least,
If goodness lead him not, yet weariness / May toss him to My Breast.

[5] *Ineffable, all-pow'rful God, all free, / Thou only liv'st, and each thing lives by Thee:*
No joy, no, nor perfection To Thee came / By the contriving of this world's great frame;
Ere sun, moon, stars, began their restless race, / Ere point'd with purple light was heaven's round face.
Ere air had clouds, ere clouds wept down their shadows, / Ere sea embraced earth, ere earth bare flowers,
Thou happy liv'd; world nought to Thee supplied, / All in thyself, Thy self Thou

satisfied.
Of good no slender shadow doth appear. / No age-worn track, in Thee which shin'd not clear;
Perfection's sum, prime cause of every cause, / Midst, end, beginning, where all good doth pause.
Hence of Thy substance, differing in nought, / Thou in eternity, Thy Son forth brought,
The only birth of Thy unchanging mind, / Thine image, pattern-like that ever shin'd,
Light out of light, begotten not by will, / But nature, all and that same essence still
Which Thou Thyself; for Thou dost nought possess / Which He hath not, in aught nor is He less
Than Thou His great begetter. Of this light, / Eternal, double, kindled was Thy spirit
Eternally, who is with Thee the same, / All-holy gift, ambassador, knot, flame.
Most sacred Triad! O most holy One! / Unprocreate Father, every procreate Son,
Ghost breath'd from Both, You were, are aye, shall be, / Most blessed, Three in One, and One in Three,
Incomprehensible by reachless height, / And unperceived by excessive light.
So in our souls, three and yet one are still / The understanding, memory, and will:
So, thou unlike, the planet of the days, / So soon as he was made, begat his rays,
Which are his offspring, and from both was hurl'd / The rosy light which comfort doth the world,
And none forewent another: so the spring, / The well-head, and the stream which they forth bring,
Are but one self-same essence, nor in aught / Do differ, save in order, and our thought
No chime of time discerns in them to fall, / But three distinctly bide one essence all.
But these express not Thee: who can declare / Thy being: Men and angels dazzled are;
Who force this Eden would with wit sense, / A cherubim shall find to bar him thence.

[6] *Reason your viceroy in mee, mee should defend, /*
But is captiv'd, and proves weake or untrue.
Yet dearly 'love you', and would be loved faine, / But am betroth'd unto your enemie:
Divorce mee, 'untie, or breake that knot againe, / Take mee to you, imprison mee, for I

Except you' enthrall me, never shall be free, / Nor ever chast, except you ravish mee.

[7] *Such an act that blurs the grace and blush of modesty, / Calls Virtue hypocrite, takes off the rose*
From the fair forehead of an innocent love / And sets a blister there, makes marriage vows
As false as dicers' oaths; Oh such a deed / As from the body of contraction plucks
The very soul, and sweet religion makes / A rhapsody of words…

[8] *But Thou, who knowest the hidden thing / Thou hast instructed me to sing,*
Teach Love the way to be / A new Virginity.
Do Thou with Thy protecting hand / Shelter the / lame thy breath has fanned;
Let my heart's reddened glow / Be but as sun flushed snow.
And if they say that snow is cold, / O Chastity, must they be told
The hand that's chafed with snow / Takes a redoubled glow?
That extreme cold like heat doth sear? / O to the heart of love draw near,
And feel how scorching rise / Its white cold purities.
But Thou, sweet Lad y Chastity, / Thou, and Thy brother Love with thee,
Upon her lap may'st still. / Sustain me, if you will.

[9] Los textos que siguen a continuación pertenecen al antiguo ritual. En el nuevo ritual del matrimonio —por ejemplo— se contienen las ideas de la única fórmula que existía antes, pero repartidas en diversas opciones. Hemos preferido mantener los textos originales del autor, por algunos de sus comentarios. En varios casos ya no están previstas algunas oraciones (N. del editor).

[10] *Mortals, that behold a Woman / Rising 'twixt the Moon and Sun;*
Who am I the heavens assume: an / All am I, and I am one.
Multitudinous ascend I, / Dreadfull as a battle arrayed,
For I bear you whither tend I; / Ye are I: be undismayed!
I, the Ark that for the graven / Tables of the Law was made;
Man's own heart was one; one, Heaven; / Both within my womb were laid…
I, the flesh-girt Paradises / Gardenered by the Adam new,
Daintied o'er with dear devices / Which He loveth, for He grew.
I, the boundless strict Savannah / Which God's leaping feet go through
I, the Heaven whence the Manna, / Weary Israel, slid on you!

[11] Denominación de algunos seguidores en diversas sectas protestantes en Estados Unidos (Nota del tr.).

[12] Antiguo formulario del Ritual del Matrimonio.

[13] Pío XI, *Casti connubii* (31-XII-1930), n. 19.

[14] Pío XI, *Casti connubii* (31-XII-1930), nn. 18-19.

[15] Pío XI, *Casti connubii* (31-XII-1930), n. 20.

[16] Texto bíblico procedente de la edición sixto-clementina de la Vulgata.

[17] Ibídem.

[18] *Because of our souls' yearning that we meet*
And mix in soul through flesh, which yours and mine
Wear and impress, and make their visible selves,
—All which means, for the love of you and me,
Let us become one flesh, being one soul.

[19] *Your cruellest pain is when you think of all / The honied treasure of your bodies spent*
And no new life to show. O, then you feel / How people lift their hands against themselves,
And taste the bitterest of the punishment / Of those whom pleasure isolates. Sometimes
When darkness, silence, and the sleeping world / Give vision scope, you lie awake and see
The pale sad faces of the little ones / Who should have been your children, as they press
Their cheek s against your windows, looking in /
With piteous wonder, homeless, famished babes,
denied your wombs and bosoms.

[20] *Or risen from play at your pal e raiment's hem God, grown ad*
venturous from all times repose, Of your tall body climbed the Ivory
Tower And kissed upon your mouth the Mystic Rose.

[21] *How do I love thee? Let me count the ways. / I love thee to the depth and breadth and height*
My soul can reach, when feeling out of sight / For the ends of Being and Ideal grace.
I love thee to the level of everyday's / Most quiet need, by sun and candle-light.
I love thee freely, as men strive for Right; / I love thee purely, as they turn from

Praise.
I love thee with the passion put to use / In my old griefs, and with my childhood's faith.
I love thee with a love l seemed to lose / With my lost saints. —I love thee with the breath
Smiles, tears, of all my life!— and if God choose / I shall but love thee better after death.

ÍNDICE

Nota del editor

I. La diferencia entre el sexo y el amor
II. Nuestras energías vitales
III. Qué es el amor
IV. Las tres tensiones del amor
V. Se necesitan tres para el amor
VI. El amor es trino y uno
VII. La revelación del misterio
VIII. La pureza: reverencia por el misterio
IX. La dignidad del cuerpo
X. El matrimonio y el espíritu
XI. El gran misterio
XII. El vínculo inquebrantable
XIII. La generación
XIV. Paternidad
XV. La maternidad
XVI. El papel de los hijos
XVII. María en la maternidad y en el hogar
XVIII. La noche oscura del cuerpo
XIX. En lo bueno y en lo malo
XX. Reacciones del amor ante el dolor
XXI. El amor perdurable

Notas

Index

Nota del editor 5
I. La diferencia entre el sexo y el amor 7
II. Nuestras energías vitales 13
III. Qué es el amor 19
IV. Las tres tensiones del amor 29
V. Se necesitan tres para el amor 40
VI. El amor es trino y uno 48
VII. La revelación del misterio 64
VIII. La pureza: reverencia por el misterio 73
IX. La dignidad del cuerpo 84
X. El matrimonio y el espíritu 95
XI. El gran misterio 102
XII. El vínculo inquebrantable 110
XIII. La generación 118
XIV. Paternidad 125
XV. La maternidad 129
XVI. El papel de los hijos 135
XVII. María en la maternidad y en el hogar 142
XVIII. La noche oscura del cuerpo 156
XIX. En lo bueno y en lo malo 166
XX. Reacciones del amor ante el dolor 176
XXI. El amor perdurable 187
Notas 190
Índice 195